

*Geografias
Subversivas*

Joseli Maria Silva

discursos sobre espaço, gênero e sexualidades

Geografias subversivas

discursos sobre espaço,
gênero e sexualidades

TODAPALAVRA Editora

Editor-chefe
Hein Leonard Bowles

Diretor administrativo
Orlando Antonio Cestaro

Diretor de projetos
Niltonci Batista Chaves

Diretora acadêmica
Carmencita de Holleben Mello Ditzel

Diretor de arte
Élio Chaves

Secretário executivo
Danilo Ribeiro

Conselho Editorial

Dr. Alexandro Dantas Trindade (UFPR)
Ms. Anelize Manuela Bahniuk Rumbelsperger (Petrobrás)
Dra. Carmencita de Holleben Mello Ditzel (UEPG)
Dr. Claudio DeNipoti (UEPG)
Dr. Constantino Ribeiro de Oliveira Junior (UEPG)
Dra. Divanir Eulália Naréssi Munhoz (UEPG)
Dr. Hein Leonard Bowles (UEPG)
Dr. Kleber Daum Machado (UFPR)
Dr. José Robson da Silva (UEPG)
Dra. Joseli Maria Silva (UEPG)
Dr. Luis Fernando Cerri (UEPG)
Ms. Luísa Cristina dos Santos Fontes (UEPG)
Dr. Luiz Alberto Pilatti (UTFPR)
Dr. Luiz Antonio de Souza (UEM)
Ms. Manuela Salau Brasil (UEPG)
Ms. Marcelo Chemin (UFPR)
Dra. Maria José Subtil (UEPG)
Ms. Maria Zaclis Veiga Ferreira (Universidade Positivo)
Ms. Niltonci Batista Chaves (UEPG)
Dr. Sérgio Luiz Gadini (UEPG)
Dra. Silvana Oliveira (UEPG)
Dra. Vera Regina Beltrão Marques (UFPR)
Dr. Vitoldo Antonio Kozłowski Junior (UEPG)
Dr. Wolf Dietrich Sahr (UFPR)

Joseli Maria Silva
Organizadora

Geografias subversivas

discursos sobre espaço,
gênero e sexualidades



T O D A P A L A V R A
editora

Revisão
Hein Leonard Bowles

Projeto gráfico
Cláudia Gomes Fonseca



Imagens da capa
Copyright (C) Fotolia

Autores das fotos originais para composição da capa e marcas d'água:
Friday (corpo), Sean MacLeay (fogo) e Juri Samsonov (tecido)

Dados Internacionais de Catalogação na Publicação (CIP)
(Câmara Brasileira do Livro, SP, Brasil)

Geografias subversivas : discursos sobre espaço,
gênero e sexualidades / organizadora Joseli Maria
Silva. -- Ponta Grossa, PR : TODAPALAVRA, 2009.

Vários autores
Bibliografia

1. Geografia humana 2. Geografia urbana
3. Grupos sociais 4. Pesquisa geográfica
5. Sociologia urbana 6. Territorialidade humana
I. Silva, Joseli Maria.

09-07891

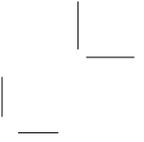
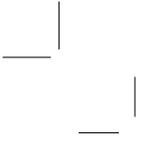
CDD-304.23

Índices para catálogo sistemático:

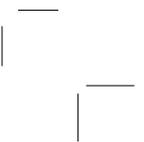
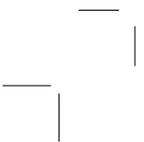
1. Discursos sobre espaço, gênero e
sexualidades : Geografia humana 304.23

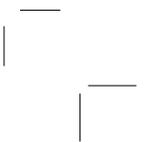
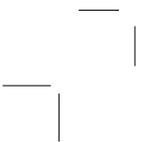
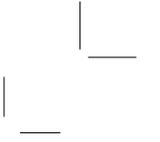
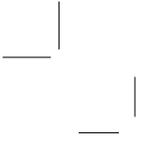
ISBN: 978-85-62450-01-3

TODAPALAVRA Editora
Rua Xavier de Souza, 599
Ponta Grossa – Paraná – 84030-090
Fone/fax: (42) 3226-2569
email: todapalavraeditora@hotmail.com
www.todapalavra.com.br



*Para Nemi,
pela vida inspiradora.*





S U M Á R I O

PREFÁCIO	9
APRESENTAÇÃO	13
PARTE I – O FAZER GEOGRÁFICO SINGULAR	23
Fazendo geografias: pluriversalidades sobre gênero e sexualidades <i>Joseli Maria Silva</i>	25
Ausências e silêncios do discurso geográfico brasileiro: uma crítica feminista à geografia eurocêntrica <i>Joseli Maria Silva</i>	55
Geografias feministas, sexualidades e corporalidades: desafios às práticas investigativas da ciência geográfica <i>Joseli Maria Silva</i>	93
Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino <i>Joseli Maria Silva</i>	115
A cidade dos corpos transgressores da heteronormatividade <i>Joseli Maria Silva</i>	135

PARTE II – O FAZER GEOGRÁFICO COLETIVO
NO GRUPO DE ESTUDOS TERRITORIAIS
(GETE)

Espaço e as redes de interdependência na
produção da invisibilidade da exploração sexual
comercial infanto-juvenil feminina

Almir Nabozny

151

Espacialidades travestis e a instituição do território
paradoxal

Marcio Jose Ornat

153

177

Periferias pobres e masculinidades: uma discussão sobre
espaço e elementos identitários dos adolescentes em
conflito com a lei

Rodrigo Rossi e Alides Baptista Chimin Junior

211

PARTE III – AMPLIANDO O COLETIVO DO FAZER
GEOGRÁFICO NA REDE DE ESTUDOS DE GEOGRAFIA
E GÊNERO DA AMÉRICA LATINA (REGGAL)

Tensões e corporalidades no espaço religioso católico

Edson Armando Silva

237

239

As identidades e as representações do feminino na
sociedade moderna: ressignificações de tradições
pré-modernas na construção socioespacial da umbanda

Marcelo Alonso Moraes e Augusto César Pinheiro da Silva

257

Género y territorio: la violencia doméstica en espacios de
vulnerabilidad y exclusión social – notas a partir de un
caso en Argentina

Diana Lan

281

A perspectiva feminista na geografia brasileira

Susana Maria Veleda da Silva

301

P R E F Á C I O

Joseli Maria Silva, editora del libro que tenéis en vuestras manos *Geografías Subversivas* no podía escoger un título mejor puesto que la obra es doblemente “subversiva”. Por una parte, la subversión radica en que se cuestionan los presupuestos epistemológicos de una geografía con un enfoque científico, masculino y occidental y esta subversión es básica para posibilitar la emergencia de saberes no hegemónicos. Pero también es un libro subversivo porque replantea estos cimientos epistemológicos desde una lengua no hegemónica, es decir da la voz a una geografía del género (portuguesa y española) bajo una perspectiva latinoamericana, y por lo tanto planta cara a una geografía feminista anglófona que demasiadas veces se ha constituido como la única referencia a nivel internacional. En este prólogo me referiré de forma sucesiva a estas “subversiones”.

Hasta hace poco, la geografía analizaba la sociedad y el medio como un conjunto neutro, asexuado y homogéneo y el mundo se interpretaba desde una visión exclusivamente masculina, aunque los resultados pretendían ser válidos para el conjunto de la sociedad. Pero ello ha cambiado de forma radical y la irrupción del enfoque de género en la geografía internacional es un hecho indiscutible. En los países anglófonos su desarrollo ha llegado muy

lejos tanto desde una perspectiva teórica como metodológica, pero en los países latinos la “normalización” del enfoque de género en la práctica geográfica ha sido más lenta por diversas razones,¹ aunque la situación está cambiando rápidamente como la publicación de este mismo libro demuestra. Iniciativas de este tipo son muy importantes, ya que con frecuencia se da por supuesto que la investigación que se lleva a cabo sobre la temática de género en el ámbito anglófono “representa” todo lo que se lleva a cabo hoy en día en la geografía internacional. Pero, como sabemos muy bien en geografía, el “lugar cuenta”, y aún más si recordamos que la geografía feminista precisamente ha insistido en que se ha de dar prioridad a las diferencias, y que el conocimiento se debe “situar”.

En la breve historia del enfoque de la geografía feminista – unos treinta años – se han utilizado diversos paradigmas (neopositivista, radical etc.), reflejando la evolución metodológica de nuestra disciplina. Pero aquí quiero citar el postmodernismo y el postcolonialismo ya que – entre otras razones – la geografía feminista ha sido pionera en su introducción en nuestra disciplina, aunque no siempre se le ha reconocido. La geografía feminista y el postmodernismo comparten una visión crítica del pensamiento racionalista y de sus pretensiones totalizadoras y universales pues no creen en la existencia de un conocimiento “real” que sea universal, neutral, objetivo y producto exclusivo de la razón y de la lógica. Todas las categorías de análisis se han de “deconstruir” y contextualizar, y en ello la geografía feminista tiene una larga experiencia (obligada) de “deconstrucción” (por ej. el concepto de clase social tuvo que adaptarse y combinarse con el de patriarcado en contextos culturales muy diversos).

Recientemente, y bajo la inspiración de teorías fenomenológicas y psicoanalíticas, los temas de la masculinidad, la sexualidad y el cuerpo se introdujeron pronto en la geografía del género, y el impacto de la teoría “queer” (teoría de lo transexual) también ha sido significativo ya que nos señala que la identidad sexual es una construcción social (al igual que el género). Asimismo, el debate metodológico postmodernista ha sacado a la luz los temas de la representación y de la reflexividad. ¿Quién se otorga el poder de hablar en nombre de quién, o de quiénes? Es un problema que se agudiza en los estudios sobre el Tercer Mundo llevados a cabo por occidentales. La metodología feminista reconoce explícitamente que los resultados de la investigación no son neutros

1 Para más información ver: GARCÍA-RAMON, M. Dolors ¿Espacios asexuados o masculinidades y feminidades espaciales?: hacia una geografía del género. *Semata. Ciencias Sociales y Humanidades*. Santiago de Compostela, v. 20, 2007, p. 25-51.

sino que están influidos por esta posicionalidad y en todo proceso de investigación se hace necesaria la reflexividad (es decir la introspección autocrítica y comprensiva y un análisis profundo de la propia identidad como sujeto investigador).

Y en relación a la segunda cuestión que planteo en este prólogo – la contestación que este libro supone de la hegemonía anglófona en la geografía del género – cabe recordar que si bien la geografía feminista se ha interesado siempre por temas como la exclusión, marginalidad, periferia, conocimiento situado y las políticas de identidad y lugar, no siempre la geografía anglófona feminista ha examinado de forma crítica cómo sus prácticas materiales marginalizan otros conocimientos geográficos y prácticas de geografías del género provenientes de otras tradiciones geográficas. Es cierto que el crecimiento de la hegemonía del inglés como lengua global sitúa en un lugar privilegiado al discurso geográfico del mundo anglófono y que la hegemonía lingüística es una forma de poder que mientras que dignifica a algunos/as, desautoriza a otros/as. Pero cabe recordar que el lenguaje es más que una herramienta comunicativa de intercambio de ideas ya que vehicula una manera de pensar y supone un marco para expresar nuestras propias experiencias y realidades. Así pues, el problema de las diferentes tradiciones académicas en geografía (con sus valores y prioridades) tiene que ser siempre incorporado en nuestra discusión sobre las lenguas.² Es verdad que el discurso geográfico se ha globalizado, pero su globalización ha sido parcial y desigual. Esto significa que, aquellos/as que pueden hablar y escribir en inglés pueden contar con un público internacional, pero aquellos/as que hablan y escriben en otras lenguas, cuentan con un acceso más restringido a públicos más amplios, no sólo a las conferencias internacionales sino a las revistas de geografía contemporáneas más valoradas. El acceso a estas publicaciones denominadas “internacionales” significa contar con poder para establecer las pautas del debate intelectual en geografía en muchas zonas del mundo.

Este libro es pues también subversivo porque intenta cuestionar la hegemonía de la geografía anglófona feminista dando voz a la geografía del género desde las lenguas portuguesa y española bajo una perspectiva de América Latina. Iniciativas de este tipo representan un paso muy importante para eliminar todo tipo de centrismos (masculinocentrismo, anglocentrismo, eurocentrismo etc.) y no cabe

² Para más detalles ver: GARCÍA-RAMON, M. Dolors. Globalization and international geography: the questions of languages and scholarly traditions. *Progress in Human Geography*, v. 27, n. 1, 2003, p. 1-5.

más que animar a la geografía feminista latinoamericana a seguir por este camino, que puede ser largo y difícil, pero también apasionante.

Maria Dolors GARCIA-RAMON
Catedrática de Geografía
Universitat Autònoma de Barcelona

APRESENTAÇÃO

Sobre subversão...

O título desta obra, *Geografias Subversivas*, requer justificativas, por causa da multiplicidade de interpretações que o termo “subversão” pode trazer aos leitores. Em qualquer dicionário de língua portuguesa, “subversão” é um verbete definido como ato ou efeito de subverter, derrubar e destruir, e também significa perversão moral, revolta e perturbação. Finalmente, o vocábulo é ainda utilizado para expressar insubordinação contra autoridade, e, de alguma forma, este livro traz elementos de insubordinação contra os cânones da tradição científica moderna.

Para os autores desta obra, a subversão tem uma conotação política que perturba e desafia a instituição padrão dominante de um saber científico moderno e eurocentrado. Como pesquisadores(as) brasileiros(as), somos herdeiros(as) da concepção da ciência como um saber objetivo, neutro e universal. Tais características, que marcaram e ainda marcam o fazer científico hegemônico, foram naturalizadas, anulando as diferenças plurais da humanidade e de múltiplos saberes. Acreditamos na necessidade de questionar os pressupostos epistemológicos da perspectiva científica branca, masculina e ocidental, para permitir a emergência de saberes não-hegemônicos.

Assim, nossa subversão tem o sentido de contribuir para a desconstrução do discurso científico que

sustenta as teias do saber/poder reinante em nossa sociedade, mediante a construção de visibilidades de grupos sociais e fenômenos que foram negados e repudiados pela perspectiva da modernidade colonial: negros, índios, mulheres, crianças, adolescentes e homossexuais. A historiografia da geografia brasileira evidencia as ausências e silêncios desses grupos no discurso científico. É preciso frisar, contudo, que não basta a simples inserção de recortes sociais considerados incomuns no campo da geografia; é necessário construir um fazer científico que desestabilize a posição do(a) pesquisador(a) ao falar pelos(as) “outros(as) ausentes”. É fundamental considerar o ponto de vista dos grupos pesquisados, seus próprios saberes, o que, certamente, constitui uma rica fonte de novos problemas e recursos de pesquisa que vai além do nosso universo branco, asséptico e burguês instituído nos ambientes da pesquisa acadêmica universitária.

A geografia, como nenhuma outra ciência, é desinteressada, isenta, e muito menos paira sobre a sociedade como universo reificado. Ela se faz pelas nossas pesquisas cotidianas, que elegem determinados temas e operam com certos conceitos e procedimentos metodológicos para responder aos questionamentos que são considerados dignos e relevantes de serem realizados.

O fazer geográfico dos(as) autores(as) desta obra é inconformado com a supremacia do mito do “homem universal” e com fenômenos espaciais abordados a partir de ações de pessoas que não contemplam os elementos de raça, etnia, sexo, gênero, desejo e geração.

A invenção do “homem universal” como representante legítimo da humanidade, produtor de espaços e modelador de paisagens, apaga e secundariza a importância de categorias sociais altamente hierarquizantes. Cria a falsa impressão de que a cor da pele, as formas corporais e as orientações sexuais não estão profundamente imbricadas com as diferenças espaciais, econômicas e de classes. Desconsiderar essas diferenças, que hierarquizam pessoas e grupos, torna invisível uma série de lutas e injustiças sociais. Nós, pesquisadoras(es), devemos estar atentas(os) com nossa participação na corroboração de tais injustiças, porque, a partir de nossas pesquisas, construímos não apenas a compreensão sobre o mundo, mas o próprio mundo.

A denominação “geografias subversivas” é fruto de nossa identificação científico-política com as epistemologias feministas e pós-colonialistas. Nessa abordagem, a subversão pode ser compreendida a partir de duas posições: a subversão da prática do fazer científico e a subversão a partir das práticas de grupos sociais pesquisados que se encontram fora do centro das configurações de poder.

A primeira posição compreende um fazer científico com e contra os conceitos e métodos do saber institucional. A subversão é compreendida como ações de pesquisadores que, em virtude de privilegiarem temas e sujeitos invisibilizados pelo discurso científico, não compartilham as normas hegemônicas estabelecidas. Todavia, o fazer científico implica estes(as) pesquisadores(as) na operação de conceitos e métodos já consensuados na academia. E esse impasse leva à adoção crítica dos conceitos, evidenciando as relações de poder inerentes às construções teóricas e metodológicas. Além de ampliar novos recortes de grupos sociais, introduzem questionamentos, renovam métodos e acrescentam fontes alternativas de pesquisa, anteriormente desprezadas como pertencentes ao domínio do científico.

A subversão do ponto de vista dos grupos sociais eleitos diz respeito à capacidade de a pesquisa realizada falar a partir de um lugar, do ponto de vista dos pesquisados, a fim de compreendê-los para além da posição da passividade e da subordinação total à dominação. Ainda que fora das posições centrais nas estruturas de poder, os grupos sociais não-hegemônicos resistem à ordem instituída e desenvolvem táticas específicas, transformando a lógica hegemônica no desenrolar de sua vida cotidiana. Esta posição nega a simples reprodução da norma e a subordinação total a ela, considerando que há fissuras por meio das quais a realidade é contestada e transformada.

Enfim, a postura subversiva é aquela que compreende a ciência como uma construção social a ser debatida e questionada. Além de trazer para o campo científico aspectos secundarizados do discurso geográfico, essa postura constrói uma perspectiva epistemológica que é também engajada politicamente, já que toda subversão é ideológica e imbricada com determinados interesses. Nesse sentido, nosso interesse é perturbar as certezas confortáveis e revitalizar o aspecto político e crítico do discurso geográfico latino-americano contemporâneo.

Sobre a história do livro

O livro *Geografias Subversivas: discursos sobre espaço, gênero e sexualidades* reflete uma longa história de construção/desconstrução de minha trajetória como geógrafa, pesquisadora e professora frente aos desafios vividos. Em 2001, compartilhei com um grande intelectual e amigo, Roberto Lobato Corrêa, o desejo em seguir as pistas que minhas observações de campo traziam sobre o papel feminino na produção do espaço urbano.

Nesta época, em plena fase de conclusão de minha tese doutoral, ainda não havia me deparado com abordagens científicas sobre mulheres e gênero na geografia, tampouco havia tomado conhecimento das epistemologias feministas nas disciplinas sobre o pensamento geográfico. Mergulhada em minhas limitações e inquietudes, fui desafiada por este atento interlocutor, que me dizia: “Não é justamente das ausências que nascem os questionamentos científicos e a razão do próprio avanço da ciência?” Acrescentou ainda em seu comentário: “Esse é o desafio que todo cientista deve aceitar, avançar por campos desconhecidos!”.

Estas palavras me entusiasmaram, e elas foram decisivas para o início da trajetória que resultou neste livro. Ao rememorar este momento em que fui desafiada por Roberto Lobato à luz do presente, depois do amadurecimento de teorias, conceitos e também de meu posicionamento político, tenho questionado algo que é expressivo na reprodução das invisibilidades das espacialidades de grupos sociais que hoje luto por superar no campo da geografia: como é possível que, durante tantos anos de estudo, passando por leituras sobre epistemologia e metodologia da geografia na graduação, mestrado e doutorado, jamais ouvi qualquer discurso sobre gênero, teorias feministas ou etnoraciais? E mais, por que a forma de conhecimento repassada sempre me pareceu tão natural? Certamente sabia que estas abordagens já se disseminavam por outras ciências sociais, mas me parecia muito óbvio, até então, que isso não era objeto da geografia.

Iniciei as buscas bibliográficas na Universidade Federal do Rio de Janeiro, e já nos primeiros textos percebi que havia mais de trinta anos de trabalhos de geógrafas feministas desenvolvendo essa temática, sobretudo nos países anglo-saxões, e mais tarde encontrei a produção científica de geógrafas brasileiras, embora muito restrita e escassa, na década de 80. Aquilo que me inquietava. Afinal, já era amplamente estudado, notadamente fora do Brasil. Assim, pude perceber que as ausências de minha formação científica eram frutos de um processo do fazer científico e que na geografia havia temas e abordagens considerados menores e sem importância para o campo científico.

Compreendi que a construção e a difusão do saber passam por filtros que moldam nossa perspectiva científica, com a valoração de determinados temas e grupos sociais a serem pesquisados. A ciência também produz hierarquias sociais e, como cientistas, tendemos a optar por campos já consagrados e objetos de pesquisa valorizados no meio acadêmico, já que, penso eu, pesquisadores(as) são marcados(as) e significados(as) de alguma forma pelos objetos que estudam.

Minha caminhada, felizmente, deixou de ser solitária quando encontrei pessoas que se identificaram com o tema e se juntaram,

em 2003, ao Grupo de Estudos Territoriais (GETE). Em 2006 formamos a Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina (REGGAL).

Nosso trabalho com temas marginais no campo de produção científica geográfica no Brasil, gênero e sexualidades, numa universidade periférica como a Universidade Estadual de Ponta Grossa (PR), nos permitiu constatar, como nunca, que a ciência é um campo de poder e que, para sobreviver e manter o ânimo de produzir um saber científico comprometido com nossos ideais éticos, precisamos subverter a ordem do discurso dominante. A pretensa liberdade de expressão e criação, que deveria caracterizar os ambientes investigativos, foi revelando uma faceta preconceituosa e excludente.

O estudo de mulheres pobres, prostitutas, travestis, meninas exploradas sexualmente e meninos de periferias urbanas envolvidos em infrações cada vez mais graves definitivamente não se configura como tema relevante no meio científico da geografia brasileira. As espacialidades desses grupos sociais vivenciadas a partir das categorias de gênero, sexualidade, raça e classe foram vistas muitas vezes como irrelevantes. Em várias oportunidades serviram de piadas ou, ainda, foram consideradas como capricho de pesquisadores que gostam de afrontar a ordem estabelecida por meio do estudo de temas exóticos e, principalmente, classificados como não-geográficos por geógrafos(as) conservadores(as). Aos poucos, nos acostumamos com o desmerecimento de nossos temas e a desqualificação do alcance interpretativo de nossas teorias e métodos no campo científico da geografia brasileira e latino-americana.

Mas isso não nos abateu. Pelo contrário, cada vez mais acreditamos na qualidade da geografia que fazemos e na responsabilidade política de nossa produção científica. O resultado de nossas práticas se expressa nos trabalhos das pessoas que se fazem presentes nesta obra, organizada em três partes, as quais, de certa forma, traduzem a agregação e o fortalecimento de nossas identidades científicas em distintas fases.

Na primeira parte do livro se encontram reunidos textos que expressam algumas incursões pessoais, que podem ser compreendidos como uma trajetória de vida na qual fui construindo/desconstruindo minha identidade como geógrafa feminista, buscando e confrontando conceitos e posicionamentos político-científicos.

O primeiro texto, “Fazendo geografias: pluriversalidades sobre gênero e sexualidades”, apresenta a trajetória do pensamento feminista na geografia, evidenciando que o movimento não foi unívoco e desenvolveu caminhos distintos. Ele faz uma síntese das abordagens existentes, mas deve ser compreendido a partir de um contexto histórico e geográfico próprio: os países centrais.

Em seguida, “Ausências e silêncios do discurso geográfico brasileiro: uma crítica feminista à geografia eurocêntrica” dialoga com o texto anterior. Se o primeiro evidencia a rica evolução das geografias feministas em outros contextos, o segundo analisa os fatores do pequeno desenvolvimento da perspectiva de gênero no Brasil. Ele revela que existem elementos estruturais e organizacionais que funcionam de forma interdependente, produzindo um perfil discursivo androcêntrico e eurocentrado, marcando a forte impermeabilidade do campo científico geográfico ao conceito de gênero.

O terceiro texto, “Geografias feministas, sexualidades e corporalidades: desafios às práticas investigativas da ciência geográfica”, desenvolve uma reflexão teórica e metodológica sob a perspectiva das vertentes feminista e *queer*. Constitui uma narrativa da experiência vivida no campo de pesquisa, envolvendo investigador(a) e investigados(as), e expressa as implicações das posturas reflexivas do pesquisador e da concepção da produção do conhecimento posicionado nos resultados de pesquisa. Traz, além disso, um ensaio do uso do conceito de interseccionalidade na análise da complexidade espacial.

Na sequência, “Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino” explora as experiências espaciais das mulheres que são chefes de família e a relação entre os espaços público e privado, evidenciando que a realidade socioespacial é complexa e articulada.

Finalmente, o último texto da primeira parte do livro, “A cidade dos corpos transgressores da heteronormatividade”, apresenta uma discussão sobre as múltiplas configurações possíveis entre sexo, gênero e desejo, explorando as experiências dos espaços interditados de sujeitos que se identificam como travestis.

A segunda parte do livro apresenta trabalhos reveladores de campos pouco ortodoxos que marcam as pesquisas relativas a dissertações de mestrado sob minha orientação, elaboradas no contexto do Grupo de Estudos Territoriais (GETE), na Universidade Estadual de Ponta Grossa (PR).

O texto “Espaço e as redes de interdependência na produção da invisibilidade da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina”, de Almir Nabozny, apresenta uma investigação das relações estabelecidas entre o espaço e o fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina, que potencializa a invisibilidade social da atividade. Seu trabalho contribui para a reflexão sobre as contradições entre a concepção estatal e as vivências

cotidianas das meninas adolescentes envolvidas em processos de exploração sexual.

“Espacialidades travestis e a instituição do território paradoxal”, de Marcio Jose Ornat, explora a inter-relação do território da prostituição com a instituição do ser travesti. O trabalho é instigante na medida em que desafia os limites da concepção do conceito de território a partir da dinâmica oposicional entre *insiders* e *outsiders*, evidenciando uma fronteira fluida e permeável entre os grupos sociais em disputa.

A instituição das masculinidades e sua relação com o espaço é tema desenvolvido por Rodrigo Rossi e Alides Baptista Chimin Junior, em “Periferias pobres e masculinidades: uma discussão sobre espaço e elementos identitários dos adolescentes em conflito com a lei”. Este texto desenvolve uma reflexão em torno de masculinidades não-hegemônicas, tendo como grupo focal adolescentes em conflito com a lei que praticam atos infracionais profundamente vinculados às construções identitárias a partir de dinâmicas espaciais específicas.

Na terceira parte do livro são apresentados trabalhos de pessoas que fazem parte da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina (REGGAL), que expressam a diversidade analítica das(os) companheiras(os) da rede, bem como dos contextos espaciais de produção científica.

“Tensões e corporalidades no espaço religioso católico”, de Edson Armando Silva, explora a correlação entre as mudanças de papéis sociais femininos e a força que tais mudanças ocasionaram no discurso teológico. O texto mostra que, apesar das posições ortodoxas da Igreja Católica, pronunciadas por meio de documentos oficiais, a presença feminina e suas corporalidades provocaram dissonâncias que acabaram por ser absorvidas pela instituição, evidenciando haver um duplo vínculo entre sociedade e Igreja. Isso desmistifica a ideia da unicidade institucional e dos valores católicos seculares intocáveis com relação às mulheres, que acabaram por subverter a ordem estabelecida, produzindo ressignificações a respeito do corpo feminino no espaço religioso católico.

Marcelo Alonso Morais e Augusto César Pinheiro da Silva, em “As identidades e representações do feminino na sociedade moderna: ressignificações de tradições pré-modernas na construção socioespacial da umbanda”, abordam a complexidade que envolve as identidades religiosas vividas no espaço cotidiano da sociedade brasileira. As

representações do feminino presentes na umbanda, religião que sintetiza elementos do catolicismo, do espiritismo e de religiões afro-brasileiras, escapam às significações tradicionais da sociedade ocidental e são apropriadas e experienciadas a partir de atributos tradicionalmente masculinos, como a força, a coragem e o poder, construindo, portanto, caminhos de ressignificações do feminino na sociedade brasileira mediante o exercício da fé umbandista.

O texto de Diana Lan, “Género y territorio: la violencia doméstica en espacios de vulnerabilidad y exclusión social – notas a partir de un caso en Argentina”, explora a inter-relação de desigualdades espaciais urbanas e expressões da violência que está presente nas mais diversas classes de renda, envolvendo diferentes espaços. Ela fala de mulheres que sofrem com a violência doméstica e revela as estratégias de grupos sociais de alta renda para manter esse perfil de violência na invisibilidade social.

O livro culmina com o texto “A perspectiva feminista na geografia brasileira”, de Susana M. Veleza da Silva, que trata dos movimentos sociais e suas influências na produção científica. Seu trabalho instiga para uma prática científica que seja simultaneamente política, apontando as possibilidades de interpenetração das perspectivas acadêmicas e dos movimentos sociais.

Enfim, o livro é a síntese do trabalho de mulheres e homens que, produzindo uma geografia pouco usual, desejam contribuir para a diversidade e o enriquecimento da geografia latino-americana.

Sobre gratidão e admiração

Antes de finalizar, queremos registrar nosso agradecimento especial a algumas pessoas que incentivaram a elaboração deste livro.

Nosso profundo agradecimento a Zeny Rosendahl, que se aliou aos nossos esforços de pesquisa e esteve sempre presente, abrindo portas e acolhendo nossas ideias, quando os caminhos estavam ainda sendo construídos.

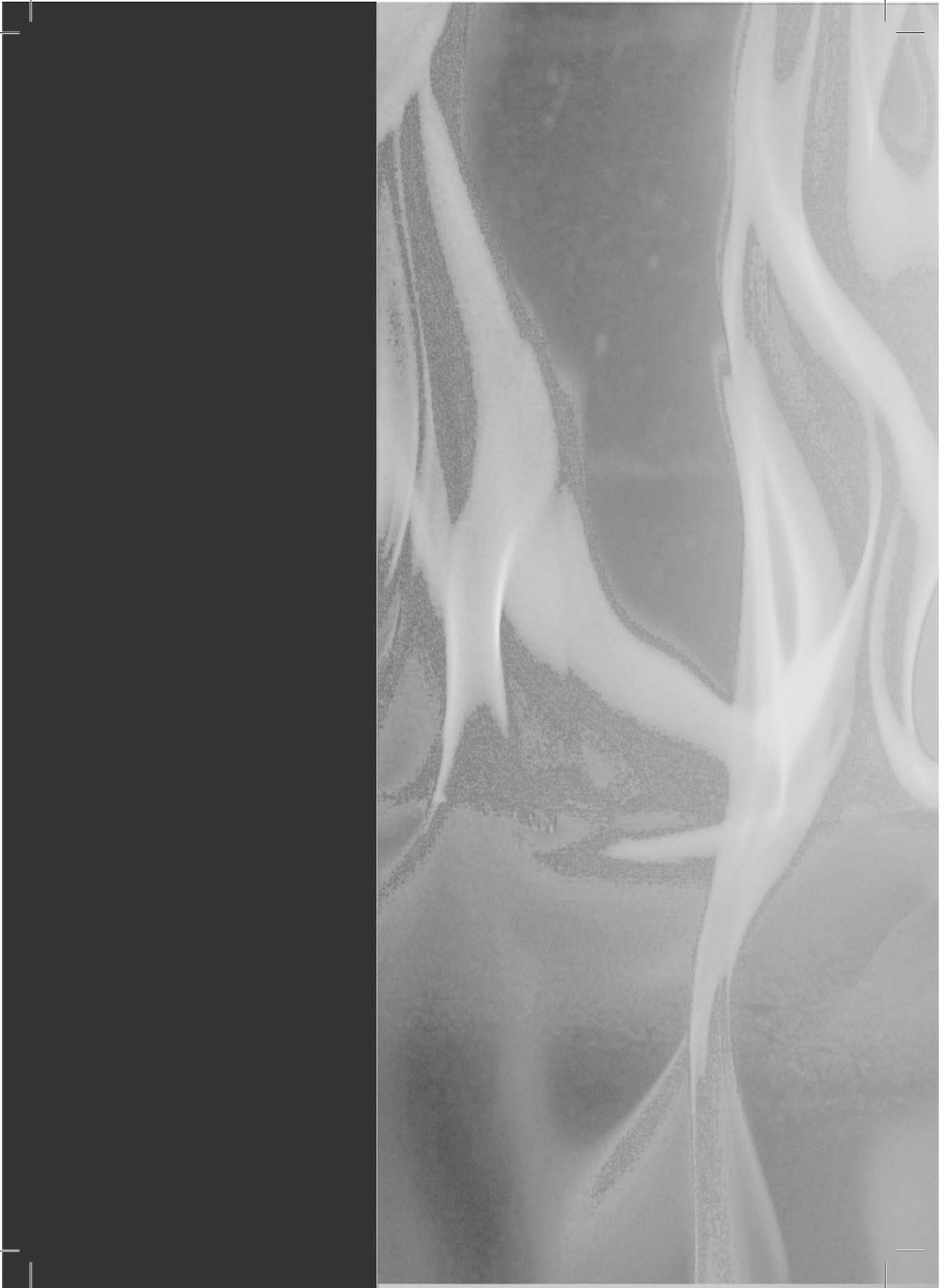
Ao amigo Wolf Dietrich Sahr, um importante parceiro, interlocutor atento e dedicado, nosso muito obrigado por nos ensinar que o mais importante nas relações científicas entre Europa e América Latina é a convergência sobre a ética e o posicionamento político na construção de saberes libertadores, suplantando a falsa ideia das diferenças oposicionais e dualizadas que configuram o imaginário da formação dos territórios nacionais e, por consequência, de nossas nacionalidades.

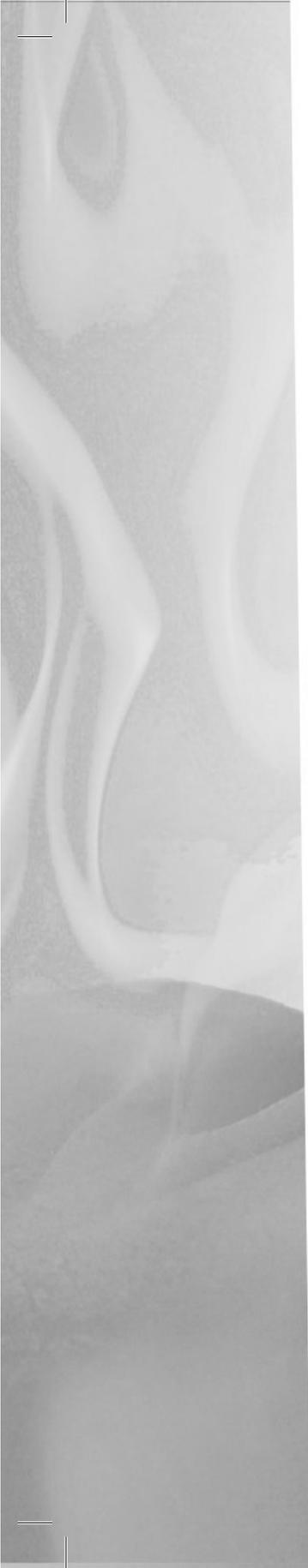
Nossa expressão de gratidão também se dirige a Miguel Angelo Ribeiro, que acreditou neste livro, mesmo quando ele era ainda um sonho longínquo. Além disso, devemos a esse geógrafo a inspiração pela coragem e competência profissional em introduzir a sexualidade como tema na geografia brasileira e nos ajudar a manter a crença de que, com trabalho e perseverança, sonhos se transformam em realidade.

Um importante registro de agradecimento é dedicado ao geógrafo Augusto César Pinheiro da Silva, por quem cultivamos, além de profunda admiração intelectual, os mais belos sentidos da vida, a amizade, o amor fraternal e a esperança de construir um mundo em que as diferenças entre pessoas sejam elementos de negociação e ação política para promover a convivência social.

A Roberto Lobato Corrêa devemos a oportunidade de experimentar a célebre frase de Platão, tantas vezes repetida por Edgar Morin: “para ensinar é preciso *eros*”. O *eros* é muito mais do que o desejo de conhecer e transmitir conhecimento, é também o amor por aquilo que se diz e por aquilo que se pensa ser verdade. Foi este grande mestre, com sua prática pedagógica na pesquisa geográfica, quem nos ensinou o profundo sentido do *eros* do fazer geográfico. A Roberto Lobato Corrêa, nosso mais sincero e eterno muito obrigado!

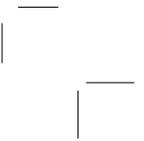
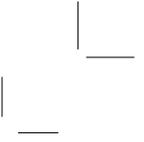
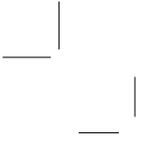
Joseli Maria Silva





Parte I

O FAZER GEOGRÁFICO SINGULAR



Fazendo geografias:

pluriversalidades sobre gênero e sexualidades

Joseli Maria Silva



A geografia científica produzida por nós geógrafas(os) é um campo de saber engendrado por relações de poder. Apenas quando assumimos a postura de que o discurso científico é uma construção social e desenvolvemos uma atitude crítica sobre os modos de se “fazer a geografia”, duvidando da consagração das “verdades” estabelecidas pela versão hegemônica difundida na historiografia do pensamento geográfico, é que compreendemos as razões das ausências de determinados sujeitos como agentes produtores do discurso científico geográfico.

As ausências e os silêncios de determinados grupos sociais são resultantes de embates desenvolvidos na comunidade científica, que criam hierarquias e dependências, ratificando o poder de grupos hegemônicos e, conseqüentemente, de suas próprias teorias científicas. Embora a epistemologia contemporânea, abalada pela crise da objetividade dos enunciados científicos, já tenha reconhecido que as teorias são sistemas de ideias derivados de uma cultura que se difunde pela linguagem e que marca profundamente os saberes propagados e incorporados pelos cientistas, ainda falta desenvolver, por parte dos produtores do saber científico, uma prática científica reflexiva em torno do “conhecimento do conhecimento”.

A ciência geográfica hegemônica é marcada por privilégios de sexo e de raça, características que dificultaram a expressão das espacialidades dos grupos das mulheres, dos não-brancos e dos que não se encaixam na ordem heterossexual dominante. Durante muito tempo, as existências espaciais desses grupos ou de suas ações concretas não foram consideradas “adequadas” como objetos de estudos do campo da geografia. A razão de suas ausências no discurso geográfico deve ser entendida pela legitimação naturalizada dos discursos hegemônicos da geografia branca, masculina e heterossexual, que nega essas existências e também impede o questionamento da diversidade de saberes que compõem as sociedades e suas mais variadas espacialidades.

A conquista da hegemonia do saber geográfico branco, masculino e heterossexual se dá pelas relações de poder que se praticam sobre o conjunto social. Contudo, os grupos subordinados são ativos e exercem um contrapoder à ordem estabelecida. O poder apresenta fissuras e implica múltiplos feixes de relações. Assim, a subordinação das pessoas ao discurso hegemônico se estabelece por meio de tensões, que desestabilizam a pretensa universalidade científica. Nessa perspectiva, emergiram as chamadas “geografias feministas”, desenvolvidas com o objetivo de desafiar a crença fundamentalista da universalidade do saber geográfico estabelecido, por meio da reivindicação de novas versões científicas que pudessem trazer para a visibilidade grupos sociais repudiados pelo conhecimento hegemônico.

As(os) geógrafas(os) que participam desse movimento contestatório procuraram meios para construir outras versões geográficas da realidade social. Contudo, estavam cientes de que sua formação intelectual e toda a base conceitual disponível no campo científico eram frutos do saber hegemônico – justamente aquele que contestavam. Assim, paulatinamente, desconstruíram o discurso geográfico, procurando revelar as redes que tecem o saber/poder da sociedade, e construíram novas versões da ciência geográfica.

O movimento é heterogêneo espacialmente e se expressa com mais evidência nas universidades europeias, notadamente na Inglaterra e nas universidades norte-americanas, com pequena expressão na América Latina, como afirma Monk (1994). No Brasil, de acordo com Silva S. e Lan (2007), o movimento feminista pouco influencia os pressupostos teóricos e metodológicos vigentes na geografia, sendo ainda uma perspectiva marginal e pouco expressiva no âmbito do discurso geográfico brasileiro.

O presente texto, nesse sentido, deve ser compreendido a partir do contexto histórico e geográfico próprio em que se desenvolveu o movimento feminista que contestou o poder da geografia hegemônica.

Entretanto, ao conhecer esta versão da história de nossa ciência, nós, geógrafas(os) brasileiras(os), não podemos deixar de questionar a impermeabilidade da geografia brasileira a esse movimento político-científico e, acima de tudo, aguçar nosso senso crítico para compreender que os princípios que organizam as produções discursivas da ciência hegemônica são os mesmos que produzem os silêncios e as ausências. As ideias aqui expressas têm por objetivo apresentar os debates inerentes ao desenvolvimento das perspectivas feministas na geografia, mas elas não devem ser compreendidas como exposição de uma cronologia de etapas do desenvolvimento do movimento em foco. Afinal, a própria denominação do campo, expressão plural, implica a noção da diversidade de abordagens que caracterizam as chamadas “geografias feministas”.

Mulheres e a luta pela visibilidade na geografia

A geografia, assim como outras ciências, é um saber que se desenvolve atrelado aos contextos histórico-geográficos e aos recursos de interpretações disponíveis, como as técnicas e as teorias. Os movimentos sociais, nesse sentido, compõem os saberes científicos e suas formas de interpretação da realidade. Dentre os vários movimentos sociais emergentes nos anos 60, o movimento feminista, notadamente aquele reconhecido como a “segunda onda”,¹ foi fundamental para a inspiração da ação de geógrafas que iniciaram um movimento interno à geografia nos anos 70, sob a perspectiva de três objetivos principais: construir a igualdade entre homens e mulheres no âmbito da disciplina; centrar as investigações geográficas sobre as mulheres; e desafiar as filosofias, conceitos e metodologias que sustentavam a hegemonia da geografia masculina, conforme argumenta o Women and Geography Study Group (WGSG) (1984). Em 1979, no Institute of

1 De maneira genérica, o movimento feminista é caracterizado por três momentos, atrelados a diferentes reivindicações das mulheres. A primeira onda, associada ao período entre o final do século XIX e meados dos anos 20 do século seguinte, tinha como fundamento o reconhecimento legal da igualdade de direitos entre homens e mulheres, como o direito ao voto, ao trabalho, etc. A segunda onda, que se desenvolveu entre os anos 60 e 80, buscava a igualdade de direitos nas transformações dos costumes e das ações cotidianas ligadas à liberdade sexual e às discriminações de gênero. A terceira onda emergiu nos anos 90, como crítica da segunda onda, e reivindicava a contemplação das diferenças das identidades femininas até então centradas na perspectiva universalizante da mulher branca. Para maior aprofundamento da perspectiva histórica do movimento, ler o artigo de Fraser (2007) “Mapeando a imaginação feminista: da redistribuição ao reconhecimento e à representação”.

British Geographers (IBG),² geógrafas inglesas assumiram o compromisso político de desenvolver estudos teóricos sobre gênero e promover as mulheres dentro das instituições acadêmicas e científicas. Segundo Rose (1993a), o compromisso com o projeto político feminista também foi acompanhado por geógrafas das universidades dos Estados Unidos e do Canadá.

Foram desenvolvidos vários estudos e diagnósticos sobre a evolução da situação das mulheres no campo acadêmico e científico da geografia. Um estudo de McDowell e Peake (1990) revelou que, apesar de mais de uma década de esforços das geógrafas feministas, os homens detinham os postos mais altos das hierarquias de poder, a exemplo dos cargos de coordenação e de direção dos centros universitários. Além disso, as autoras argumentavam que, apesar do aumento considerável do ingresso de mulheres nos cursos de geografia, a representação feminina diminuía ao serem considerados os mais altos graus acadêmicos. As constatações sobre a falta de equidade nos sistemas acadêmicos levaram as geógrafas à proposição de reformulações curriculares nos cursos de geografia, notadamente na área humana, conforme McDowell (1992).

A denúncia da invisibilidade das mulheres na geografia humana já havia sido feita por Monk e Hanson (1982), no célebre artigo “On not excluding half of the human in human geography”, publicado no periódico *The Professional Geographer*. McDowell (1992) argumenta que, a despeito de mais de dez anos de trabalho das geógrafas feministas, as relações de gênero como elemento de organização da sociedade eram ignoradas como conteúdos nas mais variadas disciplinas acadêmicas da área de geografia humana. Isso implicava a desconsideração de que a humanidade era composta de homens e mulheres. Além disso, o esquecimento da produção científica do grupo de geógrafas era uma forma de manter o domínio masculino, o que dificultava o progresso das teorias feministas. Outras estatísticas elaboradas pelas feministas também evidenciaram a desproporção da representação feminina em relação à masculina nas áreas de geografia física e geotecnologias, bem como o baixo percentual de artigos de autoria feminina publicados nos mais importantes periódicos de geografia de língua inglesa, como informa Rose (1993a).

Os trabalhos de geógrafas feministas como Susan Hanson, Janice Monk, Doreen Massey, Linda McDowell, Gillian Rose, Mona Domosh, Liz Bondi e Joanne Sharp, entre outras, geraram discussões a respeito dos difíceis desafios a serem superados para atingir

2 Atualmente fundido à Royal Geographical Society.

os objetivos do projeto político por elas traçado. McDowell (1994) apresenta uma entrevista realizada com Susan Hanson, presidente da Association of American Geographers entre os anos de 1991 e 1992, destacando, em seu trabalho, as dificuldades profissionais enfrentadas pelas mulheres que exercem cargos de mando em conciliar as suas vidas familiares. Um dos pontos altos da entrevista é o relato de Hanson sobre sua percepção de que as mulheres que obtêm maior sucesso profissional encontram-se, em sua maioria, solteiras, divorciadas ou viúvas, evidenciando o fato de que as que constituem família inevitavelmente são mais exigidas do que os homens e que, assim, os dois obtêm resultados diferentes, tanto no âmbito profissional como no familiar.

Outro aspecto ressaltado refere-se à necessidade de as mulheres se despojarem de suas características identitárias femininas para serem respeitadas como intelectuais no âmbito acadêmico e científico. A entrevista é propositadamente construída de forma a demarcar as diferenças de oportunidades e dificuldades entre homens e mulheres no campo profissional, e também para incluir a perspectiva de uma discussão política que incorpore vidas pessoais, revelando, portanto, que os espaços privado e público são constituidores de uma mesma realidade socioespacial. As geógrafas feministas estavam dispostas a tornar visível a centralidade masculina, tanto nas teorias geográficas quanto nas atividades cotidianas desenvolvidas durante o desempenho de seus trabalhos acadêmicos.

Rose (1993b) define a geografia como um conhecimento masculino que se sustenta nas práticas acadêmicas mais comuns, como na escolha de temas a serem estudados, na eleição de aparatos teóricos e metodológicos consagrados e na elaboração dos perfis de congressos e seminários. As mulheres, para praticar a geografia, devem assumir as referências masculinas de ciência, uma vez que o lugar central da enunciação do discurso geográfico é, como visto, o homem branco, burguês e heterossexual, e esta posição permite a hegemonia de suas concepções sobre o gênero, a raça e a sexualidade. Segundo Rose (1993b), a feminilidade, por exemplo, é compreendida por suas diferenças em relação à masculinidade, e as outras identidades raciais e sexuais são concebidas pela autopercepção do sujeito branco e heterossexual.

Enfocando a área física da geografia, McEwen (1998) afirma que as origens da ciência geográfica, enquanto saber institucionalizado, ocorreram a partir da ótica masculina vigente no século XIX, que privilegiava a objetividade e a racionalidade na análise da realidade espacial, criando, assim, uma ilusão de que geógrafos(as) são capa-

zes de produzir ideias e pensamentos livres de contextos, valores, emoções e subjetividades. A estrutura dualizada que compõe o pensamento científico persiste no presente da prática geográfica, segundo McEwen (1998).

Também argumentam na mesma direção McDowell (1999) e Rose (1993b), ao apontar as dualidades oposicionais presentes no pensamento científico que organizou o universo masculino e feminino; as autoras criticam as práticas geográficas que têm alimentado a estrutura dual de forma hierarquizada, privilegiando as características masculinas, em detrimento das femininas. De forma genérica, o modelo instituído apresenta-se da seguinte forma:

masculino	feminino
transcendência	imanência
racional	irracional
cultura	natureza
atividade	passividade
razão	emoção
mente	corpo
público	privado
produção	consumo
trabalho	ócio
independência	dependência
poder	submissão
força	fragilidade
rua	casa

As geógrafas denunciam que o discurso geográfico científico é generificado e hierarquizado: as características masculinas são consideradas superiores em relação às femininas. Segundo elas, a paisagem como natureza passiva é feminina, exemplificada pela noção da “Mãe Terra”; em oposição, constrói-se a ideia de conquista e dominação da natureza, realizada pela razão e pelo trabalho “do homem” que produz o espaço. As características associadas ao feminino, segundo McDowell (1999), são irracionalidade, emoção, dependência, privacidade e pro-

ximidade à natureza, ao passo que os atributos masculinos estão relacionados ao racional, científico, independente e público. As mulheres estão à mercê do corpo e das emoções, ao passo que os homens representam a superação desses aspectos considerados “primários”. Essa divisão binária, segundo McDowell, relaciona-se intimamente com o espaço e com a definição daquilo que é “natural” e do que é “cultural”, e relaciona-se, ainda, com as regulações que influenciam quem ocupa determinado espaço e quem está excluído dele; por consequência, ela estrutura o pensamento e a produção científica da geografia. A debilidade da “ordem natural” das diferenças de categorias atribuídas ao feminino e ao masculino, geradoras de hierarquias, também foram denunciadas por Bondi (1990 e 1992).

Segundo Rose (1993b), se o *status* do conhecimento científico só é adquirido mediante a razão e a objetividade, e se a qualidade da racionalidade é masculina, então o conhecimento produzido pelas mulheres é desconsiderado, uma vez que elas são vistas como seres regidos por emoções. Segundo McDowell (1999), a lista de distinções binárias do discurso geográfico generificado, familiar ao senso comum, é compreendida como a ordem “natural” da organização da realidade e produz a sensação de um discurso pretensamente “neutro” no que diz respeito à produção de desigualdades sociais. Massey (1995) faz uma crítica à produção do pensamento binário e hierarquizado, interiorizado na vida cotidiana, gerando consequências na estruturação das práticas das relações sociais e, portanto, das relações espaciais.

Com base nessas críticas, o movimento feminista empreendido na história da geografia passou a agir com a finalidade de investigar e tornar visível a relação entre as divisões dos gêneros masculino e feminino e as divisões espaciais, com o objetivo de compreender como as duas se constroem simultaneamente e desvendar os elementos ocultos sob a aparente ordem “natural” da organização da realidade socioespacial.

As lutas empreendidas pelas geógrafas resultaram em progressos para a perspectiva feminista, a saber: a inserção do gênero como tema transversal nas disciplinas da área humana; a criação de disciplinas específicas sobre o tema; a publicação de uma série de artigos na revista *Progress in Human Geography* e em volumes especiais sobre as abordagens feministas, como no periódico *The Professional Geographer*; e, até mesmo, a publicação de uma revista declaradamente feminista, em 1994, a *Gender, Place and Culture*, bem como o lançamento de vários livros sobre essa temática.

Contudo, o desenvolvimento das perspectivas feministas na geografia se mostra bem diferenciado; apesar das conquistas nos países em que o movimento surgiu, Monk (1994) aponta diferenças do

impacto do feminismo empreendido nas diversas regiões do mundo. No artigo “Place matters: comparative international perspectives of feminist geography”, a autora se vale de bases de informações da Comissão de Gênero e Geografia da União Geográfica Internacional, de trabalhos publicados nos congressos desta mesma instituição, além de textos publicados no *Journal of Geography in Higher Education*. Embora a própria autora reconheça que as fontes de seus dados são limitadas, ela constrói uma interessante análise sobre as formas e as diferentes intensidades das práticas geográficas feministas, em diferentes locais. A autora aponta a Inglaterra, os Estados Unidos, o Canadá, a Espanha e a Austrália como os centros mais ativos da prática geográfica feminista. Em segundo plano, a Holanda, os países escandinavos, o sul da Ásia, particularmente a Índia e o Sri Lanka, a África subsahariana, a Áustria, a Alemanha e a Suíça. Comparativamente a esses locais, a autora destaca que a França e a Bélgica, o leste da Ásia, o leste Europeu e a América Latina caracterizam-se por baixa atividade no desenvolvimento da perspectiva geográfica feminista.

Oberhauser *et al.* (2003) evidenciam a relação política/pessoal envolvida nas escolhas e nos posicionamentos teórico-científicos das mulheres que figuravam no centro do movimento que desestabilizou a hegemonia do pensamento geográfico ocidental. Sua investigação aborda a implicação das histórias de vida das pesquisadoras, na opção pela vertente feminista, explorando o movimento desta perspectiva a partir da sistematização dos trabalhos publicados em categorias temáticas e opções teóricas e metodológicas.

Os trabalhos desenvolvidos da metade ao final dos anos 70 estavam ligados às descrições das desigualdades de gênero, baseadas nas diferenças corporais, e centrados na categoria mulher. As pesquisas iniciais limitavam-se ao mapeamento de padrões espaciais de atividades femininas, ou à localização dessas atividades, e à produção de estatísticas femininas nas mais diversas áreas. Não obstante, a fase foi de vital importância porque teve o grande mérito de desafiar a perspectiva hegemônica masculina, abrindo caminhos para a visibilidade das mulheres na ciência geográfica.

Embora a geografia feminista tenha avançado nos espaços acadêmicos dos países em que o movimento surgiu, há ainda que se considerar, como argumenta Mignolo (2004), a geopolítica do conhecimento, já que grande parte das conquistas ainda não foi disseminada, e essas conquistas envolvem, sobretudo, a luta de mulheres brancas de grandes universidades norte-americanas e inglesas.

Do sexo ao gênero: uma revisão crítica da geografia feminista

A perspectiva baseada na categoria “mulher”, adotada inicialmente na década de 70, foi logo superada, por causa da forte associação deste termo com o caráter biológico e com a noção naturalizante a que as geógrafas feministas se opunham. Durante a década de 80, os estudos feministas foram fortemente influenciados pelo marxismo e pela noção de patriarcado, vinculando as lutas de classes às desigualdades de gênero. As formas explicativas de tais desigualdades entre homens e mulheres presentes na sociedade capitalista estavam baseadas na ideia da hegemonia das estruturas materiais, como elementos da opressão feminina. As geógrafas feministas entendiam que as questões de gênero, que envolvem as relações de dominação/subordinação, não podiam ser tratadas de forma isolada, mas sim, intrinsecamente às lutas de classes, para superar a totalidade dos sistemas de exploração presentes nas sociedades, implicando, assim, a abolição de outras formas de opressão, entre elas a opressão das mulheres.

O patriarcado é compreendido pelas geógrafas feministas como um sistema de relações hierarquizadas no qual os seres humanos detêm poderes desiguais, com a supremacia da autoridade masculina sobre a feminina em diversos aspectos da vida social, abrangendo desde os sistemas econômicos e sistemas jurídico-institucionais até os regimes cotidianos do exercício da sexualidade.

Engels (1986), na obra *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, afirma que a ordem social se estabelece por meio dos diferentes graus de organização do trabalho e da família, entendendo que existe uma simbiose entre o sistema capitalista e a instituição da família pelo matrimônio monogâmico. Segundo ele, a organização da família burguesa representou a grande derrota histórica do sexo feminino, uma vez que o triunfo do capitalismo e da propriedade privada dependia de um modo de procriação que assegurasse a certeza da paternidade dos herdeiros da riqueza acumulada. Dessa forma, o matrimônio monogâmico exigia, por um lado, a fidelidade conjugal e a regulação da castidade feminina, e, por outro, permitia que os homens praticassem o adultério e tivessem contato com prostitutas. O autor afirma que a família monogâmica expressa a exploração do sexo masculino sobre o feminino e que o progresso da acumulação de riquezas, que se faz em benefício de alguns, é feito à custa da opressão e da dor de outros. Para Engels, tendo em conta que a constituição da família monogâmica se deu pela necessidade da concentração de riquezas nas

mãos masculinas, a serem repassadas aos herdeiros nascidos dentro do matrimônio monogâmico, se fossem extintas a propriedade privada e a exploração da classe trabalhadora ocorreria a libertação feminina, pois, assim, a família burguesa deixaria de ser necessária como unidade econômica.

Com base na obra *Theorizing patriarchy*, de Sylvia Walby, McDowell (1999) contempla a noção de patriarcado difundida nas primeiras versões dos estudos geográficos. Segundo ela, Walby sustenta que o patriarcado se mantém até os dias atuais graças a seis campos inseparáveis de análise da exploração do homem sobre a mulher: o trabalho doméstico; o trabalho remunerado; o Estado; a violência; a sexualidade; e as instituições culturais. A execução de tarefas no âmbito familiar é vista pelos homens como trabalho feminino apropriado, não-remunerado, obrigação “natural” feminina, “ato de amor” para com o esposo e os filhos, sendo pouco valorado na sociedade de mercado. Os homens também dominam as instituições públicas e o aparato legal, criando leis, normas e regulações que lhes favorecem. Muitas vezes, o machismo desencadeia ações de violência física e psicológica sobre mulheres, e o controle da sexualidade feminina pelos homens se estabelece pela regulação moral e mediante a posse masculina de seus corpos. O domínio dos homens no campo das instituições culturais é compreendido pela primazia da ótica masculina na elaboração das representações sociais hegemônicas das mulheres, consideradas inferiores a eles. Além disso, os campos de análise são interdependentes e funcionam pelas ações concretas desempenhadas tanto por homens quanto por mulheres.

Embora McDowell (1999) reconheça a importância da abordagem dos estudos feministas a partir da noção de patriarcado, ela afirma que essa abordagem pecou pelo alto grau de generalidade, tendo em conta a universalidade das relações que se estabelecem entre homens e mulheres, desconsiderando contextos históricos e espaciais.

As abordagens iniciais sob a ótica do patriarcado careciam de aprofundamentos teóricos e sofriam com a reprodução das mesmas leis gerais, que impediam a expansão do campo de análise; além disso, seus fundamentos reforçavam a eterna posição de vitimização das mulheres, impossibilitando o vislumbre de possibilidades efetivas de transformações sociais. Essas abordagens foram mais tarde enriquecidas pelo conceito de gênero, o que removeu a carga de imutabilidade e onipresença que o patriarcado expressava de forma isolada.

A adoção do conceito de gênero superava a universalidade contida na noção de patriarcado, ao mesmo tempo em que avançavam

as críticas à utilização da categoria “mulher” associada aos aspectos biológicos dos corpos, tema de Simone de Beauvoir em sua obra *O segundo sexo*, em que ela afirma que o corpo das mulheres não basta para defini-las, uma vez que a materialidade corpórea só adquire existência quando assumida pela consciência das ações no seio da sociedade.

Ninguém nasce mulher: torna-se mulher. Nenhum destino biológico, psíquico, econômico define a forma que a fêmea humana assume no seio da sociedade; é o conjunto da civilização que elabora esse produto intermediário entre o macho e o castrado que qualificam de feminino. Somente a mediação de outrem pode constituir um indivíduo como um outro. Enquanto existe para si, a criança não pode apreender-se como sexualmente diferenciada. Entre meninas e meninos, o corpo é, primeiramente, a irradiação de uma subjetividade, o instrumento que efetua a compreensão do mundo: é através dos olhos, das mãos e não das partes sexuais que apreendem o universo. [...] Se, bem antes da puberdade e, às vezes, mesmo desde a primeira infância, ela já se apresenta como sexualmente especificada, não é porque misteriosos instintos a destinem imediatamente à passividade, ao coquetismo, à maternidade: é porque a intervenção de outrem na vida da criança é quase original e desde seus primeiros anos sua vocação lhe é imperiosamente insuflada. (BEAUVOIR, 1967, p. 9-10).

A concepção da construção social que transforma fêmeas e machos humanos em homens e mulheres considera os gêneros masculino e feminino como papéis desempenhados socialmente. Dessa forma, o conceito de gênero nega a construção universal das diferenças sexuais e implica a análise temporal e espacial na configuração das relações sociais, envolvendo uma perspectiva relacional, já que as mulheres são concebidas na sua relação com os homens. Essa concepção avançou também no campo da geografia, de acordo com McDowell (1999) e Rose (1993b), incorporando as análises geográficas da produção capitalista e da reprodução social à dimensão das relações de gênero, que são mediadas pelas diferentes escalas espaciais.

A adoção do conceito de gênero pelas geógrafas feministas permitiu avanços teóricos e metodológicos, além da ampliação do campo de estudos, já que o espaço passou a ser um importante elemento para a compreensão das relações de gênero. Cada organização espacial é produto e condição das relações de gênero instituídas socialmente, contudo, hierarquizada, com primazia dos homens em relação às mulheres.

A aceitação, no meio acadêmico, das ideias feministas de que as diferenças de gênero são elementos estruturadores da realidade socioespacial, tais quais as relações de classes, não foi uma tarefa simples para as geógrafas no âmbito da ciência geográfica, apesar de o movimento feminista fazer parte da crítica radical às chamadas geografias positivistas. As discussões de gênero foram, durante muito tempo, equivocadamente interpretadas como problemas de mulheres que só interessavam a um pequeno número de geógrafas. A compreensão de que as relações de gênero são relevantes para todo o conjunto social, inclusive para os homens, não se deu de forma fácil.

Vale a pena registrar dois momentos interessantes de embate das feministas dentro da geografia radical. Um deles é relatado por Linda McDowell (1999), dando conta de que no periódico *Antipode* – uma revista da geografia radical –, a geógrafa Susan Christopherson escreveu um artigo, em 1989, sobre as dificuldades da aceitação, por parte da corrente de pensamento majoritária, de incluir as diferenças de gênero como elementos de análise da estrutura socioespacial. Christopherson afirma que os problemas relativos à justiça e à igualdade de gênero estiveram fora da discussão para a maioria dos geógrafos, inclusive para aqueles que se autoproclamavam interessados na luta contra as desigualdades de classes e a favor das transformações sociais. O outro momento é o embate expresso num artigo de Iris Marion Young, publicado em *Antipode* (1998), sob o título “Harvey’s complaint with race and gender struggles: a critical response”. Nesse artigo, a estudiosa feminista critica a análise empreendida por David Harvey em seu livro *Justice, nature and the geography of difference*, lançado em 1996, no que diz respeito à sua posição sobre a impossibilidade de alcançar uma justiça universal por meio das lutas particulares dos movimentos sociais de gênero e raça. Young (1998) concorda com Harvey quanto à necessidade de união em torno das lutas contra a acumulação e o controle de recursos. Contudo, ela se opõe à ideia, expressa por David Harvey, de que a consideração das diferenças de gênero, raça, religião e capacidades físicas, por exemplo, possam desagregar um movimento amplo de justiça universal. Pelo contrário, ela argumenta que a contemplação das diferenças fortalece a inclusão social e amplia a eficiência de um projeto social universal, já que a universalidade é um produto da interação de particularidades.

Nesse sentido, é preciso esclarecer que, embora as geografias feministas lutassem por um espaço teórico e político em que os eixos de poder das diferenças de gênero pudessem ser analisados, isso não quer dizer que essas diferenças possam ser isoladas conceitualmente de outras categorias de estruturação social, como classe, raça, reli-

gião, sexualidade, e assim por diante. Assim, o projeto feminista da geografia é ambicioso, porque, além da complexidade teórica que lhe é inerente, há um compromisso político explícito com as transformações das estruturas de poder criadoras das diferenças de gênero, que atribuem às mulheres um *status* social inferior ao dos homens. Isso demanda um trabalho que envolve desde relações cotidianas do espaço privado até relações sociais mais amplas, como o capital, o trabalho, a propriedade privada, o Estado e as religiões.

O avanço da perspectiva feminista na geografia, com a adoção do conceito de gênero, ampliou os estudos tanto das feminilidades como das masculinidades. Entretanto, tornaram-se mais comuns estudos enfocando o papel feminino na produção do espaço, elaborados especialmente por geógrafas. Esse fato ainda gera mal-entendidos, a exemplo dos equívocos de que os estudos de gênero são exclusivamente femininos e que, portanto, eles devem ser realizados por mulheres, e de que as análises de gênero devem obrigatoriamente apresentar um caráter comparativo³ dos universos masculino e feminino, para evidenciar as relações de poder entre homens e mulheres. Os desdobramentos desses lapsos de compreensão sobre os estudos de gênero na geografia geraram, durante muito tempo, a formação de guetos de pesquisadoras e o isolamento deste perfil de produção científica.

O enfoque feminista envolvendo a concepção de gênero enquanto construção social de papéis a serem desempenhados por homens e mulheres permitiu às análises geográficas evidenciar que as características das relações de gênero variam de acordo com diferentes espaços e escalas. Assim, as áreas das geografias urbana, econômica e política foram campos férteis de desenvolvimento de estudos por parte das geógrafas feministas.

A análise da produção científica realizada por Bondi e Rose (2003), em “Constructing gender, constructing the urban: a review of Anglo-American feminist urban geography”, embora restrita espacialmente, evidencia a trajetória de estudos que se desenvolvem no entrelaçamento das relações entre gênero e espaço urbano. As cidades se converteram em fértil campo de investigações feministas, justamente porque nessa escala espacial era possível compreender vários elementos simultâneos – como os aspectos sociais e econômicos – que compõem a vida das mulheres.

³ Embora haja muitos trabalhos comparativos, é preciso deixar claro que de forma alguma a utilização do conceito de gênero implica necessariamente essa prática metodológica, já que a dimensão relacional que a ideia de gênero expressa é a de que os seres humanos se fazem nas relações; nesse sentido, é perfeitamente cabível, na análise de gênero, estabelecer um recorte social específico a partir de um grupo feminino e/ou masculino.

O espaço urbano, notadamente nos países em que se desenvolveram tais estudos feministas, apresenta uma nítida separação de gêneros, com áreas dedicadas à produção do capital, hegemonicamente masculinas, e áreas ligadas à reprodução social, associadas às vivências femininas, argumentam Pratt e Hanson (1988). Assim, como afirma Massey (1984), a organização do espaço é compreendida como sexista e funciona como um elemento de ordenamento das relações de gênero. Esses autores criticam os padrões de uso e ocupação da terra, com a separação das áreas residenciais dos espaços produtivos e de serviços, e a qualidade dos sistemas de transporte, que dificultam a mobilidade urbana das mulheres, responsáveis pela vida familiar, e seu acesso às oportunidades de trabalho e de estudo. A concepção de cidade, segundo esses e outros trabalhos feministas, reforça os papéis tradicionais de homens e mulheres e constitui uma barreira para a superação das desigualdades de gênero, uma vez que ela separa de forma contundente as esferas públicas e privadas, como pode ser observado em McDowell (1983).

Na geografia econômica, os estudos enfocaram o trabalho feminino nos setores produtivos das indústrias, comércio e serviços, assim como suas relações com o trabalho doméstico, buscando compreender os diferentes posicionamentos de homens e mulheres nas estruturas setoriais, ocupacionais e de remuneração. McDowell (1991a) sustenta que as estruturas sociais e geográficas da organização do capital criam, constantemente, formas diferentes de exploração das classes trabalhadoras. Os aspectos de gênero, na medida em que as mulheres constituem grande parte da força de trabalho, passam a ser importantes elementos a serem considerados. Emergiram também as críticas de Drake e Horton (1983) sobre o sexismo presente na geografia política, e as propostas de Kofman e Peake (1990) para a produção de uma agenda específica de investigações sobre gênero no campo político.

Os trabalhos geográficos sob a influência marxista sofreram críticas pelo enfoque dualista dos papéis sociais masculinos e femininos, bem como pela predominância da bipolaridade na análise do espaço associado à produção e à reprodução social da sociedade capitalista. Além disso, o viés estruturalista criou uma feminilidade genérica, pautada pelas relações de classes e fundamentada na figura da mulher esposa, mãe e trabalhadora, pouco preocupada com outras identidades marcadas por sistemas políticos e culturais de opressão, como a sexualidade e a raça.

Contudo, há esforços, por parte de pesquisadores, em realizar inovações temáticas, incluindo a perspectiva da sexualidade associada

às relações capitalistas. Knopp (1992), em seu artigo “Sexuality and the spatial dynamics of capitalism”, afirma que a sexualidade, o gênero e a classe, juntamente com a raça, a etnia e tantos outros elementos, estão implicados de forma relacional. Segundo ele, as estruturas espaciais e os conflitos constitutivos das relações de classe são também elementos essenciais da sexualidade, e o desenho urbano baseado nas divisões dos papéis de gênero e da divisão espacial do trabalho implica a construção da sexualidade hegemônica. No entanto, argumenta o autor, as lutas sociais pelos direitos sexuais podem re-significar as representações dos espaços, tornando necessária a construção de caminhos contra-hegemônicos de reorganização espacial.

Duas importantes escritoras ativistas da década de 80, bell hooks⁴ e Gayatri Spivak, criticaram o protagonismo das mulheres brancas, de classe média, dos países desenvolvidos, na maior parte dos estudos feministas, evidenciando as clivagens da pseudounidade do movimento e chamando a atenção para as relações de poder e as diferenças existentes dentro da genérica categoria das mulheres, em torno da qual o movimento estava fundamentado, conforme argumenta McDowell (1999).

As críticas das mulheres negras e das mulheres do Terceiro Mundo contribuíram para os debates epistemológicos que transformaram os modos de produzir o conhecimento, por parte das feministas, as quais passaram a conceber a ciência como uma metanarrativa de um saber pretensamente neutro e universal, também em termos de raça e sexualidade.

Assim como as mulheres brancas reivindicaram, na década de 70, espaços teóricos e políticos de hegemonia masculina, as mulheres negras oriundas de países em desenvolvimento reivindicavam, agora, o reconhecimento de suas experiências específicas num contexto de globalização que deveria contemplar a multiplicidade étnica, racial e sexual.

As críticas levantadas pelas correntes pós-estruturalistas, calcadas no apelo às diversidades das feminilidades e masculinidades, não diminuem a importância das análises estruturais, mas levam à possibilidade do desenvolvimento do pensamento complexo. Isso porque os trabalhos de cunho estruturalista também absorveram as relações de gênero transpassadas pelas noções de classes, raças, idades e

4 “bell hooks” é como Gloria Jean Watkins se autodenomina. Sua escolha em utilizar letras minúsculas para escrever seu nome/apelido traz polêmicas aos linguistas. Alguns recomendam que seja respeitada sua escolha, enquanto outros argumentam que não há problemas em realizar adaptações. Para este texto, foi respeitada a vontade da autora.

etnias. McDowell (1991b), em seu artigo “The baby and the bathwater: diversity, deconstruction and feminist theory in geography”, argumenta que o reconhecimento das diferenças entre as mulheres não exclui uma unidade de interesses comuns ao grupo, já que, mesmo frente às mais variadas criações sociais das feminilidades e das masculinidades, ainda persistem as noções de inferioridade das mulheres enquanto grupo social, reforçando a ideia de que o reconhecimento das diferenças fortalece a luta feminista ao invés de enfraquecê-la.

A desconstrução do gênero e da sexualidade: a reconstrução sob o paradigma da diversidade

As variações dos papéis de gênero incorporadas à geografia, relacionadas às diferentes classes, idades, raças, etnias e sexualidades, não aplacaram as críticas das correntes pós-estruturalistas e pós-colonialistas, que se fundamentavam na necessidade de evidenciar as diferenças, evitando as generalizações, e na urgência em superar os dualismos ainda presentes no conceito de gênero.

A partir da crítica de que o conceito de gênero perpetuava a dominação masculina, devido ao seu caráter dual, e da concepção de cultura como pré-existente na estruturação dos papéis masculinos e femininos desempenhados pelos seres humanos, emergiram com força, na década de 90, perspectivas desconstrucionistas do conceito de gênero, que reivindicavam novas formas de produzir o saber geográfico. Essas perspectivas desconstrucionistas foram afirmadas em obras de Michel Foucault (1988) e Judith Butler (1990), bem como de Teresa de Lauretis (1987) e Donna J. Haraway (1991).

A estabilidade da identidade feminina presente nos conceitos de gênero foi um dos focos de abordagem de Butler (1990), uma das mais importantes representantes da análise pós-estruturalista sobre gênero e feminismo. A autora argumenta contra os determinismos em torno dos significados construídos culturalmente e inscritos nos corpos anatomicamente diferenciados de homens e mulheres. Segundo ela, o cumprimento de papéis a serem desempenhados pelos corpos passivos à inscrição cultural cria um destino inexorável e fixo, tão determinista quanto a noção biológica contra a qual as feministas historicamente lutavam.

A concepção de gênero como uma construção discursiva, na obra *Undoing gender*, de Butler (2004), reconhece o gênero como um mecanismo criado para regular a existência humana e naturalizar as noções de feminilidade e de masculinidade. Se, por um lado, essa regulação de gênero se sustenta em um conjunto de leis e mecanismos que norteiam as construções identitárias, por outro, ela não pode ser compreendida como mera abstração, porque são as pessoas, por meio de suas ações concretas, que constroem a realidade generificada. As normas de gênero, afirma Butler, são incorporadas pelas pessoas, regendo a inteligibilidade social das ações humanas; todavia, as normas são diferentes das ações, pois, ao experienciar as normas de gênero, as pessoas não apenas as reproduzem como as transformam, escapando do padrão idealizado de masculinidade e/ou feminilidade.

Em *Bodies that matter*, Butler (1993) argumenta que os corpos regidos pelas normas de gênero não estão limitados a executar os padrões hegemônicos de feminilidade ou de masculinidade, tampouco são superfícies pré-existentes e fixas; ao contrário, eles são maleáveis e materializam as identidades de gênero por meio de processos de subjetivação das normas incorporadas, que se expressam nas vivências cotidianas.

A compreensão de gênero, segundo Butler (1990), deve ir além das categorias restritivas baseadas na dualidade macho/homem e fêmea/mulher. Para ela, essa visão simplista impossibilita as alterações sociais, considerando-se que o próprio conceito operado pelas teorias feministas ainda cultiva as concepções bipolarizada e oposicional circunscritas nos universos femininos e masculinos. Butler (2004) propõe a compreensão de gênero como um mecanismo, uma ficção reguladora, através do qual se naturalizam as noções de masculinidade e de feminilidade, que pode servir também como uma ferramenta de desconstrução e de desnaturalização dessas mesmas noções. Seu argumento está fundamentado na ideia de que as identidades de gênero são instáveis, que elas estão em permanente transformação e que o distanciamento do conceito de gênero das noções de dualidade pode ampliar o campo semântico de gênero, incluindo, assim, pessoas que não se enquadram nos eixos binários naturalizados. Butler (1990) sustenta que não existe linearidade entre sexo, gênero e desejo e que os seres humanos, em sua vivência concreta, compõem inúmeras variações desses elementos, instituindo complexidades permanentemente abertas e em transformação constante.

A visão desconstrucionista de Butler (1990) compreende o gênero como uma contínua repetição de atos estilizados de seres humanos

que, quando atuam, incorporam uma série de significados socialmente construídos e legitimados, criando uma pretensa preservação do gênero em estruturas binárias e estáveis. Contudo, as normas de gênero são representações que, ao serem interiorizadas pelas pessoas no processo de atuação, jamais são reproduzidas em sua plenitude; portanto, são continuamente transformadas, subvertidas e, assim, desconstruídas. Nesse sentido, não existem em si as masculinidades e as feminilidades essencialmente verdadeiras, pois o gênero é performático; ele se institui mediante atuações contínuas que, se de um lado expressam as normas de gênero, por outro comportam sua desconstrução no processo de atuação, gerando configurações fora dos eixos restritivos da bipolaridade e da heterossexualidade compulsória.

As ideias de Judith Butler, que comportam identidades plurais e instáveis, com a noção do gênero performático, geraram polêmicas dentro dos movimentos feministas, altamente centrados na noção de gênero feminino como uma unidade estável das políticas de esquerda. O movimento feminista falava, a partir de grupos de mulheres e de suas respectivas reivindicações, para a construção de um projeto político de justiça social distributiva. Além disso, a visão desconstrucionista também gerava dúvidas sobre a possibilidade de se produzir, no âmbito acadêmico, investigações feministas frente à instabilidade das categorias mulher e gênero. McDowell (1991b) afirma, contudo, que essas questões são perfeitamente solúveis e que as análises científicas têm como função compreender as estruturas e os processos em que se criam as distinções que situam os seres humanos a partir de relações desiguais. Sendo assim, as análises incluem, simultaneamente, as relações econômicas e político-culturais que, de forma complexa, associam classes, etnias, raças e sexualidades em configurações específicas no tempo e no espaço. Portanto, as feministas podem lutar pela desconstrução conceitual e, concomitantemente, pela reconstrução de projetos sociais baseados na esperança utópica em torno das mulheres como grupo.

A noção de gênero como construção discursiva e ficção relacional, fruto da perspectiva pós-estruturalista, gerou novas energias para as geografias feministas, tendo em vista que as análises mais específicas que primavam pelas diferenças colocaram o espaço como um elemento fundamental no amplo campo das teorias feministas. As novas abordagens compreendiam a formação das identidades instáveis de gênero a partir dos lugares peculiares das experiências concretas das pessoas, suas constantes redefinições identitárias e, também, da posição das pessoas que emitem os discursos científicos e de quem os interpreta. As

categorias de espaço e lugar foram incorporadas também por jovens homens pesquisadores de outras ciências sociais, como é o caso do historiador Michael Lansing (2003), em “Different methods, different places: feminist geography and new directions in US western history”, o qual utiliza a produção geográfica feminista para propor métodos de construção de novas versões sobre a história do oeste americano.

Além de as novas perspectivas das geografias feministas contribuírem com campos que extrapolam a ciência geográfica, houve um aprofundamento dos debates epistemológicos dentro do próprio campo, que se compunha agora de diversas tendências e matizes de abordagem. O movimento emergente da chamada Nova Geografia Cultural firmou alianças promissoras com as geografias feministas, fortalecendo o diálogo entre esse campo e as demais áreas da ciência geográfica. As férteis relações acadêmicas com os movimentos sociais e as vinculações interdisciplinares, oriundas das bases dos movimentos feministas do mundo acadêmico e científico, contribuíram para complexificar o saber geográfico, com variadas propostas metodológicas e a ampliação do universo temático das análises espaciais. Além disso, obteve-se o reconhecimento do mérito da produção científica feminista junto aos geógrafos do sexo masculino, os quais passaram a produzir pesquisas baseadas nas teorias feministas e a compor um grupo político-científico.

O movimento feminista da geografia ampliou as noções das diferenças que marcam profundamente o espaço, em qualquer escala adotada para análise, e qualquer que seja o foco de interesse, vinculando as complexas relações entre corpos, identidades e poder na produção material e simbólica do espaço.

Influenciadas pelas teorias pós-coloniais, pós-estruturalistas e psicanalíticas, as geografias feministas – associadas às críticas das mulheres negras, de gays, de lésbicas ao perfil universal e elitizado dos movimentos sociais – aprofundaram seu caráter plural, ao abordarem desde as microgeografias do corpo até as relações transnacionais, em variadas perspectivas de análise, abrindo caminho para os estudos das sexualidades a partir da teoria *queer*,⁵ das políticas econômicas e ambientais, baseadas nas críticas ao modelo de globalização instituído.

5 O pensamento acadêmico *queer* é oriundo das contestações ao movimento social homossexual norte-americano de caráter conservador, do qual era protagonista o homem branco, homossexual, de classe média alta. Esse movimento excluía a diversidade das identidades sexuais presentes na luta pela liberdade sexual, também composta por não-brancos, travestis, lésbicas, transexuais, etc. Os pensadores *queer* comungam as ideias de que a heteronormatividade e as hierarquias sexuais precisam ser questionadas, para que outras realidades sejam visíveis, e, também, que não há linearidade entre sexo, gênero e desejo, pois as identidades são instituídas de ilimitadas configurações entre esses elementos.

A abordagem da sexualidade no campo da geografia superou uma série de preconceitos associados ao tema, e de modo inclusivo no próprio campo feminista. Domosh (1999), em seu artigo “Sexing feminist geography”, afirma que a luta das feministas contra as concepções masculinas erotizadas das mulheres tem evitado um alinhamento com as sexualidades, sob a justificativa de que isso poderia reforçar as suposições culturais de exploração sexual das mulheres e deslegitimar a autoridade feminina no corpo do conhecimento. Contudo, argumenta a autora, é impossível separar a geografia feminista das discussões da sexualidade, uma vez que, em nossa cultura, essas discussões estão sempre vinculadas às mulheres e ao gênero. As identidades de gênero, segundo ela, estão profundamente atreladas às normas da heterossexualidade, cujos ideais de masculinidade e de feminilidade são apenas inteligíveis sob a matriz heterossexual.

Binnie e Valentine (1999) analisaram o crescimento do número de trabalhos associados à sexualidade e ao espaço, argumentando que há ainda um longo caminho a percorrer para o combate da homofobia dentro da disciplina como um todo. Eles apontam que as geografias feministas apresentam ambiguidades no tocante ao estudo das sexualidades, ora colocando-se de forma favorável, ora restringindo a ampliação desse campo de estudo. Os autores aludem ainda à necessidade de superação das metodologias descritivas de mapeamentos de espaços gays e lésbicos, passando a um tratamento mais crítico das diferenças entre os dissidentes sexuais. Apesar de reconhecerem a importância dos trabalhos precedentes, sustentam a ideia de que as abordagens das sexualidades devem estar também associadas aos debates mais amplos da política econômica. A teoria *queer*, portanto, além de sua importância capital em reconhecer a formação de comunidades e culturas sexuais, é um espaço teórico no qual se pode evidenciar a exclusão e a marginalização de determinados grupos sociais nas atividades econômicas e políticas, frutos da homofobia. Segundo eles, mais do que uma leitura *queer* do espaço, é necessário empreender uma leitura *queer* da própria geografia, que tem banalizado esse campo de produção científica.

Apesar das resistências enfrentadas, houve um enorme crescimento de estudos sobre as sexualidades baseados na teoria *queer*, notadamente influenciados pelo pensamento de Judith Butler, emergente nos anos 90. Bell e Binnie (1994), em um artigo instigante, discutem a complexidade que envolve os estudos das identidades sexuais e do espaço, estabelecendo um diálogo com as teorias da performatividade e da transgressão das identidades heteronormativas, contidas nas

ideias de Judith Butler. O artigo enfoca o desempenho das identidades sexuais em espaços apropriados por grupos chamados *gay skinhead* e *lipstick lesbian*.

O primeiro grupo exercita a hipermasculinidade, exaltando os tradicionais elementos da superioridade masculina, como a cor branca da pele e o corpo musculoso moldado pelos exercícios físicos; o segundo grupo exercita, de forma exacerbada, os códigos da feminilidade hegemônica, por meio de *performances* hiperfeminilizadas dos gestos corporais e da utilização de acessórios estilizados, como maquilagens e tipos de vestimentas. O trabalho levanta uma série de questionamentos sobre a possibilidade de transgressão da ordem heteronormativa espacial, a partir das *performances* desses grupos. Isso porque os autores partem da ideia de que o espaço heterossexual não é pré-discursivo, mas criado por meio do exercício de identidades que empregam a matriz heterossexual do sexo, gênero e desejo; e, como tais grupos exacerbam o exercício das tradicionais normas de gênero, os espaços por eles criados e experienciados podem não levar à contestação e à transgressão da ordem heteronormativa. Com estes argumentos, Bell e Binnie (1994) complexificam o campo de análise dos grupos sociais que fogem à heteronormatividade, evidenciando que há pluralidades a serem contempladas no exercício das identidades sexuais dissidentes, as quais impossibilitam uma perspectiva unívoca de classificação dos grupos de gays e de lésbicas.

A ocultação de identidades homossexuais, devida à forte ideia de inferioridade atribuída aos dissidentes da heteronormatividade, com suas implicações espaciais, é tema desenvolvido por Valentine (1993a). Centrada nas experiências espaciais das mulheres lésbicas, ela alerta que, para evitar a hostilidade e a discriminação, o grupo opta, muitas vezes, por não expressar claramente sua identidade sexual em determinados locais e em determinadas épocas da vida, estabelecendo estratégias de sobrevivência. A autora argumenta que as estratégias desenvolvidas pelo grupo estudado sugerem uma análise mais complexa, levando-se em consideração que as pessoas exercitam, em diferentes espaços e momentos, múltiplas identidades.

A explicitação da identidade sexual se dá de forma consciente, mediante a escolha deliberada de espaços distantes dos locais de trabalho ou do convívio com a família, para que então possam se expressar os gestos cotidianos mais simples de afetividade, como andar pelas ruas de mãos dadas com a parceira, por exemplo. As provocações teóricas e metodológicas da autora levam ao apelo para a necessidade de se atribuir maior atenção às negociações e às estratégias desenvolvidas

pelos grupos dissidentes da sexualidade hegemônica e de se evidenciar as diferenças internas desses grupos, ainda tomados como pretensamente homogêneos.

Em “(Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces”, Valentine (1993b) argumenta que a habilidade para apropriar e dominar lugares e influenciar o uso do espaço por outros grupos não é apenas produto da heteronormatividade, mas também de sua força expressa no espaço. Portanto, o espaço compõe a realidade heteronormativa, podendo também, por outro lado, subvertê-la; segundo a autora, as análises geográficas devem superar a noção simplista da expressão material das paisagens e prestar atenção ao exercício das espacialidades sutis com grande potencial subversivo.

Namaste (1996), em “Genderbashing: sexuality, gender, and the regulation of public space”, analisa o fenômeno da violência praticada nos espaços públicos de Montreal, no Canadá, evidenciando a vulnerabilidade a agressões de pessoas que transgridem a norma hegemônica da relação entre sexo, gênero e desejo. Segundo a autora, a dimensão da violência é diferenciada para cada grupo de gays, lésbicas e *transgenders*⁶. Entre os subgrupos analisados, destaca que o grupo *transgenders* é o que mais sofre com a violência, associando a vulnerabilidade ao exercício de sua atuação como profissionais do sexo nas ruas e outros locais públicos.

O apelo ao aprofundamento das análises das sexualidades realizadas por Valentine (1993a) está acompanhado pela constatação da homofobia presente nos ambientes acadêmicos. Segundo ela, o preconceito e a negatividade associados aos temas ligados com as sexualidades dissidentes acabam por não atrair pesquisadores ao campo de pesquisa e, inclusive, dificultam o recrutamento de participantes em projetos de investigação. Isso ocorre porque há uma associação direta entre a pessoa que pesquisa e as suas opções de investigação, contraditoriamente, inclusive, com os (pseudo) pressupostos da ciência como um saber que prima pelo distanciamento entre o objeto a ser analisado e o pesquisador. Essas associações, somadas aos receios de discriminações por parte dos envolvidos em projetos de pesquisa desta natureza, têm dificultado o progresso do campo de análise das sexualidades.

6 O termo “transgenders” não é facilmente traduzido para a língua portuguesa como “transgêneros”, termo que acaba por adquirir novos significados na cultura brasileira. Em nossa cultura, o termo mais adequado para denominar o grupo social estudado pela autora seria “travestis”, entendidos como seres que possuem o corpo biologicamente categorizado como masculino e exercitam a identidade feminina de gênero.

A emergência de estudos ligados às masculinidades é tratada em um artigo de Robyn Longhurst (2000). A autora argumenta que as análises geográficas das masculinidades estiveram preocupadas em explorar as normas de construção da masculinidade hegemônica e suas relações com as identidades sexuais, raciais e étnicas. Além disso, os trabalhos desenvolvidos se alinharam explicitamente com o projeto político feminista, já que, com o objetivo de desestabilizar o poder da masculinidade hegemônica, adotou-se a perspectiva de compreender como se dá a construção de tal hegemonia, relacionando os campos binários da masculinidade e da feminilidade. Longhurst mostra que a expansão do tema ocorreu associada à geografia feminista, à geografia cultural e social e à geografia das sexualidades. Mais recentemente, o tema das masculinidades passou a compor a geografia urbana e as geografias de perspectivas pós-colonialistas. Contudo, as áreas da geografia física, sistemas de informação geográfica, planejamento, estudos ambientais, desenvolvimento regional e da população continuam, até o momento, impermeáveis ao tema das masculinidades.

Embora admita que novas formas de masculinidades tenham surgido a partir do desafio feminista e do ativismo político gay, o geógrafo Peter Jackson (1991) entende que há uma enorme resistência da estrutura patriarcal que compõe as relações entre homens e mulheres e o exercício das sexualidades. Por esse motivo, o autor evoca a necessidade de desenvolver estudos que compreendam as estruturas espaciais que sustentam as formas dominantes de masculinidade, a fim de indicar as possíveis linhas de resistência. O trabalho de Jackson (1994) evidencia forças de desconstrução do estereótipo masculino predominante, geralmente representado pelo homem jovem, branco, fisicamente bem dotado, viril e firmemente heterossexual, através do estudo dos impactos de uma campanha publicitária de sucesso que utilizava como modelo um homem negro, associado, portanto, a uma masculinidade periférica.

Segundo suas análises, a associação de um homem negro a elementos de sucesso redefiniu as representações sociais produzidas pela sociedade britânica e provocou mudanças de atitudes relacionadas a gênero, sexualidade e raça, a partir da desestabilização dos aspectos negativos estereotipados associados a homens negros. Assim, o autor evidencia o poder das representações sociais hegemônicas e, ao mesmo tempo, as possibilidades de transformações sociais do padrão masculino considerado ideal e superior.

Na perspectiva desconstrucionista, o espaço é concebido de forma paradoxal: de um lado, compõe as representações sociais hegemônicas dos gêneros e das sexualidades; de outro, é elemento de

subversão dessas mesmas representações, pois é por meio das ações espaciais concretas desempenhadas pelos seres humanos que se dão as contínuas transformações da realidade socioespacial.

A busca pela enunciação plural de saberes e por conhecimentos das teorias geográficas feministas também se expressa nos debates de temas emergentes das últimas décadas, que envolvem respostas aos processos de globalização contemporânea, incluindo as conexões transnacionais e translocais, por meio de análises políticas, econômicas e culturais associadas às questões de gênero. São relevantes as análises da organização global do trabalho, das políticas ambientais, dos fluxos migratórios internacionais, do poder dos Estados e dos direitos humanos internacionais. Nagar *et al.* (2002) estabelecem um diálogo com as perspectivas hegemônicas dos estudos da globalização, constroem pontos de convergência e sugerem a inclusão de elementos inovadores para a análise do processo. Segundo as autoras, a globalização aparece como um processo genérico, obscurecendo os locais concretos, os sujeitos e as ações que a sustentam.

Nesse sentido, as autoras chamam a atenção para a importância da utilização de análises escalares que envolvem simultaneamente espaços, sujeitos e formas de organização do trabalho. E nessa perspectiva relacional de escalas é visível a organização generificada do trabalho, das mobilidades populacionais e das diásporas. Contudo, suas propostas de análise da globalização não se restringem à visibilidade das relações de gênero, mas sugerem também novas formas de concebê-la. Os processos globais envolvem uma compreensão do local como tão importante quanto os processos espaciais gerais, e, sobretudo, a globalização deve ser compreendida como unidade não-hierarquizada de perspectivas intelectuais, tanto dos países centrais como dos países periféricos ao processo. Para as estudiosas, a inteligibilidade da globalização implica a construção de um conhecimento a partir da integração das escalas geográficas e do cruzamento das versões científicas plurais.

Massey (1994) caminha na mesma direção, complexificando a noção da análise espacial a partir do entrecruzamento de escalas. Afirma ela que há uma infinidade de relações e de fatores que se entrecruzam nos lugares, e a compreensão de suas dinâmicas não está restrita às relações locais. Os lugares são interseções tanto de dinâmicas locais como globais; isso quer dizer que as relações sociais que ali operam estão relacionadas às múltiplas escalas espaciais, e é justamente o cruzamento delas que define a especificidade dos lugares.

O contexto da globalização associado às críticas das teorias pós-colonialistas e às perspectivas desconstrucionistas das identidades, em

sua dimensão espacial, se expressa nos debates sobre as formas de produção do conhecimento geográfico, de seus resultados éticos e políticos, como forma de avançar nas discussões teórico-metodológicas de um campo de saber comprometido politicamente com as transformações sociais. Audrey Kobayashi e Linda Peake (1994), em “Unnatural discourse: ‘race’ and gender in geography”, criticam a naturalização das dicotomias presentes no discurso geográfico que ainda sustenta as análises de gênero e raça de forma dual, facilitando a construção social das diferenças materiais em uma perspectiva hierarquizada que perpetua as dominações. As construções sociais são modos de pensar, e isso envolve também a concepção de ciência geográfica e os modos de produzir tal conhecimento. A geografia praticada de forma dual, opondo natureza e cultura, material e simbólico, tem escamoteado as discussões a respeito do gênero racializado, acabando por naturalizar um discurso racista e sexista ao desconsiderar que o mundo das ideias se faz das materialidades corporais, assim como a realidade material se faz também das ideias.

A posicionalidade do pesquisador no campo de pesquisa é um importante ponto de debate do campo das geografias feministas. Katz (1992) afirma que os intelectuais precisam ter a consciência de que a construção dos objetos de pesquisa, juntamente com a posicionalidade do pesquisador em relação aos grupos que estuda, cria e recria a realidade social daqueles que estudamos; essa atitude reflexiva pode, portanto, gerar caminhos libertadores coletivos. A posicionalidade do pesquisador também é alvo de estudos de Rose (1997), que discute o poder presente nos fundamentos dos enunciados científicos e na posição de quem os pronuncia, influenciando as relações entre pesquisadores(as) e pesquisados(as). Tal qual Katz (1992), ela também evoca a responsabilidade dos intelectuais que, a partir de suas escolhas teórico-metodológicas e de seus resultados de pesquisas, constroem também a realidade socioespacial que estudam.

Kobayashi (1994) discute os problemas relacionados à legitimidade dos intelectuais ao falarem por outros grupos sociais. Segundo ela, cada intelectual deve perguntar-se “quem está falando por quem”. Argumenta, também, que essa questão implica a identidade de quem pesquisa com a mudança social, o envolvimento político e o conhecimento a respeito das hierarquias discursivas que são construídas nas relações de poder entre intelectuais e grupos pesquisados.

Os argumentos dessas geógrafas estão centrados nas relações de poder intrínsecas na produção do conhecimento científico. Elas fazem autocríticas em relação à suas posturas como investigadoras, para poderem agir no dismantelamento das hierarquias sociais, de modo a

trazer para a discussão a prática geográfica como um elemento de poder na geração dessas hierarquias.

As geografias feministas emergentes nas últimas décadas problematizaram as noções essencializadas de sexo, gênero e desejo, apresentando versões plurais da realidade socioespacial fluida, ambígua, múltipla e híbrida, além de renovar a perspectiva crítica das relações de poder inerentes aos modos de fazer a ciência geográfica, despertando a capacidade reflexiva do papel do(a) pesquisador(a) na construção da realidade socioespacial.

O conhecimento produzido pelas geografias feministas contribuiu com a ciência geográfica como um todo, ao mesmo tempo em que conquistou espaços políticos e científicos próprios. O campo não se expressa de forma unívoca, coerentemente com a sua constituição histórica dentro movimento feminista acadêmico, de natureza interdisciplinar. As pluralidades de abordagens presentes nesse campo de saber são expressões de sua riqueza teórico-metodológica, e elas se convertem também em energias que renovam os debates e o avanço científico.

As discussões a respeito de posicionamentos científicos distintos, as revisões conceituais e as alianças estabelecidas com as teorias pós-colonialistas e pós-estruturalistas promoveram, ao contrário do temor inicial, novas versões e contemplaram a alteridade na construção de saberes geográficos, sem, contudo, dismantelar o movimento político-científico da luta coletiva contra os poderes hegemônicos que regem o saber e o poder. Além disso, a superação dos pensamentos dual e oposicional que separam os universos feminino e masculino e a união do movimento feminista às lutas contra o etnocentrismo do discurso hegemônico congregaram também intelectuais, independentemente de suas categorizações de sexo, raça, etnia e de sexualidade, em uma perspectiva de desconstrução das mais variadas formas de dominação.

O rechaço das correntes majoritárias e as negações da produção científica das geografias feministas acabaram por produzir um contrapoder cada vez mais fortalecido pelo aprimoramento teórico e conceitual, que conquistou, a partir de suas abordagens complexas, o centro dos debates do mundo científico contemporâneo, trazendo para a discussão a responsabilidade da ciência na construção da realidade socioespacial. As geografias feministas são subversivas e, como se verifica em toda subversão, trazem em si os sentimentos ambíguos do temor e da excitação. Talvez aí residam sua força e sua vitalidade científica.

Referências

- BEAUVOIR, Simone de. *O segundo sexo: a experiência vivida*. São Paulo: Difusão Européia do Livro, 1967.
- BELL, David; BINNIE, Jon. All hyped up and no place to go. *Gender, Place and Culture*, v. 1, n. 1, p. 31-47, 1994.
- bell hooks. Mujeres Negras. Dar forma a la teoría feminista. In: bell hooks; BRAH, Avtar; SANDOVAL, Chela; ANZALDÚA, Gloria; MORALES, Aurora Levins; BRAVNANI, Kum-Kum; COULSON, Margaret; ALEXANDER, M. Jacqui; MOHANTY, Chandra Talpade. *Otras inapropiables: feminismos desde las fronteras*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004. p. 33-50.
- BINNIE, Jon; VALENTINE, Gill. Geographies of sexuality: a review of progress. *Progress in Human Geography*, v. 23, n. 2, p. 175-187, 1999.
- BONDI, Liz. Progress in geography and gender: feminism and difference. *Progress in Human Geography*, v. 14, n. 3, p. 436-438, 1990.
- _____. Gender and dichotomy. *Progress in Human Geography*, v. 16, n. 1, p. 98-104, 1992.
- BONDI, Liz; ROSE, Damaris. Constructing gender, constructing the urban: a review of Anglo-American feminist urban geography. *Gender, Place and Culture*, v. 10, n. 3, p. 229-245, 2003.
- BUTLER, Judith. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. London: Routledge, 1990.
- _____. *Bodies that matter: on the discursive limits of "sex"*. London: Routledge, 1993.
- _____. *Undoing gender*. New York: Routledge, 2004.
- DOMOSH, Mona. Sexing feminist geography. *Progress in Human Geography*, v. 23, n. 3, p. 429-36, 1999.
- DRAKE, Christine; HORTON, Joan. Comment on editorial essay: sexist bias in political geography. *Political Geography Quarterly*, v. 2, n. 4, p. 329-337, 1983.
- ENGELS, Friedrich. *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Madrid: Fundamentos, 1986.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- FRASER, Nancy. Mapeando a imaginação feminista: da redistribuição ao reconhecimento e à representação. *Revista de Estudos Feministas*, v. 15, n. 2, p. 291-308, 2007.
- HARAWAY, Donna J. *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*. London: Free Association Books, 1991.
- JACKSON, Peter. The cultural politics of masculinity: towards a social geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 16, n. 2, p. 199-213, 1991.
- _____. Black male: advertising and the cultural politics of masculinity. *Gender, Place and Culture*, v. 1, n. 1, p. 49-60, 1994.
- KATZ, Cindi. All the world is staged: intellectuals and the projects of ethnography. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 10, n. 5, p. 495-510, 1992.
- KNOPP, Larry. Sexuality and the spatial dynamics of capitalism. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 10, n. 6, p. 651-669, 1992.
- KOBAYASHI, Audrey. Coloring the field: gender, "race" and the politics of fieldwork. *The Professional Geographer*, v. 46, n. 1, p. 73-80, 1994.
- KOBAYASHI, Audrey; PEAKE, Linda. Unnatural discourse: 'race' and gender in geography. *Gender, Place and Culture*, v. 1, n. 2, p. 225-453, 1994.
- KOFMAN, Eleonore; PEAKE, Linda. Into the 1990s: a gendered agenda for political geography. *Political Geography Quarterly*, v. 9, n. 4, p. 313-36, 1990.

- LANSING, Michael. Different methods, different places: feminist geography and new directions in US western history. *Journal of Historical Geography*, v. 29, n. 2, p. 230-247, 2003.
- LAURETIS, Teresa de. *Technologies of gender: essays on theory, film, and fiction*. Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- LONGHURST, Robyn. Geography and gender: masculinities, male identity and men. *Progress in Human Geography*, v. 24, n. 3, p. 439-444, 2000.
- MASSEY, Doreen. *Spatial divisions of labor: social structures and the geography of production*. New York: Methuen, 1984.
- _____. *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.
- _____. Masculinity, dualisms and high technology. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 20, n. 4, p. 487-499, 1995.
- McDOWELL, Linda. Towards an understanding of the gender division of urban space. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 1, n. 1, p. 15-30, 1983.
- _____. Life without Father and Ford: the new gender order of post-Fordism. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 16, n. 4, p. 400-419, 1991a.
- _____. The baby and the bathwater: diversity, deconstruction and feminist theory in geography. *Geoforum*, v. 22, n. 2, p. 123-133, 1991b.
- _____. Engendering change: curriculum transformation in human geography. *Journal of Geography in Higher Education*, v. 16, n. 2, p. 185-198, 1992.
- _____. Making a difference: geography, feminism and everyday life – an interview with Susan Hanson. *Journal of Geography in Higher Education*, v. 18, n. 1, p. 19-33, 1994.
- _____. *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- McDOWELL, Linda; PEAKE, Linda. Women in British geography revisited: or the same old story. *Journal of Geography in Higher Education*, v. 14, n. 1, p. 19, 1990.
- McEWEN, Cheryl. Gender, science and physical geography in nineteenth-century Britain. *Area*, v. 30, n. 3, p. 215-223, 1998.
- MIGNOLO, Walter D. Os esplendores e as misérias da “ciência”: colonialidade, geopolítica do conhecimento e pluri-versalidade epistêmica. In: SANTOS, Boaventura de Souza. *Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez, 2004. p. 667-710.
- MONK, Janice. Place matters: comparative international perspectives on feminist geography. *The Professional Geographer*, n. 3, p. 277-88, 1994.
- MONK, Janice; HANSON, Susan. On not excluding half of the human in human geography. *The Professional Geographer*, v. 34, n. 1, p. 11-23, 1982.
- NAGAR, Richa; LAWSON, Victoria; McDOWELL, Linda; HANSON, Susan. Locating globalization: feminist (re)readings of the subjects and spaces of globalization. *Economic Geography*, v. 78, n. 3, p. 257-84, 2002.
- NAMASTE, Ki. Genderbashing: sexuality, gender, and the regulation of public space. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 14, n. 2, p. 221-240, 1996.
- OBERHAUSER, Ann M.; RUBINOFF, Donna; DE BRES, Karen; MAINS, Susan; POPE, Cindy. Geographic perspectives on women. In: GAILE, Gary L.; WILLMOTT, Cort. J. (Ed.). *Geography in America at the dawn of the 21st century*. Oxford: Oxford University Press, 2003, p. 737-758.
- PRATT, Geraldine; HANSON, Susan. Gender, class and space. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 6, n. 1, p. 15-35, 1988.
- ROSE, Gillian. Progress in geography and gender – or something else. *Progress in Human Geography*, v. 17, n. 4, p. 531-537, 1993a.
- _____. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993b.

_____. Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography*, v. 21, n. 3, p. 305-320, 1997.

SILVA, Susana M. Veleza da; LAN, Diana. Geography and gender studies: the situation in Brazil and Argentina. *Belgeo*, n. 3, p. 371-382, 2007.

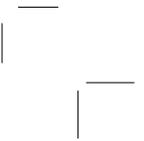
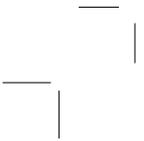
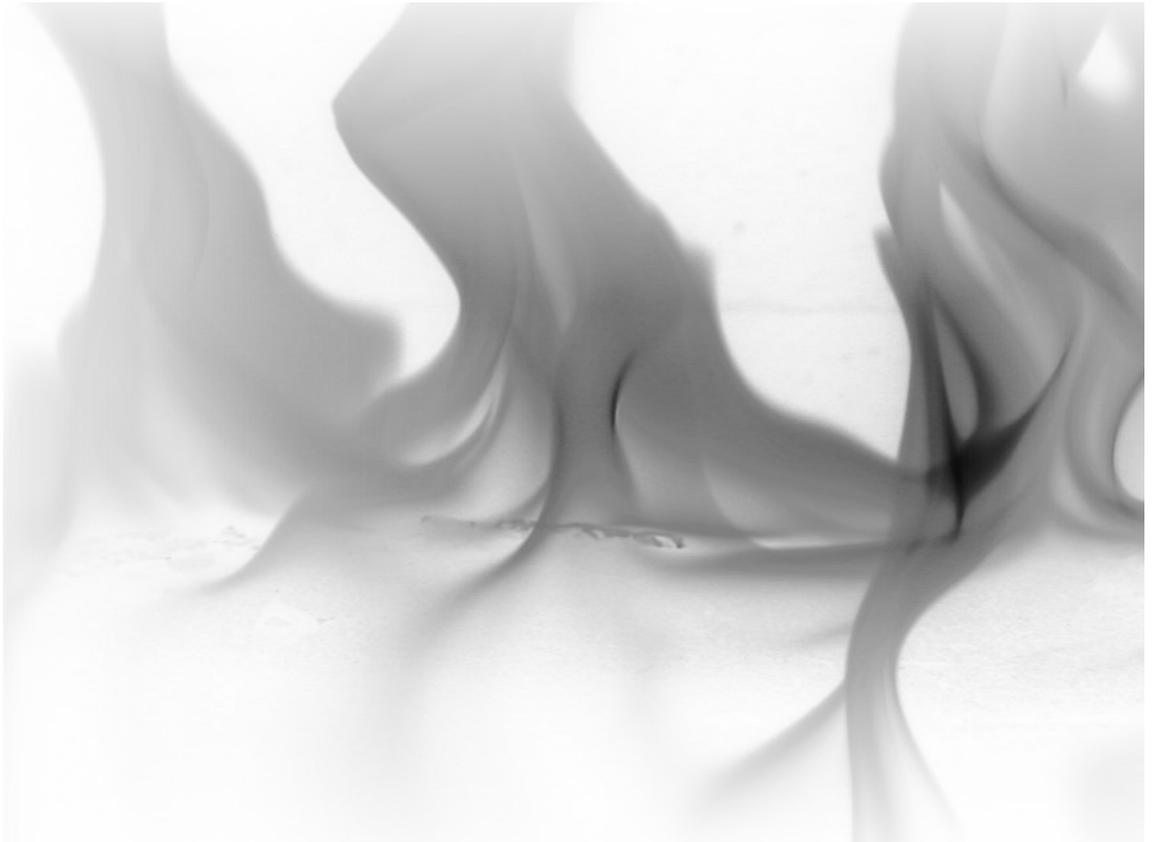
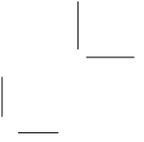
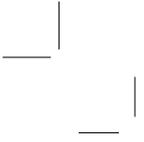
SPIVAK, Gayatri Chakravorty. Bonding in difference. In: ARTEAGA, A. *An other tongue: nation and ethnicity in the linguistic borderlands*. Durham: Duke University Press, 1994, p. 219-244.

VALENTINE, Gill. Negotiating and managing multiple sexual identities: lesbian time-space strategies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 18, n. 2, p. 237-248, 1993a.

_____. (Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces. *Environment and Planning D: Society and space*, v. 11, p. 395-413, 1993b.

WOMEN and geography study group (WGSG) of the IBG. *Geography and Gender*. London: Heinemann, 1984.

YOUNG, Iris Marion. Harvey's complaint with race and gender struggles: a critical response. *Antipode*, v. 30, n. 1, p. 36-42, 1998.



Ausências e silêncios do discurso geográfico brasileiro:

uma crítica feminista à geografia eurocêntrica

Joseli Maria Silva



Por que a geografia brasileira é pouco permeável à abordagem de gênero? Desde a década de 70 há uma produção científica que questiona a ausência das mulheres na ciência geográfica, e ela se aprofundou nos anos 80 e 90, com a incorporação da interseção de categorias sociais como classe, gênero, raça e sexualidades. O desenvolvimento da crítica epistemológica ao monotopismo da produção geográfica moderna – objetiva, neutra e universal –, que suplantava e invisibilizava vários sujeitos(as) não identificados(as) com o homem, branco, heterossexual, ocidental e cristão, foi e ainda é uma das maiores contribuições da corrente chamada “geografias feministas”.

Foi sob os protestos contra privilégios epistêmicos de gênero e raça realizados por mulheres, negras(os) e homossexuais que se deflagrou definitivamente a crise da ciência moderna, bem como uma reflexão em torno de suas consequências históricas e éticas para o mundo colonizado, como afirma Mignolo (2004). O saber científico é uma criação humana, marcado por um espaço/tempo, a Europa do período moderno, que promoveu a acumulação da riqueza material e uma

forma particular de concepção do mundo que se tornou universal e hegemônica, anulando a emergência de saberes plurais e de sujeitos que não se enquadraram no protagonismo do conhecimento eurocentrado e masculino.

Trazer para o debate científico as perspectivas geopolíticas e feministas da produção científica gera ainda alguns mal-entendidos, que precisam ser esclarecidos para evitar polêmicas infrutíferas. A interpretação da palavra “feminismo” ou “feminista” tem sido associada a referências exclusivamente femininas, e em oposição ao masculino. Além disso, a palavra “feminismo” é alvo de estigmas por parte da sociedade, como argumenta Sorj (2005).

A autora questiona o fato de que a sociedade aprova conquistas do movimento feminista, como o direito ao voto feminino, o direito à educação, e assim por diante, mas, ao mesmo tempo, alimenta uma repugnância a ele. Segundo Sorj, a resistência social à identidade com o movimento feminista está relacionada com a criação de representações sociais hegemônicas de grupos que não suportam a ideia do avanço das conquistas femininas. Em geral, as feministas são associadas a comportamentos agressivos, radicais ou, ainda, a desajustes afetivos e sexuais. Sorj constrói um interessante argumento sobre a persistência do preconceito em torno do feminismo, afirmando que esse fato

[...] é ainda mais surpreendente quando adotamos uma visada histórica sobre os movimentos políticos e sociais do extremado século XX e nos damos conta de que o feminismo foi, de longe, o movimento político mais bem sucedido do século. Diferentemente dos demais movimentos políticos como o fascismo, o nacionalismo e o comunismo, o feminismo promoveu uma formidável mudança de comportamentos orientada para a promoção de mais liberdade e igualdade entre os sexos, sem aspirar à tomada do poder, sem utilizar a força e sem derramar uma gota de sangue. As mudanças ocorreram no campo do convencimento e da persuasão, pela condução de campanhas e manifestações, pela divulgação de idéias na mídia e pela mudança das leis. O feminismo, além do mais, constituiu-se como movimento plural, sem dono nem estruturas de controle centralizadas, sem excomungados, renegados ou dissidentes. (SORJ, 2005, p. 1).

E continua ela, dizendo que, enquanto a história ainda lembra as qualidades e feitos de líderes de movimentos sociais e revolucionários, “as feministas são, no melhor dos casos, tratadas de forma jocosa, como um bando de mulheres desaforadas. Está na hora de revermos essa narrativa profundamente inconsistente na qual não gostamos das santas, mas apreciamos o milagre [...]” (SORJ, 2005, p. 1).

Assim, é de fundamental importância saber que o movimento social feminista entrou também nas academias, onde acabou sendo batizado como “epistemologias feministas”. Esta denominação se deve ao seu nascimento como um movimento científico político de mulheres cientistas que acabaram por produzir novas formas de conceber a ciência como um conhecimento posicionado e situacional, e, portanto, embebido em relações de poder. Essas novas concepções, no entanto, não podem ser compreendidas como práticas científicas próprias de mulheres, mas como uma forma de fazer científico também adotado por homens inconformados com a falácia das verdades universais e da naturalização das hegemonias de determinadas versões de saber.

A adoção da perspectiva geopolítica na análise da produção do conhecimento e das ideias hegemônicas implica a criação de um saber que supere a visão eurocêntrica inerente à concepção da ciência moderna, compreendida como neutra, objetiva e universal. A denominação “saber eurocêntrico” tem gerado polêmicas, pois, muitas vezes, as críticas a esta concepção de saber são interpretadas como dirigidas a pesquisadores de origem européia, como se a nacionalidade da pessoa que pratica o conhecimento determinasse o perfil de suas pesquisas. Esta compreensão equivocada deve ser definitivamente superada, para que se possa construir um debate epistemológico qualificado. O chamado saber eurocêntrico é uma referência espacial a um tipo de conhecimento que teve sua origem na Europa e que acabou sendo difundido no mundo como um modelo ideal de saber e como um único modelo social a ser seguido de forma linear pelos demais povos do mundo. E este tipo ideal que tem como referência a Europa instituiu as hierarquias que organizam as dualidades, opondo o bem e o mal, o homem e a mulher, o superior e o inferior, a razão e a emoção, a sociedade e a natureza, e assim por diante.

Assim, é preciso dizer que a adoção das perspectivas geopolíticas e feministas do conhecimento não deve levar a uma associação direta entre nacionalidades ou à percepção imediata de corpos que praticam o conhecimento. Por exemplo, uma mulher pode defender e enquadrar-se perfeitamente no modo de produzir o conhecimento moderno, pautado pelo saber masculino. Assim como uma pessoa negra pode posicionar-se defendendo pressupostos brancos, ou ainda, povos latinos ou africanos podem agir de acordo com o ideário europeu. Da mesma forma, podemos encontrar homens praticando a epistemologia feminista e pessoas que nasceram na Europa incorporando um discurso descolonizador do conhecimento. O importante é marcar a ideia de que o que está em jogo são as formas de projetar a vida, a ética e a política, e que, por-

tanto, não há uma linearidade natural entre o ser que age na produção do saber e as características representacionais a ele atribuídas.

Neste sentido, a pergunta que norteia o presente texto sobre a impermeabilidade da perspectiva de gênero na geografia brasileira identifica-se claramente com as interpretações feministas e geopolíticas da produção científica. Compreender ausências, silêncios e invisibilidades do discurso científico é reconhecer que tais características não são fruto de acasos, mas de uma determinada forma de conceber e de fazer a geografia. Assim, tal qual alerta Foucault (1988), é necessário evidenciar nas produções discursivas os princípios que organizam o par relacional “poderes e silêncios” inerentes ao campo científico.

Contudo, a pergunta que norteia este ensaio gera uma contradição de complexa superação. Como trabalhar empiricamente com aquilo que é ausente, silenciado ou invisível? Boaventura de Sousa Santos (2004), ao propor a construção da “sociologia das ausências”, argumenta que adotar uma perspectiva de investigação para demonstrar o que não existe necessita focar naquilo que é

[...] activamente produzido como não existente, isto é, como uma alternativa não-credível ao que existe. O seu objecto empírico é considerado impossível à luz das ciências sociais convencionais, pelo que sua simples formulação representa já uma ruptura com elas. O objectivo da sociologia das ausências é transformar objectos impossíveis em possíveis e com base neles transformar ausências em presenças. (p. 786).

Para dar uma resposta à pergunta, foram adotados dois eixos fundamentais de procedimentos metodológicos. O primeiro explorou as estruturas de poder e de divisão sexual do trabalho docente no ensino superior na área de geografia e o segundo esteve centrado na análise das concepções epistemológicas da ciência geográfica brasileira. Os dados sobre a estrutura docente e sua qualificação foram levantados a partir do Instituto Nacional de Estudos e Pesquisas Educacionais Anísio Teixeira (INEP) – Sistema Nacional de Avaliação da Educação Superior (SINAES), e a configuração das chefias departamentais foi obtida por meio de pesquisa direta nas universidades selecionadas como amostra.¹ O segundo eixo de investigação teve como fonte de dados os Planos Pedagógicos dos Cursos de Graduação em Geografia das universidades brasileiras que criaram os cinco primeiros programas

1 O universo amostral engloba 27 universidades, com uma universidade de cada uma das unidades federativas do Brasil, privilegiando-se as universidades de responsabilidade federal, por serem as mais importantes, com exceção da USP, que é de responsabilidade do governo estadual.

de pós-graduação *stricto sensu* no país. A escolha da Universidade de São Paulo (USP), da Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho (UNESP – Rio Claro), da Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), da Universidade Federal de Pernambuco (UFPE) e da Universidade Federal do Sergipe (UFSE) se justifica pelo seu pioneirismo na produção de pesquisa científica. Este fato acabou por torná-las importantes modelos acadêmicos, seguidos por outras universidades, e, além disso, elas constituem a origem da qualificação de grande parte do corpo docente superior que atua na rede de universidades brasileiras. A representação feminina na produção científica geográfica, tanto em termos de autoria de artigos científicos como nos temas de investigação científica, foi analisada a partir da escolha dos nove periódicos científicos mantidos por profissionais da área de geografia² que obtiveram os melhores indicadores segundo a avaliação da Coordenação de Aperfeiçoamento de Nível Superior (CAPES). Foram analisados os periódicos científicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia (RGB)*, cobrindo um total de 1704 artigos publicados entre os anos de 1939 e 2008.³

O texto está estruturado em três partes. A primeira aborda a feminização da geografia brasileira, que, apesar disso, permanece impermeável à abordagem de gênero. Na segunda parte são explorados os aspectos organizacionais e estruturais interdependentes que viabilizam a ausência detectada, para tornar inteligível a sua lógica epistêmica e reconhecer os mecanismos que operacionalizam o perfil hegemônico da ciência geográfica no Brasil. Finalmente, na terceira parte é proposta uma abordagem de gênero na geografia brasileira, com base na perspectiva teórica e metodológica adotada pelo Grupo de Estudos Territoriais.

2 O ano base de levantamento no *web* qualis CAPES foi 2008.

3 O recorte temporal, de 1939 em diante, explica-se pelo fato de que a revista mais antiga em circulação, a *Revista Brasileira de Geografia*, foi fundada nesse ano. É importante lembrar que as revistas analisadas apresentam diferentes períodos de existência, razão pela qual se optou por cobrir a totalidade dos artigos, sem trabalhar com técnicas amostrais.

Entre a crescente feminização da geografia brasileira e a permanência da invisibilidade das relações de gênero na organização acadêmica

O alcance da centralidade da perspectiva de gênero nas ciências sociais no Brasil e a contraditória impermeabilidade da ciência geográfica a ela configuram uma situação, no mínimo, curiosa, considerando que a geografia é uma ciência da sociedade. Qualquer ciência que tenha como foco de análise as relações humanas deve ter em conta que a humanidade não é uniforme e que a diferença entre homens e mulheres é uma das principais categorias de análise. Além disso, as relações de gênero permeiam todas as sociedades, apesar das diferenças espaciais e temporais.

A extraordinária importância dos movimentos de mulheres ao longo de décadas e a força do feminismo latino-americano, que é considerado um dos maiores do mundo, já que combina reflexões teóricas e um ativismo político marcado pelo compromisso com a melhoria da sociedade por meio de relações de gênero, passam despercebidas pela geografia brasileira.

O avanço dos estudos de gênero em organismos como a Comissão Econômica para a América Latina e o Caribe (CEPAL) e o Fundo de Desenvolvimento das Nações Unidas para a Mulher (UNIFEM) é, sem dúvida, um exemplo das potencialidades das análises de gênero para erradicar as desigualdades socialmente construídas entre homens e mulheres e potencializar o desenvolvimento dos países.

Existem alguns temas que, em que pese a sua inequívoca importância, a geografia brasileira tem ignorado, tais como a feminização da pobreza, o aumento da proporção de mulheres chefes de família, as migrações femininas no mundo, as economias nacionais baseadas em remessas de capitais e o modo como esses elementos redesenham as relações entre os sexos nos locais de origem, a participação das mulheres nos movimentos camponeses (como no Movimento dos Sem-Terra) e, acima de tudo, os efeitos desiguais que a globalização está produzindo em mulheres e homens.

Enfim, apesar da crescente importância do papel feminino nos fatos sociais, a geografia brasileira continua negligenciando a perspectiva de gênero como potencialidade de construção da inteligibilidade da realidade social. Contudo, isso não quer dizer que o campo científico, como um todo, não tenha se modificado, incorporando cada vez mais o trabalho feminino.

A crescente feminização da geografia brasileira

Com relação à atuação feminina no meio acadêmico brasileiro, as estatísticas apresentadas pelo Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) são admiráveis se considerarmos que as mulheres foram incorporadas ao processo de escolarização apenas recentemente e que elas conquistaram o direito ao voto apenas em 1932. Das 20.586 bolsas de iniciação científica concedidas pelo Governo Federal em 2007, 56% foram destinadas a estudantes do sexo feminino. Neste mesmo ano, as mulheres conquistaram 52% do total de 8.218 bolsas de mestrado e 50% das 7.690 bolsas de doutorado. E na categoria de bolsas de pós-doutorado, as mulheres conquistaram 52%, chegando, assim, a superar os homens. Contudo, tamanho desempenho não se reflete nas chamadas bolsas de Produtividade em Pesquisa (PQ). Apenas 34% das bolsas PQ foram concedidas às mulheres e, se forem considerados os níveis de estratificação desta categoria, tomando como base o mais alto nível (1A), o percentual cai para 23%, evidenciando que ainda existem barreiras a serem vencidas nas oportunidades oferecidas para as mulheres no espaço acadêmico.

Segundo dados do Ministério da Educação relativos a 2006, o Brasil tem 22.101 cursos superiores, em 2.270 instituições de nível superior, distribuídas de forma desigual pelas regiões do país. A Região Sudeste destaca-se pela alta concentração de instituições educacionais, com 48,15%, e apenas o estado de São Paulo concentra 23,79% delas. Na sequência, temos a Região Nordeste, com 18,15%, a Região Sul, com 17,05%, a Região Centro-Oeste, com 10,70%, e a Região Norte, com 5,95%.

O total de pessoas em função docente no ensino superior brasileiro é de 316.882. Deste total, 22,28% são doutores(as) e 36,33% são mestres(as); os demais docentes têm titulações inferiores. Do total de docentes, 55,5% são homens e 44,5% são mulheres. O total de pessoas matriculadas em cursos superiores presenciais no Brasil é de 4.676.646, 55,72% do sexo feminino e 44,28% do sexo masculino. A função docente é marcada por uma presença maior de pessoas do sexo masculino, ao passo que a função discente é mais expressiva no universo feminino. A distribuição regional das diferenças de percentuais entre homens e mulheres em funções discentes é próxima à média nacional, com destaque para a Região Norte, em que as mulheres somam 57,55% do total de pessoas matriculadas em cursos superiores. Os dados sobre as pessoas concluintes de cursos presenciais das instituições de ensino superior brasileiras também apontam para uma supremacia feminina.

Do total de 736.829 pessoas que concluíram curso superior no ano de 2006 no Brasil, 60,57% são mulheres e 39,43% são homens.

A pesquisadora Maria Margarete Lopes afirma que as conquistas femininas nas universidades brasileiras ocorreram recentemente:

[...] há pouco mais de uma década, a participação das mulheres no sistema de Ciência e Tecnologia no país, segundo diversos indicadores, oscilava consistentemente em torno de 30%. Confirmando e aprofundando aspectos dessa tendência, em uma análise geral da participação das mulheres doutoras nas atividades de pesquisa, os dados indicam, em proporções aproximadas, que entre aqueles que se titularam no país até 1965, para cada 6,3 homens, havia uma mulher titulada; de 1976 a 1980, para cada três homens, uma mulher se doutorava; de 1986 a 1990 a proporção era uma mulher para 1,8 homens e de 1996 a 2000 chega a quase uma para um.⁴

O Instituto Nacional de Estudos e Pesquisas Educacionais Anísio Teixeira possui uma área específica sobre o ensino superior que congrega dados sobre as instituições, cursos e desempenho dos estudantes, por meio do Sistema Nacional de Avaliação da Educação Superior (SINAES).⁵ Segundo o Ministério da Educação, a área de geografia conta atualmente com 438 cursos, com habilitações em Bacharelado e Formação de Professores de Geografia, e, de acordo com o Ministério da Educação, o número de concluintes desses cursos presenciais, em 2006, foi de 10.870 pessoas. O total de docentes que atuam na área de geografia é de 4.670 pessoas, 46,4% das quais possuem o título de doutor(a), e 38,5% o de mestre(a). A estratificação destes dados, nas duas habilitações, e por sexo, pode ser visualizada nas tabelas que seguem.

Tabela 1 – Cursos superiores de Geografia, segundo docentes por sexo.

Curso	Docentes	Feminino	Masculino	% de mulheres	% de homens
Geografia: formação de professores	2.637	1.285	1.352	48,7	51,3
Geografia: bacharelado	2.033	910	1.123	44,7	55,3
Total	4.670	2.195	2.475	47,0	53,0

Fonte: Instituto Nacional de Estudos e Pesquisas Educacionais Anísio Teixeira (INEP) – Sistema Nacional de Avaliação da Educação Superior (SINAES), 2008.

4 Informação disponível em: <http://www.comciencia.br/reportagens/mulheres/13.shtml>

5 Criado pela Lei nº 10.861, de 14 de abril de 2004.

Tabela 2 – Titulação máxima de docentes da área de Geografia, por sexo.

Cursos	Doutorado			Mestrado			Especialização			Graduação		
	Total	%F	%M	Total	%F	%M	Total	%F	%M	Total	%F	%M
Geografia Formação de Professores	343	41,7	58,3	1306	51,7	48,3	832	48,5	51,5	156	40	60
Bacharelado em Geografia	942	41,7	58,3	784	50,5	49,5	183	43,7	56,3	124	33	67

Fonte: Instituto Nacional de Estudos e Pesquisas Educacionais Anísio Teixeira (INEP) – Sistema Nacional de Avaliação da Educação Superior (SINAES), 2008.

Os dados das Tabelas 1 e 2 mostram um equilíbrio nas proporções de homens e mulheres em função docente nos cursos de geografia das instituições superiores, bem como nos níveis de titulação máxima, com pequena vantagem numérica do sexo masculino na categoria de doutorado.

A diferença entre homens e mulheres no conjunto de profissionais se mostra ampliada quando se considera a conquista de postos de poder. O levantamento realizado junto às universidades federais do Brasil aponta que apenas 33,6% dos postos de chefia departamental são ocupados por mulheres; por outro lado, no que diz respeito aos cargos de coordenação de programas de pós-graduação em geografia, a representação feminina sobe para 39,5%.⁶ Já a representação feminina na composição dos grupos gestores da Associação Nacional de Pós-graduação em Geografia no período compreendido entre 1993, data de sua fundação, e 2007 é bastante equilibrada em termos numéricos. Em oito gestões, treze mulheres e onze homens participaram na composição das diretorias. Contudo, a função de presidência e tesouraria é exercida por homens em 62,5% dos casos, e, nessa mesma proporção, a função de secretaria é majoritariamente feminina. No tocante à coordenação de grupos de pesquisa, as mulheres lideram 47% dos 185 grupos de pesquisa cadastrados na área de Geografia, segundo dados do Diretório de Grupos de Pesquisa do CNPq relativos a 2008.

A desproporção entre a qualificação profissional e o empoderamento feminino nas organizações acadêmicas não é resultante da inaptidão das mulheres para ascender aos postos de mando; ela decorre da constituição de estruturas de poder, que dificultam o acesso. Com

⁶ Levantamento de dados realizado no ano de 2008.

base em pesquisas, Soares (2001) afirma que as mulheres têm mais dificuldades para conciliar as demandas profissionais e as familiares e que elas se vêem sobrecarregadas em função do acúmulo do trabalho doméstico com o trabalho profissional.

Os dados apresentados sobre a representação feminina na estrutura organizacional da academia brasileira na área de geografia evidenciam que há forte presença de mulheres altamente qualificadas, praticando a ciência geográfica cotidianamente, seja na carreira docente, seja como parte do corpo discente. Este fato, portanto, torna a questão levantada para esta investigação sobre a pequena influência das abordagens de gênero na geografia latino-americana ainda mais interessante e complexa. Afinal, o aumento do número de mulheres nos cursos superiores de geografia e nas carreiras do magistério de geografia não gerou tensões e questionamentos, por parte delas, no tocante à ausência de suas próprias espacialidades, histórias e identidades nos conteúdos que ministram e nos espaços que pesquisam, ou seja, na estrutura do discurso geográfico brasileiro que elas alimentam com sua prática docente e investigativa. Paradoxalmente, então, o trabalho docente e científico feminino produz e reproduz sua própria invisibilidade na geografia brasileira.

Na busca de explicações para o fato de que as mulheres geógrafas, em geral, não mobilizam esforços no sentido de que seja incorporada a perspectiva de gênero no discurso geográfico, um dos fatores que devem ser considerados é o de que seu ingresso no espaço universitário, como docentes e pesquisadoras, é bastante recente, o que pode representar uma dificuldade para questionar conceitos, teorias e métodos já consagrados, de forte teor androcêntrico. Segundo Leta (2003), não há estudos sistemáticos sobre a participação feminina nas organizações acadêmicas e na produção da ciência brasileira, e isso dificulta a obtenção de dados históricos precisos. Com base em seus estudos sobre a Universidade de São Paulo (USP), a autora constatou que a entrada expressiva de mulheres se deu nos anos 80 e 90, período que coincidiu com os movimentos sociais políticos de redemocratização do país e de aprovação da Constituição de 1988, culminando com o fortalecimento das regras de obrigatoriedade da promoção de concursos públicos para a admissão de docentes nas universidades públicas, com base em critérios universalistas e meritocráticos. É fundamental lembrar que a abolição do “sistema de

cátedras”⁷ nas universidades brasileiras e sua posterior organização em departamentos desestabilizaram as tradicionais relações de poder. Os concursos públicos passaram a ser focos importantes de disputas e, por consequência, de maior fiscalização e rigor, o que ampliou a possibilidade de ingresso de mulheres nas carreiras universitárias, a despeito dos padrões patriarcalistas. Contudo, a presença física das geógrafas ainda não modificou a estrutura de poder, que mantém a metade da humanidade fora do interesse científico da geografia brasileira. Frente ao processo de feminização da escolarização em geral e da crescente incorporação de mulheres na geografia brasileira, é necessário que seja repensada a racionalidade que predominou no século XX e ainda predomina atualmente nas políticas pedagógicas e científicas de produção geográfica. As mulheres já são agentes de conhecimento científico e pedagógico! Assim, é fundamental que a realidade socioespacial feminina seja contemplada como objeto de estudo na geografia brasileira.

Aspectos organizacionais da produção científica e a orientação epistemológica da geografia brasileira

O levantamento realizado nos nove periódicos melhor qualificados pelo CNPq, Sistema Qualis,⁸ no período compreendido entre 1939 e 2008, aponta que temas relacionados com mulheres e gênero não compõem o interesse da geografia brasileira, pelo menos daquela que é considerada como de mais alta qualidade pelos órgãos institucionais que avaliam a produção científica do Brasil. Foram encontrados apenas cinco artigos, e entre eles, curiosamente, figuram autorias masculinas.

7 Segundo Maria de Lourdes de Albuquerque Favero, em *A cátedra e o departamento nas universidades brasileiras*. Disponível em: www.historia.fcs.ucr.ac.cr/, o sistema de cátedra, oriundo da tradição portuguesa, reinou nas universidades brasileiras desde o período colonial, sendo superado com a Lei nº 5.540, de 28.11.1968, que institui uma reestruturação da universidade com base em departamentos, cujas chefias são eleitas pelos pares.

8 Com base na avaliação do triênio 2004-2006.

Tabela 3 – Produção científica brasileira nos periódicos Qualis A do Brasil em 2008.

Ano	Periódico	Autoria	Título do artigo
1988	<i>Revista Brasileira de Geografia</i>	Zuleica Lopes Cavalcanti de Oliveira e Márcia Coelho de Segadas Vianna	Trabalho feminino e a situação familiar da mulher nas áreas metropolitanas de SP, RJ, Porto Alegre e Recife
1998	<i>Revista do Departamento de Geografia da USP</i>	Rosa Ester Rossini	As geografias da modernidade – geografia e gênero – mulher, trabalho e família. O exemplo da área de Ribeirão Preto (SP)
2002	<i>Sociedade & Natureza</i>	Alexandre Magno Alves Diniz e José Flávio Moraes Castro	Diferenças socioespaciais entre homens e mulheres chefes de domicílio de Belo Horizonte, 2000
2007a	<i>Geosul</i>	Joseli Maria Silva	Gênero e sexualidade na análise do espaço urbano
2007b	<i>Espaço e Cultura</i>	Joseli Maria Silva	Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino

Fonte: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.

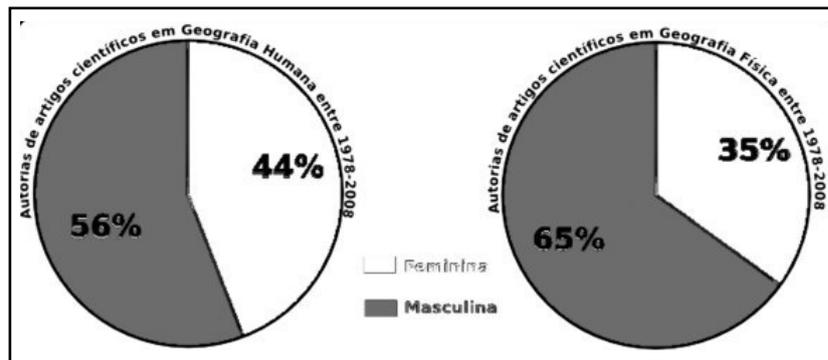
Organização: Grupo de Estudos Territoriais (GETE)

Além desses artigos, há ainda outras modalidades de trabalhos, como dissertações de mestrado, teses de doutorado e artigos publicados em revistas de menor impacto científico, conforme informam as geógrafas Susana Veleda da Silva e Diana Lan, com base em um estudo comparativo da produção científica do Brasil e da Argentina, em artigo publicado na revista *Belgeo* no ano de 2007. Estas autoras chegam à conclusão de que, a despeito do forte movimento feminista desenvolvido na América Latina, com impacto nas demais ciências sociais, como a sociologia, a história e a antropologia, o conhecimento geográfico manteve-se à margem. O estudo aponta para um pequeno incremento de pesquisas científicas que associam gênero e geografia no final do século XX e início do século XXI.

Se as mulheres e as análises de gênero não são consideradas objetos de estudo importantes na historiografia da geografia brasileira, não se pode dizer que seja por falta de autoras femininas de artigos científicos. No período compreendido entre 1978 e 2008, os periódicos pesquisados registram 2.320 autores(as),⁹ e a mulheres representam

⁹ Foi considerado o universo total de autores, contabilizando as coautorias.

41% desse total. A diferença de proporção entre homens e mulheres aumenta quando se considera a produção geográfica separada nas áreas humana e física, com uma representação feminina de 44% na primeira e de apenas 35% na segunda, como pode ser observado nos gráficos a seguir.



Fontes: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.

Organização: Grupo de Estudos Territoriais, 2008.

A *Revista Brasileira de Geografia*, um dos periódicos científicos mais antigos do país, criada em 1939, apresenta a primeira autoria feminina no ano de 1950, quando Lisia Maria Cavalcanti Bernardes publicou, juntamente com seu marido, Nilo Bernardes, o artigo “A pesca no litoral do Rio de Janeiro”. No mesmo ano, Lisia publicou, de forma individual, “Distribuição da população do estado do Paraná em 1940-1950”. O ano de 1939 marca a entrada das mulheres como agentes produtores de conhecimento geográfico, já que aparecem, também como autoras, Beatriz Célia Correia de Melo e Ruth Matos de Almeida Simões.¹⁰ Lisia Bernardes publicou, em 1952, o artigo “Tipos de clima do estado do Rio de Janeiro”, mas o primeiro artigo de autoria feminina que expressa com maior propriedade a geografia física foi publicado por Celeste Rodrigues Maio, em 1958, sob o título “Contribuição aos níveis do estudo da erosão do Brasil”. Até o ano de 1966, pode-se dizer que Lisia Maria Cavalcanti Bernardes foi a figura feminina mais expressiva da geografia brasileira em termos de produção de artigos científicos. No período entre 1967 e 1976, o nome

¹⁰ Essas autoras publicaram, respectivamente, os artigos “Interpretação do mapa de produção de café no sudeste do planalto central do Brasil” e “Distribuição da produção do arroz no sudeste do planalto central”.

corrente nas publicações da *Revista Brasileira de Geografia* foi o de Therezinha de Castro.¹¹ Fato interessante a ser destacado é o artigo de Maria Francisca Thereza C. Cardoso, publicado em 1963, sob o título “Campina Grande e sua função como capital regional”. Sua temática, relações entre cidades, é novidade na RGB, e ele foi publicado entre outros dois artigos de grandes nomes da historiografia da geografia urbana brasileira: Pedro Geiger e Roberto Lobato Corrêa. O artigo de Pedro Geiger, “Aspectos do fato urbano no Brasil”, foi publicado em parceria com Fany Davidovich, em 1961, e o artigo de Roberto Lobato Corrêa, “Contribuição para o estudo da área de influência de Aracaju”, foi publicado em 1965. Isso evidencia que as mulheres estavam também na vanguarda dos temas científicos, embora não tenham atingido a mesma notoriedade de seus colegas do sexo masculino.

A análise da produção científica por sexo nos periódicos científicos pesquisados revelou que, além de os homens possuírem maior número de artigos científicos, sua produtividade também é superior. Considerando os(as) quinze autores(as) mais produtivos(as) de cada sexo entre os anos de 1978 e 2008, verifica-se que o autor mais produtivo entre os homens publicou quase o dobro do número de artigos da mulher mais produtiva no mesmo período. Além disso, o conjunto total de homens apresenta maior produtividade que o de mulheres.

Tabela 4 – Relação entre as produtividades masculina e feminina na geografia brasileira no período 1978-2008.

Número de artigos publicados	Mulheres	Homens
Acima de 16	0	2
11 a 15	1	1
9 a 10	1	3
7 a 8	5	4
5 a 6	8	5

Fonte: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.

Organização: Grupo de Estudos Territoriais (GETE)

As geógrafas mais produtivas em termos de artigos publicados neste período, que se aproximam do desempenho masculino, são:

¹¹ Durante este período, a RGB publicou apenas grandes compêndios de geografia regional, descrevendo países e regiões do mundo, sem abordar temas relativos ao Brasil. É importante lembrar que a revista é publicada pelo Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE), subordinado ao Governo Federal, e que o período em questão foi marcado por forte repressão política do regime ditatorial. Estranhamente, os artigos eram, exclusivamente, de duas pessoas: Therezinha de Castro e Delgado de Carvalho.

Fany Davidovich, Berta K. Becker, Beatriz Maria Soares Pontes, Celeste Rodrigues Maio, Gisela Aquino Pires do Rio, Lígia Celória Poltronieri, Zeny Rosendahl, Amália Inês G. De Lemos, Ana Fani Alessandri Carlos, Lylian Coltrinari e Maria do Socorro Brito. Esse conjunto de mulheres geógrafas é heterogêneo com relação a idade, origem acadêmica, procedência institucional e área de atuação. Seria imprudente realizar qualquer análise de produção científica e do contexto acadêmico, político e familiar que possibilitou o destaque delas na academia brasileira pela sua produtividade em publicação de artigos científicos nos periódicos investigados. Trabalhar a produção científica destas mulheres pode vir a ser uma outra fase de aprofundamento desse trabalho, porque isso permitiria a inserção dos nomes femininos na historiografia da geografia brasileira.

O fato é que houve uma feminização da geografia brasileira, e as mulheres tornaram-se produtoras de conhecimento geográfico, mas a ciência praticada pelas mulheres geógrafas não se diferencia da produção científica masculina e muito pouco tem contribuído para construir a visibilidade das espacialidades femininas. Além disso, apesar da recente feminização da ciência geográfica brasileira, as mulheres ainda não têm a mesma notoriedade e reconhecimento científico que seus pares homens e ocupam em proporções menores os postos de poder. Contudo, os dados de produção científica evidenciam que há forte interesse das mulheres em participar ativamente da construção da geografia, notadamente quando se leva em conta que a maior parte da carga de trabalho doméstico e das tarefas reprodutivas é ainda feminina no Brasil, conforme aponta a Pesquisa Nacional de Amostras por Domicílio (PNAD-2006).

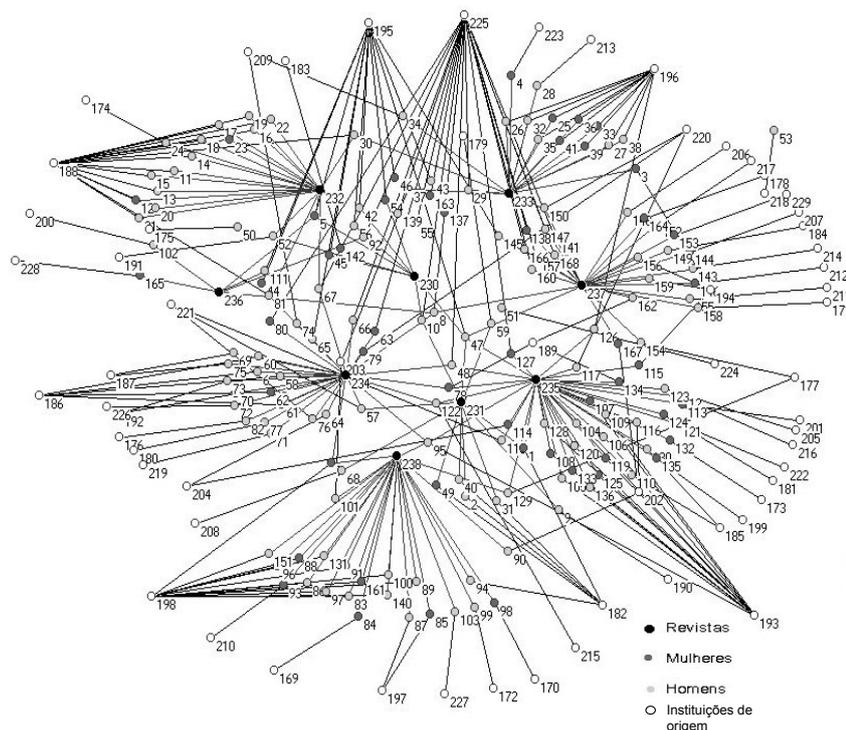
O exame da composição dos conselhos editoriais dos periódicos científicos que serviram de base para esta pesquisa mostra 68,5% de pessoas do sexo masculino e apenas 31,5% do sexo feminino. Contudo, não basta observar a presença de mulheres e homens nos conselhos editoriais dos periódicos científicos em termos numéricos para descortinar a influência e as relações de poder. É necessário compreender os diferentes níveis de influência que cada membro tem frente aos demais. Os membros dos conselhos científicos determinam, em grande parte, o que é concebido como ciência, sua relevância e disseminação. Para verificar a centralidade dos principais agentes que determinam a produção científica brasileira na área de geografia foi utilizada a metodologia de análise de redes sociais – ARS (ou Social Network Analysis – SNA), e utilizou-se o programa Pajek.¹² Essa opção

12 O programa Pajek e outros documentos relacionados estão disponíveis em <http://pejek.inf.m.su.se/doku.php?id=pajek>.

permitiu identificar os agentes centrais, ou os nós da rede, não apenas por sua participação direta, mas, sobretudo, pelo conjunto de relações estabelecidas por cada agente na rede e, assim, perceber sua capacidade para promover ou obstruir determinados discursos, como as abordagens de gênero, por exemplo. A rede geral constituída em torno dos membros dos conselhos editoriais dos nove periódicos selecionados pode ser observada na figura a seguir.

A simples visualização da rede permite apenas uma identificação difusa dos seus agentes centrais, de modo que é necessária uma análise estatística, para evidenciar a posição em centralidade de intermediação (*betweenness centrality*), apurada para cada agente (instituição de origem, membro do conselho e revista). A Tabela 5 mostra a ordem de centralidade de intermediação de vinte agentes em cada uma das categorias selecionadas para análise.

Figura 1– Rede formada por revistas, membros de conselhos editoriais e respectivas instituições de origem.



Fonte: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.

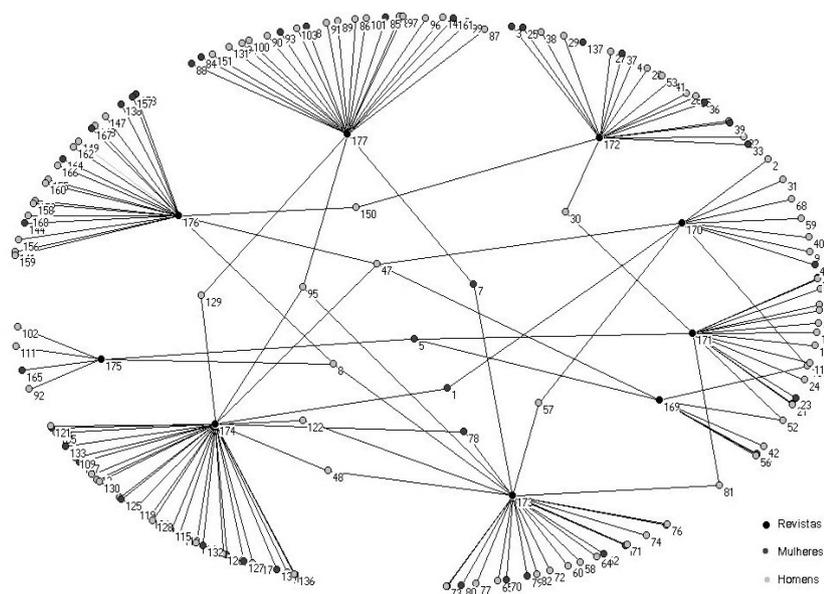
Organização: Grupo de Estudos Territoriais (GETE)

Tabela 5 – Membros de conselhos editoriais, por ordem de centralidade de intermediação.

Posição de centralidade entre membros	Número na rede	Agentes
1	47	Roberto Lobato Corrêa
2	95	Francisco de Assis Mendonça
3	8	Marcelo Martinelli
4	7	<i>Beatriz Ribeiro Soares</i>
5	67	Aziz Ab'Saber
6	81	Rogério Haesbaert
7	129	Oswaldo Bueno Amorin Filho
8	150	Georges Benko
9	126	Masato Kobaiyama
10	48	Antonio Carlos Robert Moraes
11	30	Carlos Walter Porto Gonçalves
12	5	<i>Bertha K. Becker</i>
13	122	José Mateo Rodrigues
14	29	Armen Mamigonian
15	78	<i>Maria Geralda de Almeida</i>
16	57	Paul Claval
17	1	<i>Zeny Rozendahl</i>
18	10	Milton Santos
19	65	Antonio Teixeira Gerra
20	101	Adler Guilherme Viadana

Fonte: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.
Organização: Grupo de Estudos Territoriais (GETE)

A centralidade de intermediação dos membros nos conselhos editoriais na rede formada pelas revistas selecionadas pode ser melhor percebida quando removidos da visualização os vínculos institucionais dos membros, conforme evidencia a figura a seguir.

Figura 2 – Rede formada por membros de conselhos editoriais e respectivas revistas.

Fonte: Levantamento direto nos periódicos *Espaço e Cultura*, *Revista do Departamento de Geografia da USP*, *Território*, *Geosul*, *Sociedade & Natureza*, *Mercator*, *Geographia*, *Ra'ega* e *Revista Brasileira de Geografia*.

Organização: Grupo de Estudos Territoriais (GETE)

Entre os vinte agentes de maior intermediação na rede figuram apenas quatro mulheres no conjunto. Ou seja, se o percentual de presença feminina nos conselhos editoriais é de 30% quando se considera a centralidade de intermediação, o percentual cai para apenas 20% quando se trata de mulheres que ocupam posições centrais nos processos decisórios de produção científica. Além disso, se forem consideradas apenas as dez primeiras posições, o percentual cai para 10%. Enfim, considerando que as conexões em rede apontam para uma ordem exponencial de relacionamentos possíveis, pode-se apontar, facilmente, um potencial bastante elevado de influência dos homens sobre a produção do discurso geográfico nos periódicos científicos selecionados para a investigação, sendo tal potencial bastante limitado quando se considera a capacidade das mulheres componentes de conselhos editoriais.

A ausência de temas de gênero no discurso geográfico não se justifica simplesmente pela ausência das mulheres no exercício profissional, já que houve notória feminização deste campo científico nas duas últimas décadas. Assim, para compreender a ausência das abordagens de gênero, mesmo frente à feminização do campo científico da geogra-

fia, há necessidade de se contemplar as estruturas de poder decisório capazes de manter a seletividade das características da geografia brasileira, ainda fortemente androcêntrica.

Portanto, a manutenção do caráter androcêntrico da geografia só pode ser compreendida quando se consideram as articulações entre a ocupação das posições de mando na organização acadêmica e a sua correspondente estrutura discursiva. Tal estrutura é analisada pelo resgate histórico da construção do saber científico geográfico brasileiro e do poder contido em seus enunciados científicos, que tornaram certos elementos socioespaciais, a exemplo das desigualdades entre homens e mulheres, pouco visíveis e considerados de menor importância científica.

O fazer geográfico na forma de publicações científicas e o processo de formação profissional deste campo de saber apresentam fortes características androcêntricas. Os currículos de graduação em geografia não fazem nenhuma menção às relações de gênero. As disciplinas que compõem a estrutura curricular dos cursos foram agrupadas em sete áreas distintas: epistemologia, regional, física, humana, instrumental, estágios/práticas e educação. A área humana, mais propícia para o desenvolvimento das perspectivas de gênero, engloba, em média, 20% do total das disciplinas das estruturas curriculares que foram tomadas como base. A área física concentra uma média de 17%, e a regional, 16%. A composição da estrutura curricular já torna a possibilidade de abordagem de gênero restrita aos 20% de campo reservado, em média, para as humanas. Mesmo assim, o pequeno percentual de disciplinas reservado à área humana não é suficiente para explicar a pequena abordagem de gênero na geografia brasileira, já que em outros países em que essa abordagem cresceu havia um quadro pedagógico muito semelhante.

Além de não haver qualquer referência a questões de gênero nos currículos, a análise das ementas dos cursos revela outros aspectos marcantes, como o sexismo na linguagem utilizada para descrever os conteúdos a serem ministrados nas disciplinas e a masculinização das referências bibliográficas indicadas.

Na área de epistemologia, por exemplo, não há qualquer menção das geografias feministas, cuja vertente teórico-metodológica surgiu nas universidades anglo-saxãs, fruto de um importante movimento contestatório da ciência realizado por geógrafas que denunciaram os “privilégios” epistêmicos e a hegemonia masculina, o que possibilitou formas diferentes de construir o saber científico, para além do campo da ciência moderna, objetiva, neutra e universal. É notória a ausência de nomes femininos na historiografia do pensamento geográfico pre-

sente nas indicações bibliográficas da área epistemológica. A invisibilidade feminina se revela também na linguagem que expressa os conteúdos dos cursos, como pode ser exemplificado pelo seguinte trecho, retirado de um dos planos de curso analisados, referente à disciplina de epistemologia, que se propõe desenvolver:

Aspectos gerais de teorias e métodos aplicados pela Geografia. Características gerais do pensamento de geógrafos que ajudaram a construir a ciência geográfica – (Humboldt, Ritter, Ratzel, Kropotkin, Reclus, La Blache, De Martone, P. George, Lacoste, M. Santos e outros).

Este enunciado, que evidencia a exclusividade dos homens na construção da ciência geográfica e a escandalosa ausência feminina, é ilustrativo do perfil das abordagens presentes nos documentos que regem o aprendizado da geografia brasileira. A utilização de linguagem sexista é um elemento fundamental para se compreender a ocultação das mulheres no discurso científico, tendo em conta que é por meio da linguagem que a humanidade se comunica, constrói e interpreta a realidade social. Portanto, é imperioso que se desenvolva uma crítica a respeito dessa linguagem androcêntrica fortemente difundida nos planos pedagógicos da geografia brasileira, para ensejar novas possibilidades de abordagens e linguagens.

A naturalização da desvalorização do feminino na geografia brasileira é algo tradicional e profundamente enraizado, difundido como inquestionável pelos conteúdos curriculares obrigatórios. Na área humana foram reunidas as disciplinas de geografia urbana, agrária, econômica, população, social e cultural e outras menos comuns aos planos de cursos analisados, como antropologia, sociologia, e assim por diante. É evidente que cada uma delas tem as suas especificidades. A geografia da população, por exemplo, é marcada pela análise demográfica e de mobilidade. A urbana tem como padrão dominante as relações entre forma e processos econômicos. A agrária tem como elementos mais comuns a abordagem da produtividade, renda da terra e relações de trabalho, e a social e cultural está relacionada com as abordagens da sociedade em grupos, com a utilização predominante da categoria “classe social”.

Os conteúdos curriculares dos cursos de graduação de geografia desempenham um papel ativo na construção da realidade e de modelos através dos quais geógrafas e geógrafos olham o mundo. Pode-se dizer que os planos curriculares da geografia brasileira não refletem a verdade socioespacial, porque realizam um tratamento unívoco e pretensamente neutro do espaço, potencializando o padrão masculino, tanto no privilégio de abordagens temáticas como no referencial teórico indicado.

Enfim, a geografia se faz e se refaz por meio de elementos organizacionais como a produção científica e a orientação epistemológica presente nos projetos curriculares da academia, ou seja, ela sobrevive e é conformada na prática cotidiana dos sistemas legais e institucionais. Os currículos obrigatórios direcionam os conteúdos que são considerados geográficos e formam profissionais a partir de uma determinada concepção da ciência geográfica. E essa concepção cria um pretensão campo próprio de temas, que recebem a chancela da comunidade científica, inibindo iniciativas de pesquisadores no sentido de ousar e desafiar as fronteiras do campo de saber. Além do sistema legal, os periódicos científicos são instituições que produzem a visibilidade da produção geográfica por meio da publicação de artigos, e essa visibilidade passa por critérios de seletividade que são controlados por pessoas que têm acesso a determinadas redes de relacionamentos. No caso da geografia brasileira, a determinação da consagração do discurso científico brasileiro está centrada na concepção masculina, operacionalizada por homens a partir da captação da centralidade em postos hierarquicamente mais importantes que os das mulheres. Contudo, é importante ressaltar que, se a ordem do discurso geográfico brasileiro é masculina, as mulheres, ao operacionalizar os conceitos já consagrados, acabam também por determinar a invisibilidade de temas e abordagens de gênero na sua prática cotidiana.

Aspectos estruturais da ausência das perspectivas de gênero na geografia: premissas históricas e elementos correlacionados

Os elementos organizacionais evidenciados anteriormente operam os aspectos estruturais de forma interdependente, construindo um sistema de regulação que caracteriza a dominação masculina e a ausência ou o silenciamento das abordagens de gênero na geografia brasileira.

As ausências e silêncios da geografia brasileira no tocante a determinados grupos sociais, entre eles, o das mulheres, constitui um dado empírico incontestável segundo os levantamentos realizados. Esta simples constatação, a da ausência, coloca o trabalho de crítica epistemológica em situação de fragilidade, já que ausência significa inexistência. E a necessidade de se produzir extensos levantamentos apenas para constar ou comprovar aquilo que já se sabe e para, a par-

tir daí, buscar a validade científica do argumento junto à tradição da objetividade, indica, inequivocamente, a inviabilidade da investigação empírica nesta área.

Trabalhar a inexistência, a falta, implica investigar o seu contrário, a existência, ou seja, a organização da estrutura que é capaz de criar as ausências e, além disso, mantê-las como algo natural e inquestionável. Assim, a ausência, analisada do ponto de vista estrutural, é derivada de algumas premissas históricas e elementos correlacionados aos quais o discurso científico da geografia brasileira está subordinado, a saber:

- a base eurocêntrica de constituição do saber;
- o apego à forma material do espaço, do qual emana a pretensa neutralidade;
- a permanência do sujeito genérico e universal, que invisibiliza os demais grupos sociais que não estão identificados com o protagonismo do homem, branco, ocidental, cristão.

A base eurocêntrica da ciência se expressa mediante um perfil de saber científico fundado nos pressupostos da racionalidade, objetividade, neutralidade e universalidade, cujo papel foi fundamental na instituição do projeto moderno/colonial. Lander (2005) lembra que a modernidade só existe em função da colonialidade, pois são faces complementares e contraditórias que se alimentam mutuamente. Contudo, diz ele, permaneceu visível apenas a face brilhante do projeto moderno como modelo civilizado europeu ocidental idealizado e desejado pelos espaços colonizados. Mignolo (2004, p. 666) lembra que a impressão que se estabeleceu é a existência da modernidade como único caminho a ser seguido pelas diversas sociedades no mundo e que “uma das razões para só se ver a metade da história é que esta foi sempre contada do ponto de vista da modernidade. A colonialidade era o espaço sem voz (sem ciência, sem pensamento, sem filosofia) que a modernidade tinha, e ainda tem, de conquistar, de superar, de dominar”.

A geografia brasileira, mesmo desenvolvida em espaço colonizado e praticada por nós, cientistas brasileiras(os), está impregnada da subjetividade colonial. Nossa história científica está repleta de personagens europeus, conforme argumenta Moraes (1991), num artigo em que ele explora o papel intelectual ativo dessas pessoas na criação dos primeiros cursos universitários em São Paulo e no Rio de Janeiro, em 1934, quase que simultaneamente com a fundação da Associação dos Geógrafos Brasileiros (AGB), a criação do Conselho Nacional de Geografia em 1937 e a criação do Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) em 1939. Almeida (2004) também contempla parte de nossa história científica, com protagonistas franceses, alemães e

norte-americanos, não apenas como referências teóricas, mas como executores de formatos pedagógicos e de concepções que fundaram boa parte das instituições geográficas brasileiras.

Moraes (1994, p. 359), ao analisar as raízes do Departamento de Geografia da USP, chega a dizer:

[...] fundado por mestres franceses, tendo por modelo a estrutura dos departamentos/cátedras em que estes se formaram e por doutrina o possibilismo lablacheano, o DG jamais conseguiu sair da órbita de influência da geografia produzida em França. Sequer conseguiu assimilar, mesmo que marginalmente, outras orientações teóricas.

E continua ele, discorrendo sobre a influência da geografia francesa sobre a brasileira e dizendo que esta

[...] incorporou fenomenal simpatia pelo empirismo, elegendo por modelo básico de pesquisa a monografia regional. Igualmente como a matriz, por longo tempo, o DG enganou-se entendendo seu campo de reflexão como um saber positivo e apolítico, que tranquilamente transitava entre os fenômenos naturais e sociais. O apreço pela história aparece, nesse quadro, como uma das poucas virtudes de berço [...].

Nesta mesma linha de raciocínio, Machado (2002, p. 8), ao discutir a institucionalização da geografia brasileira, afirma que, “guardando as devidas proporções, todos defenderam a entrada de um moderno critério de cientificidade pautado no então modelo de ciência moderna praticada na Europa, principalmente em território francês, a ciência positiva, descritiva, experimental e explicativa.”

Nos currículos da geografia brasileira figuram os ilustres pais da ciência, com presença marcante, como Alexander von Humboldt e Carl Ritter, inspirados no positivismo de Kant e no romantismo de Herder. Mesmo guardando as diferenças entre as ideias destes pensadores, eles convergem com relação à colonização empreendida pela Europa e também no tocante à noção de superioridade do europeu sobre os povos habitantes das áreas tropicais e do “novo mundo”. Capel (1982) transcreve um trecho da obra *Relación histórica del viaje de las regiones equinocciales*, de Humboldt, em que este discorre sobre suas impressões da relação entre faculdades intelectuais, trabalho e as áreas tropicais, numa pesquisa realizada entre 1799 e 1804:

[...] bajo un clima suave y uniforme, la única necesidad urgente del hombre es la alimentación. Es el sentimiento de esta necesidad el que excita para el trabajo; y se comprende fácilmente porqué, en medio de la abundancia, a la sombra de los bananos y del árbol del pan, las facultades intelectuales se desarrollen más lentamente que bajo un

cielo riguroso, en la región de los cereales, en donde nuestra especie está constantemente en lucha con los elementos. (HUMBOLT, 1807, apud CAPEL, 1982, p. 26).

Este trecho evidencia o olhar eurocêntrico sobre o saber dos outros povos, que têm suas “faculdades intelectuais” menos desenvolvidas. Capel (1982) também transcreve os argumentos de Carl Ritter a respeito do “destino” inquestionável da superioridade da Europa em relação a outros continentes e povos, ainda no século XIX:

El más pequeño de los continentes [a Europa] estava, así, destinado a dominar a los más grandes [...] Si se sabe que la vocación se há encontrado confirmada a nivel de la historia universal, se sabe menos que eso estava de alguna forma inscrito em ella desde toda la eternidad; se atribuye el honor por ello al hombre europeo, mientras que éste no le corresponde más que en partes [...] Europa estava, efectivamente, destinada a convertirse em el crisol de las riquezas y las tradiciones del Viejo Mundo al mismo tiempo que un lugar privilegiado para el desarrollo de la actividad intelectual y espiritual propia para absorber y organizar el conjunto de la humanidad. (RITTER, 1836, apud CAPEL, 1982, p. 59-60).

Emmanuel Kant, um dos grandes expoentes da filosofia moderna e fonte de inspiração para os pais da geografia, por sua vez, é claro em suas impressões sobre os povos negros, bem como sobre a capacidade intelectual das mulheres, em sua obra *Observações sobre o sentimento do belo e do sublime*. O trecho que se segue é exemplar:

Os negros da África não possuem, por natureza, nenhum sentimento que se eleve acima do ridículo. O senhor Hume desafia qualquer um a citar um único exemplo em que um negro tenha mostrado talentos, e afirma: dentre os milhões de pretos que foram deportados de seus países, não obstante muitos deles terem sido postos em liberdade, não se encontrou um único sequer que apresentasse algo grandioso na arte ou na ciência, ou em qualquer outra aptidão; já entre os brancos, constantemente arrojam-se aqueles que, saídos da plebe mais baixa, adquirem no mundo certo prestígio, por força de dons excelentes. Tão essencial é a diferença entre essas duas raças humanas, que parece ser tão grande em relação às capacidades mentais quanto à diferença de cores. (KANT, 1993, p. 75-76).

Também está presente na filosofia kantiana a depreciação do feminino em relação ao masculino. Para ele,

[...] o estudo laborioso ou a especulação penosa, mesmo que uma mulher nisso se destaque, sufocam os traços, não obstante dela façam, por sua singularidade, objeto de uma fria admiração, ao mes-

mo tempo enfraquecem os estímulos por meio dos quais exerce seu grande poder sobre o outro sexo. A uma mulher que tenha a cabeça entulhada de grego, como a senhora Dacier, ou que trave disputas profundas sobre mecânica como a marquesa de Châtelet só pode mesmo faltar uma barba, pois com esta talvez consigam exprimir melhor o ar de profundidade a que aspiram (KANT, 1993, p. 49).

E continua ele, com suas sábias ideias: “[...] o conteúdo da grande ciência feminina é antes, o ser humano e, dentre os seres humanos o homem, e sua filosofia não consiste em raciocinar, mas em sentir” (KANT, 1993, p. 50). Poderíamos atribuir estas declaradas manifestações racistas e sexistas de Kant ao contexto de sua época; contudo, não podemos negar que este pensador, como tantos outros que estamos habituados a ler, foram os produtores das verdades fundamentalistas que basearam e ainda baseiam muitas das práticas sociais do presente.

Além destes pensadores, que marcam presença nos currículos da geografia brasileira, há ainda outros, com conteúdos muito parecidos com os que foram aqui expostos, tecendo suas distintas erudições sobre os não-europeus e sobre as mulheres. Assim, pode-se dizer que, na busca dos melhores modelos científicos, apreendemos uma ciência geográfica pelo olhar do “outro”, o colonizador, caracterizado pelo homem, branco, europeu e cristão.

É esta subjetividade colonial impregnada em nossa sociedade e, por que não dizer, em nossa prática geográfica que faz com que seja ainda legitimada a superioridade de brasileiros brancos em relação aos não-brancos, ou que se valorize a tendência de estudos a respeito de grandes áreas metropolitanas, em detrimento de pequenas áreas, ou ainda, que as capitais sejam consideradas polos que irradiam seu conhecimento, considerado “superior”, aos demais espaços, concebidos como “atrasados”, capazes, apenas, de reproduzir o que já foi criado, sem jamais criar algo de novo.

É importante marcar que é fundamental o diálogo com a geografia produzida em outras partes do mundo; afinal, a ciência é por excelência um saber dialógico.¹³ Contudo, a mediação do diálogo deve ser realizada a partir de uma consciência ética e política de nossas diferenças, considerando que todo o conhecimento é posicionado e situacional.

13 Quero destacar que não compartilho da posição de que evitar o colonialismo do saber é romper com a produção científica estrangeira. A superação da colonialidade do saber não deve ser confundida com o desprezo da produção científica estrangeira, pois é justamente a postura autocentrada que caracteriza o pensamento eurocêntrico, cuja característica é a criação de verdades absolutas que silenciam outras versões da realidade social.

Superar o eurocentrismo na produção de uma geografia brasileira não é, portanto, adotar uma postura autocentrada, ignorando a produção científica estrangeira, mas produzir um saber de forma dialógica, de modo que todos os grupos possam construir as versões plurais da realidade social. Descolonizar o conhecimento geográfico brasileiro não significa negar nossa história colonial, mas produzir um conhecimento do ponto de vista da colonialidade e não da modernidade. Este é um grande desafio a ser enfrentado, e ele tem sido desenvolvido fortemente pelas epistemologias feministas e pós-colonialistas.

O apego à forma material do espaço é um dos elementos fortemente constitutivos do eurocentrismo. A ênfase naquilo que é evidente, facilmente explicativo e verificável tem gerado a falsa impressão da neutralidade espacial, já que as formas não evidenciam, em si, seus interesses e relações de poder. O que está marcado na paisagem em geral é resultado de grupos hegemônicos que reuniram poder suficiente para imprimir suas marcas de poder.

A abordagem de grupos periféricos das relações de poder envolve manifestações materiais pouco expressivas, muitas vezes arranjos intermitentes, descontínuos. Se considerarmos que as cidades são planejadas por homens, construídas por eles e que a maior parte dos espaços públicos e produtivos é predominantemente masculina, fica evidente a impossibilidade de produzir a visibilidade feminina a partir do apego às formas materiais do tipo uso da terra ou ainda mediante classificações que expressam agentes hegemônicos. Esse raciocínio também se aplica à visibilidade de outros grupos não hegemônicos, como de negros e diferentes grupos homossexuais.

Os grupos periféricos das relações de poder em geral vivem espacialidades que são fluidas e intermitentes e que estão conectadas às paisagens hegemônicas mais permanentes, duráveis e de fácil expressão material. Assim, as abordagens de gênero, notadamente quando enfocadas as feminilidades, e a abordagem de transgêneros são comumente consideradas não espaciais, não geográficas e, portanto, fora do interesse da geografia.

A geografia brasileira, embora evidencie em seus currículos um esforço de conceber o espaço para além da dimensão concreta/material, contempla conteúdos que refratam abordagens que não apresentam uma prevalência da manifestação material, concreta, ou seja, que são facilmente cartografáveis.

Todavia, os referentes da forma concreta do espaço são muitas vezes incapazes de alcançar os arranjos imateriais, híbridos, flexíveis, múltiplos, plurais, tão típicos da ordem contemporânea. E essa característica alimenta mitos, limita a pesquisa e empobrece a capacidade

de a geografia brasileira tornar a realidade atual compreensiva. Assim, as epistemologias feministas e pós-colonialistas tiveram que superar esse desafio, na busca de incorporar gênero como conceito de análise do espaço, já que as manifestações materiais da divisão sexual da humanidade e das identidades de gênero atuais são cada vez menos nítidas.

Afinal, locais exclusivamente femininos e masculinos são cada vez mais raros, e isso, associado ao forte apego à forma material do espaço, tem escamoteado a discussão de gênero na geografia brasileira. O fato de as relações de gênero não serem evidentemente materializadas na paisagem contemporânea não significa que elas sejam a-espaciais. A ausência da abordagem de gênero na geografia brasileira se dá muito mais pela limitação em problematizar fenômenos que não estejam expressos materialmente em formas concretas do que pela não-espacialidade da dimensão social das relações de gênero.

Outro elemento interdependente que estrutura a produção do conhecimento geográfico ao eurocentrismo é a permanência do sujeito genérico e universal como agente do espaço. A geografia brasileira, apesar de avançar no sentido de tornar importante a concepção da relação entre o “ser que age” e o espaço, apresenta, em sua estrutura curricular, agentes, sujeitos e atores genéricos ou universais. Os processos migratórios, de estratificação de classe, aparecem como quase espontâneos. O espaço, notadamente no núcleo das disciplinas de caráter regional, é visto como fruto de processos humanos indiferenciados em suas posições com relação a classe, raça, etnia, gênero, identidade sexual, etc. A humanidade, na perspectiva da geografia brasileira, continua sendo tratada, predominantemente, apenas como uma polarização entre capitalistas e trabalhadores. Em geral, a sociedade e seus interesses são personificados pelos “agentes”, identificados como sujeitos masculinos ou por instituições comerciais, industriais, religiosas ou, ainda, como Estado de uma determinada escala territorial, e assim por diante, gerando um discurso que encobre interesses e identidades que são escamoteadas pelas simplificadoras máscaras institucionais. Adotar a perspectiva de gênero na geografia brasileira significa romper com tais generalizações e partir para análises centradas na pluralidade dos seres humanos, o que exige novos caminhos metodológicos.

Para trazer para a visibilidade do discurso geográfico as mulheres e, creio que também, vários outros grupos invisibilizados no discurso geográfico brasileiro, é necessário desconstruir os elementos que sustentam a ciência moderna eurocêntrica, reconhecendo, como o fazem Morin (1996) e Boaventura de Sousa Santos (2004), alguns elementos fundamentais a respeito de como proceder ao conhecimento do conhe-

cimento. Primeiro, considerar, como Bourdieu (1990), que a ciência é um discurso fundado em um campo de poder e, segundo, conceber que a pretensa objetividade é fruto da intersubjetividade de pesquisadores do campo, como ensina Morin (1996). Primeiro, a ciência é um discurso fundado em um campo de poder, tal como aponta Bourdieu (1990). Segundo, a pretensa objetividade é fruto da intersubjetividade de pesquisadores do campo, como ensina Morin (1996).

[...] a objetividade aparece como incessantemente auto-produzida e reconstruída por um dinamismo específico das condições organizacionais da comunidade científica. Dito de outra forma, a objetividade é o produto de um processo em anel que só pode ser produzido se a objetividade nele intervier de uma forma produtora. Isto quer dizer que a objetividade não exclui o espírito humano, o sujeito individual, a cultura, a sociedade. Mobiliza-os. Mobiliza os princípios e as potencialidades construtoras do espírito humano e da cultura e exige o seu controle mútuo permanente. Necessita tanto do consenso como do antagonismo e da conflitualidade entre concepções e teoria. (MORIN, 1996, p. 17).

Terceiro, é fundamental ter a clareza de que a ciência é fundada em conceitos e categorias que constituem um sistema de ideias derivado de uma cultura, graças à linguagem e ao saber adquirido, conforme alerta Morin (1996), e sendo assim compreendida, ela perde seu caráter de verdade universal e dogmática, possibilitando novas versões científicas com mais inventividade, superando os processos reprodutivos de conhecimento, que nada mais avançam, chegando sempre aos mesmos resultados, mesmo quando se muda o referencial empírico de análise.

O quarto elemento em torno de como proceder ao “conhecimento do conhecimento” implica considerar a atitude reflexiva do pesquisador sobre as formas de produção do saber científico tendo em vista que a reflexibilidade abre caminhos para a produção de versões plurais da realidade, capazes de superar a universalidade em prol da pluriversalidade, como argumenta Mignolo (2004). Segundo ele, “em vez de olhar para a modernidade na perspectiva da colonialidade [...], consideremos aquilo que a modernidade negou explicitamente ou repudiou e comecemos a pensar a partir daí” (MIGNOLO, 2004, p. 678).

Nesse sentido, nós pesquisadoras(es) brasileiras(os), mesmo que sejamos inexoravelmente frutos da ciência moderna, estamos desafiados a desconstruir o discurso e as redes que tecem o saber/poder de nossa sociedade, e assim, como propõe Boaventura de Souza Santos (2004), defender a perspectiva da pluriversalidade do conhecimento, em oposição à universalidade.

A despeito de mais de trinta anos de fértil desenvolvimento da perspectiva feminista na geografia europeia e norte-americana, a geografia brasileira manteve-se imune a este movimento contestatório, como foi apontado neste ensaio. É possível afirmar que esta vertente é marginal e que ela pouco ou nada impacta os pressupostos teóricos e metodológicos da geografia brasileira, ainda calcada fortemente na reprodução do discurso eurocêntrico. Assim, o poder hegemônico que suporta e ao mesmo tempo induz a reprodução do discurso geográfico tem produzido formas de saber que deixam fenômenos sociais contemporâneos completamente invisíveis, caracterizando o monotopismo da ciência geográfica brasileira contemporânea.

Se compreendermos a ciência como um discurso que deve ser debatido e não cultuado, e também que sua condição de superioridade e autoridade de produção de verdades deve ser questionada e não naturalizada, poderemos avançar em direção a um “conhecimento prudente para uma vida decente”, como propõe Boaventura de Souza Santos (2004). Afinal, como afirma Mignolo (2004), a ciência pode se constituir em um ponto conector, capaz de valorizar as diferenças de princípios e as práticas sociais e de perseguir o objetivo de uma vida decente para todos.

A subversão das ausências e a construção da visibilidade das abordagens de gênero na geografia brasileira

Não será possível almejar o protagonismo de grupos sociais até então ausentes do discurso geográfico brasileiro se continuarmos operando com as mesmas categorias analíticas que se mostraram limitadoras para a construção de versões plurais da realidade socioespacial. Nesse sentido, Boaventura de Sousa Santos (2004) aponta a emergência de um novo paradigma nas ciências sociais, que tende a afastar-se cada vez mais da “uni-versalidade do conhecimento” imposta pelo cristianismo, pela filosofia secular e pela ciência moderna, para construir a pluriversalidade do conhecimento e da compreensão, considerando como ponto fundamental o “conhecimento prudente para uma vida decente”.

Na perspectiva dos que acreditam no esgotamento do projeto da modernidade, a ciência, a democracia e a filosofia não são, como afirma Mignolo (2004, p. 683), o ponto de chegada; elas “são conectores de diferentes perspectivas, experiências e histórias do conhecimento,

da compreensão e das organizações sociais”. Nesse sentido, ou seja, como conectores e não como produto acabado, estes termos perdem o efeito mágico, como desígnio de totalidade de uma determinada prática, permitindo a emergência de uma ciência não totalitária, que admite diferentes práticas de conhecimento, em direção a uma vida decente.

A construção de novas versões de saber tem sido um desafio para a comunidade de pensadoras(es) que trabalham com grupos sociais minoritários e silenciados pelo saber eurocêntrico. Como fazer geografia sob a perspectiva feminista se os conceitos que operamos foram construídos pelo pensamento masculino e sabendo-se que a possibilidade de superação conceitual só se dá dentro do campo da ciência? Tal questionamento implica considerar as relações de poder que permeiam o campo da produção do conhecimento geográfico e identificar as teorias hegemônicas e seus produtores, para então se poder adotar a postura de “vigilância epistemológica” proposta por Boaventura de Souza Santos (2004) e Bourdieu *et al.* (2004) e trabalhar, como propõe Morin (1996), “com e contra” o aparato conceitual consensuado do conhecimento científico.

Mignolo (2004) considera que é possível estabelecer um diálogo dentro do campo científico a partir da consciência da geopolítica do conhecimento e da operação do saber construído por entre os conceitos já estabelecidos. Para este autor, a hegemonia sempre apresenta fissuras, pelas quais se pode produzir o novo. Produzir dissonâncias é a perspectiva de análise da realidade a partir do conceito de “espaço paradoxal”, de que fala Rose (1993), com base em Teresa de Lauretis e Judith Butler, estas, por sua vez, inspiradas em Michel Foucault. Essa perspectiva teórica e metodológica tem sido uma importante contribuição para as investigações feministas do Grupo de Estudos Territoriais.

Nossas investigações entendem o conceito de gênero como uma representação do ideal dos papéis sociais a serem experienciados por corpos considerados masculinos e femininos em diferentes tempos e espaços. Gênero, portanto, não é uma realidade em si mesma, mas um ideal exercitado cotidianamente por diferentes tipos de corpos que, ao agirem pautados pela representação, superam a mera reprodução de papéis e recriam continuamente a própria representação de gênero. Assim, o gênero é um eterno movimento que se faz na ação humana criativa, e como toda ação implica uma espacialidade, o caráter performático do gênero é simultaneamente espacial e temporal.

Esta noção, portanto, supera a ideia de gênero na geografia como limitada à presença de mulheres na análise do espaço. Ela cunha uma perspectiva complexa das relações entre espaço e pessoas, que

se constituem para além das diferenças sexuais, também por códigos culturais, experienciados de forma complementar e contraditória pela raça e classe, além da sexualidade. Experienciar todos estes elementos de forma combinada caracteriza claramente uma dimensão espacial.

Assim, trabalhar a perspectiva de gênero na geografia é tarefa complexa, já que a perspectiva unívoca da diferença sexual deve ser negada. Ninguém opera com a categoria de gênero num vácuo metodológico. É preciso estabelecer um recorte do grupo focal a ser considerado, bem como sua relação com o recorte temático, espacial e temporal. A tradição da manutenção da unicidade do “ser mulher” ou “ser homem”, fortemente baseada na natureza biológica dos corpos, deve ser superada. Por exemplo, é muito comum ouvir falar que as mulheres da sociedade atual são emancipadas. Mas de que mulheres estamos falando? De mulheres negras das periferias urbanas? De mulheres trabalhadoras rurais? De mulheres brancas presentes nas universidades? Enfim, os grupos focais estão sempre inter-relacionados com as dimensões temáticas, espaciais e temporais, capazes de construir o objeto de pesquisa.

As mulheres são seres múltiplos e constituem identidades complexas que vão além da fisiologia. Esta concepção da multiplicidade identitária feminina impacta diretamente sobre os procedimentos metodológicos, que passam a exigir um claro recorte do grupo social enfocado. As questões possíveis de serem respondidas devem estar atreladas a uma configuração de ser humano complexo com experiências socioespaciais específicas.

Esta perspectiva, que norteia o pensamento de Rose (1993), está presente também na discussão de Judith Butler, em *Gender trouble: feminism and the subversion of identity* (1990); ela nega a existência de uma única identidade capaz de abrigar todos os corpos passíveis de serem classificados como femininos.

Gênero, nesse sentido, não é uma categoria fixa e pré-discursiva; ele se constrói por meio de atos repetidos e estilizados pelo sujeito generificado, constituindo uma complexidade aberta, jamais plenamente exibida em qualquer situação. Utilizando os termos de Butler, o gênero seria um aparato, ou uma matriz de inteligibilidade cultural.

O caráter performático do gênero, presente na obra de Butler (1990) e Rose (1993), considera a não-linearidade dos indicadores sexo, gênero e desejo, capazes de formar uma complexidade permanentemente aberta pelo movimento da vivência cotidiana, atrelada ao tempo e ao espaço. Existem múltiplas combinações possíveis para as variáveis sexo, gênero e desejo em diversos tempos e espaços específicos, e elas podem ser amplas ou estritas. Há corpos biologicamente

categorizados como mulheres que podem desenvolver uma identidade de gênero masculina e ainda desejar outros corpos tanto masculinos como femininos. São estas combinações possíveis que desestabilizam as fronteiras rígidas da heterossexualidade e que subvertem a lógica naturalizante das construções identitárias baseadas nos polos hierarquicamente estabelecidos entre o masculino e o feminino.

O rompimento com a matriz binária e oposicional do gênero também refletiu nos conceitos fundamentais da geografia, como espaço e território, para além de suas concepções androcêntricas. As abordagens masculinas do território levam em consideração as relações de poder mediadas pelo espaço em que o conquistador ergue fronteiras para a proteção de si e a exclusão dos outros, evidenciando o ponto de vista do conquistador como universal e atentando apenas para a configuração colonizador/colonizado ou *insider/outsider*.

Sob a perspectiva de Rose (1993), no território do conquistador há também o conquistado, que não é passivo, que coloca em ação sua força de resistência e dá sentido ao poder exercido, gerando uma relação simultaneamente contraditória/complementar de dependência, já que a prática do poder só se justifica pela ação que resiste a ele. Esta perspectiva nega a visão simplista e oposicional *insider/outsider*, e ela é potencial para se construir a visibilidade de grupos não hegemônicos, já que rompe com a visão universal do poder.

A universalidade do poder do conquistador na constituição de territórios é uma estratégia que tem como finalidade negar a existência de fragmentações e diferenciações internas com o intuito de tornar invisíveis e neutralizar as forças que possam desestabilizar a ordem e contestar o território estabelecido.

O espaço da geografia paradoxal considera a multiplicidade de identidades dos seres, contemplando aspectos de plurilocalidade dos seres humanos que fazem parte da análise, assim como as múltiplas dimensões que se configuram com o acionamento das identidades tensionadas, numa relação contraditória e complementar, entre “nós” (considerados centro da configuração) e os “outros” (considerados margem da configuração).

Imaginemos um grupo de pessoas constituído de homens brancos, autoidentificados como gays, com alta renda, alto grau de escolaridade, e que professam a fé católica. Qualquer dimensão adotada como parâmetro de análise pode colocar esse grupo em uma localização diferenciada entre centro e margem da configuração espacial, dependendo de com que outro grupo essas pessoas estão sendo confrontadas, da dimensão identitária a ser acionada e do espaço que compõe a configuração.

Em uma situação em que esse grupo seja confrontado com um grupo de negros de baixa renda em um *shopping center*, ele pode facilmente assumir o centro da configuração, a partir de um estereótipo racial clássico. Entretanto, numa outra dimensão em que esteja em jogo um elemento do poder da masculinidade heterossexual, num espaço público, por exemplo, esse mesmo grupo, antes central, pode constituir a margem da configuração.

É necessário considerar que essas posições não são fixas; elas estão sempre tensionadas pelos dois polos da configuração social/espacial (centro/margem) e podem mudar de posição, de modo que constituem um processo sempre em transformação. Assim, é o movimento permanente e múltiplo que pode provocar uma desestabilização da configuração estabelecida e gerar uma nova posição.

O espaço paradoxal (ROSE, 1993) é complexo, envolve variadas articulações e dimensões e se constitui em uma interessante construção teórica e metodológica na geografia. Qualquer pessoa não pode ser concebida apenas como constituindo um gênero, mas também a sexualidade, a raça, a religião e a classe social, que são vivenciadas espacialmente e temporalmente. As diferentes facetas identitárias são construídas e reconstruídas por meio de um processo de mutualidade e reconhecimento, envolvendo os seres humanos em relação a outros seres.

É claro que todos os elementos identitários enumerados são experienciados simultaneamente pelas pessoas. Contudo, é na vivência de suas espacialidades e temporalidades que um ou outro elemento torna-se mais expressivo e tensionado com outros grupos também complexos. No exemplo apresentado anteriormente, envolvendo grupos de homens com diferentes características raciais e sexuais, os confrontos deflagrados em diferentes espacialidades e envolvendo determinada faceta identitária reposicionaram sua situação entre centro e margem da configuração. Tais reposicionamentos entre centro e margem geram fissuras nas estruturas de poder, subvertendo a pretensa ordem universal estabelecida. Subverter, portanto, não é transgredir, não é ultrapassar totalmente uma situação, mas tornar a vida possível e conquistar terreno e visibilidade nas estruturas sociais, apesar do poder que oprime.

Qualquer posição de pessoas ou grupos envolvendo distintas facetas identitárias deve ser imaginada tanto pelos múltiplos espaços sociais como pelos polos de cada dimensão. Assim, centro e margem, dependendo do recorte de elementos que estão tensionados, constituem configurações diferentes. É importante entender que existem pluralidades de masculinidades tanto quanto existem pluralidades de feminilidades e que estas não se configuram como blocos homogêneos;

pelo contrário, elas são construídas por significações repetidas na ação, e toda ação é passível de variação.

Outro ponto importante da obra de Gillian Rose, que baseia as práticas de pesquisa do Grupo de Estudos Territoriais, é o envolvimento das perspectivas de posicionalidade e flexibilidade da(o) pesquisador(a) em relação à produção do conhecimento. O que se obtém num processo investigativo marcado pela posicionalidade é resultado de condicionamentos recíprocos entre vários elementos que produzem o saber. O conhecimento produzido é fruto de uma situação específica em que se reúnem as motivações dos(as) sujeitos(as) que se expressam posicionados(as) de um determinado ponto de vista e as do(a) intérprete posicionado(a) de um outro. A versão possível de ser produzida com base em uma dada realidade é sempre parcial, já que ela é expressa a partir de alguém sempre posicionado em relação ao “outro”, investigado, que, ao mesmo tempo, produz também efeitos e realimenta a realidade investigada.

Assim, a autora chama a atenção para a necessidade de se compreender que uma investigação científica se dá num processo de conhecimento permeado por relações de poder que são produtos de posicionamentos que geram capacidades diferenciadas na produção de uma determinada versão da realidade, e, nesse sentido, o próprio conhecimento também produz as hierarquias nas quais os sujeitos estão posicionados. Refletir sobre os atos investigativos na produção de versões da realidade, que também produzem a própria realidade, requer uma atitude ética e um claro compromisso político que implica pensar que os nossos resultados de pesquisa acabam por compor a própria realidade investigada. Afinal, como nos diz Rose (1997), o imaginário mundo das ideias é real e o real é também imaginado.

As ideias discutidas por Gillian Rose (1997) em “Situating knowledges: positionality, reflexities and other tactics” ultrapassam os meros posicionamentos metodológicos de construção do conhecimento científico. Elas são argumentos firmes de que a realidade socioespacial também se constrói a partir das relações de poder que se fundam nos enunciados científicos e na posição de quem os pronuncia. Nesse sentido, é muito importante atentar para a versão da realidade que uma determinada investigação se propõe produzir, bem como saber a partir de que ponto de vista ela é formulada. Partindo da ideia de que a realidade é pluriversal e que os saberes jogam num campo de forças no qual se produz o invisível, o indizível, o ausente e o silêncio, os saberes produzidos pela ciência podem reforçar dominações ou então subverter a ordem estabelecida, dando voz aos sujeitos silenciados pela ciência hegemônica.

É a partir destas posições que a autora adota uma postura desconstrucionista da ciência geográfica. Para ela, esta é a única forma de garantir a produção de uma geografia feminista a partir do ponto de vista feminino dentro de um campo de saber hegemonicamente masculino. Na perspectiva desta geógrafa, o padrão de gênero instituído é mantido pela força dos sujeitos que têm maior alcance de mobilização de recursos para manter o poder no processo de lutas simbólicas. Baseada na teoria foucaultiana, Rose sustenta que o exercício deste poder, como também de todo poder, é relativo, e que ocorrem fissuras através das quais se pode transgredir o padrão instituído, por meio de táticas desconstrucionistas à ordem estabelecida.

Este ensaio constitui uma reflexão sobre a invisibilidade da perspectiva de gênero na geografia brasileira. A análise evidencia a recente feminização da carreira docente e de pesquisa na área de geografia nas instituições de ensino superior. Apesar disso, a geografia brasileira permanece impermeável às abordagens de gênero.

As respostas a esta situação foram encontradas na análise de um sistema de dominação que funciona cotidianamente nas organizações legais e institucionais, controladas pela ótica masculina, que opera premissas científicas geográficas carregadas de elementos estruturais que funcionam como critério de seleção daquilo que é concebido como saber científico significativo para a geografia brasileira. As bases eurocêntricas, a permanência de sujeitos universais e o apego à expressão material do espaço são os elementos fundantes da impermeabilidade da perspectiva de gênero na geografia.

Contudo, isso não quer dizer que as mulheres, embora invisíveis no discurso científico geográfico brasileiro, não tenham uma existência espacial. O fato de a geografia não incorporar os temas femininos e o conceito de gênero como instrumento analítico não significa que eles sejam impróprios para o campo científico. O mundo não está loteado para ser explorado por campos científicos próprios; pelo contrário, foi a ciência a responsável pelas divisões do saber da realidade em áreas específicas.

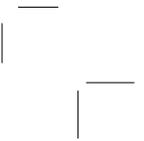
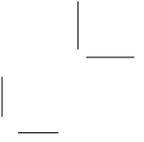
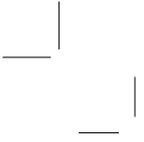
Assim, qualquer fenômeno social é passível de ser analisado geograficamente, e os fatores que inibem a visibilidade de determinadas abordagens dentro de um campo de saber são a incapacidade das pessoas de ultrapassar os limites da segurança do pré-estabelecido, a repetitiva aplicação de “técnicas” e, ainda, a mera operacionalização de conceitos. A geografia brasileira deve lembrar que um objeto de pesquisa é aquele que objeta, contrapõe e intensifica a dialética entre uma problemática teórica e a experiência desenvolvida em função de uma “questão” relativa a um dado aspecto da realidade.

Mais do que silenciar, desmerecer ou tornar ausentes certos fenômenos sociais do discurso geográfico, como é o caso das abordagens de gênero, sexualidades ou raça, justificando que elas não são pertencentes ao campo científico, se faz necessário estar alerta quando a realidade socioespacial nega ou supera nossas teorias e revela a fragilidade de nossas bases conceituais e metodológicas. É dessa forma que avançamos no conhecimento científico geográfico e conquistamos mérito acadêmico frente às demais ciências sociais. Portanto, refletir sobre o conhecimento do conhecimento geográfico e sobre as relações interdependentes de elementos estruturais e organizacionais que erguem barreiras à disseminação das análises de gênero na geografia brasileira pode ser o começo do fortalecimento de uma fértil e instigante perspectiva de análise espacial.

Referências

- ALMEIDA, Roberto Schmidt. O pensamento geográfico do IBGE no contexto do planejamento estatal brasileiro. In: MARTINS, R. A.; MARTINS, L. A. C. P.; SILVA, C. C.; FERREIRA, J. M. H. (Eds.). ENCONTRO DE FILOSOFIA E HISTÓRIA DA CIÊNCIA NO CONE SUL, 3., 2004, Campinas. *Anais...* AFHIC, p. 410-415.
- BOURDIEU, Pierre. *Coisas ditas*. São Paulo: Brasiliense, 1990.
- BOURDIEU, Pierre, CHAMBOREDON, Jean-Claude; PASSERON, Jean-Claude. *Ofício de sociólogo: metodologia da pesquisa na sociologia*. Petrópolis: Vozes, 2004.
- BUTLER, Judith. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. London: Routledge, 1990.
- CAPEL, Horacio. *Filosofia y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona: Barcanova, 1982.
- FAVERO, Maria de Lourdes de Albuquerque. *A cátedra e o departamento nas universidades brasileiras*. Disponível em: www.historia.fcs.ufr.br/. Acesso em: 28/1/2009.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- KANT, Emmanuel. *Observações sobre o sentimento do belo e do sublime*. Campinas: Papyrus, 1993.
- LANDER, Edgardo. Ciências sociais, saberes coloniais e eurocêtricos. In: LANDER, Edgardo. *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais. Perspectivas latino-americanas*. Buenos Aires: CLASCO, 2005. p. 21-54.
- LETA, Jacqueline. As mulheres na ciência brasileira: crescimento, contrastes e um perfil de sucesso. *Estudos Avançados*, v. 17, n. 49, p. 271-284, 2003.
- LOPES, Maria Margarete. *Gênero e ciência no país: exceção à regra?* Disponível em: <http://www.comciencia.br/reportagens/mulheres/13.shtml>. Acesso em: 15/12/2008.
- MACHADO, Mônica Sampaio. A historiografia da geografia na Universidade do Distrito Federal 1935-1939. ENCONTRO REGIONAL DE HISTÓRIA, 10., 2002, Rio de Janeiro. *Anais...* Rio de Janeiro: ANPUH, p. 1-11.
- MIGNOLO, Walter D. Os esplendores e as misérias da “ciência”: colonialidade, geopolítica do conhecimento e pluri-versalidade epistêmica. In: SANTOS, Boaventura de Sousa.

- Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez, 2004. p. 667-710.
- MORAES, Antonio Carlos Robert. Notas sobre identidade nacional e institucionalização da geografia no Brasil. *Estudos Históricos*, v. 4, n. 8, p. 166-176, 1991.
- _____. Departamento de geografia: linhas de pesquisa. *Estudos Avançados*, v. 8, n. 22, p. 359-364, 1994.
- MORIN, Edgar. *O problema epistemológico da complexidade*. Sintra, Portugal: Europa-América, 1996.
- OLIVEIRA, Zuleica Lopes C. de; VIANNA, Marli Ciriaco S. Trabalho feminino e a situação familiar da mulher nas áreas metropolitanas de SP, RJ, Porto Alegre e Recife. *Revista Brasileira de Geografia*, v. 2, p. 5-48, 1988.
- ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- _____. Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography*, v. 21, n. 3, p. 305-320, 1997.
- ROSSINI, Rosa Ester. As geografias da modernidade – geografia e gênero – mulher, trabalho e família. O exemplo de Ribeirão Preto (SP). *Revista do Departamento de Geografia da USP*, n. 12, p. 7-26, 1998.
- SANTOS, Boaventura de Sousa. *Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez, 2004.
- SILVA, Joseli Maria. Gênero e sexualidade na análise do espaço urbano. *Geosul*, v. 22, n. 44, p. 117-134, 2007a.
- _____. Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino. *Espaço e Cultura*, n. 22, p. 97-109, 2007b.
- SILVA, Susana M. Veleza da; LAN, Diana. Geography and gender studies: the situation in Brazil and Argentina. *Belgeo*, n. 3, p. 371-382, 2007.
- SOARES, Thereza Amélia. Mulheres em ciência e tecnologia: Ascensão limitada. *Química Nova*, v. 24, n. 2, p. 281-285, 2001.
- SORJ, Bila. *O estigma das feministas*. Disponível em: http://www.clam.org.br/publique/cgi/cgilua.exe/sys/start.htm?UserActiveTemplate=_ES&inford=1854&sid=108. Acesso em: 20/7/2008.



Geografias feministas, sexualidades e corporalidades: desafios às práticas investigativas da ciência geográfica¹

Joseli Maria Silva



Discutir gênero e sexualidade no âmbito da geografia ainda gera certos desconfortos e polêmicas. Apesar de essas temáticas estarem presentes na ciência geográfica há mais de trinta anos, é comum pessoas nos interrogarem sobre a validade das abordagens desse teor para o desenvolvimento teórico e metodológico da ciência. O desmerecimento das nossas pesquisas faz parte de nosso cotidiano profissional e, portanto, gostaria de registrar a postura plural, ousada e desafiadora dos limites do saber geográfico que caracteriza os encontros sobre espaço e cultura promovidos na Universidade do Estado do Rio de Janeiro (UERJ).

Na coordenação do Grupo de Estudos Territoriais (GETE) e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina (REGGAL), tenho experienciado algumas polêmicas que gostaria de evitar aqui. Assim, inicio esta abordagem com alguns esclarecimentos básicos, para melhor posicionar minhas ideias e qualificar o diálogo a ser estabelecido.

¹ Este texto foi base de discussão em uma mesa redonda do VI Simpósio Nacional e do II Simpósio Internacional sobre Espaço e Cultura. NEPEC/UERJ. 29-31/10/2008.

1. Os estudos de gênero não podem ser confundidos com estudos de mulheres. A abordagem das feminilidades é a mais comum e evidente, mas também existem estudos sobre as masculinidades e as vivências chamadas “trans”, ou seja, aquelas que não se encaixam no padrão instituído pela heteronormatividade;
2. O conceito de gênero se opõe radicalmente à utilização da categoria mulher, já que esta se apresenta como essencializada a partir da diferença biológica, ao passo que o conceito de gênero agrega a dimensão social e cultural da diferença sexual. Implica adotar a perspectiva da construção social dos gêneros e, ao mesmo tempo, negar sua universalidade, incorporando as dimensões temporal e espacial na análise científica;
3. Utilizar o conceito de gênero, que implica uma postura relacional dos universos femininos e masculinos, não leva à necessidade de análises comparativas envolvendo homens e mulheres, embora haja uma tradição deste perfil de produção científica. A dimensão relacional que a ideia de gênero concebe é a compreensão de que os seres não estão isolados e estáticos e que os recortes sociais estabelecidos no processo de pesquisa devem ser considerados de forma relacional e processual na estrutura socioespacial a que pertencem;
4. A utilização do conceito de gênero como uma ferramenta de compreensão do espaço social não significa o engajamento político nas epistemologias feministas. A identidade feminista no campo científico é também uma construção social em permanente processo, aberto e provisório. Na qualidade de pesquisadora, fui me constituindo paulatinamente como geógrafa feminista, entre os receios das representações sociais negativas atribuídas aos feminismos e as inquietações crescentes sobre as formas de se fazer uma geografia que, a meu ver, invisibiliza certos grupos sociais e mascara o poder que produz e elege os(as) sujeitos(as), temas e objetos que são considerados “dignos” do discurso geográfico. Foi justamente nos debates dos encontros científicos que pude reconhecer minha identidade feminista e assumir que fazer ciência é também assumir uma posição política e social;
5. A adoção da perspectiva feminista da produção do conhecimento geográfico não pode ser associada à percepção imediata de corpos que praticam o conhecimento. Assim como há mulheres que se enquadram perfeitamente no modo de produzir o conhecimento moderno, pautado pelo saber masculino, há homens que estão praticando as epistemologias feministas, incorporando um discurso libertador na forma de projetar a vida, a ética, a política e a ciência.

A chamada geografia feminista é parte integrante do movimento da ciência geográfica, e sob essa denominação há trabalhos positivistas, marxistas, fenomenológicos, e assim por diante, como pode ser visto em Silva (2007). A expressão “geografia feminista” foi substituída pelo seu plural, “geografias feministas”, para expressar a pluralidade científica e ideológica presente neste campo de produção científica.

Neste trabalho, a perspectiva cultural está eleita; mais precisamente, ela é a da Nova Geografia Cultural e sua relação com as geografias feministas e *queer*, fortemente influenciadas pelo pensamento de Judith Butler. Gênero e sexo são aqui compreendidos como construções sociais permanentes que vão muito além da mera representação de papéis a serem desempenhados por corpos de homens e mulheres sob a hegemonia da heteronormatividade. Compartilhamos do pensamento, expresso por Judith Butler, de que o gênero performático é uma representação construída em atos estilizados, jamais plenamente exibida em qualquer situação, e a linearidade entre sexo, gênero e desejo é uma falácia do discurso hegemônico. Nesse sentido, o espaço é também compreendido aqui como imbricado nas *performances* vivenciadas cotidianamente.

É importante destacar que o movimento da imaginação geográfica expresso neste texto possui também sua própria geografia, os países anglo-saxões do hemisfério norte. Infelizmente, nossa imaginação geográfica brasileira tem sido pouco permeável ao desenvolvimento de campos que envolvem gêneros, feminismos e sexualidades.

Na primeira parte deste ensaio, faço um resgate das transformações da compreensão do conceito de gênero, com seus desdobramentos, como a aproximação das geografias feministas e *queer*, destacando a emergência da corporalidade como foco de discussão. Nas partes subsequentes, utilizando minhas próprias experiências como pesquisadora, busco evidenciar a importância do desenvolvimento da flexibilidade em torno da posicionalidade do pesquisador na abordagem do campo de pesquisa, incluindo nesta proposição o pensamento do geógrafo Larry Knopp, que, ao refletir sobre a prática da pesquisa geográfica, propõe que o próprio corpo do(a) investigador(a) e sua qualidade perceptiva sejam também ferramentas de pesquisa geográfica. Por último, abordo a questão da interseccionalidade, proposta por Valentine (2007), como um caminho de análise que possibilita a abordagem da complexidade, envolvendo identidades em permanente processo de redefinição e espaço. Enfim, espero que este trabalho estimule o interesse de mais geógrafas(os) para os estudos feministas e da sexualidade.

Geografias feministas, sexualidades e corporalidades

A expressão de que o espaço geográfico é a materialização da sociedade e de que toda a existência humana é espacial é uma concepção plenamente aceita pelos cientistas da geografia. Contudo, nem toda a humanidade esteve expressa no conhecimento geográfico. Esta crítica fundamenta o célebre artigo das geógrafas norte-americanas Janice Monk e Susan Hanson, intitulado “On not excluding half of the human in human geography”, publicado na revista *The Professional Geographer*, da Association of American Geographers, em 1982. Este artigo denuncia as relações de poder inerentes à produção do conhecimento geográfico, a hegemonia androcêntrica que lhe é inerente e a invisibilidade feminina.

Este movimento interno da ciência, provocado por geógrafas brancas das universidades dos países centrais, desestabilizou a noção da ciência como um saber neutro, objetivo, pautado nas verdades científicas, e deflagrou um importante debate epistemológico, marcando a geografia como um saber moderno, eurocêntrico, masculino, branco e heterossexual.

Deste movimento emergem iniciativas de tornar visíveis grupos ausentes da produção científica geográfica e desenvolvem-se os estudos sobre mulheres, gays e lésbicas, procurando evidenciar suas expressões materiais de produção do espaço, como a distribuição espacial das moradias e áreas de lazer, os deslocamentos físicos e as inserções desses grupos nas relações produtivas e reprodutivas da sociedade burguesa e patriarcal.

Nos anos 90, novas críticas foram formuladas sobre as ausências do discurso geográfico produzidas por mulheres negras e homossexuais não brancos, deflagrando a incapacidade teórica e metodológica da geografia até então empreendida em produzir um conhecimento libertador, que desafiasse o poder da enunciação científica branca e ocidental. As categorias universais foram definitivamente colocadas em xeque, e emerge então um movimento identificado com as correntes pós-colonialistas e pós-estruturalistas.

As ausências e silêncios de vários grupos sociais passaram a ser concebidos como resultado de uma determinada forma de se fazer a geografia, e essa perspectiva de crítica da construção histórica do saber provocou um grande debate epistemológico-metodológico. A geografia hegemônica passou a ser interpretada quase que pelo avesso, de forma a compreender a produção de invisibilidades do discurso geográfico e procurar desvendar a perspectiva de quem formulou os conceitos-chave

deste campo científico, assim como sua visão de mundo e sua posição de poder. Ainda que conscientes do fato de que as geografias feministas não podem fugir completamente da ciência androcêntrica, elas lutavam contra o monotopismo e passaram a explorar fissuras dos quadros conceituais e ter a consciência da geopolítica que envolve a produção do conhecimento estruturado nas diferenças colonial e sexual.

Assim, as bases da construção do saber estavam sendo questionadas pelo movimento feminista, que se desenvolvia num franco engajamento político, lutando contra as desigualdades sociais e, ao mesmo tempo, fazendo frente ao conhecimento até então legitimado na história do pensamento geográfico. No entanto, o movimento é complexo, abrangendo variadas vertentes filosóficas e posturas político-ideológicas. Para ilustrar um pouco essa diversidade, o movimento engloba desde o radical estruturalismo até o pensamento humanístico, envolvendo desde mulheres católicas até os movimentos pela legalização do aborto e pela liberdade sexual de homossexuais, transexuais, etc. Essas tensões internas do movimento produziram ricos elementos, que abriram caminhos inovadores na produção geográfica, conforme afirmam Dias e Blecha (2007).

As críticas internas desse movimento aludiam à necessidade de aceitar as variedades, as diferenças, e destruir a estabilidade até então presente no conceito de gênero, oriundo dos anos 70. Valentine (2007) sustenta que as reivindicações das mulheres lésbicas, que se diferenciavam daquelas eleitas pelas mulheres heterossexuais, constituíram um importante caminho de desconstrução da ideia de gênero como categoria estável e essencializada. Outro importante caminho crítico foi aberto pelas mulheres negras que denunciavam o protagonismo das mulheres brancas na maioria das pesquisas geográficas e dos movimentos políticos, como informam Audrey Kobayashi e Linda Peake (1994), em “Unnatural discourse: ‘race’ and gender in geography”.

A noção essencialista dos gêneros, dos sexos e das sexualidades estava já completamente desestabilizada nos anos 90, e as influências do pós-modernismo, do pós-estruturalismo e do pós-colonialismo levaram a um caminho de concepção da construção social destas categorias, a que se somaram também outras dimensões humanas, como raça, idade e classe. Estas transformações internas do movimento aproximam dois campos de pesquisadores, as(os) feministas identificadas(os) com esta última vertente compreendida pela abordagem desconstrucionista do gênero performativo e as(os) geógrafas(os) que produziam estudos sobre sexualidade e espaço.

A reunião de esforços da Nova Geografia Cultural, da Geografia Feminista Pós-Estruturalista e da Geografia da Sexualidade se constitui

em forte crítica teórico-metodológica da ciência geográfica, e a noção desconstrucionista da sexualidade ensejou a emergência da chamada Geografia *Queer*.² O pensamento *queer*, inspirado na obra de Michel Foucault, foi desenvolvido por Teresa de Lauretis, em *Technologies of gender* (1987), Donna J. Haraway, em *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature* (1991), e de forma mais expressiva por Judith Butler em suas célebres obras *Gender trouble* de 1990 e *Bodies that matter* de 1993. Na geografia, a influência do pensamento *queer* está expresso em obras de geógrafas(os) como Gillian Rose, Linda McDowell, Nigel Thrift, Jon Binnie, Gill Valentine, Clare Lewis, Steve Pile e David Bell, entre outros.

A geografia incorpora as noções de construção social do sexo, gênero e desejo e as relações de poder inerentes a eles, num processo de permanente tensão e movimento. Ao incorporar a performatividade como o exercício do gênero, entendido como representação social, a geografia evidencia a importância do espaço e do tempo nas análises das experiências da vivência cotidiana e concreta e as possibilidades de subversão da própria ordem compulsória de gênero da sociedade heteronormativa.

O poder, tal qual propõe Foucault (1988), é exercido em múltiplas e variadas direções, como uma rede constituída por toda a sociedade, e, nesse sentido, deve ser apreendido a partir das estratégias, manobras, táticas e técnicas de funcionamento. A identidade de gênero exercida pela performatividade, conforme Butler (1993), implica um mecanismo que a condena inexoravelmente à mudança. Isso porque a identidade de gênero é uma representação que, para existir, efetiva-se concretamente por meio do ser humano, de sua geograficidade e historicidade, e nesse encontro ocorre a enunciação do ato performático do gênero. A interação dessas entidades jamais permite a reprodução ideal da norma de gênero subjetivada em práticas corporais, havendo uma cisão entre a norma que regula a atuação e a atuação regulada pela norma. Não são redutíveis uma à outra, e, nesse sentido, a identidade é constantemente subvertida e aberta ao novo. É nesse contexto

² O pensamento acadêmico *queer* se desenvolve imbricado com o movimento social que lutava pela liberdade sexual, questionando o caráter conservador do movimento homossexual, que excluía sua diversidade interna. O protagonista era o homem branco, homossexual, de classe média alta, que obscurecia a luta de não-brancos, travestis, lésbicas, transexuais, etc. Os pensadores *queer* elaboram também questionamentos sobre a organização das hierarquias sexuais, que tornam invisíveis determinadas vivências. O termo “*queer*” apresenta ainda ambiguidades, porque, assim como representa a unidade de pensadores em torno das identidades construídas socialmente, também é usado como forma de ofensa a pessoas homossexuais.

que se estabelece a necessidade da política identitária em que se estabelecem os processos de exclusão.

O espaço, nesse sentido, compõe o gênero performático, mas ele também compõe os atos subjetivados que se diferenciam do ideal de gênero, jamais realizável em sua concretude. Esta concepção, que desconstrói o caráter essencialista dos gêneros e, sobretudo, dos ideais de masculinidade e/ou feminilidade forjados na visão dicotômica, bipolar e heterossexual da compreensão das pessoas, possibilitou a inclusão de seres que não se enquadram perfeitamente nesta ordem e o exercício de múltiplas formas de masculinidades e feminilidades. Na vida cotidiana concreta, as *performances* de gênero são exercidas muitas vezes por corpos dissonantes do modelo hegemônico preconizado. O argumento desta perspectiva é que o gênero, construído permanentemente, é também produzido pela sua desconstrução, pois, enquanto representação, o gênero se faz nas relações humanas, e o espaço é fundamental nesse processo de construção/desconstrução.

O artigo “On the relationship between queer and feminist geographies”, de Larry Knopp (2007), aponta as contribuições da geografia *queer* ao conhecimento geográfico. Segundo o autor, a utilização das perspectivas pós-modernas e pós-estruturalistas, em oposição ao essencialismo, que classifica os seres humanos a partir de suas opções sexuais, contribui para desconstruir as imaginações ontológicas relativas à categorização e sistematização da realidade social, mediante mecanismos puramente racionais. Outro importante ponto de contribuição foi a construção da ideia do caráter híbrido e fluido das subjetividades sexuais e do significado da sexualidade para a realidade socioespacial. A geografia *queer*, segundo o autor, tem contribuído com campos já consolidados que passam a problematizar o significado da sexualidade nas instituições e na vida social como um todo. Um interessante exemplo é a imbricação da sexualidade com as esferas da produção e do consumo de mercadorias no campo da geografia econômica. Outro interessante campo é o estudo da sexualidade no desenvolvimento das redes virtuais e na composição dos imaginários sociais dos espaços. Enfim, o esforço desconstrucionista das verdades fixas e pré-estabelecidas possibilita moldar uma geografia composta de interdependências e pluralidades das negociações entre os seres humanos e o espaço.

O movimento dos anos 90, que dismantela a pretensa ordem linear entre sexo, gênero e desejo, e as transformações sociais e biotecnológicas dos finais do século XX, como o controle da fertilidade e reprodução humana, as intervenções cirúrgicas estéticas, a invenção

das próteses de vários tipos, as cirurgias de transgenitalização e o crescimento de doenças como a AIDS trazem o corpo, seus atributos, sexualidades, sensações e desejos para o centro do interesse das ciências sociais e também da geografia, ainda que com menor intensidade. Isso porque o corpo esteve relacionado durante muito tempo com a esfera do espaço privado, preterido pelas(os) geógrafas(os) como objeto de análise.

A abordagem do corpo como lugar é apresentada por Linda McDowell (1999). Segundo ela, o corpo é um espaço em que o indivíduo se localiza, e seus limites são mais ou menos permeáveis em relação aos outros corpos. A forma física, o volume e o tamanho do corpo resultam na ocupação de um espaço físico, e o modo como o corpo se apresenta frente aos outros é lido e percebido pelos demais e varia conforme o local que ocupa em cada momento.

A ideia de que o corpo não é algo fixo e acabado, mas maleável, moldável, variável, leva à utilização do termo “corporalidade”, para melhor expressar a ideia de um estado corpóreo sujeito a transformações, conforme McDowell (1999). Para ela, a corporalidade capta o sentido de fluidez, de representação e das relações entre anatomia e identidade social. Embora a autora aborde várias formas de compreensão do corpo desenvolvidas na geografia, esse trabalho destaca a ideia do corpo como representação, que sustenta grande parte dos estudos geográficos atuais sobre a sexualidade. A sexualidade é compreendida, tal qual como em Foucault (1988), como sendo relacionada com os prazeres do corpo. Abrange, portanto, os desejos, as identidades e as condutas sexuais que são estabelecidas no processo de regulação social cotidiana, e, sendo assim, a sexualidade é vivida temporal e espacialmente de diferentes formas.

As características físicas dos corpos não correspondem exatamente à representação do gênero instituída socialmente, e a fluidez e a maleabilidade dos corpos constituem também os processos representacionais. Ser um homem ou uma mulher não é um fato natural, mas uma representação social. A “naturalidade” é nada mais do que a tentativa do discurso hegemônico da heterossexualidade de estabelecer uma coerência entre um conjunto de ações compulsórias do discurso, que acabam por produzir um corpo categorizado pelo sexo. São os atos, os gestos, as vestimentas, os adereços que constroem e sustentam as identidades de gênero. Portanto, Butler (1990) argumenta que o efeito do gênero se produz através da estilização do corpo, e esta é a forma de fabricar a “ilusão” da permanência do ser sexuado. O corpo, segundo Judith Butler, não é uma superfície sexuada e pré-existente, sujeitada à inscrição cultural da sociedade heteronormativa, mas ele é

ativo no processo representacional e pode atuar de forma a subverter o gênero performático. Isso porque, enquanto representação, o gênero não existe em sua concretude, ele se apresenta em atos corporais que jamais podem ser vivenciados de forma genuína. Esta ideia está presente na obra da geógrafa Linda McDowell (1999), que compreende ambos, corpo e conduta sexual, como construções sociais em constante transformação, tensionados pelas relações de poder, constituídos em uma história e uma geografia.

A perspectiva crítica presente no movimento de transformação da geografia nos anos 90 despertou a necessidade de atitudes reflexivas em relação ao modo de produzir a ciência, subvertendo o poder instituído que naturaliza as injustiças cotidianas provocadas pela ordem compulsória da sociedade heteronormativa. Na próxima parte, são discutidos dois aspectos fundamentais na elaboração da prática cotidiana da pesquisa geográfica contemporânea.

Posicionalidade e flexibilidade na prática investigativa: uma discussão sobre fazer geografia

O movimento das teorias *queer* e feministas dos anos 90, além de desafiar a forma de se fazer geografia, firma compromissos políticos com a justiça social, a equidade e o desmantelamento do poder da ciência, que também gera as hierarquias sociais. Knopp (2007) utiliza a expressão “*queering the geographical imagination*” para argumentar sobre novas formas de conceber e praticar a geografia. Afirma o autor que muito se prega, mas pouco se considera a indissociabilidade entre o material e o discursivo, e ele complementa que, embora o pensamento humanista tenha procurado construir a prática geográfica integrando matéria e discurso, persistem ainda as fraturas entre essas categorias.

O tipo de prática geográfica que Larry Knopp defende ao considerar o duplo vínculo entre o material e o discursivo implica considerar o corpo, as sensações, os sentimentos, as emoções e os desejos como equivalentes e integrantes dos valores atribuídos à racionalidade e à mente. Ele estimula os geógrafos a serem mais ousados na expansão do terreno empírico, incluindo realidades complexas, desordenadas e fluidas. Recomenda aos investigadores da área a “temperar” a ambição intelectual com humildade, já que aquilo que produzimos

como conhecimento científico é apenas mais um dado da realidade, tratando-se, assim, de um processo sempre incompleto. Para finalizar, o autor apela para a modificação das nossas imaginações ontológico-geográficas e propõe que nossos objetos de estudo sejam considerados de forma mais relacional do que autônoma, mais reflexiva do que objetiva e mais humilde do que ambiciosa. Segundo ele, o resultado dessas práticas geográficas seria uma geografia menos arrogante e elitista, mais esperançosa do que temerosa e mais humana do que “des”humana.

Aquilo que é determinado como impensável, impraticável e indizível pela ciência deve ser tensionado, e a ordem da pretensa normalidade precisa ser subvertida. Quem pesquisa deve duvidar das “verdades” que sustentam e dão guarida ao poder e deve também cometer heresias contra os cânones do discurso científico, praticando aquilo que Butler (2004) chama de “certas ofensas necessárias”, para transpor as formas de leitura do discurso geográfico.

[...] cuando pensamos en mundos que un día se convertirán en pensables, en decibles, en legibles, hacer visible lo que ha sido repudiado y decir lo que antes era inefable se convierte en parte de una ‘ofensa’ que se debe cometer para ensanchar al dominio de la supervivencia lingüística. La significación del lenguaje requiere abrir nuevos contextos, hablando de maneras que aún no han sido legitimadas, y por lo tanto, produciendo nuevas y futuras formas de legitimación. (BUTLER, 2004, p. 73).

A humildade intelectual para a qual nos alerta Knopp (2007) envolve a noção de que o processo investigativo contém em si a posicionalidade de vários elementos, que se influenciam mutuamente. O encontro entre pesquisador(a) e pesquisado(a) em uma situação específica envolve duas posicionalidades, já que cada qual se posiciona socialmente a partir de pontos de vista diferentes. O saber produzido sobre uma dada realidade reúne as motivações das pessoas envolvidas, que se expressam a partir delas, gerando, portanto, uma versão sempre parcial. Os efeitos produzidos desse encontro de motivações expressas, por sua vez, realimentam a própria realidade estudada, num fluxo contínuo.

Em “Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics”, a geógrafa Gillian Rose (1997) argumenta que a realidade socioespacial também se constrói a partir das relações de poder que se fundam nos enunciados científicos e na posição de quem os pronuncia. Portanto, a autora incorpora a necessidade da postura reflexiva da pessoa que pesquisa em relação aos seus resultados, já que

as relações de poder inerentes ao processo investigativo implicam a produção de hierarquias. As versões da realidade produzidas por nós, pesquisadores(as), têm maior poder de fazer valer suas ideias frente aos demais saberes sociais. As versões da realidade produzidas por nós, pesquisadores(as), têm maior poder de fazer valer suas ideias frente aos demais saberes sociais, inclusive dos grupos que pesquisamos. As ideias que se imaginam, segundo ela, produzem a realidade social, assim como a realidade pode ser imaginada, e é nesse sentido que se constrói uma importante discussão sobre a implicação política e social dos resultados de pesquisa e o compromisso ético na construção de uma realidade que é pluriversal.

Os confrontos dos múltiplos saberes sob a perspectiva da universalidade dos modelos de conhecimento resultaram na ciência moderna, que produz as ausências e silêncios e reforça as dominações. A postura pluriversal implica a prática geográfica subversiva, que joga com e contra os conceitos da ciência hegemônica e contempla os saberes dos sujeitos silenciados no discurso moderno tradicional. Baseada na noção de poder de Michel Foucault, a geógrafa alega que o poder no campo científico, assim como todo o poder, é relativo e que existem fissuras, através das quais se pode transgredir o padrão instituído, por meio de táticas desconstrucionistas à ordem estabelecida.

Qualquer construção de conhecimento implica uma postura reflexiva em relação à interdependência entre conceitos já estabelecidos pelo campo científico e a realidade que se investiga. As escolhas teóricas implicam, simultaneamente, operações metodológicas que lançam mão de instrumentos específicos. É importante dizer, portanto, que o estudo de grupos sociais invisibilizados é bastante árduo, na medida em que eles não possuem, em geral, registros documentais facilmente detectáveis, acessíveis e intercambiáveis. Os acervos e arquivos não registram e resguardam as histórias de vida dessas pessoas, e nem mesmo os bancos de dados estatísticos estão organizados de forma a facilitar a realização de investigações centradas na produção de suas expressões.

As investigações voltadas às políticas identitárias dos últimos anos reivindicam uma postura reflexiva do pesquisador sobre os atos investigativos e sua posicionalidade em relação ao fenômeno que se estuda, tal qual propõem Knopp (2007) e Rose (1997). As tentativas de escapar às práticas geográficas criticadas por esta corrente, como a autoridade do(a) pesquisador(a), seu comportamento no trabalho de campo e os modos de interpretação das realidades socioespaciais, produziram a concepção de que a investigação não é um produto, mas um processo. Enquanto processo, as experiências e as interações pessoais

entre pesquisadas(os) e pesquisadores(as) passam a compor os dados da própria investigação.

Assim, vou utilizar de minha experiência pessoal desenvolvida no campo de pesquisa durante meu estágio pós-doutoral. Longe de adotar uma postura egocêntrica e autocentrada de análise, justifico essa abordagem pela minha incapacidade, neste momento, de realizar uma abordagem mais ampla, contemplando experiências de pesquisa de outros colegas. Minha investigação está voltada, de forma geral, para a análise das relações entre a imigração ilegal e as representações sociais das prostitutas brasileiras na Espanha.³ Procuro compreender os elementos definidores de suas rotas transcontinentais para o exercício da atividade comercial sexual, assim como as relações entre corpo, identidade, território brasileiro e práticas sexuais em território estrangeiro, e ainda, os significados construídos por essas pessoas a respeito da experiência socioespacial da imigração ilegal implicando no exercício da prostituição. Não pretendo aqui discutir meus resultados de pesquisa, mas elaborar uma reflexão sobre as práticas de pesquisa que envolvem as considerações feitas por Rose (1997) e Knopp (2007).

Início por questionar minha própria posição no campo de trabalho junto aos grupos que estudo e como minha presença física também passa a compor o espaço que exploro. Além disso, levanto os desafios dos efeitos de minha posicionalidade no campo de pesquisa sobre minha própria identidade e as das pessoas com quem passo a interagir e sobre a construção do modelo de análise resultante desse encontro. Tomo a liberdade de transcrever aqui trechos de meu diário de campo que permitem uma melhor explicitação de minhas ideias.

Hoje, dia 28/04/2008, busquei o chamado “triângulo de Ballesta”, na área central de Madri, local conhecido por ser uma área de prostituição. Trata-se de uma área em que o capital imobiliário vem exercendo forte pressão para seu ‘aneamento’, a fim de torná-la mais ren-

3 Mesmo que a intenção não seja discutir nesse trabalho os resultados da pesquisa, é importante evidenciar o contexto em que surge a ideia da exploração deste tema. As brasileiras presentes no mercado da prostituição da Espanha tornam-se expressivas nos noticiários do país e nos relatórios de investigação da polícia espanhola, num contexto em que os organismos internacionais discutem o “Tráfico de seres humanos com finalidade de exploração sexual”. Para se ter uma ideia, o número de prostitutas brasileiras detidas na Espanha aumentou 80%, passando de 3.332 em 2003 para 6.015 em 2005, segundo dados do Ministério do Interior espanhol. Em 2005, o informe criminológico elaborado pela Guardia Civil da Espanha informa que existem cerca de mil bordéis no país. A polícia espanhola deteve 20.284 mulheres em seu território, caracterizadas como vítimas de tráfico de seres humanos para fins de exploração sexual. Deste total, 98,77% eram estrangeiras, e as brasileiras representavam 30%, sendo que em 2003 elas representavam apenas 17%. Segundo a Asociación Nacional de Empresarios de Locales de Alterne (ANELA), o negócio da prostituição move 50 milhões de euros por dia na Espanha ou 18 bilhões ao ano.

tável. Minha expectativa inicial era de que a área fosse deteriorada e que as prostitutas se apresentassem com vestimentas provocantes ou ainda desnudas, tal qual os cenários que vivencio no campo de pesquisa de minha cidade. Pelo contrário, a Calle de La Montera, na qual me encontrava, é uma rua comum de comércio e serviços, e os transeuntes são famílias, turistas, homens de negócio vestidos com ternos e gravatas e mulheres vestidas também de forma comum. Alguns grupos de mulheres se reúnem, e é sua postura física e seus olhares que as identificam como prostitutas. Abordei algumas delas perguntando por brasileiras. Percebi que se reuniam por nacionalidades. Havia as do “leste europeu”, as africanas e as latinas. Mas as brasileiras eram muito raras entre as latino-americanas. Cada vez que me aproximava de um grupo, um homem se aproximava também e me indagava com agressividade sobre as razões de minhas perguntas. Me distanciei um pouco para evitar conflitos e me mantive em frente a uma vitrine e observava a dinâmica de agrupamentos de prostitutas por nacionalidades/racialidades e as táticas de que elas se utilizavam para atrair os clientes. Para minha surpresa, um homem de perto de quarenta anos se aproximou de mim e falou comigo. Compreendi que perguntava sobre o preço do programa e fiquei nervosa. Tentei explicar que não era prostituta e ele percebeu que eu era brasileira e ofereceu mais dinheiro. Eu fiquei muito confusa, e quanto mais confusa, mais a oferta aumentava, e os elogios pela minha “brasilidade” também. Fui embora perdendo a paciência com ele. Talvez perdi a paciência porque havia sido significada como prostituta, e meu lugar nobre de pesquisadora que observa o fenômeno “de fora” foi desestabilizado, e eu era mais uma delas. Mais um corpo nas ruas de Madrid, uma brasileira, uma prostituta.

Hoje é 17/04/2008. Ontem entrevistei Andrômeda,⁴ travesti brasileira que estava com as costelas machucadas por uma agressão policial, e resolvi voltar ao seu ponto para ver como estava e dizer que havia conseguido uma consulta para ela. Ela estava embaixo de uma marquise. À noite, elas se vestem com mais ousadia. Andrômeda estava de sapatos altos e um vestido muito curto. Me aproximei dela e perguntei se estava melhor, e ela estava furiosa. Um homem “marroquino” havia lhe ofendido e jogado lixo sobre ela. Ela, indignada, desabafava que não roubava, que estava ali só trabalhando, e esse “hijo de puta” a agredia. Nesse tempo, o tal marroquino voltou e os insultos continuaram. Ela respondia, com seu “portunhol” os insultos de forma cada vez mais agressiva, quando o homem se aproximou com uma postura de quem iria atingi-la. Ela arrancou os sapatos altos, tirou uma corrente da bolsa e começou a girar, chamando-o para a

4 Todos os nomes utilizados aqui são fictícios, embora as colaboradoras da pesquisa fizessem questão de registrar o nome com que se identificavam. Optei pelo anonimato para protegê-las. Algumas se queixam de minha posição, inclusive pedem que sejam fotografadas e que explicitem sua participação na pesquisa. Contudo, como não sei do alcance da publicização dos dados de pesquisa, achei melhor mantê-las anônimas, apesar dos protestos.

briga. Eu, assustada, peguei meu celular e disse que estava chamando a polícia. Ela gritou comigo, dizendo que, se eu fizesse isso, era ela quem iria presa. Meu coração parecia que iria sair pela boca, recuei e torci que ela desse conta do tal “marroquino”, que ficou com medo de Andrômeda e foi embora. Ele também havia me significado como uma prostituta, colega de Andrômeda. Eu estava perplexa. Não compreendia se a atitude que tomei era de solidariedade a seu pedido ou de medo de levar uma correntada também. Mas Andrômeda ria de sua valentia, dizia que travesti na rua tinha que ser “muito macho” e significou meu ato de não chamar a polícia como uma lealdade, já que eu, como uma pesquisadora devidamente documentada, seria protegida pela polícia, e eu preferi correr risco ao lado dela. Passou a me chamar de amiga. Eu agora penso que, por muito pouco, minha interferência poderia provocar a prisão dela, e eu estaria prejudicando o grupo que estudava.

Hoje é 10/06/2008, e entrevistei Pandora. Depois da entrevista, pedi que ela me indicasse outras colegas, para que eu pudesse entrevistar, como sempre faço. Um contato leva a outro. Ela riu de mim e disse que minha entrevista era muito chata e cansativa. No entanto, disse que “tinha ido com minha cara” e que poderia me dar uns conselhos sobre meu roteiro de entrevistas e o perfil de algumas questões que eu formulava. Eu concordei. Fez suas críticas e ajudou a reestruturar meu roteiro. Na próxima entrevista vou sentir se a reestruturação melhorou a relação com as pessoas que pesquiso. O mais incrível é que ela, ao mesmo tempo em que me concedia a entrevista, me analisava e fazia julgamentos também sobre meus procedimentos. Depois de tantos anos de atuação em pesquisas, foi a primeira vez que senti que o encontro da entrevista é um momento realmente único e que o saber que ali se constrói não é, de forma alguma, mérito meu, mas da relação que se estabelece com o outro.

Estes breves relatos registrados em meu diário de campo ilustram as questões envolvidas nos métodos que têm sido utilizados por geógrafas(os) feministas e *queer*. Os dois primeiros registros do diário de campo me levam a refletir sobre como meu próprio corpo é percebido nos locais de pesquisa. Minha corporeidade, para usar o termo de Linda McDowell (1999), também é representada e interpretada pelos grupos que compõem o campo pesquisado. Meu corpo, assim como compreendo os corpos que estudo, não é um local onde a cultura se inscreve, mas é ativo na produção das percepções e, tal qual aponta Knopp (2007), configura-se como ferramenta de pesquisa. Segundo o autor, a atenção à corporalidade de quem investiga e não apenas à das pessoas investigadas pode ser incorporada na realidade estudada. Durante o trabalho de campo, ao estar atenta às representações que minha corporalidade despertava e aos parâmetros em que eu me

tornava inteligível nos locais de pesquisa, pude perceber que meu ser tem também um gênero, uma cor, uma moralidade, uma classe e uma nacionalidade.

Contemplar a posicionalidade e a flexibilidade no processo investigativo exige um pensar da(o) cientista sobre os outros, mas também sobre si mesma(o). Os relatos que apresentei anteriormente evidenciam que minha corporalidade não era invisível no campo de pesquisa, e contemplá-la pode ser bastante produtivo. Knopp (2007), ao provocar a geografia com seu argumento de contemplar a experiência corporal de quem pesquisa, suas emoções, desejos e percepções, alude ao fato de que o(a) sujeito(a) que pesquisa, mesmo contra sua própria vontade, é percebido(a) pelas pessoas pesquisadas e que as relações desencadeadas no ato investigativo permeiam a interpretação dos espaços que podemos construir como geógrafos(as).

As interações construídas entre as pessoas envolvidas no ato investigativo do tipo reflexivo geram expectativas que devem ser consideradas válidas e explicitadas, retirando a pessoa que investiga da proteção da invisibilidade que permeia até mesmo o estilo de escrita impessoal, muitas vezes exigida no ambiente acadêmico. No entanto, a pesquisa qualitativa se defronta com impasses éticos de difícil solução, notadamente quando envolvem temas ligados às ilegalidades ou condutas infracionais. No segundo trecho apresentado, evidenciei uma situação de violência que passou a ser corriqueira em meu campo de pesquisa. Convivi com sentimentos, atitudes e posturas que afrontavam a organização de meus valores de vida, e até esse momento, não encontrei uma maneira simples de refletir e de me posicionar frente a isso.

Minha autoridade científica abalada pelo enfrentamento que Pandora fez ao meu roteiro de investigação evidenciou o tensionamento de nossas posicionalidades. Ela resistiu, com maestria, às hierarquias que colocam as(os) pesquisadoras(es) em patamares de saber mais elevados em relação aos saberes produzidos pelo senso comum. Pude exercitar, com Pandora, a “humildade intelectual” que o geógrafo Larry Knopp aconselha, e compreender que é do encontro de motivações pessoais que se produz o conhecimento de uma dada realidade, que é sempre parcial e situacional, em permanente processo.

A interseccionalidade na prática das pesquisas geográficas feministas e queer

Os desafios teóricos e metodológicos enfrentados pelas ciências sociais para construir inteligibilidades da sociedade contemporânea colocam o conceito de interseccionalidade como um caminho a ser desenvolvido. A superação da noção essencializada de mulher, a aceitação de que não há uma única identidade capaz de abrigar todos os corpos passíveis de serem classificados como femininos, a pluralidade presente nas *performances* de gênero, compreendido agora como representação, e a emergência das críticas dos movimentos sociais envolvendo raças e sexualidades constituem uma busca intelectual de contemplar as complexidades sociais. Qualquer pessoa vivencia simultaneamente múltiplas categorias sociais, como gênero, raça, religião, classe, idade, opção sexual, etc. Essa concepção envolve considerar as identidades como fluidas, instáveis, complexas, e em estado permanente de construção/desconstrução. As pessoas vivenciam os processos identitários ao longo da vida concreta, e essa experiência contempla tempo e espaço. O conceito de interseccionalidade passa a ser utilizado como uma atitude metodológica de articular as diferentes categorias sociais vivenciadas pelos seres humanos e evidenciar que essas articulações resultam em diferentes experiências.

Em 2007, o periódico *The Professional Geographer* publicou uma coletânea dedicada à reflexão sobre os desafios contemporâneos das geografias feministas e sobre futuras agendas de pesquisa. O artigo “Theorizing and researching intersectionality: a challenge for feminist geography”, de Gill Valentine, discute o conceito de interseccionalidade como sendo central, alertando para a pequena atenção dispensada a ele pela comunidade científica geográfica. Neste artigo, a geógrafa faz um esforço para evidenciar empiricamente as relações entre a interseccionalidade e a dimensão espacial e temporal, utilizando-se da análise da história de vida de uma pessoa que experiência, num processo contínuo de construção/desconstrução, sua condição de mulher, lésbica, surda, esposa, mãe e trabalhadora. Nessa análise, a autora consegue desvelar a composição múltipla do ser humano, mostrando como as diferentes identidades que o compõem são redefinidas, tornando-se mais ou menos relevantes em sua existência espacial e temporal.

Com base no trabalho de Valetine (2007), realizo minhas próprias aventuras metodológicas, oriundas da mesma investigação que tomei por base para elaborar o pensamento exposto no texto anterior. São algumas análises ainda parciais da investigação sobre a ex-

periência das brasileiras imigrantes ilegais no exercício da prostituição na Espanha.⁵

O universo de prostitutas brasileiras, foco deste raciocínio, exerce a prostituição em locais privados, como clubes e apartamentos. Elas prestam serviços a uma clientela de alta renda. Durante uma entrevista, Cassiopeia, que tentava exercer outras atividades fora da prostituição, me disse:

Uma brasileira na Espanha não tem valor fora do clube. No clube, os meus clientes pagam cada minuto pra estar comigo. Fora, alguns ex-clientes me ligam e querem “foder” de graça. Nem mesmo me dão uma carteira de cigarros. E tem mais, é coisa comum o patrão de um restaurante ou bar querer foder de graça também, pra não te mandar embora. No final, dão calote no salário e ainda ameaçam você que vão te entregar para a imigração se fizer barraco. (Cassiopeia).

Cassiopeia, como todas as outras que entrevistei nesse universo, era oriunda de um contexto econômico de média renda e média escolaridade no Brasil. Na Espanha, fora do exercício da prostituição, Cassiopeia fazia trabalhos de camareira e garçonete. Depois da entrevista, expus a ela meu projeto de investigação, e ela se propôs me ajudar. Acabou se tornando um dos pilares da pesquisa e minha informante privilegiada.⁶ Como conhecia prostitutas, locais e muitos clientes, me possibilitou entrar em ambientes que jamais poderia acessar sozinha, com *status* de pesquisadora. Em muitos clubes, mulheres desacompanhadas são proibidas de entrar. Assim, ela contatava os clientes que considerava seus amigos, contava sobre minha pesquisa e eles me auxiliavam a superar a barreira de entrar nos clubes. Em geral, encaravam o ato de me auxiliar como algo diferente a ser vivido e também se divertiam com o fato de eu realizar uma ação até certo ponto transgressora.

Só depois que vivenciei o ambiente dos clubes de prostituição é que pude compreender as mensagens expressas na entrevista realizada com Cassiopeia e construir um discurso de como as brasileiras como ela vivenciavam um território estrangeiro como mulher, brasileira,

5 Embora minha investigação diga respeito a brasileiras compreendidas como mulheres biológicas e travestis (denominadas, na Espanha, “mujeres transexuales”), nesse momento, irei restringir minha análise ao universo de mulheres. Isso porque as travestis experienciam outras intersecções, que não podem ser exploradas neste reduzido espaço disponível para a exposição.

6 Quero fazer pública minha gratidão a ela, pela sua generosidade em compartilhar seu conhecimento comigo, e também a admiração que ela me despertou, pela sua capacidade de luta, coragem e crítica social. Embora esteja aqui identificada com nome fictício, Cassiopeia sabe a quem estou me referindo em realidade.

prostituta, ilegal e pobre. De modo especial, pude evidenciar como o espaço da prostituição compunha o exercício destas categorias sociais de forma muito diversa de outros espaços, como aquele relatado na entrevista de Cassiopeia.

Acompanhada de Cassiopeia e um de seus amigos, fiz uma saída de campo ao clube “X”, a fim de contatar as prostitutas brasileiras para a realização de minhas entrevistas em profundidade. Infelizmente, não tive sucesso nesse dia, pois as brasileiras que abordei não se dispuseram a me conceder uma entrevista, a não ser em troca de pagamento pelo tempo que me dispensariam.⁷ Contudo, esta vivência foi igualmente rica para minha investigação, e é a partir dela que faço uma reflexão sobre intersecções de gênero, sexualidade, classe e nacionalidade, compostas simultaneamente pelo espaço de prostituição, estabelecendo uma relação com os depoimentos de Cassiopeia que refletem sua experiência fora dos clubes em que atuava como prostituta.

No clube “X”, assim como em vários outros, há um salão, em que as prostitutas e os clientes se encontram, e o programa sexual contratado se dá nos quartos privados. O salão é um ambiente de sociabilidades em que se bebe e onde se desenvolvem as conversas e as danças. Há também pessoas que não frequentam o clube apenas para obter serviços sexuais, mas para vivenciar a atmosfera de sensualidade ou ainda para usar drogas nos ambientes privados. As prostitutas conversam entre si, sobre temas comuns, como filhos, maridos, novelas e filmes. Mas, sobretudo, o salão do clube é o ambiente da conquista do cliente, preferencialmente bem abonado financeiramente, e da eleição da pessoa que possibilite viver desejos e fantasias sexuais.

O estar no salão durante o processo de conquista envolve a corporeidade, de modo que, em geral, elas dedicam tempo e dinheiro para fazer seus corpos expressarem as imagens desejadas, utilizando vestuários sensuais, provocadores e transparentes e dando, assim, visibilidade aos seus atributos corporais, para impressionar os clientes ou ainda as companheiras de trabalho. Ao observar como o vestuário e os adereços compõem a corporalidade das prostitutas no salão do clube, me deparei com uma prostituta que vestia um *top* verde e amarelo em que estava impressa a expressão “Made in Brazil”, sobre os seios, numa clara indicação de que se tratava do corpo de uma brasileira. Aproximei-me dela e lhe questionei a respeito da roupa. Ela respondeu: “essa roupa atrai

7 Além de eu não ter recursos financeiros suficientes para pagar pelas entrevistas, minha postura estava fundamentada na convicção de que os depoimentos deveriam ser realizados a partir da disposição das pessoas em colaborar com a investigação, tendo em conta a noção de que o ato voluntário reflete na qualidade da expressão das experiências dessas pessoas e também no tipo de relação que se estabelece entre pesquisadora e pesquisada no ato da entrevista.

os cliente; quando coloco, ganho dinheiro feito água, é um atrás do outro”. No universo competitivo da prostituição, as brasileiras acionam os códigos simbólicos que sua nacionalidade desperta no imaginário social masculino europeu, associado à devassidão, à sensualidade e à tropicalidade. Segundo o depoimento de uma delas, ser uma “brasileira” no salão do clube a colocava em vantagem frente às outras prostitutas de outras nacionalidades, evidenciando que o atributo da nacionalidade brasileira e as representações sociais a ela atribuídas são ali valorizados. Paradoxalmente, esta mesma mulher, vivenciando a experiência espacial fora do ambiente da prostituição, encontra-se em posição de inferioridade, como Cassiopeia tinha destacado.

No salão do clube “X” se confrontam também as identidades de gênero, de forma bipolarizada. Supostamente, o cliente homem vem em busca de uma relação heterossexual, mas isso não quer dizer que no ambiente privado do quarto as práticas sexuais não se efetivem envolvendo corpos de outros homens ou de travestis que fazem programas. Contudo, a presença deles não é permitida no salão do clube “X”; eles são demandados nos ambientes privados, quando solicitados pelos clientes para a realização de programas sexuais.

Enquanto eu observava a disposição dos corpos e as táticas de acesso, o amigo de Cassiopéia que nos acompanhava me chamou a atenção e disse: “mira, en esto lugar las mujeres son las cazadoras y los hombres, la caza”. Começamos a trocar idéias, e ele, do alto de sua experiência de mais de trinta anos como frequentador assíduo de clubes de prostituição daquele mesmo perfil, me disse que, como eu, ele também gostava de observar as dinâmicas de relações que ocorrem nos salões. Chamou-me a atenção para a postura tímida de alguns homens quando eram abordados pelas prostitutas. Alguns chegavam a desviar o olhar, abaixando a cabeça na primeira abordagem, e só depois de algum tempo o contato visual e corporal se estabelecia. Segundo ele, nesse tipo de encontro, a prostituta coloca em xeque dois valores fundamentais da masculinidade construída socialmente: a capacidade financeira do homem para pagar pelo programa desejado e a qualidade de seu desempenho sexual. Isso porque, em geral, os programas neste tipo de ambiente são realizados mediante o pagamento de altos valores, e a prostituta detém, aos olhos do homem, um saber-poder dos prazeres do corpo que pode se converter em uma espécie de prova da potência sexual masculina. Assim, as relações de gênero tradicionais entre uma mulher submissa e um homem dominador, retratadas no depoimento de Cassiopeia ao relatar a cessão de favores sexuais ao patrão em troca do emprego, são ali desestabilizadas.

Sua condição de estar no país de forma ilegal não influencia as relações comerciais envolvidas no trabalho sexual desempenhado no clube “X”. As prostitutas, mesmo as ilegais, estão protegidas por uma estrutura que dificilmente é desafiada pelos clientes no salão, que é vigiado por seguranças e câmeras. Uma vez contratado o perfil dos serviços a serem prestados pela prostituta e o valor a ele correspondente, o cliente deve pagar antecipadamente pelo programa. Novamente, aquele espaço confere à prostituta o domínio da situação, em que o credor é o cliente, diferentemente da condição em que o salário de uma brasileira ilegal, como relatado por Cassiopeia, pode ser negado sem maiores complicações em outros espaços da cidade. A mesma mulher brasileira, ilegal e prostituta, agora com vantagens econômicas, pode circular em outros ambientes urbanos, como lojas, por exemplo, e não acionar as identidades que são explicitamente mobilizadas no ambiente do clube. Elas afirmam que o preconceito sofrido por elas como brasileiras é inversamente proporcional ao dinheiro que carregam no bolso, assim como os recursos financeiros oriundos da prostituição compram “facilidades” frente a qualquer problema que possa decorrer da condição de sua permanência ilegal no país.

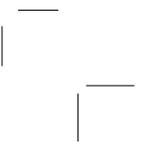
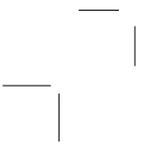
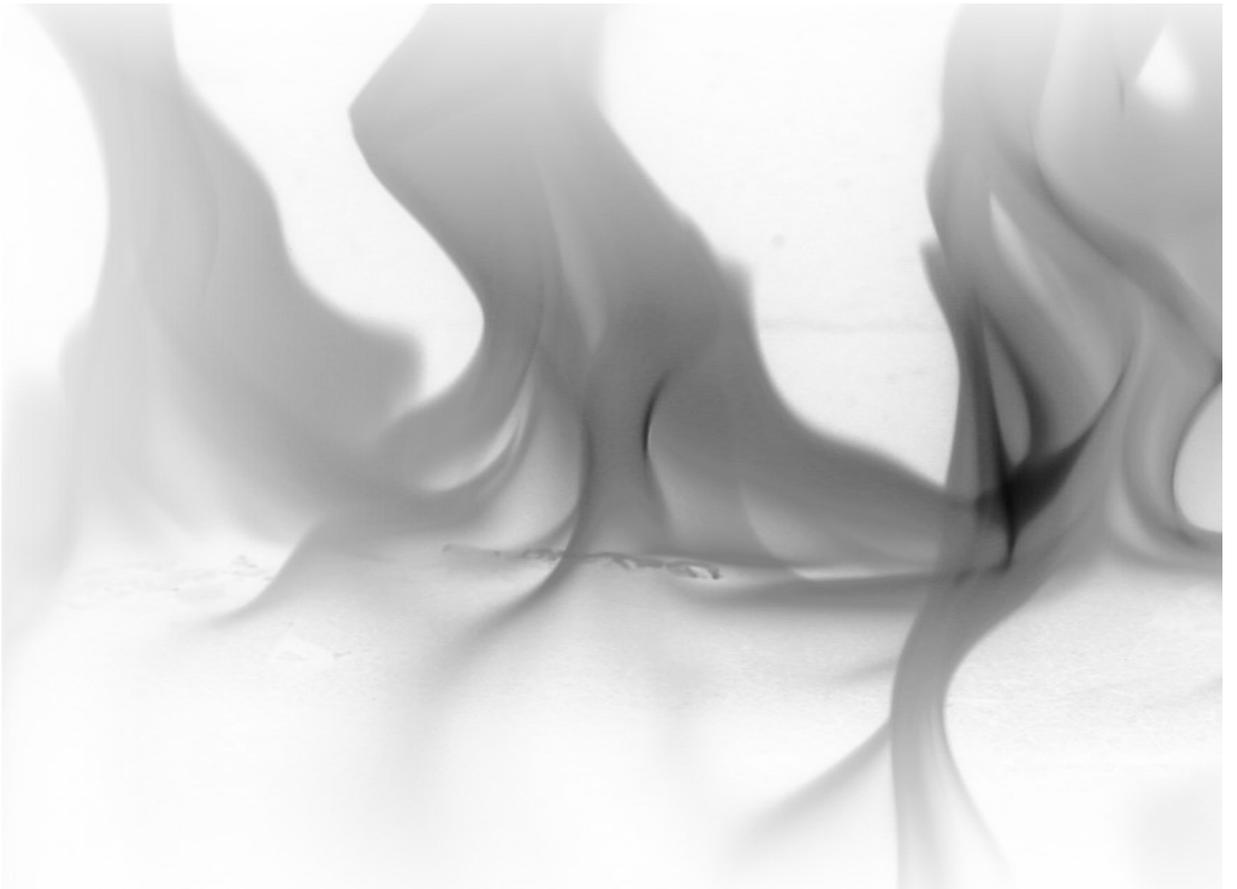
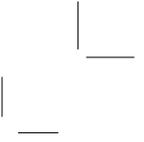
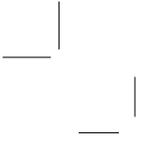
Os processos de interseção das identidades de gênero, nacionalidade e classe evidenciados na experiência das mulheres brasileiras prostitutas no salão do clube “X” não podem ser simplesmente transpostos à análise de outras realidades. O fenômeno da prostituição é extremamente complexo, e cada espacialidade vivenciada é também composta pelo poder que reposiciona os(as) sujeitos(as) em suas relações socioespaciais. Nesse sentido, o espaço é uma categoria fundamental no enriquecimento do conceito de interseccionalidade, ainda negligenciado pelas demais ciências sociais, e esse conceito pode enriquecer as análises geográficas, contemplando a diversidade, a fluidez e a complexidade das identidades sociais, tal qual nos ensina Valentine (2007).

Enfim, este ensaio contempla a indissociabilidade das transformações das imaginações ontológico-geográficas e seus desafios inerentes, discutindo a posicionalidade do pesquisador na prática da pesquisa e a interseccionalidade como conceito a ser explorado na geografia. Ao finalizar este texto, quero reiterar que compreendo a investigação como um processo a ser partilhado e debatido. É a partir de uma postura reflexiva na prática investigativa geográfica que se pode produzir um saber “mais humano”, para utilizar uma expressão de Knopp (2007), capaz de dialogar com outros campos de saber e com as pessoas que produzem e fazem a geografia na sua existência cotidiana. Além disso, reforço que as geografias feministas e *queer* não são saberes que devem se manter autocentrados e/ou isolados. Elas têm focos de interpretação da realida-

de socioespacial que, de forma dialógica com os demais subcampos da geografia, podem subverter o monotopismo e produzir pluriversalidades espaciais, enriquecendo nossa ciência como um todo.

Referências

- BUTLER, Judith. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. London: Routledge, 1990.
- _____. *Bodies that matter: on the discursive limits of "sex"*. London: Routledge, 1993.
- _____. *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.
- DIAS, Karen; BLECHA, Jennifer. Feminism and social theory in geography: an introduction. *The Professional Geographer*, v. 59, n. 1, p. 1-9, 2007.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- HARAWAY, Donna J. *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*. London: Free Association Books, 1991.
- KNOPP, Larry. On the relationship between queer and feminist geographies. *The Professional Geographer*, v. 59, n. 1, p. 47-55, 2007.
- KOBAYASHI, Audrey; PEAKE, Linda. Unnatural discourse: 'race' and gender in geography. *Gender, Place and Culture*, v. 1, n. 2, p. 225-453, 1994.
- LAURETIS, Teresa de. *Technologies of gender: essays on theory, film, and fiction*. Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- McDOWELL, Linda. *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- MIGNOLO, Walter D. Os esplendores e as misérias da "ciência": colonialidade, geopolítica do conhecimento e pluri-versalidade epistêmica. In: SANTOS, Boaventura de Souza. *Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez, 2004. p. 667-710.
- MONK, Janice; HANSON, Susan. On not excluding half of the human in human geography. *The Professional Geographer*, v. 34, n. 1, p. 11-23, 1982.
- ROSE, Gillian. Situating knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography*, v. 21, n. 3, p. 305-320, 1997.
- SILVA, Joseli Maria. Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino. *Espaço e Cultura*, n. 22, p. 97-109, 2007.
- VALENTINE, Gill. Theorizing and researching intersectionality: a challenge for feminist geography. *The Professional Geographer*, v. 59, n. 1, p. 10-21, 2007.



Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino¹

Joseli Maria Silva



Desde 2002 venho explorando metodologias para abordagem de geografia e gênero. Essa trajetória foi inaugurada com uma questão de partida voltada para a compreensão das relações que marginalizam parte da população urbana feminina ao acesso de bens produzidos na cidade e, para isso, tomei como referencial empírico de reflexão Ponta Grossa, PR. A trajetória do conhecimento produzido por esse exercício intelectual acerca dessa realidade socioespacial é o que venho compartilhar e debater neste fórum científico. Nesse período bastante fértil, sem dúvida, muitas são as dúvidas a respeito de nossa prática de pesquisa dentro da ciência geográfica, na medida em que operamos com conceitos e categorias produzidos pela ciência hegemônica e, ao mesmo tempo, temos a intenção de construir uma ciência comprometida com a reflexão crítica e ética.

Do total de 74.080 domicílios particulares permanentes existentes na cidade, 24,3% são de responsabilidade feminina, e 58,5% dessas mulheres chefes de família recebem abaixo de dois salários mínimos. Mediante a espacialização dos dados do IBGE (2000) na base cartográfica da

¹ Texto publicado originalmente na revista *Espaço e Cultura*, Rio de Janeiro, UERJ, n. 22, p. 97-109, jan./dez. 2007.

cidade, verificou-se que a maioria dessas famílias habita áreas de ocupação irregular, fundos de vale e periferia de baixa renda, caracterizadas pela precariedade de infraestrutura. A constituição desta espacialidade deu início à problematização que vem sendo investigada por um grupo de pesquisadores. A noção do espaço urbano como produto e condição das relações sociais de produção não seria suficiente para dar visibilidade às mulheres enquanto sujeitos capazes de resistir à dominação masculina e construir novas lógicas de produção do espaço urbano. Assim, adotou-se o postulado de Rose (1993), que utiliza o conceito de gênero e propõe uma perspectiva geográfica contestadora do poder instituído, tornando visível a resistência feminina. Ao compreender gênero como um conceito/representação e, assim, diferenciado espacial e temporalmente, e em permanente processo de redefinição, foi preciso também considerar que o gênero feminino não comporta todas as variações identitárias das mulheres e que, portanto, a identidade feminina exige uma abordagem plural e reelaborada constantemente.

Depois de selecionar os setores censitários nos quais a concentração de mulheres chefes de família era mais expressiva, foi necessário realizar outro procedimento metodológico, considerando que, se o sujeito tomado por base possui uma identidade plural e permanentemente reelaborada, cabe especificar o grupo de interesse focal para, a partir daí, iniciar o trabalho exploratório. É importante esclarecer que o recorte social/espacial é, portanto, parte instituinte do modelo de análise, para se compreender como o espaço constitui identidades e, ao mesmo tempo, as comporta.

O grupo focal estabelecido é constituído de mulheres chefes de família cujos domicílios estão localizados em áreas irregulares e de baixa qualidade de serviços e infraestrutura, que têm crianças menores de quatorze anos sob sua tutela, renda inferior a dois salários mínimos e baixa escolaridade, ou seja, com até o ensino fundamental completo. O estabelecimento desse grupo foi motivado pelo alto potencial de reprodução ampliada da pobreza que ele representa, já que os filhos, em geral, substituem o papel desempenhado pelo ex-cônjuge no suprimento das necessidades básicas da família, e, sendo assim, as possibilidades de acesso a melhor escolaridade e oportunidades de trabalho e renda acabam sendo frustradas.

Em Ponta Grossa, 58,3% das mulheres responsáveis por domicílio se enquadram na faixa salarial entre zero e dois salários mínimos, enquanto a proporção dos homens nesta mesma faixa é de 35,3%. Na faixa de renda mais alta, acima de vinte salários, os homens representam 4%, ao passo que as mulheres, apenas 1,2%. Um dado fundamental que nossas pesquisas revelam é o de que a maioria dessas mulheres,

ex-esposas, empobreceu ao se tornar chefe de família, notadamente porque investiu seu tempo de existência em determinados campos da vida, como a maternagem e o cuidado com a reprodução familiar, e deixou de investir em sua formação profissional. As respostas oriundas das pesquisas de campo realizadas pelo Grupo de Estudos Territoriais estavam fundamentadas em um claro núcleo valorativo em torno da reprodução familiar que determinava, em parte, suas condições de vida. As respostas que vinham das pesquisas de campo eram contundentes e fundamentadas em um claro núcleo valorativo que determinava, em parte, suas condições de vida.

Assim, o que venho apresentar aqui é um pequeno avanço do grupo que pretende alimentar a discussão na busca da compreensão das relações que envolvem nossa existência. Baseio a discussão em alguns aspectos pouco abordados na ciência geográfica brasileira: o corpo e as emoções, a afetividade e a dimensão ético-valorativa, como a honra. Inicialmente, a aventura intelectual pareceu solitária. Entretanto, o contato com artigos da revista *Social & Cultural Geography* permitiu constatar que há muitas(os) geógrafas(os) preocupadas(os) com o papel das emoções, que produzem as “geografias emocionais”, abordando os mais diversos aspectos que contemplam as relações entre o corpo, as emoções e o espaço, a exemplo de Joyce Davidson e Christine Milligan (2004), Nichola Wood e Susan Smith (2004) e Gillian Rose (2004).

O texto apresenta, primeiramente, uma visão da contribuição da chamada geografia feminista para o campo da geografia cultural e esboça um breve panorama das abordagens teórico-metodológicas da ciência. Os anos 90 foram muito férteis para o desenvolvimento da perspectiva feminina na geografia. Outras dimensões da realidade socioespacial puderam ser exploradas, notadamente no campo da geografia cultural, no momento em que o mito da ciência imaculada foi questionado por cientistas como Morin (1996) e Boaventura de Souza Santos (2004), os quais sustentam que o conhecimento científico é contextualizado histórica e espacialmente e produzido sob intensas relações de poder. Na segunda parte, o texto apresenta uma discussão do papel das emoções na produção das ações do corpo vivo e do espaço.

Um panorama da abordagem de gênero na geografia

Se, por um lado, a geografia no Brasil avançou muito pouco em suas análises de gênero, nos países anglo-saxões, por outro, a chama-

da “geografia feminista” tem impactado sobre a disciplina como um todo e contribuído com outras ciências sociais desde os anos 70 e, de forma mais expressiva, nos anos 90. Em um interessante trabalho, Oberhauser *et. al.* (2003) elaboram um quadro da evolução do campo da geografia feminista nos países anglo-saxões, procurando determinar quais são as principais teorias, conceitos e métodos utilizados neste subcampo da ciência geográfica. Com base no trabalho de Oberhauser *et. al.* (2003), faço, em seguida, um relato sintético a respeito do movimento da ciência a partir dos centros universitários norte-americanos e europeus, abordando, também, o modo como a geografia brasileira tem desenvolvido seus próprios caminhos com relação às temáticas de gênero.

Enquanto na década de 90, nos países centrais, cursos universitários de geografia passaram a incluir currículos que contemplam a abordagem de gênero, com a publicação de muitos livros, no Brasil a discussão deste tema está restrita ao Simpósio de Espaço e Cultura e aos eventos multidisciplinares. Os eventos promovidos no campo da ciência geográfica, como o Encontro Nacional de Pós-Graduação em Geografia e o Encontro Nacional de Geografia, não apresentam uma linha de abordagem de gênero, e os raros trabalhos presentes nesses encontros estão dispersos em outros subcampos, como os da geografia humana, urbana, rural e assim por diante. Ao mesmo tempo em que a abordagem de gênero não se desenvolve com força no Brasil, as chamadas geografias feministas – campo que abriga tal abordagem –, têm se constituído em uma importante vertente crítica dentro da ciência geográfica, conforme apontam Oberhauser *et. al.* (2003). O objetivo da produção científica, notadamente a dos anos 90, nos países centrais, está comprometido com o aprofundamento da compreensão das relações de gênero e espaço e com o fornecimento de um conhecimento que seja útil na luta pela equidade social.

Sem esboçar uma ideia etapista desse campo da ciência, o quadro que segue organiza as principais tradições da pesquisa da geografia feminista desenvolvida nos países centrais, considerando a abordagem teórica dominante desde seu surgimento, nos anos 70, até o presente, as referências metodológicas e os temas de pesquisa selecionados. O objetivo é representar um quadro geral de modificação de ideias que têm construído e materializado esse campo científico.

Tradições na pesquisa geográfica feminista

Perspectivas	Abordagens teóricas	Referências metodológicas	Tópicos selecionados para pesquisa
Mulheres na geografia	“Recenseamento” das mulheres; a geografia das mulheres; empirismo feminista	Mapeamento de padrões espaciais de atividades das mulheres e desafio da perspectiva positivista	Mulheres e a cidade; mulheres e emprego; mulheres e desenvolvimento
Feminismo socialista	Feminismo socialista; marxismo; gênero e desenvolvimento	Materialismo histórico; combinação de teoria e prática	Relações entre patriarcado e capitalismo; estruturas socioespaciais da casa e local de trabalho; papéis de gênero no Terceiro Mundo.
Terceiro mundo/ feminismo e políticas da diferença	Pós-estruturalismo; pós-colonialismo; teoria racial	Análise de discurso; pesquisa participativa; histórias de vida; políticas de trabalho de campo	Desafio às formas absolutas e eurocêtricas do conhecimento; planejamento e desenvolvimento de gênero; diferenças no curso de vida
Feminismo e “nova” geografia cultural	Teoria <i>Queer</i> ; pós-modernismo; teoria psicanalítica; representação cultural	Posicionalidade e reflexibilidade; análise textual; narrativas; etnografia	Produção relacional do conhecimento; espaço e sexualidade; o corpo e as políticas de identidade; espaços imaginários e simbólicos

Fonte: Johnston *et al.* (2000); Jones, Nast and Roberts (1997); WGSG (1997) *apud* OBERHAUSER, Ann M.; RUBINOFF, Donna; BRES, Karen De; MAINS, Susan; POPE, Cindy (2003).

A tradição empirista, ilustrada na primeira linha do quadro apresentado anteriormente, desenvolveu-se com maior expressão nos anos 70 e preocupou-se em construir a visibilidade das mulheres no espaço, categoria-chave da ciência geográfica. Foram fundamentais os levantamentos quantitativos, os mapeamentos de fenômenos envolvendo o universo feminino e, principalmente, a crítica à pretensa objetividade e neutralidade de determinadas formas de conhecimento e da produção da ciência geográfica, hegemonicamente androcêntrica.

A geografia feminista tem desafiado as bases do conhecimento geográfico, desenvolvendo um esforço para construir uma postura crítica que envolva a epistemologia e a metodologia, como campos de forças desiguais entre homens e mulheres, de acordo com a concepção de McDowell (1992), evidenciando as dimensões sociais, econômicas e espaciais das experiências vividas pelos pesquisadores, suas relações na construção das agendas de pesquisa e o modo como elegem os conceitos do conhecimento hegemônico.

Como pode ser observado no quadro acima, a geografia feminista envolve a complementaridade de múltiplos métodos de pesquisa, que são apropriados a partir de contextos e finalidades a serem atingidas. A abordagem da Nova Geografia Cultural tem sido um campo fértil de evolução da geografia feminista. Bondi (1992) destaca as simbologias subjacentes na paisagem urbana contemporânea, que são compartilhadas e sustentam os distintos e assimétricos papéis de gênero. Bondi e Domosh (1992) fazem uma crítica aos dualismos, à doutrina da separação das esferas masculina e feminina e aos conflitos relativos aos usos dos espaços públicos e privados. Rose (1993), mediante seu potente conceito de “espaço paradoxal”, propõe caminhos que entrelaçam raça, classe, gênero e sexualidade, privilegiando a identidade múltipla e a plurilocalização socioespacial do sujeito feminino. Enfim, as abordagens destas autoras estabelecem ligações com a emergente corrente da Nova Geografia Cultural nos anos 90, cuja aliança foi bastante promissora para ambos os subcampos da geografia cultural e das geografias feministas.

A geografia feminista tem contribuído sensivelmente com a geografia cultural contemporânea, por meio da incorporação de gênero, identidade e representação no espaço social. Marcante nessa contribuição foi o avanço da ciência com a integração das abordagens pós-coloniais, pós-estruturalistas e as teorias gays e lésbicas de identidade e espaço. O foco das discussões tem sido a interseção de identidade, espaço e poder, notadamente nos trabalhos cuja abordagem revela elevada atenção para com as transformações de identidades relacionadas com os diferentes espaços que podem instituir diferentes *performances* de corpo. Várias pesquisadoras geógrafas como Massey (1991), Rose (1993) e Valentine (1993) estão constantemente refletindo sobre a complexidade que envolve as identidades fluidas e sua relação com o espaço, argumentando que esses dois conceitos são inseparáveis e simultaneamente (re)criados discursivamente.

Uma significativa parcela de trabalhos de geógrafas(os) tem se dedicado à compreensão das formas com que certos corpos são marcados como sendo diferentes ou marginais e assim realizam uma es-

pacialidade restrita, enquanto outros corpos, julgados normais e neutros, podem ser onipresentes e desenvolver qualquer espacialidade. Pautados no trabalho de Foucault e nos estudos *queer*, geógrafas(os) feministas têm explorado as relações entre sexualidade e espaço, para revelar a vasta negociação constante entre corpos e lugares. A chamada teoria *queer*, fortemente desenvolvida nos anos 90, compreende abordagens que privilegiam um novo enfoque das relações de gênero e sexuais, a partir da noção de que não há posições binárias entre gêneros, mas complexidades de relações que constroem identidades paradoxais. Essa teoria tem como ponto central a crítica à oposição heterossexual/homossexual que organiza o conhecimento e as ações dos sujeitos no mundo. Advoga uma política identitária de sujeitos que podem, de forma relacional e processual, transgredir e sustentar os sistemas. Para as(os) geógrafas(os) desta vertente, a identidade sexual não é automaticamente derivada de certos organismos, práticas ou gêneros, mas constitui, ao invés, “um espaço de transitividade” (OBERHAUSER *et al.*, 2003).

No Brasil, a produção geográfica sobre as relações de gênero é bastante incipiente em comparação com as demais ciências sociais. Um levantamento realizado na Plataforma Lattes do CNPq aponta que o número de pesquisadores é reduzido e que as pesquisas são dispersas, de modo que não se chega a constituir uma rede de pesquisa. Expressiva, no entanto, é a produção de Rosa Ester Rossini, que desde a década de 80 vem sistematicamente pesquisando a área de geografia e gênero, com foco na exploração da força de trabalho feminina, tanto nas atividades rurais como nas urbanas (ROSSINI, 1993, 2004). Além disso, recentemente, o gênero tem sido o objeto de várias teses de doutorado. Tonini (2002), por exemplo, desenvolveu um trabalho voltado à educação geográfica e ao gênero, Garcia (2004) dedicou sua tese de doutorado à análise de gênero na luta pela terra no Pontal do Paranapanema, e Silva (2004) realizou recentemente seu doutorado na área de trabalho informal e gênero. Na área de espaço urbano e gênero, destaca-se a produção do Grupo de Estudos Territoriais, que desenvolve pesquisas sobre a pobreza urbana feminina e norteia uma rede de pesquisas de que faz parte o estudo que desenvolvo a seguir. No eixo paradigmático da pesquisa desse grupo, as categorias da divisão do trabalho e da produção não aparecem como centrais na estruturação socioespacial, embora a componham. Procurou-se, assim, sem desprezar a trajetória de pesquisa acumulada sobre a geografia de gênero no Brasil, acrescentar algumas perspectivas que envolvem a realidade cotidiana das mulheres chefes de família, moradoras da periferia.

Enfim, a geografia brasileira tem pela frente importantes desafios teóricos e conceituais, além da necessidade de conquistar espaços de discussão acadêmica e luta político-institucional. O texto seguinte explora a relação entre espaço e gênero como categorias de análise indissociáveis e complementares.

Afetos e honra na instituição da correlação entre o corpo feminino e a periferia pobre em Ponta Grossa (PR)

O balanço que fiz sobre a teoria produzida a respeito da temática em questão e a realidade investigada me permite fazer algumas afirmações exploratórias que contribuem para a construção de um caminho teórico-metodológico da perspectiva de gênero na geografia cultural brasileira.

O gênero, neste trabalho, é entendido como um conceito/representação, e, enquanto representação, como uma construção social permanentemente renovada, diferenciada espacial e temporalmente. Assim, o conteúdo representacional é construído por um sujeito situado em relação a outros sujeitos, a respeito de um objeto. Nessa linha de raciocínio, Friedman (1995) afirma que as representações possuem caráter autônomo e criativo e que elas expressam tanto a atividade cognitiva de abstração ou simbolização quanto o caráter social, manifestado na presença de elementos ideológicos do grupo social a que pertencem os sujeitos.

Assim, cada grupo social, em diferentes tempos e espaços, num campo de lutas, constrói e renova incessantemente as representações de gênero. Algumas representações tornam-se hegemônicas e tendem a instituir padrões de conduta, configurando os elementos fundantes da representação de gênero: o sexo, o gênero e o desejo.

O sexo, comumente concebido como um elemento biológico, está relacionado com a dimensão anatômica das diferenças do corpo. Assim, o corpo, já categorizado como de macho ou de fêmea, é a base sobre a qual se instituem os papéis culturais e as expectativas de comportamento que a sociedade tem para o desempenho do papel do macho, que deve ser masculino, e para o papel feminino, desempenhado pelo corpo categorizado como de fêmea. A sociedade ocidental, conforme afirma Butler (2003), tem elaborado uma organização de ideias deterministas e causais que concebem o gênero como determinado pelo sexo, e segundo esta lógica biológica, constrói-se então o desejo, a sexualidade. Para

Butler, existe uma “ficção” reguladora, construída pela ordem burguesa, branca, masculina e heterossexual. Nesta perspectiva, a ordem compulsória do padrão de comportamento instaurado e considerado “normal” pela sociedade ocidental é o heterossexual. Assim, uma vez que o gênero em nossa cultura é algo determinado pelo sexo, o desejo, por sua vez, também deve se restringir a gêneros opostos.

A autora se posiciona de maneira radicalmente contrária à concepção de sexo como algo dado ou “pré-discursivo”, anterior à cultura. Ela afirma que não há coincidência entre as categorias sexo, gênero e desejo e que, além disso, a fronteira entre elas é tênue e que as categorias são cada vez mais autônomas. O desejo não surge como algo dado pela anatomia, mas ele é construído socialmente, experienciado por meio das representações que se constroem a partir do corpo. A própria significação da diferença anatômica dos corpos, designados como machos e fêmeas, já é em si uma construção cultural.

O padrão hegemônico que categorizou os corpos também lhes atribuiu papéis sociais a serem desenvolvidos e, mais do que isso, instituiu uma forte carga naturalista no seu desempenho. Aos sujeitos femininos se atribui o desempenho da maternagem, passividade, docilidade, fragilidade e emoção. Ao sujeito masculino, agilidade, força, agressividade, astúcia e raciocínio. Esta bipolaridade na organização das ideias ocidentais é objeto de uma longa discussão crítica desenvolvida por geógrafas como Gillian Rose (1993), em seu artigo “Feminism & geography: the limits of geographical knowledge”, e Linda McDowell (1999), em seu livro *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*.

As categorias constitutivas da representação de gênero não são lineares, causais ou consequentes. Elas formam uma complexidade permanentemente aberta a partir do movimento da vivência cotidiana. Constantemente, os sujeitos sociais confrontam sua sexualidade vivenciada com aquelas que contrariam o padrão vigente, ou seja, a categorização dos seres humanos nos polos masculino e feminino.

O gênero feminino, enquanto conceito/representação, não comporta todas as variações identitárias das mulheres, já que a identidade feminina é plural e reelaborada constantemente. Esta consideração implica um outro importante desafio. Além de estabelecer um recorte espacial e temporal para o fenômeno investigado, é necessário especificar o grupo de interesse focal para se poder realizar o trabalho exploratório. Assim, o recorte social/espacial é parte instituinte do modelo de análise para compreender como o espaço constitui identidades e, ao mesmo tempo, as comporta.

Este aspecto é fundamental. Não basta eleger um grupo com características de rendimento e escolaridade homogêneos, por exem-

plo; é preciso investigar o processo de formação espacial do local eleito e as características das relações que lhe dão sentido, como os elementos de sociabilidade, os valores instituídos, as redes de poder, e assim por diante. Portanto, conceber a periferia a partir de singularidades, além de constituir uma questão metodológica de escala, permite a construção de indicadores para a operacionalização do conceito de gênero.

Vários elementos objetivos levantados no trabalho de pesquisa de campo nas periferias pobres, a exemplo do abandono paterno dos filhos pelos ex-companheiros, o peso da responsabilidade da maternagem e a falta de investimento do tempo de vida na formação profissional, revelam fatos cotidianos construídos lentamente nas relações do espaço privado, familiar e de vizinhança. Um dado interessante é que 58,5% das entrevistadas justificam o abandono da escolaridade para cuidar dos filhos e por proibição dos ex-esposos, como aponta Nabozny (2005). Este fator impacta sobre a possibilidade de as mulheres gerarem renda de forma diferenciada dos homens, os quais, em geral, não fazem essas concessões na vida familiar. Essas mulheres, com reduzido preparo profissional, exercem a função de chefes de família sem, no entanto, terem construído ao longo de sua vida uma formação identitária com esse papel. Ornat (2005) informa que as mulheres de baixa renda, em geral, possuem uma vivência reduzida do espaço total da cidade e desenvolvem deslocamentos menos extensos e frequentes do que os dos homens dos mesmos locais.

Na vivência do seu espaço cotidiano, as mulheres, foco deste trabalho, vivem múltiplas realidades, que lhes aparecem de forma naturalizada, evidente, e, diante dessas realidades, elas têm atitudes naturais, ordenadas, caracterizando, assim, o duplo vínculo, em que, paulatinamente, o espaço cotidiano institui identidades e, ao mesmo tempo, é constituído por elas. Argumentamos que as condições objetivas existenciais, como a pobreza, a reduzida mobilidade e o pequeno preparo profissional, constatadas no levantamento de dados de campo junto ao grupo focal, são produtos de ações realizadas também com base nas emoções e afetos vividos na realidade socioespacial específica. O papel das emoções na produção das ações e do espaço tem sido pouco explorado, o que sugere que tais emoções são concebidas como naturais, universais e evidentes. Entretanto, para a análise aqui empreendida, esta perspectiva do papel das emoções na produção das ações e do espaço é de fundamental importância, já que, conforme relatos obtidos, em determinados períodos a vida dessas mulheres esteve centrada no amor-paixão.

Do ponto de vista desta pesquisa, o amor não é considerado uma “dádiva” de Deus, mas uma emoção construída culturalmente e que está profundamente relacionada com outros valores, como interesses de classe, padrões estéticos, morais, valores religiosos e preconceitos raciais dos sujeitos. Costa (1998, p. 13), ao discutir a invenção do amor, afirma que esta aparente naturalização da emoção se sustenta em três conceitos, que constituem o credo do amor: o amor é um sentimento universal e natural, presente em todas as épocas e culturas; o amor é um sentimento surdo à “voz da razão” e incontrolável pela força da vontade; e o amor é a condição *sine qua non* da máxima felicidade a que podemos aspirar. O autor afirma que, enquanto crença e criação humana, o amor pode ser mantido, alterado, dispensado, trocado, melhorado, piorado ou abolido.

A instituição do amor que baseia as relações afetivas atuais é bastante recente na história da humanidade; ela data do século XII, vinculando um homem e uma mulher como seres amáveis. O sentimento a que me refiro é o amor-paixão, instituído na cultura ocidental, que passou a fundamentar a manutenção do contrato conjugal e dos deveres estabelecidos entre cônjuges. Em sua obra *A história do amor no Ocidente*, Rougemont (2003), ao discutir a vinculação do casamento ao amor-paixão na sociedade ocidental, afirma que o casamento e o amor-paixão são contraditórios, excludentes e, ao mesmo tempo, têm provocado crises na organização social do século XX. Para ele, considerando que casamento tem como foco central o amor-paixão, uma vez findado o sentimento, destitui-se o laço da conjugalidade.

A crise da instituição matrimonial, para Rougemont, reside no enfraquecimento de três tipos de valores que impunham coerções sobre aqueles que transgrediam as normas institucionais, e essas coerções são de ordem sagrada, social e religiosa. Os valores sagrados se ligam à necessidade do ritual da bênção, os valores sociais se situam no campo dos interesses e laços familiares, e os valores religiosos estabelecem um sacramento indissolúvel. O autor sustenta que na sociedade atual, ao se colocar o amor no centro do casamento, como escolha e felicidade individual, todas as demais coerções perdem força na manutenção do contrato conjugal. Para ele, o casamento e a paixão são incompatíveis e excludentes, pela sua essência, já que a origem histórica da paixão criada pela sociedade ocidental comporta algo de involuntário, embriagador, o culto à amada distante e ao irrealizável, e o casamento é o contrário, é a concretização da prática diária. Assim, segundo ele, a sociedade ocidental vive deste descom-

passo angustiante, plenamente evidenciado na vivência cotidiana das mulheres pesquisadas.

Há que se considerar também que existe um caráter provisório da situação de chefia familiar para grande parte das entrevistadas. Prochner (2005) informa que essas mulheres vivem, em média, dois ou três relacionamentos conjugais ao longo da vida. Ao encontrar novo companheiro, em geral, passam a chefia para a figura masculina. A cada novo relacionamento, centram novamente suas vidas no afeto do grupo familiar e, em consequência, reafirmam sua forte vinculação com o espaço privado e sua restrita mobilidade.

A vinculação da figura feminina à vida familiar e o desenvolvimento de suas emoções centradas no amor-paixão e no sentimento materno não constituem características naturais da feminilidade, como ensina Young (2003), pois os corpos desenvolvem suas espacialidades a partir de existências particulares.

Pode-se afirmar a centralidade das emoções nas escolhas de vida dessas mulheres. As emoções, conforme Galano (1995), embora tenham franca expressão corporal, não podem ser reduzidas à fisiologia; elas são lidas e decodificadas em cada cultura de forma específica, sempre normatizada pela organização grupal. Já o afeto, este comporta os sentimentos associados às histórias das relações construídas. O afeto, que é mais pragmático, estrutura as atitudes solidárias, as simpatias ou antipatias, as lealdades ou não. Sendo assim, ele comporta as ações e condutas que promovem as relações cotidianas, as quais estão profundamente comprometidas com os laços afetivos construídos ao longo da vida.

O contrato conjugal, baseado no amor e na escolha individual, estabelece uma contradição importante, que impacta sobre a existência feminina, forjando os códigos de valores que condicionam sua vivência socioespacial. No código civil, homens e mulheres conquistaram direitos iguais perante a sociedade, mas esta condição é entremeada por códigos de honra que se sustentam, sobretudo, nas redes de solidariedade tecidas nas relações de vizinhança e no espaço cotidiano. Nas áreas tomadas como referencial de reflexão, é acentuada a precariedade de infraestrutura e serviços, o que não constitui propriamente uma novidade numa sociedade marcada por profundas disparidades de rendimento e investimentos públicos. Prochner (2005) aponta que 78% das entrevistadas não têm acesso a creches, e, sendo assim, dependem de vizinhas ou parentes para cuidar dos filhos. Assim, os problemas enfrentados pelas mulheres têm sido resolvidos muito menos pelos serviços públicos do que por suas redes de solidariedade, notadamente no cuidado com filhos menores, quando elas transfe-

rem o papel da maternagem às redes de solidariedade, para poder gerar renda.

A dependência das redes de solidariedade locais é marcada pela pessoalidade, que exerce um controle eficaz sobre os membros de sua coletividade. Essas redes se materializam nos espaços de sociabilidade locais, como a escola, a igreja e o posto de saúde. Mayol (1996) utiliza a noção de “conveniência” para definir esta necessidade de reconhecimento social que se estabelece na prática do lugar como uma convenção tácita, não escrita, mas legível por todos os usuários por meio dos códigos de linguagem e de comportamento. A submissão a esses códigos, bem como a transgressão, constituem tanto vantagens como perda de capital relacional. Assim, as ações cotidianas que reforçam os núcleos significativos das ações, crenças e relações, instituem os espaços locais.

Ser altamente dependente das redes de solidariedade significa gerenciar relações sociais que possuem códigos particulares de trocas, nos quais a manutenção e o processamento de afetos resultam em perdas e ganhos de capital relacional, que se transfiguram em condições objetivas de vida, como uma vizinha que toma o lugar do serviço público no cuidado com as crianças, alguma ajuda financeira, a indicação para um posto de trabalho, etc.

É importante ressaltar que os espaços focalizados pela pesquisa, ainda que sejam aparentemente homogêneos, apresentam diferenciados graus de enraizamento e controle das redes de sociabilidade. Afinal, os espaços estudados não são autônomos e fechados em relação ao restante da cidade, e eles abrigam grupos heterogêneos do ponto de vista de sua origem étnica, sexo, idade e procedência.

Assim, esses espaços instituem uma identidade feminina que, além de sua desvantagem econômica, está sujeita a outros códigos de poder e hierarquia que se estabelecem com maior propriedade dentro do contrato, formal ou não, do casamento. Os valores de igualdade, liberdade e cidadania são permeados pelos códigos de honra instituídos nas relações cotidianas, que são altamente reguladas pela coletividade no espaço cotidiano.

As narrativas das proibições masculinas em relação aos deslocamentos realizados pelas mulheres, ao controle do vestuário, dos locais e dos horários são regulares em todas as pesquisas recentes do Grupo de Estudos Territoriais.

A honra estabelecida, que se configura como um processo relacional entre o feminino e o masculino, é regida por um princípio individual e um princípio coletivo. Ou seja, a honra de alguém depende de sua capacidade de reconhecer e compartilhar os valores morais

estabelecidos. Cançado (2001) argumenta que a honra masculina sustenta-se na conduta sexual feminina, notadamente na condição de conjugalidade. Esta autora, pautada em Bourdieu (1999), afirma que os corpos e seus órgãos sexuais são significados e vivenciados conforme seu processo de socialização e, assim, eles são naturalizados. O conceito de honra masculina é comumente associado à virilidade e o de honra feminina, à obrigação de salvaguardar o “espaço” da realização da virilidade masculina, ou seja, o corpo feminino.

Os corpos constituem, atualmente, um importante campo de exploração para a geografia. A noção de que corpos são significantes que circulam socialmente como mensagens hegemônicas constitui um eixo de crítica de Lewis & Pile (1996). Estas geógrafas sustentam que os corpos vivos não são ingênuos e meros instrumentos de um sistema de significações e poder que comunica normas culturais. Pelo contrário, os corpos atuam, exercitam suas *performances* e, ao exercitá-las, abrem caminho para o novo, que pode representar também resistência ao sistema. Então, o corpo não é entendido como algo dado, mas como um “processo”. Isso porque o corpo do ser humano está sempre em contato com o ambiente. Sua anatomia, suas ações, suas funções são indissociáveis de sua espacialidade e, assim sendo, não existe corpo sem espaço, mas uma unidade complexa. Para compreender este corpo vivo, sempre em ação por meio do espaço, Greiner (2005) propõe que este movimento seja compreendido pela corporeidade, o que ela chama de uma “subversão” estética da categoria tradicional de corpo. Nesse sentido, a corporeidade tem duplo sentido. Ela é compreendida como a simultaneidade da estrutura anatômica do corpo em relação ao espaço, sem distinguir, portanto, um corpo biológico e um corpo cultural, que são inseparáveis e interdependentes.

Além disso, o corpo não é um recipiente da alma ou de um ser que o habita. Não há uma fronteira rígida de limites de dentro e fora do corpo. O corpo vivo no mundo se constrói na ação cotidiana dos gestos mais simples e rotineiros. A cada exercício, o corpo cria representações, porque, ao tomar para si um objeto do mundo, já o “corporificou”. Isso porque o ato de apropriação dos objetos do mundo nunca ocorre como uma cópia do real, mas o ato de apropriação é um processo criativo, e o objeto já se torna “objeto corporificado”. Assim, atos não são uma repetição, mas a criação constante de ideias e conceitos a respeito do mundo. Portanto, pensa-se por meio do corpo vivo, pois não há pensamentos fora do corpo.

Os sentimentos, as emoções e os afetos são também representações que se dão através dos corpos vivos. O corpo não é um lugar

em que a cultura inscreve suas normas, como argumentam Mehta & Bondi (1999), ao discutir a violência de gênero. Além disso, o corpo também não é passivo a um sujeito que o habita, tampouco é ele submetido a algo ou a alguém, porque, enquanto “processo”, ele está em constante negociação com seus espaços de existência e, sendo assim, ele é também algo que produz novas representações.

Os gestos que o corpo manifesta constituem, para Greiner (2005), um processo de tornar o significado visível. Segundo ela:

[...] a comunicação gestual é portanto mediada pelo conhecimento experienciado sobre o mundo material [...] são uma prática simbólica, incorporada sinestesticamente, conhecida por quem faz, visualmente conhecida pelos observadores, e derivada de um mundo, onde está também embebida naquilo que as mãos operam. (GREINER, 2005, p. 99).

Nesse sentido, os gestos que veiculam significados são realizados e reconhecidos por meio da dimensão espacial. Essa perspectiva rompe com a ideia de que o que está fora “influencia” o corpo e seus gestuais, mas o espaço os compõe, havendo uma simultaneidade onde ambos, corpo e espaço, trocam informações constantemente e constituem um único processo.

Assim, compreende-se a intensidade do controle do corpo feminino a que alude o grupo focal explorado, mediante censuras no gestual, na mobilidade, no vestuário e em horários. Estes constituem códigos de honra que, em geral, são naturalizados e internalizados pelas próprias mulheres, que promovem um processo de autorregulação, apesar das queixas. A regulação moral dos corpos se apresenta de forma muito diferente entre as mulheres e os homens. Em geral, para as mulheres entrevistadas, a honra masculina está centrada em torno da capacidade dos homens em suprir as condições econômicas da reprodução familiar, ao passo que a honra feminina está fundamentada no resguardo do corpo e no controle da sexualidade.

É importante destacar que, como afirma Prochner (2005), quando ocorre separação, os principais pontos positivos dessa nova situação, segundo as mulheres pesquisadas, são as sensações do direito de ir e vir e do direito ao próprio corpo. Institui-se, assim, enquanto valores e regras de conveniência locais, a complementaridade entre o papel provedor masculino e o da mulher “virtuosa” em relação à sua sexualidade e no cuidado com a família.

O controle do espaço social tem se dado a partir destes códigos, e a transgressão feminina resulta, muitas vezes, em violência no espaço privado, como aponta Maciel (2003), em seu estudo sobre

as características e a espacialidade da violência contra a mulher na cidade de Ponta Grossa. Em geral, o fato de a mulher não cumprir o papel instituído significa profanar a honra masculina e perder a respeitabilidade da coletividade, de que decorre a sua exclusão das redes de solidariedade, tão necessárias à sobrevivência, notadamente nesses locais carentes de serviços públicos.

Outro importante afeto determinante da existência feminina é o “amor materno”. Na transformação da maternidade biológica para a dimensão da maternidade social, construiu-se, segundo Badinter (1985), uma estrutura de sentimentos em que os filhos são considerados filhos da mãe, de modo que as mulheres assumem a centralidade das relações familiares, realizando a “mediação” do amor entre os homens e seus filhos. Assim, a separação conjugal muitas vezes implica o afastamento da mulher enquanto mediadora positiva da relação entre pais e filhos, e o enfraquecimento desse vínculo afetivo é materializado também na forma de abandono financeiro.

O papel masculino esperado socialmente é o de provedor, com raríssimas exceções. No momento em que os homens passam por uma situação de desemprego, deixando, portanto, de cumprir esse papel, eles perdem também sua autoridade moral diante da família. A procura das mulheres pelo homem “provedor” configura uma relação de dependência e hierarquia em relação ao companheiro, e isso se torna um fato importante no processo de dissolução do contrato conjugal, já que 87% das mulheres entrevistadas afirmam não receber nenhum tipo de contribuição financeira dos ex-esposos para a manutenção dos filhos do casal e 81% denunciam o abandono afetivo das crianças. A vinculação entre provimento e poder moral masculino explica o fato de que, após a separação, o homem, ao perder as condições de regulação moral do grupo familiar, se nega a continuar mantendo o papel de provedor, já que a contrapartida passa a lhe ser negada. No universo pesquisado das mulheres que não recebem auxílio financeiro dos pais de seus filhos, 63% afirmam que sofreram pressões e ameaças de violência, e que, assim, acabaram desistindo do direito, em troca de segurança e tranquilidade (PROCHNER, 2005).

Entretanto, além das precárias condições econômicas a que estão submetidas as mulheres da periferia, é preciso ampliar os fatores explicativos das escolhas de vida que os seres humanos fazem, as quais nem sempre constituem opções racionalizadas. O amor-paixão e o amor materno têm tido um grande peso nas escolhas de vida dessas mulheres, e viver essas escolhas exige um processo de corpo-

rificação que só se viabiliza na conjunção entre corpo vivo e espaço. Enfim, o texto apresenta uma discussão que deve, sem dúvida, ser ampliada. Aspectos como o corpo, as emoções, a afetividade e a dimensão ético-valorativa têm sido pouco explorados pela geografia de gênero no Brasil. Este trabalho considerou que as emoções são representações criadas pelos seres humanos e que elas envolvem uma contundente correlação corporal e espacial, ou seja, esses dois elementos elaboram processos de “corporificação” de valores culturais presentes na estrutura socioespacial. O processo relacional entre os elementos objetivos e subjetivos, entre o individual e o coletivo, entre dentro e fora do corpo, apresentado aqui, creio que amplia essa complexa discussão sobre a feminização das periferias pobres.

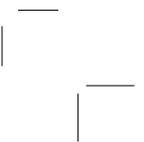
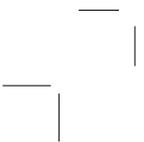
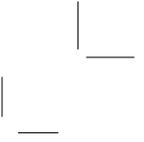
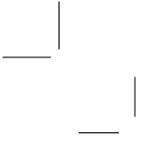
Referências

- BADINTER, Elisabeth. *Um amor conquistado: o mito do amor materno*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1985.
- BONDI, Liz. Gender symbols and urban landscapes. *Progress in Human Geography*, v. 16, n. 2, p. 157-170, 1992.
- BONDI, Liz; DOMOSH, M. Other figures in other places: on feminism, postmodernism and geography. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 10, n. 2, p. 199-213, 1992.
- BOURDIEU, Pierre. *A dominação masculina*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 1999.
- BUTLER, Judith. *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- CANÇADO, Adriana. Paixão e honra: criminalidade passional em Ponta Grossa na década de 30. In: DITZEL, Carmencita H. M.; SAHR, Cicilian L. (Org.). *Espaço e cultura: Ponta Grossa e os Campos Gerais*. Ponta Grossa: Ed. UEPG, 2001.
- COSTA, Jurandir Freire. *Sem fraude nem favor: estudos sobre o amor romântico*. Rio de Janeiro: Rocco, 1998.
- DAVIDSON, Joyce; MILLIGAN, Christine. Embodying emotion sensing space: introducing emotional geographies. *Social & Cultural Geography*, v. 5, n. 4, p. 523-532, dez. 2004. Disponível em: www.ingentaconnect.com. Acesso em: 29/4/2005.
- FRIEDMAN, Silvia. Uma aproximação metodológica ao estudo das emoções. In: LANE, Silvia; SAWAIA, Bader (Orgs.). *Novas veredas da psicologia social*. São Paulo: Brasiliense, 1995, p. 135-146.
- GALANO, Mónica Haydée. As emoções no interjogo grupal. In: LANE, Silvia; SAWAIA, Bader (Orgs.). *Novas veredas da psicologia social*. São Paulo: Brasiliense, 1995, p. 147-156.
- GARCIA, Maria F. *A luta pela terra sob enfoque de gênero: os lugares da diferença no Pontal do Paranapanema*. 2004. Tese (Doutorado em Geografia) – Universidade Estadual Paulista, Presidente Prudente, 2004.
- GREINER, Chistine. *O corpo: pistas para estudos interdisciplinares*. São Paulo: Annablume, 2005.
- LEWIS, Clare; PILE, Steve. Woman, body, space: Rio Carnival and the politics of performance. *Gender, Place and Culture*, v. 3, n. 1, p. 23-41, 1996.

- MACIEL, Marisol. *A visibilidade da violência contra a mulher em Ponta Grossa (PR): um estudo das características sócio-espaciais segundo a delegacia da mulher*. 2003. Monografia (Graduação em Geografia) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2003.
- MASSEY, Doreen. Flexible sexism. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 9, n. 1, p. 31-57, 1991.
- MAYOL, Pierre. Morar. In: CERTEAU, Michel; GIARD, Luce; MAYOL, Pierre (Orgs.). *A invenção do cotidiano 2: morar, cozinhar*. Petrópolis: Vozes, 1996, p. 37-207.
- McDOWELL, Linda. Doing gender: feminism, feminists and research methods in human geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 17, n. 4, p. 399-416, 1992.
- _____. *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- MEHTA, Anna; BONDI, Liz. Embodied discourse: on gender and fear of violence. *Gender, Place and Culture*, v. 6, n. 1, p. 67-85, 1999.
- MORIN, Edgar. *O problema epistemológico da complexidade*. Sintra, Portugal: Europa-América, 1996.
- NABOZNY, Almir. *A participação política e gênero na produção dos espaços de pobreza em Ponta Grossa – PR*. 2005. Monografia (Graduação em Geografia) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2005.
- OBERHAUSER, Ann M.; RUBINOFF, Donna; DE BRES, Karen; MAINS, Susan; POPE, Cindy. Geographic perspectives on women. In: GAILLE, Gary L.; WILLMOTT, Cort. J. (Eds.). *Geography in America at the dawn of the 21st century*. Oxford: Oxford University Press, 2003, p. 737-758.
- ORNAT, Marcio Jose. *Pobreza, gênero e deslocamentos espaciais intra-urbanos em Ponta Grossa – PR*. 2005. Monografia (Graduação em Geografia) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2005.
- PROCHNER, Marcilene. *Recente feminização da periferia de baixa renda em Ponta Grossa – PR: análise da atuação da PROLAR*. 2005. Monografia (Especialização em Geografia) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2005.
- ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- _____. 'Everyone's cuddled up and it just looks really nice': an emotional geography of some mums and their family photos. *Social & Cultural Geography*, v. 5, n. 4, p. 549-564, dez. 2004. Disponível em: www.ingentaconnect.com. Acesso em: 29/4/2005.
- ROSSINI, Rosa Ester. Geografia e gênero: a mulher como força de trabalho no campo. *Informações Econômicas*, v. 23, n. 1, p. 1-58, 1993.
- _____. Superando a discriminação: mulher e trabalho na modernidade tecnológica no Brasil. In: SAMARA, Eni de M. (Org.). *Populações: (con)vivência e (in)tolerância*. 1. ed. São Paulo: Humanitas, 2004, p. 245-257.
- ROUGEMONT, Denis. *A história do amor no Ocidente*. São Paulo: Ediouro, 2003.
- SANTOS, Boaventura de Souza. *Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez: 2004.
- SILVA, Susana M. Veleza da. *Trabajo informal, género y cultura: el comercio callejero e informal en el sur de Brasil*. 2004. Tese (Doutorado em Geografia) – Universitat Autònoma de Barcelona, Espanha, 2004.
- TONINI, Ivaine M. *Identidades capturadas: gênero, geração e etnia na hierarquia territorial dos livros didáticos de geografia*. 2002. Tese (Doutorado em Educação) – Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2002.
- VALENTINE, Gill. Negotiating and managing multiple sexual identities: lesbian time-space strategies. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 18, n. 2, p. 237-248, 1993.

WOOD, Nichola; SMITH, Susan. Instrumental routes to emotional geographies. *Social & Cultural Geography*. v. 5, n 4, p. 533-548, dez. 2004. Disponível em: www.ingentaconnect.com. Acesso em: 29/4/2005.

YOUNG, Iris Marion. Throwing like a girl: a phenomenology of feminine body comportment, mobility, and spatiality. In: ALCOFF, Linda Martín; MENDIETA, Eduardo. *Identities: race, class, gender and nationality*. London: Blackwell Publishing, 2003, p. 163-174.



A cidade dos corpos transgressores da heteronormatividade¹

Joseli Maria Silva



Este ensaio revela algumas das experiências espaciais urbanas das travestis e mostra que o espaço é vivenciado e interpretado de formas distintas pelos diferentes grupos sociais. O termo “travesti”, aqui utilizado, significa e nomeia seres humanos que possuem um corpo biologicamente masculino e identidade de gênero feminina. Para atingir o ideal da aparência do gênero adotado e representar sua identidade, essas pessoas tomam hormônios femininos, usam silicone e realizam várias outras transformações corporais.

O termo “travesti” é compreendido de diferentes formas em distintos contextos espaciais. Há um problema semântico que envolve associações do termo “travesti” a transgênero e transexual para nomear pessoas que apresentam uma dissonância entre o corpo biológico e a identidade de gênero. A tradução de travesti para o inglês seria *transvestite*. Contudo, o termo em inglês não se coaduna com os sujeitos aqui enfocados, já que ele é utilizado para nomear homens que se vestem “eventualmente” como mulheres. As pessoas

¹ Texto publicado originalmente na revista *Geouerj*, v. 1, n. 18, p. 1-18, 2008.

aqui estudadas são melhor definidas, na língua inglesa, pela palavra “transgender”. No espanhol, qualquer pessoa que realiza intervenções em seu corpo é chamada de “transexual”, independente do grau de intervenção, desde o implante do silicone até a cirurgia de transgenitalização.

No Brasil, a palavra “transexual” diz respeito a uma pessoa que deseja mudar de sexo por meio de cirurgia transgenital. Assim, tendo em vista que as pessoas aqui analisadas convivem com a genitália masculina sem apresentar aversão a ela ou desejar mudar de sexo, não há como enquadrá-las nesta definição. Optou-se, então, por adotar a autoidentificação de um grupo de treze pessoas que, ao serem questionadas sobre sua identidade de gênero, disseram: “sou uma travesti”. Desse modo, embora se saiba que na língua portuguesa o termo “travesti” diz respeito a sujeitos masculinos, será preservada, para efeito deste estudo, a linguagem utilizada pelo grupo e, portanto, esse termo será feminino.

As polêmicas em torno das denominações de pessoas retratadas neste estudo foram discutidas por Peres (2007). O autor argumenta que as definições encontradas nos dicionários de língua portuguesa em relação aos termos “travesti” e “travestismo” não correspondem à vivência da travesti brasileira. Ele evidencia que estas palavras possuem um sentido pejorativo, pois aludem à farsa ou imitação do gênero feminino, como se as travestis fingissem ser mulheres. Para ele, as travestis constituem uma identidade própria, e ele as define da seguinte maneira:

[...] as travestis como pessoas que se identificam com a imagem e estilo feminino, que desejam e se apropriam de indumentárias e adereços de sua estética, realizam com frequência a transformação de seus corpos através da ingestão de hormônios e/ou da aplicação de silicone industrial, assim como, pelas cirurgias de correção estética e de próteses, o que lhes permite situar-se dentro de uma condição agradável de bem estar bio-psico-social. (PERES, 2007, p. 4).

Esta definição, então, sustenta o presente ensaio. As travestis são seres que desafiam a ordem binária de organização do sexo, gênero e desejo, instituindo complexas relações espaciais. Em geral, as travestis são representadas pela beleza dos corpos, transformados por hormônios e silicones, e pela exuberância de seu gestual e *performance* corporal. Contudo, este texto retrata, por meio das memórias de travestis, as suas experiências e a sua visão do espaço escolar, evidenciando sua exclusão e interdição ao acesso à educação, numa sociedade cujos ditames estabelecem o direito universal à escola.

Nas experiências espaciais urbanas do grupo de travestis foco deste estudo há uma forte representação do espaço escolar. Neste texto,

o espaço escolar é compreendido como parte integrante da realidade socioespacial da cidade, que compõe relações e é por elas simultaneamente instituído. Se, por definição, a escola é o local da inclusão, da convivência das diferenças, do acesso democrático ao conhecimento, para as travestis ela é, ao invés, local de sofrimento, de violência e ataque cotidiano à sua autoestima, abortando suas possibilidades de conquistas materiais e sociais futuras.

O espaço escolar reproduz o texto hegemônico da heteronormatividade já vivenciada na cidade. Contudo, segundo elas, outros espaços da cidade em que são discriminadas elas podem se privar de frequentar. A escola não; é uma obrigação a ser cumprida, imposta pela família e pela sociedade como necessária, tornando-se seu maior calvário.

Ainda que ocultadas, as travestis vivenciam esses espaços, e a geografia pode dar voz a esses sujeitos silenciados e subverter a ordem instituída, que tanto tem naturalizado as injustiças cotidianas perpetradas pela ordem compulsória da heteronormatividade. É de Michel Foucault a seguinte caracterização do discurso hegemônico:

[...] uma multiplicidade de elementos discursivos que podem entrar em estratégias diferentes. É essa distribuição que é preciso recompor, com o que admite em coisas ditas e ocultas, em enunciações exigidas e interditas; com o que supõe de variantes e de efeitos diferentes segundo quem fala, sua posição de poder, o contexto institucional em que se encontra; com o que comporta de deslocamentos e de reutilizações de fórmulas idênticas para objetivos opostos. Os discursos, como os silêncios, nem são submetidos de uma vez por todas ao poder, nem opostos a ele. (FOUCAULT, 1988, p. 111).

Poder, identidades de gênero e sexualidades na abordagem geográfica

As tensões e os poderes são elementos de compreensão do espaço para além da materialidade, como afirma o geógrafo James S. Duncan (1990), em *The city as text*. Ele considera a paisagem urbana como um sistema de significados que, tal qual a linguagem expressa em texto, é depositária e transmite informações. A “paisagem/texto” é um discurso, uma estrutura social de inteligibilidade dentro da qual todas as práticas são comunicadas, negociadas e desafiadas. Para o autor, a pretensa naturalidade da ordem do mundo e, por conseguinte, da dimensão espacial da sociedade é resultante de vários embates e lutas entre os grupos sociais.

As interpretações das informações dependem dos sujeitos que atuam no processo de recepção e interiorização da informação, o qual, por sua vez, é determinado e determinante dos valores culturais. Duncan (1990) nos oferece a compreensão de uma trama de relações em vários sentidos na análise da paisagem, privilegiando o ato criativo dos sujeitos sociais por meio de sua leitura e interpretação e evidenciando tanto as interações de diversos grupos quanto a grande dificuldade de interação interpretativa da paisagem entre grupos que não compartilham os mesmos códigos culturais. Esse autor cria uma abordagem política da paisagem e afirma que ela deve servir como parte constitutiva da análise de como a vida social é organizada e de como as relações de força que a compõem são constituídas, reproduzidas e contestadas.

Importante, nesse sentido, é o conceito de intertextualidade, que denota as inter-relações de textos que se entrecruzam, instituintes e instituídos da “paisagem-texto”. Além disso, para o propósito deste trabalho, é fundamental evidenciar as condições gerais de produção da paisagem-texto hegemônicas e como elas se impregnam de forma naturalizada na sociedade.

Assim, a cidade-texto de Duncan define-se numa dinâmica relacional e processual entre sistema de significados e práticas, que se transformam mutuamente ao longo do tempo. Os seres humanos são tanto agentes de mudança social e, portanto, espacial, quanto seus produtos. Ao considerar o aspecto da intertextualidade, o autor incorpora a construção de diferentes significados de um mesmo objeto, assim como apresenta seus contrastes e assimilações, e, além disso, admite que há uma conjugação de forças que age sobre a produção simbólica do espaço, considerada enquanto forma de conhecimento que orienta as ações cotidianas.

A geografia proposta por Duncan (1990) e seus pares da Nova Geografia Cultural é uma abordagem aberta aos paradoxos, à pluralidade e, em certa medida, ela provoca a “desordem” do discurso geográfico calcado na objetividade material do espaço e nas interpretações hegemônicas. O rico contexto de efervescência imaginativa da Nova Geografia Cultural potencializou as produções geográficas feministas, que emergem, a partir de “fissuras” do pensamento hegemônico, a partir da década de 70. Mas é no contexto recente, com início nos anos 90, que essa corrente “científico-política” formula importantes críticas à postura repetitiva da geografia como disciplina acadêmica, com sua instrumentalização na manutenção e reprodução do poder e da invisibilidade de vários grupos que compõem o espaço.

Espaço, poder e identidades são elementos presentes na Nova Geografia Cultural e também na perspectiva feminista. Dentre as várias

abordagens teórico-metodológicas que compõem esse campo, apontamos como importante influência a obra de Michel Foucault. Os estudos *queer* foram sustentados em grande parte nas proposições de Teresa de Lauretis, em *Technologies of gender* (1987), nos argumentos de Judith Butler contidos nos célebres *Gender trouble* (1990) e *Bodies that matter* (1993), e no pensamento de Donna J. Haraway, expresso em *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature* (1991). O impacto das ideias dessas pensadoras nos últimos vinte anos foi muito significativo na geografia. Entre as(os) geógrafas(os) manifestadamente inspirados nestas pensadoras figuram Gillian Rose, Linda McDowell, Nigel Thrift, Jon Binnie, Gill Valentine, Clare Lewis, Steve Pile e David Bell, entre outros.

O pensamento acadêmico *queer* foi desenvolvido a partir de uma contestação ao movimento social homossexual norte-americano, de caráter conservador, que privilegiava a representação do homem branco, homossexual, de classe média alta, e excluía a diversidade presente no movimento de luta pela liberdade sexual, também composto por não-brancos, travestis, lésbicas, transexuais, etc. Os pensadores *queer* comungam a ideia de que a heteronormatividade e as hierarquias sexuais precisam ser questionadas, para dar visibilidade a outras realidades, e também sustentam que não há linearidade entre sexo, gênero e desejo, já que as identidades instituídas de ilimitadas configurações entre esses elementos estão em permanente transformação e sempre abertas ao novo.

Na geografia, esse pensamento se manifesta nos estudos das chamadas “geografia feminista” e “geografia das sexualidades”. A influência *queer* se desenvolve nas pesquisas geográficas a partir dos anos 90, construindo uma nova perspectiva para as questões de gênero e sexo. As(os) geógrafas(os) desta tendência argumentam que o gênero não comporta posições binárias, em virtude das complexidades de relações, que constroem identidades paradoxais. O ponto central de suas críticas é a “falácia” da oposição heterossexual/homossexual, que organiza o conhecimento e as ações dos sujeitos no mundo. Advogam uma política identitária de sujeitos que podem, de forma relacional e processual, transgredir e sustentar os sistemas, explorando as relações entre sexualidade e espaço, para revelar a vasta disposição de negociação constante entre corpos e lugares.

Gênero, para Butler (1990), não é uma categoria fixa e pré-discursiva, porque se constrói por meio de atos repetidos e estilizados pelo sujeito generificado. Portanto, o gênero é compreendido para além da mera representação de papéis a serem desempenhados por corpos de homens e mulheres sob a hegemonia da heteronormatividade; é uma

complexidade permanentemente aberta. Assim, gênero é uma representação vivenciada pelas *performances* dos sujeitos sociais que a experienciam mediante a vivência espacial cotidiana e concreta.

Nesse mesmo sentido, a geógrafa Gillian Rose (1993), em *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*, constrói a perspectiva do “espaço paradoxal”, em que se destacam as configurações de poder que se estabelecem entre o centro e a margem, assim como a plurilocalização dos(as) sujeitos(as). Para esta autora, ocorre simultaneidade entre poder e resistência na composição espacial. Assim, é preciso compreender tanto o que é “visível” quanto o que é “invisível”, considerando que compõem uma mesma realidade espacial, que é, simultaneamente, contraditória e complementar.

Duncan (1990), por sua vez, ao demonstrar que a paisagem da cidade de Kandy, no Sri Lanka, era interpretada e vivida de formas diferentes por vários grupos sociais, evidencia, magistralmente que é a condição paradoxal dos vários textos interseccionados que possibilita a hegemonia. Afinal,

[...] o discurso veicula e produz poder, reforça-o mas também o mina, expõe, debilita e permite barrá-lo. Da mesma forma, o silêncio e o segredo dão guarida ao poder, fixam suas interdições; mas, também, afrouxam seus laços e dão margem a tolerâncias mais ou menos obscuras. (FOUCAULT, 1988, p. 112).

Em “(Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces”, Valentine (1993) argumenta que a habilidade para apropriar e dominar lugares e influenciar o uso do espaço por outros grupos não é apenas produto da heteronormatividade, porque resulta, também, de sua força expressa no espaço. Portanto, o espaço compõe a realidade heteronormativa, mas também pode subvertê-la. Binnie e Valentine (1999) fazem um importante resgate dos estudos da geografia da sexualidade, que têm questionado as relações entre corpos, orientação sexual e espaço, evidenciando, desde os primeiros estudos envolvendo gays e lésbicas, até os mais recentes, pautados pela teoria *queer*. Uma significativa parcela de trabalhos de geógrafas(os), notadamente aqueles vinculados às abordagens pós-modernas, está investigando os caminhos em que certos corpos são marcados como sendo diferentes ou marginais, adquirindo restrições às suas espacialidades, enquanto outros corpos, julgados normais e neutros, podem ser onipresentes e desenvolver qualquer espacialidade.

Os transgressores da norma geral estabelecida são fadados a severas punições, construídas pelas táticas eficazes e sutis da interdição. Do ponto de vista objetivo e legal, a sociedade brasileira não pode mais perpetrar a punição física pela “ordem” do Estado. Mas as penalidades

são praticadas, e elas respondem por inúmeras mortes de pessoas consideradas “anormais”. Luiz Mott e Marcelo Cerqueira, que são vinculados ao Grupo Gay da Bahia, publicaram em 2003 um livro intitulado *Matei porque odeio gay*, em que denunciam as inúmeras manifestações homofóbicas de nossa sociedade e a violência infligida aos transgressores da heteronormatividade. Destacamos duas passagens do texto de Mott e Cerqueira, que chamam atenção de forma paradigmática para ilustrar o pensamento de reserva de espaços para determinados grupos sociais e as formas de linguagem a eles dirigidas. Antes de reproduzi-las, cabe destacar que, para Butler (2004), a linguagem constitui os sujeitos, também pela exclusão. A ciência, tem o papel de incluir o “indizível” na esfera de discussão, como forma de contestar a posição de poder de certos sujeitos que têm o privilégio da legitimação de suas expressões homofóbicas. A linguagem e suas formas de expressão devem ser desafiadas:

De hecho, cuando pensamos en mundos que un día se convertirán en pensables, en decibles, en legibles, hacer visible lo que ha sido repudiado y decir lo que antes era inefable se convierte en parte de una ‘ofensa’ que se debe cometer para ensanchar al dominio de la supervivencia lingüística. La significación del lenguaje requiere abrir nuevos contextos, hablando de maneras que aún no han sido legitimadas, y por lo tanto, produciendo nuevas y futuras formas de legitimación. (BUTLER, 2004, p. 73).

É no sentido de escancarar a posição que a sociedade brasileira tem adotado em relação aos seres transgressores da heteronormatividade que transcrevemos, agora, os dois trechos de Mott e Cerqueira.

Bichinha só tem 3 opções: Inferno, cadeia ou hospício. O resto é resto. Um animal que nasce homem e tem medo de mulheres não merece sorte melhor na vida. Vai para o inferno que já é poluído! (Anônimo). (MOTT e CERQUEIRA, 2003, p. 14).

Viado bom é viado morto! Morram bichas filhas da puta pervertidas. Não há lugar para bichas neste planeta ou melhor neste sistema solar. Aonde já se viu um barbado se ajoelhar e chupar um cacete de outro barbado e depois por no meio do cu????!!! Só matando esta gatinha baixa e suja! (Anônimo). (MOTT e CERQUEIRA, 2003, p. 14).

Estas expressões revelam claramente como a dimensão espacial compõe o discurso da heteronormatividade, constituindo um de seus importantes elementos de poder, tal como aponta Valentine (1993). Namaste (1996), em seu artigo “Genderbashing: sexuality, gender, and the regulation of public space”, afirma que as pessoas que transgridem a norma sexo-gênero são vulneráveis a agressões e atos violentos e aponta as normas dominantes na dimensão espacial desse fenômeno em Montreal, no Canadá. A autora aponta que a dimensão da violência

é diferenciada para cada grupo de gays, lésbicas e transgêneros. Entre os subgrupos, a autora destaca a violência sofrida pelos transgêneros e associa a vulnerabilidade à sua atuação como profissionais do sexo e à sua presença nas ruas e outros locais públicos.

As evidências apresentadas pela geógrafa são incontestáveis, mas queremos chamar atenção também para o fato de que as travestis sofrem maior violência e preconceito, porque a marca da transgressão é nítida, visual, muito menos evidente no gay ou na lésbica, por exemplo. Assim, as travestis afrontam o poder heteronormativo e acabam por ser um alvo mais frequente de agressões. Estamos falando de um corpo biologicamente categorizado como masculino que possui uma identificação feminina de gênero, vivida em atos estéticos, gestuais, corporais e linguísticos, permanentemente em construção, tal qual aponta Butler (1990).

A cidade que compõe suas narrativas espelha as penas de exclusão espacial sofridas pelas travestis, como denuncia Dayana, em vários momentos de sua fala: “Não tem lugar pra travesti”. Também Linda se emociona ao refletir sobre sua realidade de invisibilidade socioespacial, afirmando: “Nós somos um grupo que não existe! Não existe espaço para travesti!”.

O espaço por elas experienciado é marcado pela rejeição e pela agressão. É comum elas circularem pela cidade apenas à noite, período mais identificado com as práticas sexuais comerciais que a maioria delas está condenada socialmente a desempenhar. As saídas durante o dia, extremamente penosas, são evitadas, conforme relata Linda:

Veja, tudo que é normal pra você ou qualquer pessoa pra mim é um verdadeiro sacrifício. Eu não saio quase de casa. Eu saio só de cada dois meses comprar uma roupa ou calçado. O resto tudo eu contrato moto-boy pra fazer pra mim. Quando quero ver um filme, peço para o moto-boy, quando preciso de remédio é ele, quando quero comer uma coisa diferente eu peço pro motoboy. Minha vida é dentro de casa, numa concha, eu só saio de noite. Eu só saí de dia quando precisei de ajuda quando estava com depressão. Eu não saio, não tenho vida social. Acho que tudo que eu tinha que sofrer eu já sofri. Agora me protejo, não saio de dia. Me sinto aceita na noite, na prostituição. Na rua, na prostituição não é legal, mas é o único lugar que eu posso ter minha identidade feminina. Lá por algumas horas eu consigo ser tratada como mulher, pelo menos por algumas horas. (Linda).

A vida adulta, sustentada quase que exclusivamente por meio do exercício da prostituição, é gestada nas vivências da infância e adolescência, fortemente resgatadas na experiência do espaço escolar.

O espaço interdito da experiência escolar das travestis

Nos jogos da intertextualidade que produzem a cidade há o texto/cidade da experiência travesti, e é esta experiência espacial que chamamos de “produção do espaço interdito”. O texto urbano de que fala Duncan estrutura-se tanto por meio do visível, expresso na paisagem, como mediante seu contraditório complementar, o invisível. Afinal, “os discursos devem ser tratados como práticas descontínuas, que se cruzam por vezes, mas também se ignoram ou se excluem” (FOUCAULT, 1996, p. 52-53).

Os relatos de vida das pessoas que colaboram com o presente trabalho são memórias construídas que articulam acontecimentos passados, interpretados à luz do presente, permanentemente negociadas intersubjetivamente na construção identitária, tal como afirma Pollak (1992):

[...] a memória é um elemento constituinte do sentimento de identidade, tanto individual como coletiva, na medida em que ela é também um fator extremamente importante do sentimento de continuidade e de coerência de uma pessoa ou de um grupo em sua reconstrução de si. Se assimilamos aqui a identidade social à imagem de si, para si e para os outros, há um elemento dessas definições que necessariamente escapa ao indivíduo e, por extensão, ao grupo, e este elemento, obviamente, é o Outro. Ninguém pode construir uma auto-imagem isenta de mudança, de negociação, de transformação em função dos outros. (POLLAK, 1992, p. 5).

Os maiores sofrimentos na infância, rememorados pelas travestis, foram vividos na escola. Nesse particular, elas são unânimes. Quando elas resgatam estas experiências, alertam para o fato de que ainda não haviam se tornado travestis, e elas fazem evocações que se confundem com o masculino e o feminino, expressando a ambiguidade de posições de gênero em seu discurso. A afirmação “eu ainda era uma gay” é bastante comum, assim como a percepção de que o ser travesti é “mais evoluído” do que o ser gay, como se houvesse uma trajetória a ser percorrida por todas as pessoas que não se encaixam no padrão da norma do gênero masculino.

O fracasso escolar é um dado comum na vida das travestis que colaboraram com esta pesquisa. Elas apontam duas fases de vivência do universo escolar. Uma, quando crianças e adolescentes, na qual afloram seus conflitos entre a identificação de gênero e o corpo biológico, e a fase adulta, na qual já haviam se constituído como travestis. Na fase em que resgatam a infância e a adolescência estão presentes a obrigatoriedade da frequência à escola, associada com o sofrimento da violência física e

psicológica, impingida predominantemente por grupos de meninos que desempenham uma espécie de ritual de masculinidade, como destacam os seguintes relatos, de Paula e Linda:

Na escola era muito difícil porque os piás esperavam na saída pra me pegar e gritavam: vamo pegá o viado, vamo pegá o viado. E eu corria, mas não adiantava. Então no final do expediente da escola eu já me preparava e saía correndo feito uma louca como se tivesse feito algo errado. Como uma bandida. Às vezes minhas irmãs me defendiam. Elas ficavam na minha frente e diziam: no meu irmão ninguém vai bater. Eu às vezes nem falava pra elas porque eu ficava com pena delas de terem um irmão viado. Eles sempre me pegavam em bastante assim em cinco ou seis. Nunca sozinhos. (Paula).

Minha preocupação quando eu estava na escola não era estudar. Minha preocupação era correr dos piás depois, na saída da escola. Minha preocupação era me esconder durante o recreio. Era essa minha preocupação na escola. Eu não sei como é que eu consegui terminar o segundo grau, sinceramente eu não sei. Minhas notas eram péssimas, não sei como me passaram. Eu não conseguia estudar muito bem porque minha preocupação era sempre essa: como é que eu vou fazer pra não apanhar hoje? Eu não me preocupava em tirar dez na prova. Minha preocupação era não ser agredida. Minha cabeça estava sempre pensando, o que é que eu vou fazer? Às vezes matava a última aula no colégio [...]. Uma vez eu apanhei até na frente de uma professora na sala de aula. Uma professora de história. Eu tinha 14 anos, por aí. O cara me bateu na sala de aula. Essa foi a única vez que eu chorei na escola. Não chorava nunca na escola. Eu chorava muito em casa depois, sozinha, mas na escola nunca. Não queria que ninguém me visse chorando. Ele me bateu e a professora perguntou: porque você está batendo no [...]? Daí ele falou: porque ele é viado. Daí ela virou para o quadro e ficou quieta. Daí eu não aguentei e chorei. Essa vez eu não aguentei segurar. Chorei muito. (Linda).

A escola aparece como uma instituição que silencia a dor sofrida e legitima as normas e valores hegemônicos da sociedade heteronormativa, bem como a agressão aos seres que não se enquadram na ordem de gênero instituída. Os gestos e ações cotidianas expressam a mensagem de que o espaço educacional não os acolhe, e isso atinge a sua autoestima e acaba por produzir uma autoimagem de ser anormal. Por sua vez, os educadores, que detêm uma autoridade simbólica e poderiam mediar os conflitos que emergem, não estão preparados, porque também eles têm valores e normas interiorizadas, que são acionadas. Muitas vezes, educadores procuram desenvolver processos de socialização e aceitação desses indivíduos na comunidade escolar. Entretanto, existem limitações no conhecimento das necessidades dessas pessoas, como relata Linda:

Eu ia pra escola para estudar e os professores não estavam preparados para lidar comigo. Eu ia pra escola pra estudar, mas não conseguia por causa da violência. Eu nunca contava pra minha mãe. Eu tinha medo dela sofrer. Quando eu contei pra ela que eu ia ser travesti ela chorou muito, não por eu ser travesti, mas porque ela sabia que eu ia sofrer. Na verdade, eu tinha uns 10 anos e disse pra ela que eu não gostava de menina e ela sabia o que me esperava. Então eu não contava pra ela o que eu sofria na escola porque eu não queria que ela chorasse, sofresse. Eu fazia de conta que estava tudo bem, eu passava de ano não sei como, mas eu passava. Quando eu tava na quarta série teve um professor que ia dar uma aula de educação sexual. Ele apontou o dedo pra mim e disse: você preste bem atenção no que eu vou te falar. Isso na frente de todos os alunos. Disse assim: tem meninos assim que ficam andando com meninos e quando crescem viram gay. Mas eu nem sabia o que era gay. Sei lá, eu nem podia virar um gay porque talvez eu já fosse gay desde pequeno. Sei lá, eu acho que a escola é importante e eu acho que eu estou na prostituição por causa da escola. Se eu não sofresse tanto na escola eu teria estudado mais, seria mais culta e vou te contar. Meu verdadeiro sonho mesmo era ser auxiliar de enfermagem na África, assim, ajudar as pessoas, eu adoro ajudar os outros. Esse é meu sonho, mexer com saúde, esse é o meu sonho. É isso que eu queria ser na vida. Teve uma vez que uma professora tentou me defender. Mas veja, me xingaram de bichinha! Bichinha! Daí a professora disse: parem, não falem isso! Ele é homem! E olhou pra mim e disse: Né que você é homem? Vamos, diga pra eles que você é homem! Eu ficava mal porque eu não queria dizer que era homem. Porque eu nem me sentia homem. Daí eu dizia: É sou homem! Daí ela completava: é ele é um homem, só que ele é muito delicado. Então veja como as professoras tratam disso. (Linda).

O espaço intraescolar é vivenciado de diferentes formas e, além da sala de aula, existem outras experiências vividas que são marcantes para as travestis: as aulas de educação física, o recreio no pátio e os momentos de idas ao banheiro. O espaço escolar aparece na vida das travestis como um local de treino para a vida em sociedade. Ao contrário do que a sociedade idealiza, a escola reproduz e reforça os padrões de exclusão que estão postos e naturalizados. Ela reforça as diferenças de renda, cor e gênero e educa para a reprodução dos padrões hegemônicos.

Nas aulas de educação física, momento em que são testadas as habilidades dos corpos, a divisão clássica das modalidades esportivas é realizada por intermédio da polarização entre meninas e meninos. Esse momento, em que há uma imposição de linhas demarcatórias pelo professor, é relatado com grande angústia e aflição.

Na educação física dava muita briga porque eu gostava de vôlei e eles queriam que eu jogasse futebol e eu odiava futebol. E vôlei não dava porque o vôlei era para as meninas. Depois mudou, começou a ser mais misto, mas no começo não era assim. E eu odiava futebol, tinha que colocar shortinho curto e eu tinha perminha roliça de mulher. Daí

gritavam alto: olha a gostosa chuta a bola pro gol! Foi, a bicha foi pro gol! Eles ficavam narrando em voz alta só pra provocar e eu odiava aquilo. Nunca atendiam meu pedido de não querer jogar. Só na oitava série, tinha um professor que atendia tudo que eu pedia, mas era uma maricona safada que depois me cantava na hora da saída. Essa é que é a verdade! Ele tinha uns 40 e eu uns 14. (Dayana).

As atividades em que os alunos não estão sob a influência direta da mediação dos professores aparecem como momentos de intensa solidão e sentimentos de medo e rejeição.

Se eu pudesse, eu não teria estudado porque, de toda a minha vida, o lugar que mais me fizeram sofrer foi na escola. Porque eu não conseguia passar por homem. Eu queria, eu tentava, mas não conseguia e isso era pior. Eu tenho fotos de mim tentando ser homem, mas eu era muito feminina, mais feminina do que agora que fiz plástica. Minha mãe ainda me colocou numa escola que era assim, tipo a casa do menor, que era só pra menino porque ela queria que eu fosse homem. Lá foi muito pior porque eles me surravam muito. Durante o recreio eu vivia escondida. Eu me escondia num lugar que era tipo um vestiário que os professores guardavam as bolas, as coisas de educação física. Eu ficava lá durante o recreio todo. (Linda).

No espaço escolar, os conflitos de maior intensidade relatados pelas travestis ocorrem nos banheiros. A rígida organização física de separação entre o masculino e o feminino marca a experiência dessas pessoas, tensionadas pela reprodução da heteronormatividade e pela resistência à ordem instituída. O papel que o banheiro desempenha na estrutura escolar é muito mais do que um espaço de realização de necessidades fisiológicas para os corpos categorizados como femininos ou masculinos. O banheiro é parte fundamental da reprodução dos corpos generificados. Gomes (1996) chama a atenção para as relações sociais e as normas que se produzem por meio dos significados culturais atribuídos aos banheiros e seus usos, usando como referencial de análise o Palácio de Versalhes:

[...] uma esfera de intimidade, que deveria ser resguardada do contato com outras pessoas. Ao mesmo tempo, para que essa intimidade pudesse ser concebida e vivida, havia a necessidade de um novo desenho do espaço, que agora consagraria inéditas áreas e nova compartimentação, as quais exprimiriam esse novo valor e essa nova prática social. As ações que transcorrem nos banheiros aí se incluem. (GOMES, 1996, p. 45).

Os banheiros aparecem como espaços privilegiados para marcar de forma definitiva as fronteiras entre o feminino e o masculino e o exercício dos papéis atribuídos socialmente aos corpos sexuados. Os banheiros

figuram nas falas das travestis com detalhes marcantes de sua estrutura física e os sentidos e ações por ela desencadeadas. Suas narrativas denunciam os constrangimentos decorrentes da organização dos mictórios, que ficam abertos, e a falta de equipamentos e áreas privadas. Elas falam de suas dificuldades em incorporar a ordem espacial imposta no banheiro escolar, que vão desde um mal-estar até a exclusão e a violência.

Os conflitos de Bia no uso de banheiros escolares se estabeleceram na adolescência, quando as diferenças dos corpos começam a se evidenciar: “Eu não sabia muito bem porque me sentia constrangida. Depois eu entendi. Eu não podia ir no banheiro feminino, eu ia sempre no masculino, mas eu não me sentia bem porque era todo aberto.”

O relato de sofrimentos físicos causados pelas limitações dos banheiros é recorrente nas falas das travestis:

Eu nunca fui no banheiro da escola. Eu não fazia xixi a aula inteira, ficava me segurando. Eu nem sei como era o banheiro dessa escola porque eu tinha medo, porque eu sabia: ou eu vou apanhar, ou os meninos vão querer me fazer alguma coisa. Eles me assediavam. Era essa a relação com os meninos: ou eles me batiam ou me cantavam. Ou queriam se aproveitar ou me bater. (Linda).

Nos banheiros ocorrem trocas simbólicas de exercícios de identidade de gênero, que são fortemente desempenhadas entre os grupos. As pessoas que não se encaixam em um dos polos separados e opostos da masculinidade e da feminilidade são excluídas do ritual ou incorporadas de forma subordinada, inferiorizada. No relato que se segue, Dayana descreve sua experiência de conflitos:

Na escola o banheiro era complicado porque eu tinha que ir ao banheiro dos meninos e lá não tinha assim muita reserva e eu sempre ia assim naquela parte do reservado. Daí me chamavam de cagão porque pensavam assim: esse só caga né, porque eu não queria fazer xixi na frente deles. E também no banheiro masculino não tinha espelho e eu ficava louca porque não tinha espelho no banheiro masculino. Era uma tortura porque eu passava e os meninos ficavam todos olhando. Eu levei duas advertências por usar o banheiro feminino. Quando não tinha ninguém lá dentro eu entrava lá, fazia as necessidades, me sentia bem mais à vontade lá dentro, me olhava no espelho, passava um gloss, dava um close. Depois das advertências, eu me obrigava a ir no banheiro masculino. Eu vivia me soqueando com os piás dentro do banheiro porque eu passava e eles passavam a mão na gente, tipo assim, beliscavam, diziam: ô gostosa, viadinho gostoso, venha aqui, vamos ali no cantinho e tal. Isso não foi nem uma, nem duas, nem três, foram muitas vezes. Daí me atracava e saía rolando e já vinha o inspetor e lá ia a bicha pra diretoria. Eu vivia mais na diretoria. Eles me viam como marginal que gostava de brigar e agredir o povo. Achavam que eu estava na escola para fazer o fervero no banheiro. (Dayana).

As *performances* que constroem a masculinidade heterossexual são reconhecidas pela travesti, que se exclui do ritual a partir de dois constrangimentos. O primeiro diz respeito à sua identificação com gênero feminino, que a impede de compartilhar com outros meninos os atos de sociabilidade, como a exposição coletiva das genitálias. O segundo constrangimento está relacionado com o medo da atração ao corpo do outro, já que isso rompe com os códigos presentes no ritual performático da masculinidade. As áreas abertas dos mictórios tanto permitem a socialização de práticas culturais como possibilitam a vigilância da norma heterossexual. Por outro lado, essas mesmas áreas abertas incitam aos experimentos sexuais que têm a permissão de ocorrer nas áreas mais privadas das cabines.

A posição indefesa dessas pessoas no período da infância e da adolescência se modifica quando elas assumem sua identidade travesti na fase adulta. O espaço escolar agora é vivenciado a partir de outras estratégias de exclusão, menos nítidas, mas igualmente eficazes, conforme pode ser observado no relato de Bia, ao descrever uma conversa tida com a diretora de sua escola.

Ela chegou pra mim e disse: Olha não é que você não seja bem-vindo, mas você não tem uma orientação normal para viver no meio dos alunos. Eu como travesti não podia ficar no meio dos alunos. Eu já me vestia de mulher. Já era uma mulher. Eu sempre me achei feminina e como eu era uma mulher eu não podia ficar ali. Ela me dizia: veja na chamada você é chamada com nome de homem, mas você está vestido de mulher. Eu vou chamar você de [...]. Não posso chamar de outro nome. Ela continuou dizendo: você deve se retirar porque você vai ser muito maltratada aqui. Você vai ser o alvo de todo mundo. (Bia).

As dificuldades das travestis nas instituições educacionais adultas estão expressas em uma pesquisa feita por Andrade e Silva (2005). Investigando as representações sociais dos professores sobre os grupos excluídos do acesso à educação, esses pesquisadores constataram que as travestis são excluídas até mesmo das representações de exclusão. Apontam que, além de não serem lembradas pelos educadores, as travestis não constituem grupo de interesse no desenvolvimento de práticas pedagógicas por parte de nenhum dos educadores entrevistados. Esses profissionais da educação apresentam como justifica posicionamentos ideológicos que associam as travestis com condutas morais “não condizentes com sua forma de conceber a realidade”.

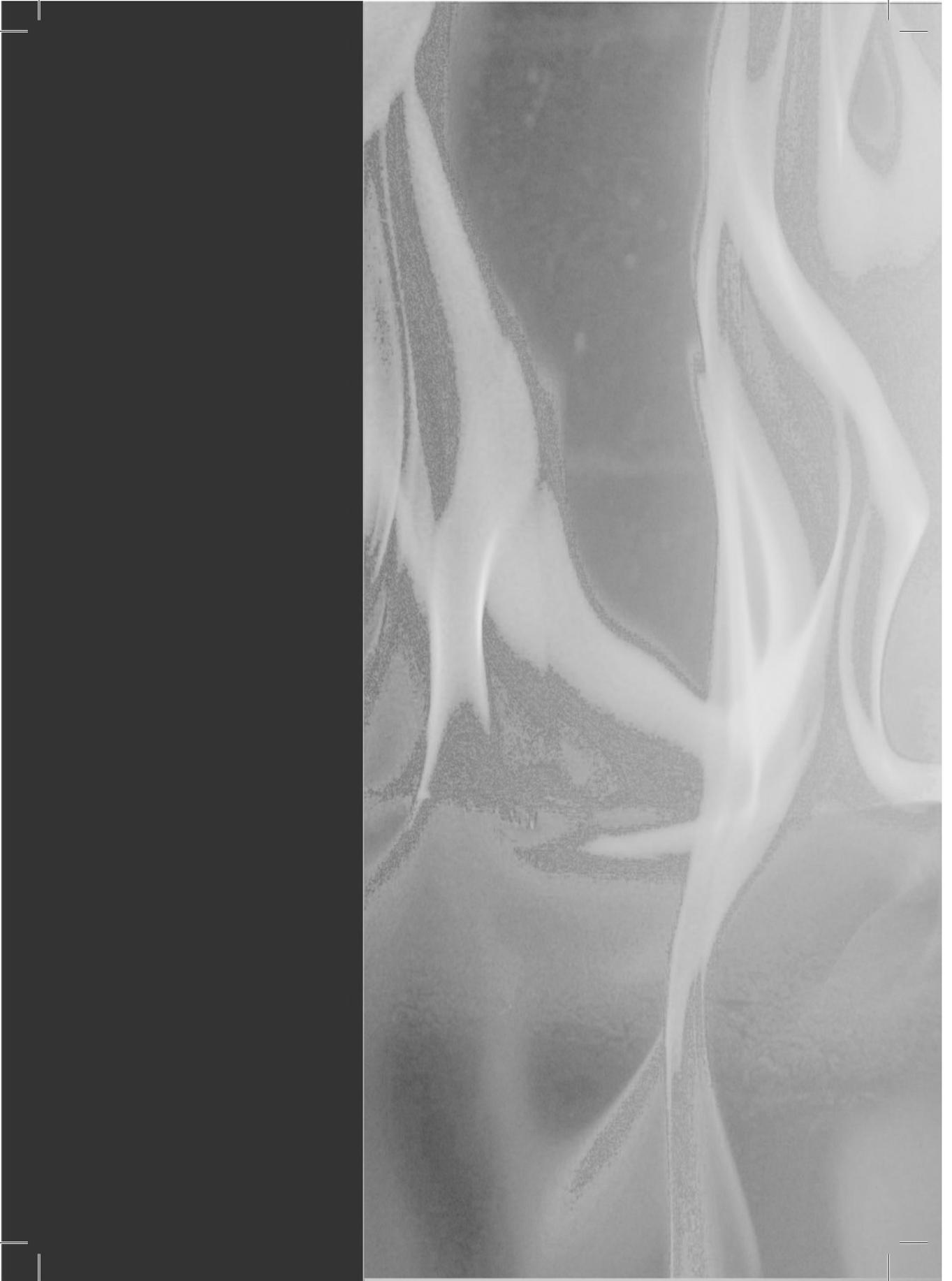
Em conclusão, o espaço interdito se produz cotidianamente na existência das travestis, e a escola é um elemento que contribui inegavelmente para a marginalidade social em que elas vivem quando adultas. A idílica representação da escola como espaço de solidariedade, igualdade, saber e inclusão é completamente negada nas versões apresentadas

por elas. A escola produziu dor, desrespeito, e ela colabora decisivamente para a produção de representações sociais negativas, que apenas reforçam a violência e a hostilidade que as envolvem.

As travestis são culpabilizadas pela sua própria exclusão do direito à escola, e o espaço se institui como um dos elementos mais eficazes da construção das táticas polimorfos de poder, para utilizar os termos de Foucault (1984), que garantem a manutenção das normas compulsórias de gênero. Paradoxalmente, são estas mesmas experiências espaciais interditas que questionam e desestabilizam a organização binária da sociedade heteronormativa.

Referências

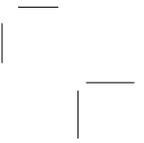
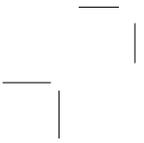
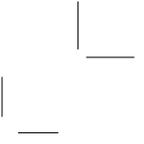
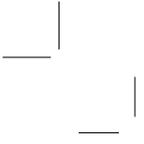
- ANDRADE, Augusto José de Abreu; SILVA, Telci Teodoro da. *Representações de exclusão na educação: onde estão os homossexuais?* 2005. Monografia (Especialização em Educação) – Universidade de Brasília, 2005.
- BINNIE, Jon; VALENTINE, Gill. Geographies of sexuality: a review of progress. *Progress in Human Geography*, v. 23 n. 2, p. 175-187, 1999.
- BUTLER, Judith. *Gender trouble: feminism and the subversion of identity*. London: Routledge, 1990.
- _____. *Bodies that matter: on the discursive limits of "sex"*. London: Routledge, 1993.
- _____. *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Editorial Síntesis, 2004.
- DUNCAN, James Stuart. *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- FOUCAULT, Michel. *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal, 1984.
- _____. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- _____. *A ordem do discurso*. São Paulo: Loyola, 1996.
- GOMES, Paulo C. da Costa. Versalhes não tem banheiros! As vocações da geografia cultural. *Espaço e Cultura*, n. 19-20, p. 41-49, dez. 1996.
- HARAWAY, Donna J. *Simians, cyborgs, and women: the reinvention of nature*. London: Free Association Books, 1991.
- LAURETIS, Teresa de. *Technologies of gender: essays on theory, film, and fiction*. Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- MOTT, Luiz; CERQUEIRA, Marcelo. *Matei porque odeio gay*. Salvador: Editora Grupo Gay da Bahia, 2003.
- NAMASTE, Ki. Genderbashing: sexuality, gender, and the regulation of public space. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 14, n. 2, p. 221-240, 1996.
- PERES, Wilian Siqueira. Travestilidades: apontamentos para uma estilística da existência. SEMINÁRIO HOMOFOBIA, IDENTIDADE E CIDADANIA GLBTT. 2007. *Anais...* Florianópolis: NIGS – Núcleo de Identidades Gênero e Subjetividades. 2007, p. 1-16.
- POLLAK, Michael. Memória e identidade social. *Estudos Históricos*, v. 5, n. 10, p. 200-212, 1992.
- ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- VALENTINE, Gill. (Hetero)sexing space: lesbian perceptions and experiences of everyday spaces. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 11, n. 4, p. 395-413, 1993.





Parte II

O FAZER GEOGRÁFICO
COLETIVO
NO GRUPO DE ESTUDOS
TERRITORIAIS
(GETE)



Espaço e as redes de interdependência na produção da invisibilidade da exploração sexual infanto-juvenil feminina

Almir Nabozny

Este texto é resultado de uma investigação ampla realizada no âmbito do Grupo de Estudos Territoriais (GETE), sobre o fenômeno da exploração sexual infanto-juvenil feminina, tendo como referencial empírico de análise a cidade de Ponta Grossa, PR.¹ Durante os dois anos de investigação, nos aproximamos de forma simultânea das fontes oficiais do Estado e das adolescentes que viviam ou frequentavam as instituições de proteção. Essa dupla perspectiva do fenômeno permitiu constatar contradições

1 A operacionalização da pesquisa que originou este artigo envolveu as seguintes ações: a) observação sistemática de pontos de prostituição adulta; b) análise de processos na Vara da Infância e da Adolescência, Comarca de Ponta Grossa; c) leitura de registros de ocorrências do Conselho Tutelar Oeste, após o ano de 1990; d) entrevistas com profissionais adultas do sexo; e) entrevistas com profissionais que trabalham em instituições cujo público-alvo são adolescentes e crianças; f) diálogos com profissionais de segurança pública; g) interlocução com agentes comunitárias do Programa Saúde da Família; e h) investigação junto às crianças e adolescentes institucionalizadas em abrigos (Casa Santa Luiza de Marillac e Associação de Promoção à Menina – APAM), a partir de entrevistas semiestruturadas, com estímulos de imagens e de expressão corporal e visual. Essas diversas frentes de trabalho são complementares na compreensão do fenômeno investigado e reforçam a validação metodológica.



entre as concepções e ações desenvolvidas pelo Estado e o universo cotidiano em que se desenrolam as trocas de práticas sexuais por recursos materiais envolvendo as adolescentes foco da investigação.² Em trabalhos anteriores, como em Nabozny (2007), alertamos para a incapacidade do Estado de desenvolver políticas públicas para combater essas práticas, por várias razões. Primeiro, pelas ações do Estado na escala local, que, justificadas de forma equivocada pela visão universalista da legislação federal, negligenciam a diversidade social, impossibilitando o reconhecimento da realidade socioespacial vivenciada pelas crianças e adolescentes que protagonizam os casos estudados. Segundo, pela visão hegemônica de passividade em que são enquadradas as adolescentes, dificultando a compreensão social de suas táticas, desejos e disposições. Por último, apontamos que o Estado, ao primar por estratégias de ação na coibição do fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil pautado na lógica da prostituição adulta, mostra-se inoperante e pouco eficaz no tratamento do fenômeno.

Com base nessas contradições, estabelecemos um recorte para este trabalho. Objetivamos explorar as experiências vivenciadas pelas adolescentes, abordando o fenômeno da exploração sexual comercial de forma relacional e destacando o caráter ativo de seu comportamento, notadamente pelo desenrolar de suas espacialidades sociais, que acabam por compor e complexificar o perfil e a permanência do fenômeno estudado.

Existem controvérsias a respeito da denominação a ser empregada para caracterizar a mercantilização de práticas sexuais envolvendo trocas entre crianças e adolescentes com clientes e facilitadores. Nesse sentido, é importante justificar nossa posição em adotar a expressão “exploração sexual comercial infanto-juvenil” para identificar este fenômeno, a que outros autores se referem como “prostituição infanto-juvenil”.³

A exploração sexual comercial que envolve crianças e adolescentes é bastante ampla. Ela envolve o mercado de pedofilia, o turismo sexual, a pornografia infantil e também a mercantilização de práticas sexuais, foco deste trabalho. Nossa postura se deve, em primeiro lugar, à atitude reflexiva sobre as experiências no campo investigativo durante o contato com as adolescentes que colaboraram com a pesquisa.

2 Foram consideradas adolescentes pessoas com idade entre 12 e 18 anos, conforme o Código Civil Brasileiro em vigor.

3 Para aprofundar a abordagem das polêmicas em torno dos termos que identificam o fenômeno em tela, ver Gomes (1994, 1996); Gomes, R.; Minayo, M. C. S.; Fontoura, H. A. (1999); Leal (1999); Faleiros e Campos (2000), Hazeu & Fonseca (1998), entre outros.

Em nenhum momento, embora reconhecessem as trocas de práticas sexuais por recursos materiais, elas se autoidentificaram como prostitutas, tampouco afirmaram estarem exercendo a atividade da prostituição. Assim, consideramos que utilizar o termo “prostituição” em nossa abordagem do fenômeno seria uma forma de produzir um rótulo social com o qual elas não estão identificadas, e optamos, então, por considerar suas próprias categorias discursivas.

Em segundo lugar, ainda que reconhecendo a postura ativa das adolescentes na mercantilização de trocas sexuais, consideramos que elas agem a partir de um contexto de vivências que envolve uma série de direitos sociais violados por nossa sociedade, dificultando outras opções de vida, de modo que elas são credoras de uma imensa dívida social, que deve ser reparada. O termo “exploração”, a nosso ver, é mais apropriado, porque, ao compor as redes de relações de poder que constituem o fenômeno, elas sofrem desvantagens em relação aos demais agentes em interação, notadamente porque vivenciam essas experiências sexuais em uma fase da vida em que são pouco capazes de medir as consequências de suas opções de vida em longo prazo.

O estudo está organizado em duas seções. Na primeira, focamos as intertextualidades que conformam as redes de interdependência, que podem assumir várias configurações no fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil. Na segunda seção desenvolvemos uma reflexão a respeito do paradoxo da produção da invisibilidade, que produza a perpetuação do fenômeno em tela e, assim, cada vez mais desafia as ciências sociais com sua crescente complexidade.

Intertextualidades e redes de interdependência na exploração comercial infanto-juvenil feminina

O fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil envolve o encontro de pessoas desiguais, que estabelecem trocas. Cada uma delas carrega consigo suas próprias realidades socioespaciais, que se confrontam numa rede de relacionamentos envolvendo expectativas, desejos e poder. Duncan (2004) nos alerta que cada grupo social institui seus próprios textos urbanos. O autor vale-se da palavra “texto” para expressar a ideia de que a cidade, tal qual um texto escrito, pode ser lida e percebida de formas diferentes. Assim, quando os grupos sociais se encontram, textos urbanos oriundos de diferentes interpreta-

ções e vivências da cidade também entram em intersecção, produzindo aquilo que ele chama de intertextualidade.

A intertextualidade que compõe o fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina se vincula, neste trabalho, com as redes de interdependências de que trata Elias (1994a). As pessoas estão em constantes relações, que articulam, num eterno movimento, as dimensões microespacial e macroespacial decorrentes dos tensionamentos provocados pelo exercício do poder. Contudo, os pretensos posicionamentos duais promovidos pelo discurso hegemônico são móveis, constantemente tensionados, como afirma este autor. O tensionamento se dá pelas perspectivas das pessoas que estão em relação, ativando, de forma diversa, os mesmos elementos.

A prática sexual do homem mais velho que recompensa materialmente uma criança ou adolescente pobre do sexo feminino pode constituir significados diferentes para os dois. Para ele, pode significar uma prova de superioridade masculina o fato de manter relações sexuais com uma pessoa jovem, e para ela pode significar conquistas materiais num contexto de extrema precariedade. Desse modo, cada um deles pode significar a prática com ganhos relativos. Esse é um importante aspecto a ser considerado nas redes de interdependência, mesmo porque o modelo entre explorado e explorador é superado quando a perspectiva adotada é aquela dos agentes da configuração. Ainda que se entenda que cada uma das pessoas pode construir perspectivas de vantagens nessa relação, a configuração estabelecida impõe às crianças e adolescentes pobres do sexo feminino as consequências que perpetuam sua situação de fragilização social.

A realidade, como afirma Corrêa (2005), é plural, constituída por heterotopias, e os múltiplos significados que dão sentido à vida cotidiana são produzidos por grupos sociais em seus contextos históricos e espaciais específicos. A infância e adolescência pobre é formada de conteúdos diferentes do padrão adotado pela ordem do discurso hegemônico burguês, mas, de forma complementar e contraditória, contém também a ordem estabelecida. As relações imbricam elementos que constituem a existência social das pessoas, as quais formam redes e acionam elementos compositores de processos complexos pluridimensionais que tensionam localizações de agentes em redes, como gênero, classe, idade e espaço geográfico, como explica Rose (1993), ao tratar do conceito de espaço paradoxal.

O confronto entre o feminino e o masculino nas redes de interdependência da exploração sexual comercial infanto-juvenil não é estático, e o gênero deve ser compreendido como um “conceito/representação”, como afirma Silva (2007), com base na concepção de gê-

nero performático de Butler (1993). A identidade de gênero, segundo Butler (2003), é exercida pela performatividade, e esse fato implica um mecanismo que a condena inexoravelmente à mudança. Isso porque a identidade de gênero é uma representação que, para existir, efetiva-se concretamente por meio do ser humano em suas práticas espaciais em determinado tempo.

Nesse sentido, o exercício do gênero feminino que compõe as redes de interdependência que pesquisamos é interseccionado pela classe e pela idade, e as adolescentes desenvolvem táticas, conforme explica Certeau (1996), para agir em relação às estratégias hegemônicas impostas pela sociedade. Para este autor, as táticas se traduzem pela astúcia, o drible dado pelos fracos mediante práticas cotidianas por entre as brechas do poder estratégico.

As redes aqui analisadas envolvem representações de gênero vivenciadas pelo espaço/tempo por pessoas que também articulam e agregam outros elementos, como idade, renda, escolaridade e acesso às normas de Estado. As relações entre as pessoas podem ocorrer mediante o acionamento de vários elementos identitários ao mesmo tempo, superando a visão simplista e homogênea de papéis de gênero. A configuração em tela é específica; ela envolve pessoas marcadas por elementos que são acionados em redes particulares. O fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil apresenta uma pluralidade de configurações. Apesar disso, há elementos repetitivos que as conformam, como as características das pessoas envolvidas. São homens mais velhos, que recompensam materialmente crianças e adolescentes pobres do sexo feminino por práticas sexuais. Nas buscas efetivadas para esta pesquisa, não foram encontrados registros de outras configurações envolvendo esse perfil masculino de alta renda recompensando materialmente crianças ou adolescentes em troca de práticas sexuais, ou ainda, mulheres mais velhas pagando crianças e adolescentes pelas mesmas práticas, por exemplo. Os elementos marcantes da configuração envolvem o poder que articula identidades de gênero, recursos materiais e o espaço geográfico.

A vivência do espaço urbano extrapola as fronteiras do espaço privado, da casa. As relações entre os diferentes grupos confrontam significados e práticas que instituem as teias da cidade-texto. As meninas vivenciam a prática da exploração sexual comercial infanto-juvenil fora do espaço da residência da família. As entrevistas realizadas⁴ apontam

4 É importante lembrar que as falas das meninas foram estimuladas por cartazes por elas elaborados com recortes de revistas. Houve três importantes eixos de estimulação do discurso: relações familiares, relações com a cidade e relações de amor e sexo. Técnica inspirada em Seltiz (1987). Os nomes são todos fictícios, como propõe Italo Calvino (2002). Assim, sempre que aparecer o mesmo nome, é a mesma pessoa a que nos referimos.

que os espaços públicos são fundamentais para a manutenção das práticas sexuais em troca de recompensas.

A rua e a casa são duas dimensões escalares que se encontram. Criam um espaço de contraste, ou, como afirma Santos (1988), perfazem antíteses complementares. A rua, como elemento estruturante do espaço urbano, *locus* de encontro, trocas e muitos usos, espaço didático de aprendizado, pois “na rua está o transitório, o ambíguo, o excitante e o perigoso. Na casa, o estável, a certeza da própria identidade” (SANTOS, 1988, p. 89). A rua permite a troca de códigos e de comunicações. As ruas são “também unidades de alto significado para quem sabe reconhecê-las. Uma rua é um universo de múltiplos eventos e relações” (SANTOS e VOGEL, 1985, p. 23-24).

Para as meninas, a rua é descrita com entusiasmo. Representa o encontro com os amigos e a diversão, em contraste com a casa, concebida como hierarquia, ordem e proteção. As falas denotam uma forte atração pela rua e a opção pela ausência de casa. Os relatos que se seguem são marcados também pelo desajuste temporal de suas vivências entre a rua e a casa.

Eu não falo assim de piá pra ela [falando da mãe], falo pra elas [amigas]. E a gente assim conversa, passeia. Assim fica distraída, se diverte. Conhecer gente nova. [...] Daí eu fiquei na rua tipo assim, chegava muito tarde. Daí minha mãe ficou preocupada. [...] Ficava com eles [amigos]. Ficava assim. Uma hora ia pra casa, outra hora não ia. Às vezes posava na casa de uma amiga. (Entrevista concedida por Armila, mediante o estímulo de imagens).⁵

E onde eu moro tem a minha amiga [nome]. A gente saía junto e ia lá no centro e se encontrava com as outras. Daí a gente ficava, daí tinha vez que eu saía de casa e voltava só no outro dia de manhã. Daí minha mãe ficava preocupada, né? Porque eu nunca dizia aonde eu ia. Se eu dizia que ia num lugar, eu ia ao outro. Daí minha mãe sempre ficava preocupada. (Entrevista concedida por Cloé, mediante o estímulo de imagens).⁶

Importante ressaltar que em nenhum momento a rua foi significada como espaço de perigo, medo ou estranheza pelas meninas. Pelo contrário, falavam da preocupação das mães como algo infundado, sem ameaças concretas a elas. Vivenciar as ruas da cidade coloca as meninas no encontro com outros grupos sociais. Os corpos que cir-

5 Entrevista concedida a Joseli Maria Silva em 3/5/2007, na Marillac, em Ponta Grossa.

6 Entrevista concedida a Joseli Maria Silva em 3/5/2007, na Marillac, em Ponta Grossa.

culam pela cidade carregam consigo marcas de suas espacialidades, desde vestimentas a formas de se comunicar, andar e olhar. São corpos significantes, lidos e interpretados, conforme afirma McDowell (1999). Os corpos carregam marcas, de modo que um corpo pode facilmente ser reconhecido como “um corpo da periferia pobre”. Isso porque as práticas discursivas elaboradas culturalmente são desempenhadas pelos corpos, que representam diferenças de gênero, classe, sexualidade, faixas etárias, em negociações espaciais de poder.

Os corpos femininos, adolescentes e pobres são abordados por homens mais velhos, que são assim descritos pelas meninas:

Muitas vezes chegam perguntando o nome, onde você mora, se tem namorado, se interessa sair com ele. Já vamo reto ao assunto. Oferecem dinheiro. Pra mim já ofereceram, eles perguntaram. Até um dia chegou um home pra mim: “Vocês preferem sair com esses rapazes novo que não pagam nada pra vocês. Em vez de sair comigo”. Eles sempre faziam foguinho pra gente sai com eles. (Entrevista concedida por Cloé, mediante o estímulo de imagens).

Eles chegam assim falando você é tão bonita, como eu queria ser mais novo, né? Eles falam vamos ficar aqui trocando ideia. [...] A maioria oferece dinheiro. Mas com a gente. Vamos sair. Vamos marcar um encontro. E a gente. Eles dizem coisa que vão atçar. (Entrevista concedida por Armila, mediante o estímulo de imagens).

Os códigos de aproximação entre essas duas pessoas são de uma paquera convencional, em que os homens valorizam a estética feminina e seus atributos, ao mesmo tempo em que ostentam seu próprio poder econômico. Os elementos de posse, como os carros, estão presentes em suas falas, constituindo fatores de atração, juntamente com a sensação de ser desejada e cortejada. Quando questionadas sobre os ganhos envolvidos na relação estabelecida, elas destacam os ganhos materiais.

Muitas vezes que eu via que eles davam dinheiro, ou eles davam [pausa] uma ordem nas lojas pra elas comprarem roupas, pra elas. E eu acho que elas saíam por causa disso, por causa do dinheiro. (Entrevista concedida por Cloé, mediante o estímulo de imagens).

A maioria oferece dinheiro. [...] ganham os presentes, né? Roupas, presente, maquiagem, brinco. Até mesmo tem uma que eu conheço, que ela sai com homem e eles pagam tudo – tatuagem, pircing essas coisas tudo, sabe? (Entrevista concedida por Armila, mediante o estímulo de imagens).

[...] elas saíam com o dono da farmácia, era porque ele deu um celular pra ela. Um celular novo, ela escolheu o modelo tudo. E ela acabou ficando com ele por causa disso. E ele poderia ser de idade, mas não aparentava, sabe? E ele gostava dela. Só que ela não. Então ela pensa também em tirá vantagem. (Entrevista concedida por Sofrônia, mediante o estímulo de imagens).⁷

A relação se estabelece na sutileza dos códigos da conquista, escamoteando as relações desiguais que estão em jogo – a troca de práticas sexuais por recompensas materiais. As meninas têm consciência dos elementos colocados em jogo e procuram tirar vantagens da situação, que o homem mais velho pode lhes proporcionar. Contudo, os afetos são evocados em relações de outra ordem, na relação entre adolescentes. Inclusive, muitas vezes, o homem mais velho se constitui na fonte de recursos para ambos os adolescentes, já que a menina, ao obter recursos, divide com o namorado. As meninas demonstram que sabem jogar na rede de interdependências que se estabelece, num modelo social que localiza o masculino como possuidor de um natural apetite sexual incontrolável e de recursos materiais capazes de proporcionar conforto. O feminino, por sua vez, é legitimado por elas como o elemento que ardilosamente provoca os “instintos naturais masculinos”, manejando os códigos de sexualidades corporais. O trecho abaixo evidencia uma legitimação das relações em rede em que é a própria menina quem busca a prática sexual e requer a recompensa material, absolvendo, de certa forma, as ações masculinas.

Esses caras mais velhos, a menina tendo bunda, tendo peito, eles estão indo. Daí a menina passa rebolando perto deles. Daí tem muitas meninas, que nem elas. A maioria das vezes elas saem com saíngas mostrando as pernas. Daí que home não vai ficá assanhado? Daí elas passavam perto deles, daí eles já [...] (Entrevista concedida por Cloé, mediante o estímulo de imagens).

Imaginemos estas mesmas pessoas em uma configuração em que a dimensão espacial fosse a residência da menina ou do homem. Ou ainda, a mesma rua, proporcionando encontros entre o mesmo homem e uma menina bem vestida e que exibisse marcas de posses econômicas. Em qualquer configuração, a relação sexual não se daria, porque estariam rompidas as teias que colocam estas pessoas em redes de interdependência.

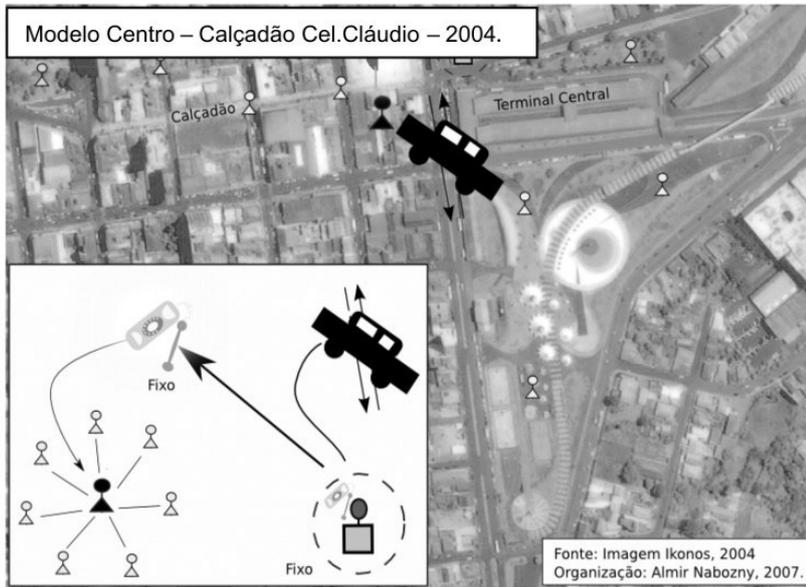
É importante frisar que, embora elas reconheçam as trocas materiais por práticas sexuais com homens que não são objeto de amor

⁷ Entrevista concedida a Joseli Maria Silva em 10/5/2007, na Marillac, em Ponta Grossa.

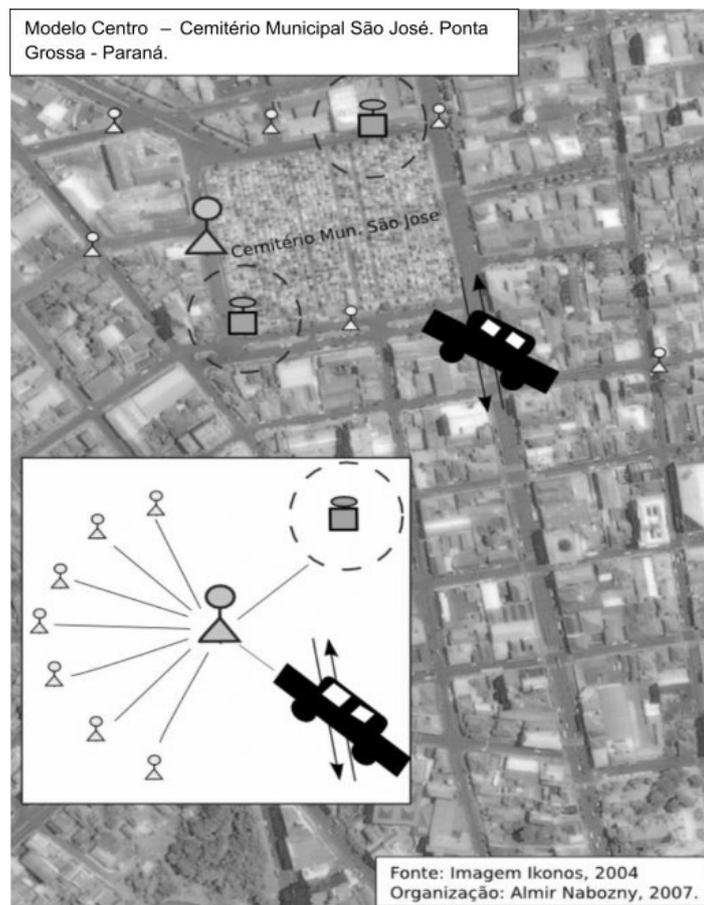
ou paixão, em nenhum momento as meninas pronunciaram a palavra “prostituição”. É justamente esse jogo sutil que escamoteia a exploração, que torna difícil sua detecção pelos procedimentos adotados por órgãos estatais. Gomes (1996), em seu livro sobre a exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina, faz, desde o título, uma distinção entre o corpo na rua e corpo da rua. Para esse autor, há um grande equívoco em atribuir a exploração sexual comercial a todos os corpos infanto-juvenis femininos que vivem nas ruas, evidenciando muitas diferenças de atuação das meninas. Todavia, os corpos de meninas pobres nas ruas significam algo que é interpretado por outras pessoas, e certamente, não há ofertas de dinheiro a uma menina que esboce ter posses materiais. Essa é uma das evidências dessa transitividade espacial, e outro elemento é a sutileza das abordagens, o que deixa mais complexa a caracterização ou atuação por assédio.

As relações que se estabelecem são complexas e envolvem amigas, pessoas que abordam e donos de estabelecimentos comerciais que, via dimensão espacial, viabilizam a exploração sexual comercial infanto-juvenil. O espaço geográfico é elemento fundamental na configuração do fenômeno, que se expressa de diversas formas. Para revelar a dimensão espacial do fenômeno, foram elaborados, com base em entrevistas, alguns tipos de redes de interdependências em que as práticas sexuais das meninas são requisitadas e capitalizadas.

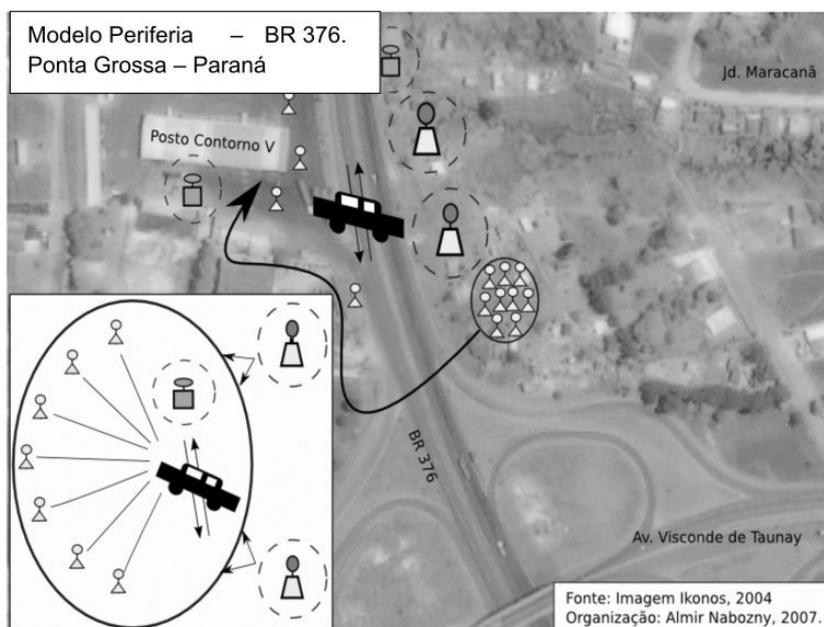
O primeiro modelo foi construído juntamente com um Profissional da Segurança Pública (PSP). A polícia, segundo ele, atua em duas frentes: uma de geração de evidência-crime (inteligência) e outra em que se buscam provas criminais (ou não) de atividades e fatos levantados como suspeitos na fase de inteligência. A configuração se enquadra na primeira fase da ação. Trata de uma ocorrência no ano de 2004. É protagonizada por uma adolescente “esperta”, que funcionava como isca ao abordar meninas pobres que transitavam pelo centro da cidade, oferecendo a elas vantagens econômicas em troca de práticas sexuais. Quando ela persuadia uma menina, elas se dirigiam a um telefone público. Um agenciador e, às vezes, “usuário” da rede, observava as meninas, provavelmente de um prédio, numa visada vertical. Ele realizava o chamado e as meninas atendiam ao telefone, pelo meio do qual o destino da menina era traçado para a efetivação da prática sexual. Algumas vezes, um carro passava e encaminhava a menina para tomar um banho e depois fazer o programa. O telefone nunca tocou quando os “PSPs patrulharam” em suas proximidades.



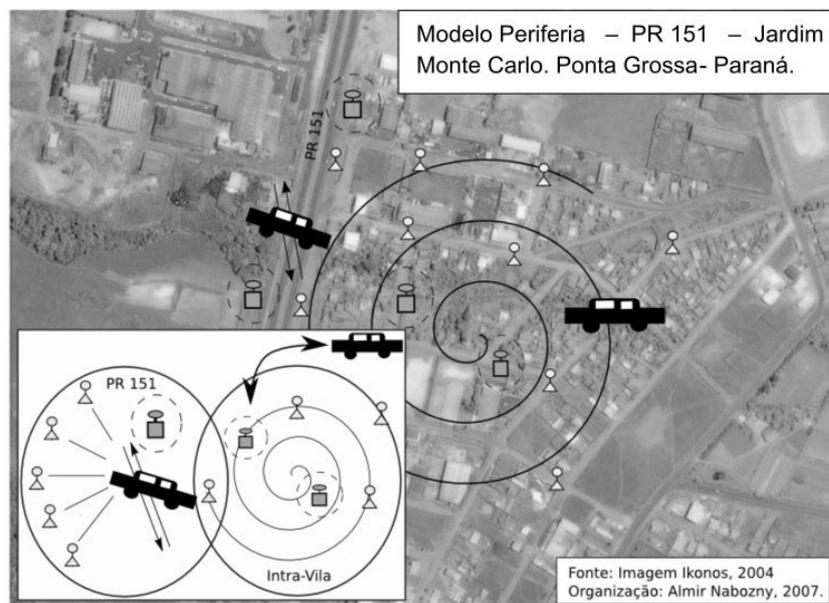
Outro modelo foi traçado com a ajuda de uma ex-profissional do sexo que atuava nas adjacências do Cemitério Municipal São José, conhecida área central de prostituição da cidade de Ponta Grossa, PR. Uma prostituta adulta recebia solicitações por parte de clientes para agenciar menores com quem mantinha contato na periferia pobre da cidade. As meninas ficavam rondando o centro da cidade, com um telefone celular, à espera de um chamado. A prostituta aliciadora recebia pelo trabalho que realizava. Em geral, os clientes apanhavam as meninas de carro e se dirigiam a locais pouco suspeitos, inclusive fazendo o programa dentro do carro, em estacionamentos de supermercados, no período do dia. Esses arquétipos apresentam espacialidades fluidas, móveis e instáveis, em que a rede se configura de forma sutil, ágil e de difícil caracterização, por causa da pequena fixidez do fenômeno.



Outra rede de interdependências foi construída juntamente com Agentes Comunitárias do Programa Saúde da Família lotadas em Postos de Saúde em proximidades de rodovias que articulam as periferias pobres. Elas relatam que prestam atendimento a famílias em que ocorre prostituição adulta e também, segundo elas, infanto-juvenil. O fenômeno está intimamente associado ao uso de drogas, e as meninas, embora menores de idade, já têm relações maritais. A configuração se estabelece com a ação do próprio companheiro, que faz a “segurança” do local, para que as adolescentes ofereçam práticas sexuais por dinheiro aos caminhoneiros e, eventualmente, para outros homens que trafegam na rodovia e adjacências. Portanto, o marido funciona como uma espécie de cafetão, agenciando a companheira, que, ao obter a renda da prática sexual, sustenta o consumo do casal, inclusive de drogas.



Por fim, com a ajuda da agente comunitária do Jardim Monte Carlo, foi evidenciada uma outra configuração envolvendo práticas sexuais em troca de dinheiro nas áreas pobres de moradia das próprias meninas. Duas adolescentes, de treze e quinze anos, respectivamente, abordam homens moradores do Jardim Monte Carlo e oferecem práticas sexuais em troca de dois reais ou ainda por cigarros, assumindo claramente a troca comercial das práticas. Elas fazem parte de uma família em que outras mulheres, mãe, irmãs e primas, são prostitutas na rodovia PR-151, a alguns metros da residência. A matriarca da família tem quarenta anos, é procedente da área rural, analfabeta, e iniciou-se na atividade após a separação do marido e o abandono dos filhos, que ficaram sob sua tutela, obrigando-a “descer para a pista”, para usar suas próprias palavras. Há ainda dentro do contexto da área do Jardim Monte Carlo e da rodovia um outro grupo de adolescentes, que age de forma mais sutil, realizando as práticas sexuais em troca de presentes ou porções de drogas, camuflando, assim, de certa forma, a atividade comercial da prática sexual.



As configurações instituem redes de interdependência com inúmeros formatos, envolvendo pessoas de vários perfis, desde pessoas próximas à família até estranhos que realizam abordagens nas ruas. Nesse sentido, podemos afirmar que o fenômeno da exploração sexual comercial é plural, multidimensional, complexo e de uma grande heterogeneidade.

As dificuldades de enquadramento se devem justamente a isso. Em todas as redes há uma postura ativa e voluntária por parte da menina, vantagens materiais (que muitas vezes não são muito claras), espacialidades fluidas e uma relação profundamente assimétrica, segundo gênero, maturidade, renda e informação, envolvendo uma adolescente e um homem.

Embora o argumento desenvolvido até aqui esteja sendo construído no sentido de evidenciar as diferenças entre as práticas sexuais comerciais adultas e as de crianças e adolescentes, é preciso deixar claro que elas apresentam pontos importantes de ligação. Primeiramente, há os casos em que as crianças e adolescentes vivenciam as práticas sexuais das mulheres mais velhas da família e desenvolvem uma naturalização dessas práticas. Há ainda os casos em que uma prostituta adulta, que trabalha em locais tradicionalmente conhecidos de atividade de prostituição, é a agenciadora das meninas via telefone. Mas há também um outro aspecto importante a ser destacado, que é a infraestrutura utilizada para a realização dos programas. Apesar de haver uma prática de evitar hotéis de rotatividade e motéis, sabe-se que esses estabelecimentos evitam requisitar informações, para garantir a discricção, requisito básico para o sucesso desse tipo de negócio. Além disso, a permanência da adolescente é facilmente camuflada pela ausência de registro dos usuários, e as relações sexuais ocorrem em quartos privados. Assim, os hotéis de rotatividade e motéis constituem, também, a espacialidade das redes de interdependência.

O espaço urbano fragmentado e desigual de Ponta Grossa é articulado pela ação tática das crianças e adolescentes pobres, que instituem a cidade inscrevendo seu próprio texto urbano por meio da exploração sexual comercial. O fenômeno da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina ocorre numa situação flagrante de poder assimétrico, na qual as meninas que são prostituídas e aqueles que as procuram para serviços sexuais formam uma rede de interdependência.

Evidenciamos um fenômeno que se manifesta pulverizado, multifacetado e com várias escalas, numa complexa organização espacial por parte dos agentes compositores de redes de interdependências cujas táticas se viabilizam justamente no espaço do jogo, driblando as estratégias do combate à exploração sexual comercial das meninas.

O paradoxo da invisibilidade e a persistência do fenômeno da mercantilização de práticas sexuais infanto-juvenis femininas

As redes de interdependências da exploração sexual comercial infanto-juvenil têm como elemento central grupos de crianças e adolescentes pobres, prostituídas, que perpetuam, juntamente com os demais componentes, a situação de invisibilidade social. Este é o paradoxo com o qual convivemos durante toda a pesquisa. As práticas estão presentes, passíveis de serem problematizadas, ou seja, o “referente” é concreto, material e visível. Entretanto, impera o silêncio das pessoas componentes fundamentais da rede, meninas adolescentes e homens adultos, reforçado, em muitos casos, pela cumplicidade da família e pela debilidade dos registros e ações do Estado.

Nesse contexto, pudemos perceber que é importante dar atenção para os significados das “ausências e silêncios”, tal qual sugere Foucault (2006), pois é a produção da invisibilidade que permite a perpetuação da mercantilização das práticas sexuais que envolvem crianças e adolescentes. Nossas investigações de campo evidenciam a participação ativa das adolescentes envolvidas no fenômeno, que faziam práticas sexuais em troca de recompensas materiais e ainda fugiam da ação “protetora” do Estado. Contudo, ao entrevistá-las, ouvir suas histórias de vida, concepções de mundo, valores, esperanças e sonhos, não pudemos conceber suas opções sem considerar as relações de poder e sem localizá-las nos feixes de relações que construíram durante suas vidas.

O entrelaçar das pessoas nas redes de interdependência se dá numa ordem de poder heterogênea em que os indivíduos são incorporados por gênero, classe, idade e espaço, podendo resultar em inúmeras configurações, que colocam uma série de interesses em jogo e estabelecem um pacto de silêncio. O homem que compra as práticas sexuais de adolescentes requer silêncio. Ele tem consciência de que está realizando um ato ilegal e, em geral, ele deve manter sua posição como homem maduro e chefe de família. A adolescente, por sua vez, mantém a invisibilidade por várias razões. Quando está inserida na rede em que a troca não está bastante clara, cria uma representação em que se sente sedutora e desejada, condição possível para conseguir suas recompensas materiais em forma de “presentes”. Nesse sentido, ela se sente também responsável pela relação e, ao mesmo tempo, quer continuar como disponível para namorar os adolescentes de sua idade; assim, ela mantém o silêncio sobre suas práticas. No caso de a

adolescente configurar uma rede em que a relação comercial de práticas sexuais é clara, como a recompensa em forma de dinheiro, há uma intencionalidade no silêncio, para que ela alivie sua própria culpa e corresponda minimamente aos padrões de moralidade impostos pela sociedade, mesmo quando pessoas de sua família já atuam como profissionais do sexo.

É importante destacar que, embora muitas meninas naturalizem as práticas sexuais comerciais por conviverem com mulheres importantes em sua referência identitária que realizam tais práticas, as meninas constroem outros laços – vão à escola, à igreja, e acabam incorporando também valores sociais que se entrelaçam aos seus. O trecho de entrevista que se segue evidencia a contradição de uma adolescente que, apesar de conviver com a mãe prostituta, emite um julgamento moral, enquadrando as práticas sexuais como vergonhosas e repletas de culpa. Ou seja, por mais questionável que seja a moralidade sexual burguesa, cristã, as adolescentes, ao viverem em sociedade, incorporaram esses valores na identidade feminina em transformação:

[...] minha mãe sempre fala pra mim “eu quero que você estude, eu quero que você fique lá, porque eu quero que você tenha futuro bom, não igual ao meu”. Daí eu penso assim, né? Eu penso assim, né? Eu vou dar este gosto pra senhora. Não vou ser igual a senhora, né? Sou descente, né? [...] Eu ouço os outros falarem “Ah aquela mulher de bar, tem que mudá, não casa” e eu lembro de minha mãe. Daí eu penso, imagine. Que um dia eu tava com minha mãe e tava um carinho (ele) ficou me olhando. Daí falei: “olhe, mãe, ele olhou”. Ela pegou abaixou a cabeça, “aquele cara vai lá no bar tomá vinho”. É que tava com minha mãe, achou que eu era igual a ela [...] (Entrevista concedida por Sofrônia, mediante o estímulo de imagens).

O afeto entre as adolescentes e suas mães, ainda que prostitutas, implica sonhar com um futuro de melhor sorte, procurando modelos femininos de melhor inserção social, como um bom casamento ou um bom emprego. Aliás, as vivências socioespaciais dessas adolescentes colocam em risco tais projetos. Portanto, admitir a filha fazendo parte da rede de práticas sexuais comerciais é uma forma de colocar de vez a filha no destino que se quer evitar e reduzir suas chances de conseguir um bom casamento. Em geral, o silêncio é partilhado também pelos familiares.

Para o grupo social dessas meninas, ainda é comum representar as mulheres que servem para casar e aquelas que não servem para isso. Assim, a manutenção de uma imagem adequada aos padrões também auxilia no mercado do casamento, e o silêncio das práticas

sexuais comerciais é ainda a melhor tática. A centralidade da vida das mulheres da periferia é o relacionamento marital; é por meio dele que elas cumprem a função social de constituir família e, com isso, obter respeitabilidade social. O silêncio deve ser mantido, para construir uma imagem de pessoa apta ao casamento, mesmo quando as compensações materiais são claras e, muitas vezes, bem-vindas no sustento de famílias extremamente carentes.

Ocorre uma interiorização da “culpa”, o que acaba por ter um efeito mais nefasto na questão da exploração sexual comercial. Igualmente, os efeitos do poder se complementam em duas esferas justapostas. Por um lado, elas se sentem poderosas por despertarem desejos de um homem economicamente mais abastado, ou ainda, por ajudarem no orçamento precário de sua família. Todavia, isso se coloca de forma tensionada para as meninas, pois a sociedade condena a troca de práticas sexuais por dinheiro ou presentes às mulheres, condenando as que, assim, não são castas e puras. Isso é incorporado por elas, já que, como afirma Elias (1994b), engendram as visões de mundo e interiorizam os valores instituídos em seus contextos históricos e geográficos.

Há um pacto instituído nas redes de interdependências, porque os seus componentes optam por conviver com as práticas sexuais comerciais infanto-juvenis, escamoteando as consequências a serem colhidas pelas adolescentes. Ao trabalhar os dados dos vinte e nove processos que serviram de base para este trabalho, pudemos constatar que a invisibilidade era também viabilizada pelas estratégias do Estado. Nessa análise dos processos, criamos algumas categorias, para poder traçar perfis da trajetória dos casos pelas instituições, como: quem apresentou queixa sobre a adolescente pela primeira vez; qual foi o teor da queixa; qual foi o local do ocorrido; se havia envolvimento de outros membros da mesma família; coincidência com uso de drogas; e como era concebida a exploração sexual comercial no âmbito do processo.

Nos vinte e nove processos em questão, a exploração sexual comercial aparece relacionada a vinte e duas meninas. Contudo, raramente se trata da primeira queixa sobre as atitudes das adolescentes. As atitudes de rebeldia, desobediência e presença em locais indevidos são as queixas mais frequentes. Só quando o processo já está bastante volumoso é que começam a aparecer os indícios da exploração, associados à presença das adolescentes nas ruas, e em mais da metade dos casos ocorre o uso de drogas. A maioria dos processos envolve irmãos, que também sofrem com direitos violados, não necessariamente por exploração sexual.

Em 79% dos casos analisados, as adolescentes passaram pela experiência do abrigo provisório ou de longo prazo. Além disso, a média de reincidência e retorno da menina ao abrigo é de 2,1 para um conjunto de vinte e três adolescentes. O ingresso da adolescente nas instituições do Estado é devido, predominantemente, a dois elementos principais: a polícia (em 31% dos casos analisados) e a mãe (20,8%). Quando a denúncia parte das mães, é interessante notar que elas elaboram suas queixas em torno do uso de drogas e da desobediência das filhas aos horários e normas da casa. A participação da figura paterna é insignificante, e é raro uma mãe denunciar diretamente a filha por ela estar mantendo práticas sexuais em troca de recompensas materiais. A exploração sexual comercial aparece de forma sutil e coadjuvante nas demais queixas. As trajetórias de relatos familiares iniciam a queixa pela desobediência da filha às regras familiares e, crescentemente, vão sendo localizadas, com denúncias por elas estarem nas ruas, em “má companhia”, dormindo fora de casa.

Quando é a polícia quem denuncia as ações das adolescentes, há uma relação com suas presenças em locais indevidos de acordo com a lei, especificamente perambulando pelas ruas, às vezes no horário noturno. Os agentes de segurança pública também são acionados por pequenos furtos praticados pelas meninas, flagrantes de uso de entorpecentes, ou mesmo nos casos em que uma adolescente agrediu alguma colega de escola, vizinha ou outra pessoa na rua.

A escola comunica ao Conselho Tutelar as ausências prolongadas das adolescentes às aulas, e houve um caso específico em que os pedagogos comunicaram ao Conselho a “erotização precoce” de uma de suas alunas. Os dados de desobediência e de localização das adolescentes em lugares indevidos somam mais da metade dos casos. O cruzamento desses dados com as entrevistas realizadas, nos permite afirmar que o fenômeno permanece invisível também no âmbito do Estado.

O Estado não consegue flagrar a exploração sexual comercial, já que os integrantes da rede se fecham em silêncio. Além disso, as instituições não conseguem captar o ato da relação sexual de forma flagrante, pois as meninas utilizam táticas como a mobilidade dos corpos, os contatos telefônicos e horários e espaços não convencionais da prostituição adulta.

Nos casos em que as táticas das meninas adolescentes são menos fluidas e dinâmicas, o Estado tem conseguido agir de forma mais eficiente, como é o caso de uma rede de exploração sexual comercial

infanto-juvenil denunciada por uma adolescente que colaborou com nossa pesquisa e acabou sendo “institucionalizada” na Casa Santa Luiza de Marillac, em Ponta Grossa, por medida de proteção, a pedido judicial, já que a adolescente passou a sofrer ameaças de morte. Segundo ela, a rede atuava em município vizinho⁸ e tinha como local de referência um bar que era frequentado e mantido por pessoas que representavam o Estado. Olívia, uma menina de treze anos de idade, evidencia a ação contraditória do Estado, que deveria proteger as adolescentes:

Naquele bar tinha policial envolvido. Esse policial, tinha as mulheres do Conselho Tutelar, que também sabiam que tinha de menor lá. Nunca ninguém dava batida lá. Quando mandavam ordem judicial eles não iam. Os policiais ligava avisando e as meninas de menor saíam, antes dos policiais da batida.[...] Na época eu acho que tava com treze anos. Daí, depois disso, eu fui prum abrigo. Eu não vim direto pra cá. E tinha até prefeito envolvido. Foi. O prefeito era um dos que frequentavam o bar. Além disso, tinha os policiais, sabe? (Entrevista concedida por Olívia, mediante o estímulo de imagens).⁹

As táticas de dispersão espacial das adolescentes, que facilmente podem ser categorizadas como desobediência ou permanência em local indevido, escamoteiam a compreensão das práticas sexuais comerciais. O trecho que se segue evidencia as táticas das adolescentes quando dormem fora de casa e o Conselho Tutelar é acionado pela mãe.

É assim aquele caso de não posá em casa. Assim com doze, treze anos. Não posá em casa. A mãe não sabe onde tá. Aí vem o Conselho Tutelar. E fala: “tava na casa de meu namorado”. A gente, entre amigos, sabe onde uma tava, outra tava. Então, elas transavam no carro. Às vezes posavam na casa dos próprios clientes do bar. Ou até mesmo viajavam com eles pra outras cidades. (Entrevista concedida por Olívia, mediante o estímulo de imagens).

O envolvimento de policiais e conselheiros tutelares em redes de exploração sexual infanto-juvenil é tema presente nos relatos colhidos durante os trabalhos de campo realizados pelo Grupo de Estudos

8 Omitimos os dados jurídicos e do município, para proteger a integridade física da entrevistada.

9 Entrevista concedida a Joseli Maria Silva em 10/5/2007, na Marillac, em Ponta Grossa.

Territoriais. Assim, os agentes, que são responsáveis pela coibição da exploração, podem também ser os integrantes da rede.

Olívia relata com detalhes as táticas usadas, como a presença dos policiais após a ronda noturna e o fechamento do bar em festas que ocorriam nos fundos do estabelecimento, com portas fechadas. Segundo ela, a proprietária da casa tinha uma lista com os turnos dos policiais de plantão. Quando ocorria de o policial plantonista não ser participante do “esquema”, as meninas com idade inferior a dezoito anos não frequentavam o bar naquela noite

Este caso, em que Olívia figura, é cada vez menos comum em Ponta Grossa, já que as ações dos Conselhos Tutelares junto a bares e boates têm inibido a presença de menores de idade. Contudo, o fenômeno permanece, por causa das táticas desenvolvidas pelas adolescentes. Elas trocaram os pontos fixos de bares e boates por fluxos de relações via telefone e mobilidade espacial, gerenciando códigos corporais que lhes possibilitam a troca comercial de práticas sexuais e o dribble às ações do Estado.

O Estado, para coibir essa prática, precisa de alguém que denuncie e rompa com a rede de interdependências, o que não acontecerá se depender dos envolvidos. Assim, o Estado procura um ato flagrante ou a presença das meninas em locais claramente identificados como de prostituição adulta. Como o Estado persegue um modelo superado pelas táticas dos componentes das redes de interdependência, a invisibilidade do fenômeno permanece e é justamente ela que fortalece as práticas sexuais comerciais infanto-juvenis, que acabam aparecendo de forma paralela ou subordinada a outros “desajustes” da menina.

Como consequência, quem permanece protegido na invisibilidade é justamente aquele que paga pelas práticas sexuais das adolescentes, que explora sua pobreza e a falta do apoio familiar e das instituições sociais. Às adolescentes, cabe o abrigo e o carimbo de desajuste social, mesmo que tal abrigo seja tomado como medida de proteção por parte do Estado. É justamente Olívia, a adolescente explorada sexualmente aos treze anos de idade, que é obrigada a viver em outra cidade, separada de sua família. Ela questiona as razões das opções que as adolescentes fazem ao praticarem sexo por recompensas materiais, deixando claro que essas opções resultam de constrangimentos espaciais. A realidade dessas adolescentes é a vivência da realidade da periferia, em que outras perspectivas estão ausentes.

Então o que adolescente tem? Lá não tem curso de aprendiz, não uma coisa pra ele ganhar um dinheirinho, numa coisa que ele mesmo faça, que goste daquilo que ele faça. [...] Não basta ir lá e só puni. Acho que deveria assim ter uma coisa. [...] Sei lá, deveria trabalhar de forma diferente. [...] Por que explorar, né? Uma menina de menor, com uma vida inteira em jogo, jogando a vida pro ar num lugar desses. Mas eu acho que sei lá. Mas acho que isso não vai mudar, isso sempre vai ter. O que tem que mudar é a cabeça das meninas com relação a isso. [...] porque esse negócio de exploração sempre vai ter. Sempre vai ter um bar ou um outro ali. Sempre vai. No mesmo caso dos policiais, sempre vai ter policiais desse jeito. Sempre. É muito difícil mudar o mundo hoje. Mas é preciso mudar o pensamento das meninas, eu acho também. [...] Mas eu não posso fazer nada pra mudar. Se hoje eu tivesse oportunidade de mudar, a primeira coisa que eu faria era dar oportunidade de emprego [...] (Entrevista concedida por Olívia, mediante o estímulo de imagens).

As adolescentes protagonistas do fenômeno investigado evidenciam que não lhes cabe o papel passivo. Contudo, elas constroem suas táticas de vivência a partir de sua própria realidade socioespacial, em que puderam construir sua inteligibilidade sobre a vida, e com isso escrevem seu próprio texto urbano, para utilizar a metáfora de Duncan (2004). As redes de interdependências permanecem graças aos permanentes rearranjos espaciais plurais, e as protagonistas viabilizam sua invisibilidade de forma articulada com outros componentes da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina.

Parafraseando Calvino (2002) em seu livro *As cidades invisíveis*, fazemos uma pausa na busca de tornar visíveis as “nossas meninas invisíveis”, argumentando que há duas maneiras de versar sobre elas e suas experiências socioespaciais. A primeira é fácil, consiste em apenas ignorar sua existência ou concebê-las como simples vítimas passivas, retirando-as do perigo da família, das ruas, e abrigá-las em instituições do Estado. A segunda é mais complexa e exige aprendizagens contínuas, reconhecendo-as como agentes de suas táticas, viabilizadas pelo espaço geográfico. As meninas e o fenômeno que elas constituem só são visíveis na medida em que lhes conferimos capacidade de ação, que pode ser direcionada para traçar novos e diferentes caminhos de existência. É na reflexão feita por uma menina de quinze anos de idade, vivendo em uma instituição de abrigo, que permaneceu até os treze anos na exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina que encontramos possíveis palavras certas: “é preciso dar oportunidades”. Assim, as meninas fazem opções, mesmo que constringidas por toda

sorte de carências, e se elas são ativas e criativas, há que se abrir outros espaços, quem sabe os “espaços de esperança” de que nos fala Harvey (2004).

Referências

- BUTLER, Judith. *Bodies that matter: on the discursive limits of “sex”*. London: Routledge, 1993.
- _____. *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- CALVINO, Italo. *As cidades invisíveis*. 18. ed. São Paulo: Companhia das Letras, 2002.
- CERTEAU, Michel. *A invenção do cotidiano I: artes de fazer*. 2. ed. Petrópolis: Vozes, 1996.
- CORRÊA Roberto Lobato. Entrevista com o Prof. Dr. Roberto Lobato Corrêa. *Revista Discente Expressões Geográficas*, n. 1, p. 1-14. jun. 2005.
- DUNCAN, James Stuart. A paisagem como sistema de criação de signos. In: CORRÊA, Roberto Lobato; ROSENDAHL, Zeny. (Orgs.). *Paisagens, textos e identidade*. Rio de Janeiro: UERJ, 2004. p. 91-132.
- ELIAS, Norbert. *O processo civilizador*. Volume I: Uma história dos costumes. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1994a.
- _____. *A sociedade dos indivíduos*. Rio de Janeiro: Zahar, 1994b.
- FALEIROS, Eva T. Silveira; CAMPOS, Josete de O. (Orgs.). *Repensando os conceitos de violência, abuso e exploração sexual de crianças e adolescentes*. Brasília: CECRIA/MJ – SDH – DCA/FBB / UNICEF. 2000.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. 17. ed. Rio de Janeiro: Graal, 2006.
- GOMES, Romeu. Prostituição infantil: uma questão de saúde pública. *Cadernos de Saúde Pública*, v. 10, n. 1, p. 58-66. 1994.
- _____. *O corpo na rua e o corpo da rua: a prostituição infantil feminina em questão*. São Paulo: Unimarco, 1996.
- GOMES, Romeu; MINAYO, Maria. C. de Souza; FONTOURA, Helena. A. da. A prostituição infantil sob a ótica da sociedade e da saúde. *Revista de Saúde Pública*, v. 33, n. 2, p. 2-9. abril 1999.
- HARVEY, David. *Espaços de esperança*. São Paulo: Edições Loyola, 2004.
- HAZEU, M; FONSECA, S. Exploração e violência sexual contra crianças e adolescentes no Pará. In: CÉSAR, M. A; LEAL, M. de F. P. (Orgs.). *Indicadores de violência intrafamiliar e exploração sexual comercial de crianças e adolescentes (Relatório de Oficina)*. Brasília: CECRIA, 1998.p. 33-42.
- LEAL, M. L. P. (Org.) *A exploração comercial de meninos, meninas e adolescentes na América Latina e Caribe*. (Relatório Final Brasil). 2. ed. Brasília: CECRIA, MJ, UNICEF, CESE, 1999.
- McDOWELL, Linda. *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- NABOZNY, Almir. Constrangimentos espaciais: a concepção legal de infância e as táticas desconstrucionistas desenvolvidas pelas profissionais do sexo. *Revista Terr@ Plural*, Ponta Grossa, UEPG , v. 1, n. 1, p. 103-113, jan./jul. 2007.

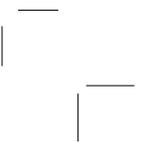
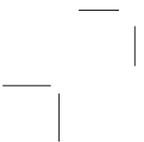
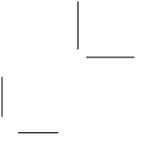
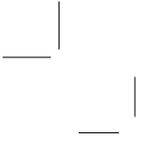
ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.

SANTOS, Carlos. N. F. dos. *A cidade como um jogo de cartas*. Niterói: EDUFF; São Paulo: Projeto Editores, 1988.

SANTOS, Carlos N. F dos; VOGEL, Arno. *Quando a rua vira casa: a apropriação de espaços de uso coletivo em um centro de bairro*. 3. ed. rev. e atual.. São Paulo: Projeto Editores, 1985.

SELLTIZ, W. E. C.; JAHODA, Merie; DEUTSCH, Morton; COOK, Stuart. *Métodos de pesquisas nas relações sociais*. 2. ed. Brasileira (Baseada na 4. ed. Americana). São Paulo: EPU, 1987. 3 volumes.

SILVA, Joseli Maria. Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino. *Espaço e Cultura*, n. 22. p. 97-109, 2007.



Espacialidades travestis e a instituição do território paradoxal

Marcio Jose Ornat



O objetivo central deste ensaio é compreender a instituição do território paradoxal a partir das vivências espaciais do grupo de travestis que desenvolvem atividades comerciais sexuais na cidade de Ponta Grossa, PR. A elaboração da pesquisa se deu no âmbito do Grupo de Estudos Territoriais, cujas atividades científicas estavam voltadas para compreender, de um lado, a correlação entre o território da prostituição e o ser travesti, e, por outro, os espaços interditados a essas pessoas. A discussão em torno destes dois eixos de pesquisa levou à concepção de que o território era também constituído dos espaços interditados. Nesse sentido, foi necessário resgatar as distintas espacialidades vividas pelos sujeitos¹ componentes do grupo de travestis, para compreender a formação de seus territórios.

O conceito de território é usual na geografia, desde sua institucionalização como ciência acadêmica, sendo caracterizado por uma polissemia

¹ Realizamos onze entrevistas semiestruturadas com o grupo das travestis, entre o período de março de 2006 e fevereiro de 2007.

de perspectivas, como aponta Haersbaert (2004). Dentre as múltiplas possibilidades de utilização do conceito, Souza (2000) afirma que a forma de percepção do território na geografia privilegiou a ideia de espaço apropriado pelo Estado-Nação, cujo agente cria, em uma área controlada, raízes e identidades. O espaço controlado pelo Estado-Nação constitui um território, cujas fronteiras possuem certa fixidez, embora possam ser transformadas mediante disputas entre Estados. O autor argumenta que tal identificação empobrece a compreensão do conceito, já que a área espacial de controle estatal seria território durante todo o tempo, inviabilizando outras formas de manifestação territorial.

A articulação de área apropriada por agentes políticos que envolve o domínio de recursos econômicos é antiga, sendo base de análise de Friedrich Ratzel, já em 1882, em sua obra *Anthropogeographie*,² implicando uma noção de expansão espacial política para a manutenção de recursos econômicos de determinado grupo social, apoiada no aparato político-estatal. A perspectiva de controle de área também foi desenvolvida por Gottmann (1973), em *The significance of territory*, trazendo a importância do domínio de área como fonte de sobrevivência e acumulação de capital, fundado no poder do Estado-Nação.

A primeira obra que foge dos determinismos discursivos que relacionam território ao Estado-Nação é *Por uma geografia do poder*, de Raffestin (1993).³ O autor traz uma perspectiva política do território, mediante a associação entre espaço e poder. Para Raffestin (1993, p. 60), o território constitui-se como “espaço político por excelência, o campo da ação dos trunfos”, e nesse sentido, diferencia espaço e território. Para ele, estes dois termos – espaço e território – não são equivalentes; o segundo é posterior ao primeiro, sendo formado a partir dele. Ou seja, o território é espaço apropriado, territorializado e marcado por relações de poder.

Com o intuito de enriquecer as possibilidades de uso do conceito de território, Souza (2000) salienta o fato de que o espaço é de fundamental importância na manutenção, na conquista e no exercício do poder social. Sua perspectiva avança para além do poder estatal, incluindo a possibilidade de análise do poder por meio da ação de diversos grupos sociais. Essa linha de argumentação do autor implica compreender que a manifestação do poder necessita de uma espacialidade conformada pelos agentes que mandam ou influenciam, e, nesse sentido, da forma como eles desempenham e mantêm seu poder.

2 Parte desta reflexão foi traduzida para o português por Moraes (1990), referência que utilizamos neste texto.

3 Publicado originalmente como: Claude Raffestin. *Pour une géographie du pouvoir*. Paris, 1980.

O autor agrega também a perspectiva de variabilidade espacial e temporal na constituição do território. Essa perspectiva potencializa a análise da realidade espacial mediante o conceito de território, evidenciando seu caráter transitório, fluido e em permanente movimento. Souza (2000) argumenta que o território pode ser construído e desconstruído nas mais variadas escalas espaciais e temporais, podendo, ainda, ser permanente ou cíclico. Enfim, o autor enriquece o conceito de território, definindo-o como:

[...] um campo de força, uma teia ou rede de relações sociais que, a par de sua complexidade interna, define, ao mesmo tempo, um limite, uma alteridade: a diferença entre “nós” (o grupo, os membros de uma coletividade ou “comunidade”, os insiders) e os “outros” (os de fora, os estranhos, os outsiders). [...] Territórios, que são no fundo antes relações sociais projetadas no espaço que espaços concretos [...] (SOUZA, 2000, p. 86-87).

A proposição de Souza (2000) foi adotada como modelo conceitual de território para guiar a análise da prostituição travesti em Ponta Grossa, PR. Durante o trabalho de campo junto ao grupo focal, um dos pressupostos da definição do referido autor foi tensionado, relacionado à organização binária entre os grupos considerados “de dentro” (*insiders*) e “de fora” (*outsiders*) do território.

É o tensionamento entre a teoria e a análise do referencial empírico que este artigo discute. Na primeira parte, será tratada a vivência espacial cotidiana das travestis,⁴ cujos elementos são de fundamental importância na instituição de seus territórios na atividade de prostituição. A segunda parte evidenciará a tensão das posições binárias (SOUZA, 2000) e os limites dessa perspectiva teórica para a compreensão do território da prostituição travesti, trazendo para esta análise a proposição de Rose (1993), pensada a partir de um território paradoxal.

Espacialidades travestis no cotidiano da cidade

A vida cotidiana do grupo de travestis, que retira seu sustento da atividade da prostituição em Ponta Grossa, PR, tem uma dimensão es-

4 Embora o termo “travesti” diga respeito a um sujeito masculino, conforme os dicionários de língua portuguesa, neste ensaio será adotada a expressão no feminino, para respeitar a autoidentificação de gênero do grupo pesquisado.

pacial muito clara, que é também muito importante para ele. Essa vivência espacial pode ser concebida e experienciada, como assinala Corrêa (2000), de forma contínua e/ou descontínua, com rupturas brutais ou bloqueios espaço-temporais. Assim, como afirma McDowell (1999), o espaço é uma dimensão social fundamental para a reprodução social, não um mero receptáculo ou substrato para as ações sociais, mas componente tanto das ações quanto da identidade dos grupos sociais.

A forma como compreendemos o espaço e o tempo resulta em um conjunto de práticas materiais e simbólicas, um conjunto que é tão variado quanto a plêiade de experiências individuais e coletivas. Harvey (2002), ao discorrer sobre “Os espaços e tempos individuais na vida social”, a partir de uma reflexão de Bachelard (1964), argumenta que o espaço que foi apropriado pela memória e pela imaginação não se coloca como indiferente.

A reflexão que Harvey (2002) realiza é muito rica e vai além da temporalidade do discurso dos grupos sociais e da localização dos elementos de fala em relação aos períodos da vida. Para o autor, os grupos se conhecem, ou melhor, pensam que se conhecem no tempo, tempo específico de cada travesti. Contudo, a socialização de experiências espaciais que cada uma das travestis vive se desenvolve no território da prostituição travesti.

Essa discussão sobre o estabelecimento discursivo dos traços culturais passa pela utilização da memória, que afirma a delimitação social do grupo de pertença em relação ao *outro*. Isso ocorre a partir das espacialidades indicadas enquanto componentes da vivência travesti e dos elementos identitários relacionados ao grupo das travestis, ou dos elementos de memória convertidos em elementos identitários. Portanto, o espaço é componente dos discursos, assim como o discurso é por ele composto.

Em seu ensaio “Geografia cultural do milênio”, Cosgrove (1999) afirma que nos estudos culturais ocorre uma substituição da história pelo passado e pela memória, fazendo com que haja uma conexão do passado com o presente e o futuro. Portanto, a memória constitui uma temporalidade na qual o espaço aparece como fenômeno vivo e significativo. Em sua reflexão, a memória é tanto individual como social, pois “as relações sociais de memória [são] a memória das relações sociais, e são poderosamente importantes na constituição da identidade e do lugar” (COSGROVE, 1999, p. 23).

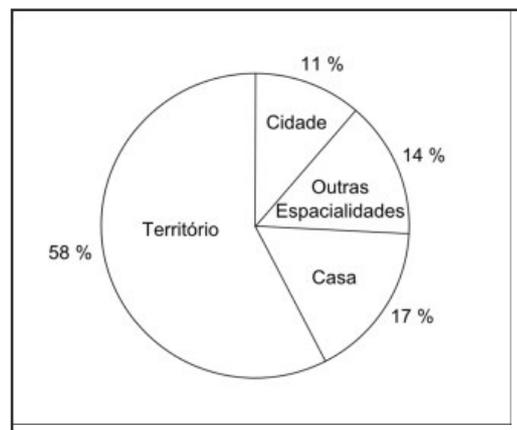
Os relatos de vida das pessoas que colaboram com a presente reflexão são memórias construídas que articulam os acontecimentos passados, interpretados à luz do presente, permanentemente negociadas intersubjetivamente na construção identitária (POLLAK, 1992), tendo

a espacialidade dessas relações fundamental importância. Os elementos comuns da memória individual são elementos da identidade travesti do grupo específico, devido ao fato do cruzamento de experiências passadas, que são socializadas por meio do território.

Após a análise de todas as entrevistas realizadas com o grupo das travestis, que retiram seu sustento da atividade da prostituição, detectamos um conjunto de 906 evocações referentes às relações estabelecidas na família, relações de conjugalidade e relações entre as travestis desse grupo com moradores e policiais. Contudo, como visto por Cosgrove (1999), a memória que se reporta aos acontecimentos passados constitui uma temporalidade pretérita, na qual o espaço é um fenômeno significativo e vivo.

Do total de evocações obtidas nas entrevistas realizadas, as principais espacialidades relacionadas às travestis referem-se ao território, à casa, à casa de cafetina, ao exército, a ONGs, à rua, ao trabalho e à vizinhança.

Gráfico 1 – Espacialidades do ser travesti em Ponta Grossa – PR.



As espacialidades marcantes na memória do grupo de travestis são a casa, o espaço urbano e o território da prostituição travesti. Os fragmentos de trajetórias de vida que trazemos aqui nasceram de uma convivência de aproximadamente dois anos. Essa convivência, que permanece até hoje, foi resultado de uma parceria entre o Grupo de Estudos Territoriais (GETE) – UEPG e a Organização Não-Governamental Renascer / Ponta Grossa, PR.

Esta relação com o grupo das travestis culminou com a realização de onze entrevistas semiestruturadas, para compreender as relações que se estabelecem entre a transformação do corpo na relação com o outro, a prática sexual realizada por este grupo, tanto pessoal como comercial, e as relações entre corpo e território e corpo e poder.

Todo o processo de conhecimento dos grupos sociais está relacionado a uma sequência de fixações em espaços da estabilidade do sujeito. Desta forma, quanto mais fixas nos espaços, mais sólidas são as lembranças e memórias. Nossa proposta não é hierarquizar as formas de espacialidade do ser travesti, mas demonstrar a importância de cada espacialidade e de suas relações inerentes na constituição do sujeito travesti, do território instituído e instituinte da travesti na cidade de Ponta Grossa, PR, a partir da elaboração de um território paradoxal. Desta forma, a casa aparece como o início do processo, um local de pensamentos, lembranças e sonhos, pois é por meio desta espacialidade “que aprendemos a sonhar e a imaginar” (HARVEY, 2002, p. 200). Como visto na fala de Bachelard:

O espaço contém tempo comprimido. É para isto que serve o espaço. E o espaço fundamental para a memória é a casa, uma das maiores forças de integração de pensamentos, lembranças e sonhos da humanidade. [Na casa] ser já é um valor. A vida começa bem, e começa encerrada, protegida, aquecida no seio da casa [...] É esse o ambiente em que vivem os seus protetores [...] Nesta região remota, a memória e a imaginação se mantêm associadas, cada qual trabalhando para o seu mútuo aprofundamento [...] Por meio dos sonhos, as várias habitações da nossa vida se co-penetraram e retêm os tesouros de dias passados. E, depois de estarmos na nova casa, quando as memórias de outros lugares em que vivemos retornam a nós, viajamos à terra da infância imóvel, imóvel como são todas as coisas imemoriais. (BACHELARD, 1964, *apud* HARVEY, 2002, p. 200).

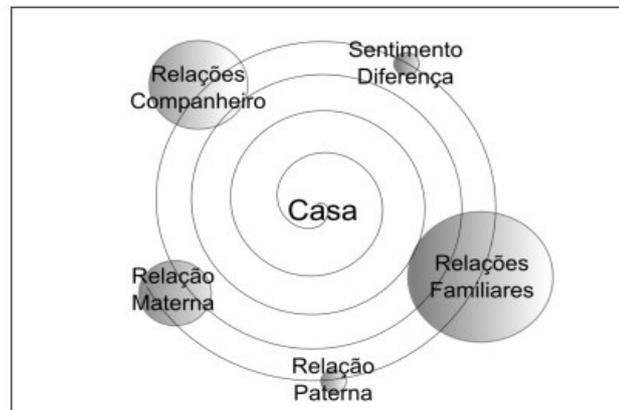
E se é verdade que o tempo sempre é memorizado não como um fluxo, mas como lembranças de lugares e espaços vividos, a história deve ceder lugar à poesia, o tempo ao espaço, como material fundamental da expressão social. Assim, a imagem espacial (construída na memória) afirma um importante poder sobre a história. (HARVEY, 2002, p. 200).

Contudo, diferentemente das reflexões feitas por Bachelard e por Harvey, a espacialidade da casa é o oposto do proposto pelos autores. A vida da travesti, a partir da espacialidade da casa notadamente começa mal, ficando a travesti desprotegida. Assim, essa espacialidade que compõe a memória da travesti é embebida em uma tristeza que é

levada a outras espacialidades, pois todas as formas de espacialidade se copenetraram.

Inicialmente, a espacialidade da casa, na vida do grupo das travestis envolvidas com a atividade da prostituição em Ponta Grossa, PR, foi relacionada aos três períodos de sua vida, referentes à infância, à adolescência e à fase adulta. A configuração da espacialidade da casa é vista no Esquema 1, abaixo.

Esquema 1 – Espacialidade Casa, em que o tamanho das esferas expressa a intensidade das evocações.



Do total de evocações referentes a Casa, 50% têm relação com a infância e adolescência, enquanto os outros 50% dizem respeito à fase adulta. Desta forma, a casa, enquanto elemento fundante da vida da travesti, compõe as relações materna, paterna, marital e familiar, e ela é ainda rememorada nos primeiros sentimentos de diferença em relação ao *outro*.

Diversas situações foram encontradas nas falas das entrevistadas, situações estas que indicavam a relação Casa / Relação Companheiro. Essas evocações se relacionaram a quatro pontos: o antagonismo das relações que se estabelecem na casa para as relações que são contratadas no território e realizadas no motel com o cliente; a reprodução dos papéis de gênero; a demanda de escolha entre prostituição ou relação amorosa; e a necessidade da fidelidade entre o casal.

A distinção aponta que a relação estabelecida com o cliente e a relação com o/a companheiro/a têm por elemento de diferenciação a afetividade e a intimidade, tendo como necessidade a existência da fidelidade entre o casal, fidelidade esta relacionada à não-transgressão

de algumas normas estabelecidas, como, por exemplo, a proibição de realizar programas em casa, beijar o cliente na boca e a existência ou não do prazer da travesti na relação entre o paradoxo sexual travesti-companheiro e travesti-cliente. Através da performatividade das travestis, entendida enquanto reiteração de um conjunto de normas que são anteriores aos sujeitos (BUTLER, 2003), as condutas para os corpos são convencionadas na relação entre os parceiros da conjugalidade, mas elas também são estabelecidas no grupo social de pertença.

Em sua discussão sobre “Paixão e honra: criminalidade passional em Ponta Grossa na década de 30”, Cançado (2001) aponta uma questão interessante na relação entre homens e mulheres, com a reprodução das normas de gênero. A principal norma citada pela autora que diz respeito ao casamento heterossexual é a fidelidade. Outros elementos são trazidos por Joseli Maria Silva (2007), que discute a relação afetiva entre homens e mulheres, pensando o amor como um elemento constituinte da heterossexualidade compulsória. Outros apontamentos, agora relacionados ao amor e, neste sentido, sendo elementos constituintes da heterossexualidade compulsória, são encontrados na análise de Joseli M. Silva (2007) relacionada ao “Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino”.

As mulheres que participaram de sua pesquisa apontaram que certos períodos de suas vidas estavam centrados no amor-paixão, um amor que é construído culturalmente. Com base em Rougemont (2003), Silva (2007) demonstra a vinculação do amor-paixão na sociedade ocidental, afirmando que a relação conjugal tem como foco central o amor-paixão alocado na mulher e, no caso deste estudo, na travesti.

Da mesma forma, Pelúcio assinala que nas relações amorosas das travestis não existe uma cadência formada pelos “roteiros comuns da classe média heterossexual”. Todavia, “informadas pelos códigos conjugais heteronormativos, almejam uma vida conjugal nos moldes instituídos: casa, marido, *homem de verdade*, tranquilidade financeira e *trabalho normal*”⁵ (PELÚCIO, 2005, p. 236, grifo nosso). Portanto, é mediante a performatividade que essas regras e normas são reiteradas, materializando-se em uma relação conjugal de indivíduos em conflito com a ordem vigente de gênero heterossexual, como visto nas três falas paradigmáticas que se seguem.

5 Entende-se este como uma vida fora da prostituição.

O maior diferencial disso tudo é fazer com amor, e fazer por dinheiro. Lá na esquina, no meu profissional, eu vou para a cama com o cara, e obviamente que eu não vou por prazer. Vou apenas pelo nosso trato ali. [...] faz quatro anos que eu sou casada, hoje em dia na esquina, o que conta para mim é o dinheiro. Eu dou prazer, mas não tenho prazer. [...] Com meu companheiro, faço com amor, com carinho. Espero aquilo, sinto desejo daquilo, já fico pensando como vai ser a próxima, que horas, quando. Já na esquina não. Se o cliente vai voltar ou não, não importa. Se o dinheiro dele vai voltar, aí importa. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Nike,⁶ em 1^o de fevereiro de 2007).

A diferença básica é que tem sentimento. É porque com o meu marido eu não faço sexo, eu faço amor. Esta é a diferença. E na rua eu faço sexo, sexo por sexo. Uma coisa mecânica, bem comercial mesmo. Sou estritamente profissional assim. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Hera, em 28 de março de 2007).

Tem muita diferença. Primeiro, quando eu vou fazer um programa, eu não beijo. Eu já falo pro homem que eu não beijo. Em segundo lugar, eu não transo sem camisinha. Que isto também é igual com a minha esposa, eu só transo com camisinha. E eu não gosto de ficar me agarrando. Meu programa no máximo é de 20 minutos. Que eu não faço amor, eu faço dinheiro. Amor eu faço com a minha mulher. Não tem envolvimento. Tanto que eu não pergunto nem o nome dos clientes. [...] Com a companheira é diferente. A gente faz por amor. A gente faz porque gosta da pessoa. [...] Com a companheira é bem diferente, tem envolvimento, é amoroso. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Têmis, em 7 de março de 2007).

Outros elementos constituidores da relação Casa / Relação Companheiro apontaram para a categorização dos papéis que cada um dos parceiros deve desempenhar em uma vida a dois. Assim, as evocações demonstraram uma busca no sentido de que no relacionamento o comportamento de ambos deve corresponder ao padrão encontrado entre um homem e uma mulher, um comportamento homossexual que busca corresponder a padrões heterossexuais, alinhando-se, paradoxalmente, à heteronormatividade.

6 Com o objetivo de proteger estas fontes, optamos por utilizar nomes femininos da mitologia grega. Os nomes utilizados foram: Hera, rainha do paraíso e guardiã do casamento; Atena, deusa da sabedoria e da guerra; Artemis, deusa da caça e dos animais selvagens; Afrodite, deusa do amor; Héstiã, deusa do coração e da chama sagrada; Deméter, deusa da agricultura; Eirene, personificação da paz para os gregos; Eos, deusa que anunciava a chegada do sol; Nike, deusa grega da vitória; Pandora, doadora de todos os talentos divinos ou de todos os males da humanidade; e Têmis, deusa da justiça.

Desta forma, as evocações revelam que o papel do companheiro no relacionamento deve ser o de provedor da casa; que na relação sexual a travesti deve ser passiva e o companheiro, ativo; que a travesti deve ser responsável pelos afazeres da casa e do cuidado com o companheiro; que é necessário escolher entre a vida da prostituição e a vida com o companheiro, como pré-requisito para a manutenção saudável do relacionamento.

Como assinalam Ornat e Silva (2007), em sua discussão de “Deslocamento cotidiano e gênero: acessibilidade diferencial de homens e mulheres ao espaço urbano de Ponta Grossa – PR”, cada grupo socioespacial constrói culturalmente os papéis sociais a serem desenvolvidos por homens e mulheres, papéis estes relacionados hegemonicamente ao homem como provedor da família, tendo a mulher a função de manter a família e a organização da casa. Como visto, os papéis orientados a homens e mulheres nos relacionamentos contidos na sociedade heteronormativa são performativamente buscados nos relacionamentos das travestis. Assim, na mesma busca, quando a travesti tem um relacionamento com uma mulher, ela deve ocupar o papel atribuído ao homem na relação:

Como casada, com o companheiro, você vai conviver com ele, você vai cuidar dele como uma mulher mesmo, você vai ser passiva. Porque a maioria das travestis que tem uma relação, elas saem da vida (da prostituição). Pra poder sobreviver uma relação você tem que estar fora da prostituição. Não pode misturar. Ou você fica com o parceiro mesmo, ou você fica na prostituição. Porque o parceiro vai ter ciúme de você, ou você fica com a cabeça no parceiro. Então é difícil. [...] Você veja bem, se eu vou viver com um rapaz, eu vou me dedicar a ser perfeita pra ele. Vou cuidar da casa, do bem estar dele. Então eu vou ser sempre prestativa, como uma mulher é pro marido, ou pros filhos talvez. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Héstia, em 15 de março de 2007).

A travesti deve ser como uma dona de casa. Se ela for casar por exemplo, se ela tiver namorando, levar uma vida normal. Ela tem a vida dela e ele a vida dele, mais a responsabilidade. [...] No casamento eu vejo assim como uma dona de casa, se ela não tem o seu trabalho, sua responsabilidade é cozinhar, passar, lavar, ficar dentro de casa. E do companheiro é trabalhar, os dois acho. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Eos, em 24 de fevereiro e 7 de março de 2007).

Se a travesti é casada com uma mulher, que é minoria, mas tem, como o exemplo da Têmis, ela tem que fazer como ela faz, ela tem que se virar, tem que ser o homem da relação. Ela tem que ir para a rua, conseguir dinheiro, tem que sustentar a esposa, como o homem sustenta a esposa. Agora a travesti que é casada com homem, acho

que o homem tem que sustentar a travesti. E se a travesti quiser ir para a rua, para gastar dinheiro nas futilidades, ela vai, se não quiser, não. Se eu fosse casada eu seria assim. Seu eu fosse casada, o meu marido bancaria tudo. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Afrodite, em 20 de março de 2007).

As evocações da relação Casa / Relação Materna / Relação Paterna revelam muita contradição e conflito, relacionados com aceitação e rejeição. De forma preponderante, a relação paterna na casa tem a marca da rejeição, estruturada na cobrança da masculinidade, na indiferença, na violência física e sexual, como na expressão máxima da rejeição, que é a expulsão de casa, pois, como afirma Welzer-Lang (2001), a disseminação das normas de gênero processa-se por meio do grupo social, podendo ser a comunidade, se esta for estruturada sob fortes laços sociais, construídos com o tempo de vivência, e também a família, pela educação que é dada às crianças e com a convivência com seus pares. Nesse particular, a fala da travesti Eirene a respeito de sua expulsão de casa é marcante. Ela lembra com muita tristeza esse dia, em que seu pai chegou embriagado em casa, tarde da noite:

Ele chegou bêbado em casa, e falou para mim assim, que se eu era travesti, que se eu era bicha, ele não aceitava viado na família. E daí ele falou que se eu gostava disso, então tá a minha rola para você chupar. Daí eu falei: não pai, eu não quero. Então vou levar você pra ganhar dinheiro com os meus amigos. Daí eu falei: não pai, imagina. Eu tinha onze para doze anos. [...]

(O pai) pegou uma mochilinha que eu tinha da escola, pequenininha assim. Colocou uma calça jeans, uma camiseta, uma jaqueta daquela jeans também e falou para mim: pode ir embora. Daí eu falei que ia levar mais roupa. Ele falou que eu não ia levar roupa nenhuma, quer roupa compre. Isso aconteceu de madrugada. Pode ir embora. Daí eu comecei a sair de casa chorando, eu tinha onze anos. Daí eu comecei a olhar para traz. Daí ele falou assim: não olhe para traz que eu te arrevento na porrada. Daí eu liguei para os meus parentes em Maringá - PR, que a minha família toda mora em Maringá - PR. [...] Daí eu liguei para as minhas tias, pros meus primos, para todo mundo lá. Não aceito o (nome masculino) porque ele é homossexual, é viado. Não vamos aceitar ele porque ele vai tomar jeito na vida e vai vira homem. E daí fiquei largada na rua [...]. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Eirene, em 3 de março de 2007).

No tocante à relação materna, a situação é marcada por uma mescla de aceitação e rejeição. Os apontamentos positivos estavam relacionados à possibilidade de assumir a sexualidade, ao respeito, à referência de bondade e generosidade. As evocações com caráter negativo

tratavam da cobrança da masculinidade, a não-aceitação, a rejeição e a violência. Esses paradoxos estão presentes nas seguintes falas:

[...] a minha mãe sempre me repudiou. Sempre fez questão de falar que eu era homem, e que ela queria um filho homem, que ela tinha posto um filho homem no mundo, e era o que ela queria. [...] Cada vez que eu vou fazer uma visita pra minha mãe, parece que eu fui fazer uma visita ao médico. A gente conversa coisas superficiais, nada a ver, ninguém fala de ninguém. [...] sempre tive uma relação assim com a minha mãe. Hoje em dia que eu vivo há seis anos fora da casa da minha mãe, a minha relação é bem melhor do que era antes, de que quando eu convivia com ela, eu apanhava todo dia, nós brigávamos todo dia, porque ela sempre me rejeitou, a rejeição pelo que eu sei até então, a rejeição que ela tem comigo vem desde o ventre. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Nike, em 1^o de fevereiro de 2007).

Eu tenho a minha mãe como referência de pessoa. Tipo assim, eu tento ser igual a ela, eu não consigo, mas eu tento. Ser uma pessoa boa e generosa, ter um bom coração, desejar o bem para os outros, acreditar em Deus, mas é difícil, ainda mais sendo uma travesti. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Afrodite, em 20 de março de 2007).

Para o grupo das travestis que contaram suas histórias de vida, a infância é o momento em que cada travesti percebe que é diferente das outras crianças, devido ao fato de que suas brincadeiras não correspondem às brincadeiras de meninos, conflito vivido que compõe a memória da casa. Todas as evocações relacionadas a Casa / Sentimento Diferença apontam a infância como o principal momento de descoberta dessa diferença, período compreendido pelo grupo entre oito e doze anos de idade.

Na infância, dos seis, sete anos de idade, que eu tenho lembrança dos meus cinco anos em diante, dos seis, sete anos de idade em diante e já sabia que era diferente. Sabia que eu gostava de homem, que eu sentia atração, porque quem é assim já sabe [...]. já ficava imaginando o melhor amigo, sempre o melhor amigo, acho que já fazia questão de ficar mais próximo por isso. Mas em relação ao meu corpo, com doze anos eu fui ver que eu era diferente, que o meu corpo era diferente. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Nike, em 1^o de fevereiro de 2007).

Eu não sabia que eu era homossexual. Eu era delicada. Desde criança, toda a vida eu fui delicada. Isso desde os sete anos. Eu

estudei no Seminário São José. É onde é agora aquele colégio de freira, o Sagrada Família. A minha família me colocou ali já pela tendência que eu tinha, desde o primeiro ano do primário. Porque eu já não gostava de ficar no meio da piazada, jogar bola e brincar de carrinho e estas coisas, isso não era a minha área. A minha parte era ficar no meio das meninas, brincar com coisas de meninas. Então eu fui crescendo assim, e a minha família foi deixando. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Héstia, em 15 de março de 2007).

Uma das formas de a criança se relacionar com o mundo e construir sua autoimagem para/perante este, estruturando individualmente seu papel futuro, é pela brincadeira, por meio do jogo, como explica Chateau (1987). O autor trata a brincadeira como uma ação que é direcionada ao sujeito em prejuízo do objeto, pois o jogo não é uma atividade em si, mas é o processo por meio do qual o indivíduo se identifica com a atividade.

A criança despeja sua força de existência enquanto brinca, sendo tragada pela ação. Nesse sentido, o jogo é uma antecipação do mundo adulto, onde “[...] Brincar de mãe e filha é exercitar-se no plano imaginário para a realização concreta futura” (CHATEAU, 1987, p. 22). Da mesma forma, os pequenos jovens, sofrendo em brincadeiras de tortura, o fazem sem se queixar, após o que serão considerados, pelo grupo, homens. O jogo violento é a prova de valentia e afirmação da masculinidade em detrimento da feminilidade.

[...] essa aprendizagem se faz pelo sofrimento. Sofrimentos psíquicos de não jogar tão bem quanto os outros. Sofrimentos dos corpos que devem endurecer para poder jogar corretamente. Os pés, as mãos, os músculos [...] se formam, se modelam, se rigidificam por uma espécie de jogo sado-masoquista com a dor. O pequeno homem deve aprender a aceitar o sofrimento [...] para se tornar um homem. (WELZER-LANG, 2001, p. 463).

Como visto, ao sujeito culturalmente nomeado como masculino resta a reiteração de normas de gênero que são anteriores a ele, muitas vezes vividas através da tortura, ou a sua exclusão. Para Welzer-Lang (2001), no Ocidente, quando a criança deixa de certa forma o mundo das mulheres, distanciando-se da mãe, e começa a frequentar outros espaços masculinos, ela atravessa uma fase em que há fortes constrangimentos para viver momentos de homossexualidade.

Alguns homens com maior idade aproveitam-se da sua centralidade nas relações de poder, transformando uma sociabilidade masculina em abuso. Muitas vezes, é desta forma que crianças são inicia-

das sexualmente. A criança, nas palavras do autor, é “obrigada – sob obrigação ou ameaça – de acariciar [...] de chupar ou de ser penetrado de maneira anal por um sexo ou um objeto qualquer. Masturbar o outro. Deixar-se acariciar” (WELZER-LANG, 2001, p. 462-4).

Desde os meus sete anos, desde quando eu estudava no seminário, que era de padre, eu já tinha relações. Porque os próprios padres que estudavam no colégio, que davam curso, que eram interno, já tinha relações. Então já era experiência que você nem sabia o que tava fazendo. Mas a minha primeira relação homossexual, eu tinha nove anos, e o rapaz era vizinho da minha mãe [...]. O homem que saiu comigo era caminhoneiro. Ele era casado. Foi a minha primeira relação, pra mim homossexual mesmo, porque ele era adulto. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Héstia, em 15 de março de 2007).

É a casa que compõe o primeiro circuito de relações sociais. É nela que o sujeito se distingue enquanto indivíduo em relação ao *outro*, seja a partir das brincadeiras, seja mediante práticas que não correspondem à norma de gênero. Todavia, os corpos que são ininteligíveis buscam a inteligibilidade. Assim, este processo de identificação relaciona-se à heteronormatividade, pois é no grupo social da família que se busca impor aos corpos sexuados a linearidade entre sexo, gênero e desejo. É a partir de um cotidiano com essas características, estruturado por uma vida de conflitos entre cobranças de masculinidades e comportamentos e desejos difusos, que as travestis tornam seus corpos inteligíveis.

Este não é o único espaço em que esse fenômeno e esse conflito ocorrem, porque ao lado da casa temos a escola, o espaço público das brincadeiras e a vizinhança. Como visto, nas evocações que dizem respeito a Casa / Relações Familiares predominam aspectos negativos. As relações neste âmbito são marcadas pelo conflito, por causa da diferença de comportamento das travestis em relação aos demais integrantes deste grupo.

Depois que a minha mãe morreu, que eu fui para esta casa da minha irmã em Caxias do Sul, nunca mais eu tive contato, a minha família descobriu que eu era homossexual. Aí preconceituoso, de Caxias do Sul, italianos, aquela coisa assim, sabe, eles pegaram e viraram as costas. Vai fazer 24 anos que eu não vejo ninguém da minha família. [...] O meu relacionamento com a minha família, antes da transformação era bom. Os meus irmãos era aquela coisa, de irmão mais velho, uns pegavam assim falavam: você não seja gay, não seja barrão. Mas eu não sou, e eu chorava. Mas dentro de

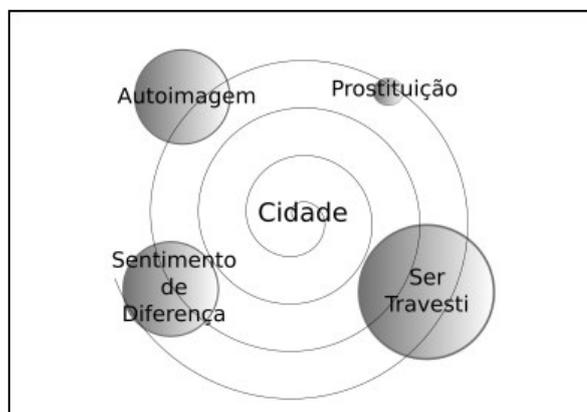
mim eu sabia que eu era. Mas fora isto, meus irmãos sempre me trataram de forma igual. Daí depois que eu me transformei, eles mostraram que eles eram preconceituosos, que eles não queriam um irmão travesti, um homossexual ou um gay dentro da família. Aí quando foi na hora que eu mais precisei deles, que foi na época que eu tava na rua, que eu não tinha mais pra onde ir, não tinha nem onde morar, telefonei pros meus irmãos de Porto Alegre, eles não quiseram me dar apoio. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Têmis, em 7 de março de 2007).

A família não aceitou durante este tempo. Eles foram aceitar quando eles viram que eu tinha progredido. Eu os abandonei também, eu não tive mais contato com eles desde quando eu saí de casa. [...] Voltei com o dinheiro. [...] E eles falaram que era para eu ir do jeito que eu estivesse, e desde então eles passaram a aceitar, a me respeitar e respeitar o meu espaço. Não sei se é por questão financeira! (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Atena, em 4 de abril de 2007).

Os elementos que estruturam as relações familiares são o preconceito, a violência e a cobrança da masculinidade. A rejeição da travesti pelos familiares e a expulsão de casa são, ao mesmo tempo, a expressão mais forte da exclusão familiar.

Existem alguns apontamentos positivos, relacionados à aceitação da feminilidade por parte dos familiares, com apoio, carinho e respeito, com o espaço da casa constituindo um lugar de aceitação, mas estes são exceções. Em alguns casos, a aceitação se deve ao auxílio financeiro prestado pela travesti à família. Como aponta Pelúcio (2005), é por meio dessa ajuda que as travestis têm uma forma de resgate de carinho e obtêm a aceitação dos familiares.

A rejeição máxima, que culmina com a expulsão da casa, coloca a travesti em uma nova etapa da vida, período atravessado por uma espacialidade distinta, relacionada à cidade. Essa espacialidade, enquanto elemento constituinte da adolescência e da vida adulta da travesti, esta relacionada com as categorias de Autoimagem, Prostituição, Sentimento de Diferença e Ser Travesti, como se observa no Esquema 2.

Esquema 2 – Espacialidade Cidade.

Nas falas das travestis relativas às relações que dizem respeito à espacialidade da cidade, predominam referências à fase adulta, com 82% das evocações; depois vem a fase da adolescência, com 17%, seguida pela fase da infância, com 1%. As travestis que demonstraram a relação Cidade / Ser Travesti apontaram, em um primeiro momento, para elementos que tratam do que é o ser travesti na cidade, e em um segundo, a relação desse ser travesti com a cidade.

As falas das pessoas entrevistadas compreendem a denominação travesti como sinônimo de batalha e coragem. Na vida das travestis, vários elementos são tidos como centrais, como a busca constante pelo corpo feminino, a aceitação da identidade de gênero e a ideia de um indivíduo que combina a força masculina com a fragilidade feminina. Outro ponto é a demonstração constante de uma explicação para o ser travesti, a busca de uma inteligibilidade ao sujeito, e essas evocações apontam para duas direções: a explicação do ser travesti através de questões médicas e biológicas, sempre relacionadas ao fato de as travestis terem maior quantidade de hormônios femininos que masculinos no corpo; e a divinização do ser travesti, estando sua condição relacionada a questões divinas, um ser como um anjo, sem sexo definido, ou, mais próximo da doutrina espírita, como um corpo masculino com uma alma feminina.

Em meio a uma cidade que é produzida por jogos de intertextualidade, como propõe Duncan (1990), existe uma cidade produzida na experiência travesti, experiência esta denominada por J. M. Silva *et al.* (2007) “produção do espaço interdito”, pois, como analisado pela autora, o espaço é produzido tanto pelo visível, concretizado na pai-

sagem, como por seu complemento contraditório, invisível. A cidade compoendo as histórias de vida das travestis aqui retratadas espelha o sofrimento de exclusão espacial por elas vivido. Assim, é a partir desse panorama de rejeição que se normaliza a circulação das travestis na cidade, notadamente à noite, espacialidade esta relacionada à prostituição travesti.

A cidade é multidimensional, composta por vários textos, e é por meio dessa espacialidade, como aponta Corrêa (2000), que as pessoas “produzem, circulam, consomem, lutam, [amam, odeiam],⁷ sonham, enfim, vivem e fazem a vida caminhar” (p. 44). As relações das travestis com a cidade não se fazem dissociadas desse calidoscópio contraditório e complementar, e essas pessoas revelam a sua intensa luta pela sobrevivência, em meio a todas as adversidades.

As evocações denunciam uma vida de preconceito, sendo visíveis o preconceito na igreja, no trabalho e no espaço público. E esse preconceito produz uma maior dificuldade para que este grupo consiga obter uma melhoria na vida econômica, sempre relacionada à impossibilidade de exercer outra atividade produtiva, fora da prostituição. Tais elementos produzem a necessidade da construção de um escudo, de uma redoma, para que a travesti possa suportar os percalços da vida.

A autoimagem das travestis que colaboraram com a presente reflexão é estruturada por pares contraditórios, como a admiração vinda da sociedade em relação ao corpo feminino que possuem, ao lado dos apontamentos de falta de vergonha na cara, devido à apreensão da não-correspondência da linearidade, analisada por Butler (2003), entre sexo, gênero e desejo. Outras evocações apontam para o sentimento de inveja advinda de mulheres, ao lado do sentimento de desejo vindo dos homens, da mesma forma que na aceitação e no desejo do ser travesti ao lado na necessidade de manutenção do corpo andrógino como possibilidade de um trabalho “fora da prostituição”. Uma autoimagem relacionada ao abandono, visível na cidade, existindo através da cidade.

Esta apreensão corresponde às evocações relacionadas com Cidade / Sentimento de Diferença. A apreensão feita pelas travestis na cidade é de que o seu corpo coloca-se como um corpo defeituoso, um ser defeituoso, um corpo não humano (PRINS; MEIJER, 2002); e sua vida urbana é marcada pela rejeição, pelo preconceito e pela não-aceitação, pois a heteronormatividade exige que corpos sexuados como machos tenham comportamentos correspondentes ao universo masculino.

7 Segmento acrescentado pelo autor.

Neste momento a maior importância do território para mim é por causa da discriminação da sociedade, eu não ser uma travesti que possa se impor durante o dia, por causa do meu trabalho. Não que eu não possa. Talvez eu queira evitar algumas feridas, que eu não vou saber lidar com elas. Talvez eu queira evitar isso. [...] que se a sociedade me vê como uma aberração da natureza, entendeu, e outra, nós vivemos em um capitalismo selvagem, em uma selva capitalista. Se eu começar a causar problema em meu trabalho, por causa da minha imagem, meu patrão vai se obrigar a me demitir [e] nunca vai ser discriminação. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Nike, em 1^o de fevereiro de 2007).

Então eu espero que diminua o preconceito, a sociedade pegue e enxergue a travesti como um ser humano. Acho que cada um tem o seu valor, não é verdade? Espero que tenha mais campo de trabalho, que diminua a prostituição. Que sem oportunidade de serviços, a prostituição só tende a aumentar. Tanto a contaminação de DST/HIV - AIDS. Eu acho que a sociedade tem que ser mais unida e pegar, e olhar para o ser humano, olhar para a travesti, olhar para a prostituta, como um ser humano que está ali porque precisa. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Têmis, em 7 de março de 2007).

Agora ser travesti neste mundo não é bom, preconceito, não é bom. O preconceito é muito, você sai lá fora o povo comenta. Agora todo mundo sabe que eu sou, todo mundo olha, todo mundo comenta. Aqui na vila eles olham, comentam, tem uns que eu tenho amizade, tem uns que eu não tenho, tem umas amizades falsas, tem uns que respeitam, mas tem uns que falam: pouca vergonha! Estes dias eu estava no ponto e passou um cara com a esposa dele. Daí eles ficaram me olhando e eu cumprimentei: oi, tudo bem? Daí o cara ficou olhando com cara de nojo para mim e disse: pouca vergonha isso daí. O preconceito é grande. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Eirene, em 3 de março de 2007).

Todas as formas de espacialidade são simultaneamente estancas e estreitamente conectadas, como visto no relato de Nike, uma espacialidade pautada pela interdição e pela acolhida espacial, relacionada à reiteração das normas de gênero e de sua transgressão. As falas que tratam da relação Cidade / Prostituição abordam situações como o sentimento de pertença e proteção, sentimentos distintos dos experienciados cotidianamente em outras espacialidades. Quando essas sensações eram lembradas pelas travestis, essa lembrança continha um forte componente espacial. Porém, sentimento não apenas pessoal, mas socializado por todas as integrantes do grupo das travestis, como um conjunto coerente de informações que dizem respeito ao grupo. É na relação Cidade / Prostituição que se colocam os elementos

como a acolhida e o sentimento de pertença, distinto ao vivido cotidianamente em outras espacialidades. Estas informações são trazidas por uma memória espacial, e elas são vistas pelo grupo das travestis como um conjunto coerente, que é transmitido aos demais integrantes do grupo social. Contudo, captadas e apreendidas de forma inventiva pelos sujeitos.

A memória comum do grupo das travestis constitui-se como um elemento identitário deste grupo específico. Este fato se relaciona com as posições dos sujeitos e sua apreensão da realidade, tendo em conta o fato de que o espaço é uma dimensão da existência das travestis. O território da prostituição é composto pela socialização de cada memória individual, que, a partir de uma troca intersubjetiva, possibilita a criação tanto dessa espacialidade quanto da identidade do grupo.

Superando as dualidades insider/outsider por meio da compreensão do território paradoxal

Uma proposição importantíssima para a compreensão das espacialidades cotidianas das travestis coloca-se nas afirmações de James S. Duncan (1990) em sua obra *The city as text*. O autor analisa o espaço para além das suas apresentações materiais, considerando-o como um sistema de significados, da mesma forma que um texto, recebendo e transmitindo informações. Analisando o Reino de Kandy, no Sri-Lanka, Duncan apresenta uma cidade polivocal, argumentando que é por meio desta cidade, enquanto texto, que as práticas sociais são comunicadas, negociadas e desafiadas. Nesta, três grupos fariam à leitura da cidade, a saber: o rei, a nobreza e os camponeses.

Este raciocínio de Duncan (1990) nos abre o campo de vista para uma rede de relações que são compostas e compõem o espaço, colocando as pessoas como seres ativos e criativos por meio dos processos de leitura e interpretação. Outra evidência apontada pelo autor é a dificuldade de interação interpretativa do espaço entre os grupos que não comungam dos mesmos códigos culturais.

Desta forma, isso nos abre a possibilidade de uma compreensão de como a vida espacial é gestada e organizada a partir de relações de força que a compõem. Isso culmina na conceitualização da “intertextualidade”, como proposta por Duncan (1990), relacionada à noção de que não existe apenas uma interação entre diferentes tipos de textos, mas também entre esses textos e as práticas sociais que as tornam textualizadas, instituindo e sendo instituídos pela cidade-texto.

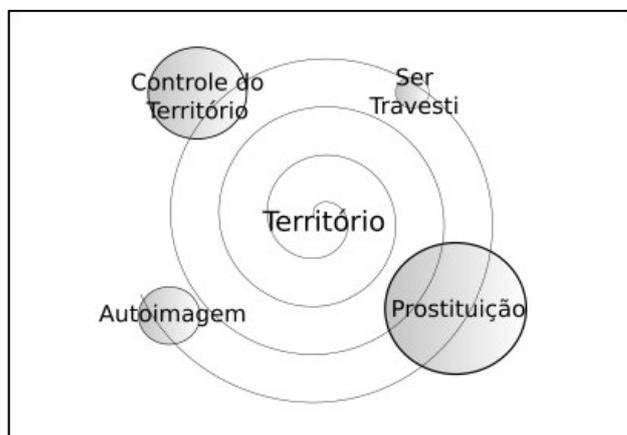
A proposta é a existência. A proposta do autor é a existência de um cruzamento entre os textos do urbano.

A cidade-texto de Duncan (1990) é definida a partir de dinâmicas relacionais e processuais entre um conjunto de sistemas de significados e práticas temporalmente mutáveis. Ao levarmos em consideração o aspecto da intertextualidade, evidenciamos tanto a construção de diferentes significados sobre um mesmo objeto como de seus contrastes e assimilações, admitindo a existência de forças que atuam na produção simbólica do espaço. A concepção da cidade como um texto, produzida por intertextualidades, é uma possibilidade de dar visibilidade a textos que não são hegemônicos e à sua correspondente dimensão espacial.

Os textos coexistem, se interceptam, se conectam, se sobrepõem ou se justapõem uns aos outros, forjando tramas escalares. Convém salientar que o texto que é composto/compõe o território da prostituição travesti é um texto à margem do poder hegemônico, mas, paradoxalmente, em relação àqueles que mantêm a hegemonia.

O território da prostituição travesti, como um dos textos que compõem a cidade, é elemento fundante da vida adulta da travesti e ele é evocado por elas a partir das categorias de Controle do Território, Prostituição, Ser Travesti e Autoimagem, como se observa no Esquema 3, a seguir.

Esquema 3 – Espacialidade Território.



Do total de evocações apreendidas nas falas das travestis, a maioria diz respeito à Prostituição, com 52%, seguida pelo Controle do Território, com 42%. As evocações que se relacionam com Autoimagem

e Ser Travesti apontam que é através do território que a feminilidade da travesti é aceita, tanto pela sociedade como pelas outras travestis.

Os elementos do universo feminino postos sobre o corpo das travestis são tidos como marcas, que motivam admiração ou repulsa. Assim, como afirma Louro (2004), é no corpo e através do corpo que a heteronormatividade ou a transgressão à heteronormatividade ocorre, de modo que os corpos são marcados simbolicamente, materialmente e socialmente.

Essas marcas são feitas pelas próprias travestis – como mediante a ingestão de hormônios, colocação de silicones, incursões cirúrgicas, depilação e utilização de roupas femininas. Essas marcas, também simbólicas, identificam nesses corpos os limites do que seria “certo ou errado”, limites de moralidade, produzindo indivíduos imorais e patológicos. Contudo, preconceito e admiração compõem o paradoxo da vivência territorial travesti, relacionada a Ser Travesti e Autoimagem, como visto nos depoimentos abaixo.

Os que saem comigo falam que eu sou bonita, só que eles podem falar isso pra mim como falam para os bagulhos [...] [deu uma gargalhada] [...] Já as travestis novatas falam que queriam ter o meu corpo. As mais antigas não falam nada. As que estão começando perguntam: como que você conseguiu este corpo? O que tem que fazer para conseguir este corpo? [...] E assim, eu nunca me inspirei em nenhuma travesti, eu me inspirava em mulheres bonitas, Carla Peres, Feiticeira, as da mídia e da televisão, porque pessoalmente eu nunca vi uma mulher bonita. Sempre as da mídia e da televisão. Aquilo que é mulher pra mim. E até hoje, pra mim mulher é aquelas. E eu me espelhei nelas. Seio grande, cintura fina, coxas grossas, era esse o modelo de corpo que eu queria. [...] As pessoas enquadram a travesti como se todas fosse iguais, e não é. Cada uma tem uma personalidade. Pro mundo a travesti é um homem que se veste de mulher e que quer sexo. É isso que as pessoas pensam. Que é essa a vida da travesti, se vestir de mulher, e ter bastante relação sexual. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Afrodite, em 21 de março de 2007).

Bom, eu sempre recebi muitos elogios, você é feminina, você é bonita, nunca nada agressivo. Nada que me constrangesse, sempre foi tudo muito bom, tanto por homens como por mulheres. E pelas travestis também, até com um pouco de ciúme, mas também. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Hera, em 28 de março de 2007).

Eu ia para a rua, porque todo dia você tinha que ter uma roupa diferente, para que chamasse a atenção. Então isso me fazia ser bem mais mulher. Quando você passava, as pessoas mexerem, a trajetória

de você chegar no ponto, porque tinha uma trajetória, você passava pelo terminal, então os homens mexiam, e isso era bom. É bom você ser desejada. Ao contrário de quando você passava e os outros te criticavam, te xingavam, então isso deixava você mais para baixo. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Eos, em 7 de março de 2007).

As falas remetem à relação entre espacialidade e corpo, provocando rejeição ou admiração, e legitimando de uma forma ou de outra as marcas do corpo, características do poder do gênero. Contudo, são as marcas da feminilidade, carregadas nos corpos das travestis, que paradoxalmente permitem a esses sujeitos o reconhecimento e enquadramento em determinado grupo identitário, ou sua exclusão.

Como assinala Louro (2004), as marcas incluem ou excluem corpos de específicos espaços e grupos, usufruindo ou não de direitos. Em suma, dependendo da espacialidade vivida pelas travestis, os corpos podem ser aprovados, tolerados ou rejeitados. Dependendo da espacialidade em que o corpo se encontra, a travesti pode estar no centro, correspondendo ao padrão esperado de corpo, ou na periferia das relações de poder, sendo motivo de insultos, chacotas e até de atos violentos.

A autora afirma que os corpos que transgridem as fronteiras do gênero – corpos em conflito com a ordem vigente de gênero – são marcados como corpos desviantes ou diferentes. Dependendo do corpo e da espacialidade do corpo, eles são tidos como corpos ilegais, como corpos infratores, sujeitos a penalidades e punições.

Assim, os corpos que não correspondem ao que é esperado no território também sofrem sanções, como em qualquer outra espacialidade, já que, da mesma forma como o espaço constitui relações de poder, é por elas composto, posicionando corpos em centro e margem, como se observa nas seguintes falas:

As travestis do meu convívio, elas têm um certo preconceito comigo. É que todas as travestis pensam que para ser travesti tem que estar entupida de silicone, peito grande, tudo transformado. Mas eu não penso assim, e sabe por quê? Se encha de silicone e vá procurar emprego! Eu vivo da noite, mas eu não posso sobreviver da noite. A noite para mim é um complemento de renda. Eu tenho meus sonhos, eu tenho meus desejos. Então é o meu complemento de renda. E é também o local onde eu me realizo, meu lado feminino, meu lado mulher. Não é o silicone que faz o travesti. Mas, eu não fui bem aceita, sabe, sofri o preconceito com o pessoal, porque daí quando eu saí do Exército eu tinha um corpo masculino, não tinha cabelo, cabeça raspada. Então botei uma peruca, um vestidinho curto e fui. Deram risada, me xingaram, *o que você pensa que é, tá se achando travesti*, isso das amigas. *Porque nem feminina*

youê é, o que você quer, um homem barbudo de saia. Elas me viram assim. Eu via dentro de mim a travesti que eu sou hoje, entendeu. Montada, belíssima, na minha cabeça. Bonita! Belíssima não existe. Bonita, feminina. Pode-se dizer uma mulata, quase a Thaís Araújo. O mais próximo que eu pude chegar dela. Eu já via isso em mim, e elas não. Que o meu físico não deixava elas verem isso, entendeu. O meu físico era inaceitável. Eu querer, me achar bonita, feminina se tinha acabado de sair do Exército. Na cabeça delas eu era um boy de peruca na esquina. Eu nunca fui aceita. Eu sempre corri, sempre me escondi. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Nike, em 1^o de fevereiro de 2007).

Na escola era terrível, eu tive até que parar de estudar porque o preconceito era terrível. O pessoal esperava eu saí da escola para me pegar na saída para me bater. Me batiam porque eu era homossexual. Daí eu terminei o primeiro grau. Daí eu não consegui terminar mais. Não consegui ir para o segundo porque era muito preconceito. (Acervo documental GETE / fontes orais – Entrevista realizada em Ponta Grossa com Eirene, em 3 de abril de 2007).

Tanto o gênero, entendido como o conjunto de ideias que uma cultura específica constrói em relação ao que é ser homem ou mulher, como o território são cotidianamente inventados. Isto se deve ao fato de que, embora as travestis visivelmente afrontem a linearidade discutida por Butler (2003) entre sexo, gênero e desejo, elas são fruto e constroem a mesma sociedade heteronormativa que as refuta, pois, como sustenta Peres (2005), as travestis são homens no sentido fisiológico que se relacionam com o mundo como mulheres. Cada espacialidade vivenciada pelas travestis constitui uma rede de relações socioespaciais.

O território da prostituição figura dentro de uma multiplicidade de teias. Isto se relaciona com a construção do conceito de espaço paradoxal, de que fala Rose (1993). As reflexões da autora concentram-se na imaginação espacial daquilo que Teresa de Lauretis, em *Technologies of gender* (1987), chama de sujeito do feminismo. Este seria um projeto político, uma estratégia pessoal e política de sobrevivência e resistência. Todavia, ao mesmo tempo, configura uma prática crítica e uma forma específica de conhecimento, que vai além da dualidade homem/mulher, entendidos como eixos identitários.

Inicialmente, para Rose (1993), isto já aponta para a importância de outras orientações identitárias, a partir de reflexões que vão além das diferenças sexuais. Nessa discussão, aponta a autora, outros elementos devem ser considerados, um mundo de representações linguísticas e culturais, nas suas experiências em relação a outras esferas identitárias dos sujeitos, como a raça, a classe, bem como as relações sexuais. Isso formaria um sujeito não unificado, mas múltiplo, e não

apenas dividido, como contraditório, trazendo a possibilidade de existências que vão além dos discursos dominantes.

Este sujeito do feminismo é associado a um distinto sentido de espaço. Um espaço que é multidimensional, contingente e em movimento. Rose (1993) o chama de paradoxal, ou seja, onde as ocupações entre centro e margem, *insider* e *outsider*, são ocupadas simultaneamente. Ou, como afirma Lauretis (1987):

É um movimento entre o (representado) e o que a representação deixa de fora, ou mais precisamente, tornado irrepresentável. É um movimento entre o (representado) espaço discursivo da posição disponibilizada pelos discursos hegemônicos e o espaço-off, o outro lugar, os outros discursos [...], há dois tipos de espaços, que não estão nem em oposição um ao outro [...], mas que coexistem em simultaneidade e contradição. O movimento entre eles, portanto, não é o de uma dialética de integração, de uma combinação, ou de uma *différence*, mas é a tensão da contradição, da multiplicidade e da heteronomia. (LAURETIS, 1987, p. 26).⁸

Esta apreensão do espaço demanda uma passagem radical às geometrias heterogêneas, pois proporciona a articulação de diferentes estruturas espaciais. Assim, o mapeamento dessa geograficidade não pode ser apenas o rebatimento de relações sociais de poder sobre espaços territoriais, pois isto é apenas a demonstração, congelada, de uma das dimensões do espaço paradoxal. Cada relação tipificada possui uma espacialidade, composta por relações de poder, nos moldes de Foucault (1988).

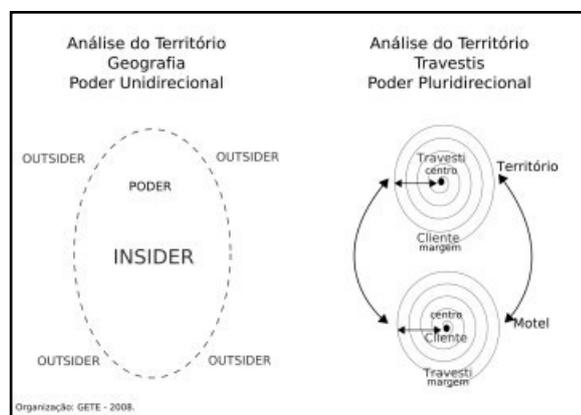
Cada pessoa não tem apenas um gênero, mas também uma sexualidade, uma classe, uma raça, uma religião, e toda uma rede de outras relações sociais. Até este momento, esta proposta não seria “nada de novo no front”, pois cada relação teria o espaço apenas por substrato. Entretanto, dois pontos devem ser ressaltados: o primeiro diz respeito ao fato de que, como afirma Corrêa (2000), o espaço é reflexo, meio e condição das relações sociais, compondo as relações sociais; o segundo ponto está relacionado ao fato de que, como salientado por Rose (1993), essas relações são experienciadas simultanea-

⁸ It is a movement between the (represented) and what the representation leaves out or, more pointedly, makes unrepresentable. It is a movement between the (represented) discursive space of the position made available by hegemonic discourses and the space-off, the elsewhere, of those discourses [...] there two kinds of spaces are neither in opposition to one another [...], but they coexist concurrently and in contradiction. The movement between them, therefore, is not that of a dialectic, of integration, of a combinatory, or of difference, but is the tension of contradiction, multiplicity, and heteronomy.

mente, a partir de indivíduos plurilocalizados. Desta forma, a questão seria a espacialidade dessas relações. Assim, as duas dimensões da representação cartográfica são insuficientes, pois muitas outras estruturas espaciais geométricas são necessárias.

Demonstramos abaixo as diferenças entre a compreensão preponderante do território tratado pela geografia e o que nos mostra a vivência cotidiana territorial das travestis que retiram seu sustento da atividade da prostituição em Ponta Grossa, PR:

Tipo Ideal 1



Como visto acima, de forma distinta ao conceito de território tratado como uma atividade de inclusão e exclusão (lado esquerdo da figura), a vivência espacial das travestis nos mostra uma configuração distinta, incluindo o cliente no território (lado direito da figura), mas de forma periférica nas relações de poder. Esta relação de centro e margem também ocorre com outros grupos sociais com que as travestis se relacionam, como moradores, policiais, transeuntes, outros profissionais do sexo, etc.

Na relação com o cliente, a travesti, por meio do território da prostituição, representa o centro das relações de poder, pois é através de seus comportamentos corporais, roupas e adereços que ela desperta o desejo do sujeito-cliente, representado acima como a margem da configuração de poder, já que ele a procura para viver o prazer que é proibido pela sociedade heteronormativa.

Esse cliente faz parte do conjunto da sociedade que as exclui, mas compõe simultaneamente o território da prostituição travesti numa situação de margem. Além de temer ser identificado vivendo uma sexualidade que não corresponde ao conjunto das normas de práticas

sexuais socialmente estabelecidas, o cliente deve contratar o preço e os serviços que envolvem o programa, mesmo que possua vantagens monetárias.

Depois que o contrato é firmado entre travesti e cliente, ocorre o deslocamento dos corpos a outras espacialidades, notadamente locais privados onde as travestis deixam a centralidade da configuração de poder e, muitas vezes, tornam-se vítimas da violência de seus clientes. Esta configuração de margem compõe simultaneamente sua posicionalidade central através do território, interferindo nas práticas grupais de proteção contra a violência de clientes.

Assim, o deslocamento da mesma configuração para outros espaços reposiciona os sujeitos e, portanto, o espaço segregado a que as travestis estão submetidas é, contraditoriamente, um elemento ativo na composição do seu poder. Essas colocações podem ser claramente visualizadas na frase de uma das travestis colaboradoras: “São os mesmos homens que fecham suas portas durante o dia que abrem as pernas durante a noite”.

Esta mediação da experiência travesti produz a concepção de que o território é composto de um poder multidirecional que é intercambiado entre os sujeitos que compõem a(s) configuração(ões), dando sentido à própria apropriação espacial. Esse território se institui de plurilocalizações de sujeitos que não são fixos em suas posições de centro e margem, mas constantemente tensionados, porquanto ocupados simultaneamente.

Esta apreensão sugere um calidoscópio de configurações, devido ao fato de que os sujeitos se constituem nas relações com outros sujeitos, em configurações espaciais vantajosas ou desvantajosas. As forças postas em ação nessa dualidade chamam atenção à mobilidade das próprias relações de poder a formar território, pois, “o poder não é algo que se adquire, arrebate ou compartilhe, algo que se guarde ou deixe escapar; o poder se exerce a partir de inúmeros pontos e em meio a relações desiguais e móveis” (FOUCAULT, 1988, p. 104), espacialmente plurilocalizadas. Entendemos o poder como prática discursiva impregnada de espaço, que não existe em algum lugar ou em alguma coisa, mas que é produzido por relações sociais, um feixe de relações que é organizado, piramidalizado, coordenado.

Discutindo o processo por meio do qual se visualiza uma transformação na maneira como os grupos sociais experienciam o tempo e o espaço, Harvey (2002), a partir de um diálogo com Bourdieu, propõe que as divisões dos grupos sociais são projetadas espacialmente, em uma organização espaço-temporal, atribuindo a cada fenômeno o seu espaço-tempo, pois seria através da relação dialética entre corpo e

configuração espaço-tempo que as práticas e as representações sociais das práticas seriam determinadas.

A ideia de que existe um espaço e um tempo para tudo é muito válida sob a perspectiva de que as ações sociais têm tempos e espaços específicos de ocorrência. Assim, a possibilidade de existência socioespacial das travestis se faria relacionada ao território da prostituição travesti, com uma espacialidade definida e com uma temporalidade definida, notadamente noturna.

É através do espaço que as noções de gênero são produzidas, reproduzidas e negociadas, pois, como visto em Spink e Medrado (1999), “o discurso é uma regularidade lingüística [...] remetendo ao uso institucionalizado da linguagem e de sistemas de sinais de tipo lingüístico” (p. 43), processo este presente em desde macrossistemas sociais a microssistemas, notadamente relacionados aqui ao grupo territorial das travestis.

Falar em território da prostituição travesti pressupõe falar de controle de área, notadamente a área que foi definida e apropriada, como diz J. C. Silva (2002), uma área onde a normalidade é a existência de um conjunto de comportamentos “desviados, aberrantes e transgressores”. O controle do território demanda uma certa união das travestis envolvidas com a atividade da prostituição, na reprodução cotidiana do território.

Desta forma, entendemos o controle do território como um conjunto de ações, postas em prática pelas travestis profissionais do sexo, objetivando a reprodução do território a partir da demarcação de atitudes esperadas por parte das travestis, não incluindo ou excluindo travestis, mas marcando corpos a partir de relações de poder, entre centro e margem.

O território surge da apropriação de uma rua ou um conjunto de ruas, durante determinado tempo. Assim, a existência de redes de relações sociais é condição dessa apropriação, pois, como afirmam Mattos e Ribeiro (1996), é a partir da utilização de um conjunto de normas que os grupos de profissionais do sexo garantem a apropriação da área, legítima para seus pares.

O controle do território também é entendido, de acordo com Ribeiro (2002), como violência, pois, além de este estar relacionado à adoção e utilização de códigos, ações discursivas e corporais, essa violência se faz a partir da utilização da violência explícita, verbal ou física. No conjunto de evocações, predomina a referência à utilização da violência como elemento de controle do território.

O território paradoxal compõe-se de contradições. Além da violência, o território é também, como afirma J. C. Silva (2002), constituído por um conjunto de locais em que se desenrola a cons-

trução de afetividades e se forjam identidades relacionadas ao grupo. Simultaneamente, esses mesmos locais são o foco de embates, que têm por constituição a violência, disputas de locais que compõem o território, pontos que potencialmente possibilitam maiores ou menores rendimentos. A violência vivida no exercício territorial funciona como um ritual de passagem, estabelecido pelas travestis mais velhas, orientado a corpos que desejam aceitação no território.

Ao lado da violência, há a exigência da humildade, da honestidade, do reconhecimento da superioridade das “mais antigas”. A estratégia colocada em prática pelas travestis é a resignação e a aceitação das normas convencionadas no grupo das travestis, possibilitando a participação nas dinâmicas territoriais.

O controle do território, relativo ao ponto onde fica a travesti, é via de regra relacionado ao fato de dois corpos não poderem ocupar o mesmo local, lógica socializada por todo o grupo. Devido a isso, diversos momentos de tensão entre travestis são apontados, circunstâncias em que uma travesti deseja ficar no local escolhido por outra.

O território paradoxal da prostituição travesti, visto a partir de seu controle, produz um texto que é lido e interpretado por sujeitos que compõem ou que almejam compor as dinâmicas territoriais envolvendo o grupo das travestis. Esse texto, conectado ao texto da heteronormatividade, possibilita que as travestis, enquanto grupo, consigam viver, paradoxalmente, o espaço urbano a partir da prostituição.

Mesmo tendo uma vivência constituída por diversas formas de espacialidade, as travestis se instituem enquanto grupo e enquanto sujeitas, socializando suas experiências a partir de uma especificidade temporal e espacial, através do território paradoxal da prostituição travesti.

As falas das travestis demonstram que o interesse relacionado ao território vai além do ganho financeiro obtido com o comércio das práticas sexuais. Este elemento mostra o papel do território, um dos textos invisíveis de que trata Silva *et al.* (2007), demonstrando o paradoxo da importância do território ao ser travesti, uma espacialidade que, como lembra uma das travestis, permite que elas possam viver aquilo que gostariam de viver durante todo o dia, mesmo que seja uma vida sofrida e difícil. Podemos substituir este “todo dia”, por outras espacialidades. É perante isto que o território nasce como elemento preponderante do sujeito.

O universo de evocações referente à categoria prostituição visualizado no Esquema 3 acima compõe a espacialidade do território, categoria preponderante quando considerado o território como constituidor da memória das travestis. Entretanto, quando mudada a escala de análise, novos elementos são contemplados. Assim, a atividade da prostituição, composta por sua espacialidade, é trazida pelas falas como: ativida-

de comercial; um local de aceitação e de admiração do ser travesti; um local de aprendizado, tanto de práticas convencionadas no grupo como de técnicas de transformação do corpo; um local de existência de consumo de drogas e álcool. Existindo violência e preconceito, deve a travesti, com o objetivo de evitar embates entre diversos grupos, buscar discrição. O esquema a seguir demonstra essa mudança de escala, constituído por um conjunto distinto de evocações.

Esquema 4 – Atividade da Prostituição.



Desde o início, não descartávamos a visualização do território da prostituição travesti como um meio de auferição de renda. O fato de as evocações Local de Atividade Comercial, Local de Aprendizado de Práticas e Transformação do Corpo, e Local de Aceitação e Admiração do Ser Travesti apresentarem percentuais de 22% confirma que a vida espacial da travesti é estruturada a partir do paradoxo de interdição e de acolhida espacial, notadamente relacionado ao território.

Nossa sociedade não reserva às travestis outra atividade produtiva fora da prostituição, de modo que elas têm como única saída uma prática associada à comercialização sexual, que ocorre por meio do território. A espacialidade relacionada ao “trabalho formal” constitui-se como espaço interdito à vivência cotidiana das travestis. É o elemento contraditório e complementar do território. O espaço do trabalho para as travestis constituindo-se como espaço interdito é o elemento contraditório e complementar do território, sendo este o local de reconhecimento social da travesti.

O território da prostituição travesti possui uma especificidade temporal e espacial. É formado por relações entre espaços interditados e territórios da prostituição travesti, vinculando-se à transferência do indiscutível e inaceitável espacialmente, notadamente relacionado à casa, ao espaço urbano, à escola, ao trabalho formal, e aos mais diversos espaços interditos, ao discursivamente e espacialmente tratável através do território.

Embora Benedetti (2000) aponte a necessidade de divorciar a identidade travesti da atividade da prostituição, também é fato, infelizmente, que a grande maioria das travestis brasileiras tem sobrevivido graças a essa atividade. A transformação do corpo da travesti vai muito além da necessidade estética relacionada à prostituição, como se a construção do corpo estivesse apenas relacionada à obtenção de ganhos. Contudo, não podemos minimizar a condição que é imposta ao cotidiano de interdições vividas pelas travestis, sobretudo no mundo do trabalho.

As travestis apreendem e ensaiam, através do território, formas de comportamentos, significados linguísticos e sinais corporais que permitem as provocações, assédios, disputas e rivalidades internas ao grupo. Os elementos comuns são a esperteza, a força e a malícia, elementos sempre lembrados e considerados necessários na composição do ser travesti. No processo de aprendizagem, é comum a figura da “madrinha”, que, geralmente, é uma travesti experiente e de valor moral reconhecido, segundo os códigos identitários do grupo.

A “madrinha” possibilita um aprendizado mais rápido do ser travesti, além de avaliar seu ingresso mais tranquilo no território, que é repleto de conflitos de toda ordem. Afinal, a vivência cotidiana dessas pessoas é marcada por situações de insegurança, descaso e abandono. É em função dessas adversidades sofridas em outras espacialidades que elas se tornam mais decididas, mais firmes, mais fortes, mais espertas, guerreiras em defesa de suas próprias vidas, criando uma couraça espessa para suportar o sofrimento, a violência e a intolerância social.

A relação entre o território e as transformações gradativas do corpo para atingir o objetivo do corpo travesti é comum nas expressões das travestis. É através do território que elas observam, apreendem e produzem práticas e técnicas corporais, criam maneiras de se vestir, se maquiar, enfim, incorporam os elementos identitários do universo feminino ao corpo biologicamente masculino e realizam, paradoxalmente, a subversão da ideia de que o sexo é o definidor do gênero, reiterando discursos normativos e disciplinares a partir da utilização de elementos próprios do polo feminino.

Esses comportamentos são ações de comunicação próprias do território da prostituição travesti que constituem simultaneamente um espaço de laços afetivos, sociabilidade e identidade, estruturados a partir de discursos que ressignificam os corpos, os prazeres, os desejos e os amores.

Esta análise difere das clássicas formas de visualização do território como um simples resultado de uma ação grupal que objetiva delimitar e controlar, produto da junção de espaço, fronteira e poder, demandando ações de manutenção. Este território é um espaço apropriado por um grupo que exerce a centralidade das relações de poder, ou seja, uma complexa relação territorial paradoxal que institui sujeitos, espaço e poder, sendo, simultaneamente, por eles instituída, através das *performances* cotidianas.

As existências das travestis são atravessadas por espaços interditos e por territórios, locais de exclusão e de acolhida, em processos contraditórios e complementares. A capacidade de interdição socioespacial proporciona o fortalecimento de seu território, já que este é um espaço que lhes possibilita reconhecimento social, seja de que forma for. Como compreendido, exclusão e inclusão não são oposicionais, mas complementares, compondo um território paradoxal da prostituição travesti.

O território paradoxal é constituído por múltiplas e variadas dimensões e espacialidades do ser travesti, posicionando sujeitos ora no centro, ora na margem de relações de poder, dependendo das marcas que esses corpos carregam e das relações inseridas. Um território que se faz da separação e conexão entre eu e outro, entre centro e margem, em constante movimento.

O território da prostituição travesti é altamente transitório, em construção permanente. Vai além de uma mera área apropriada e controlada, constituindo-se também como instituído e instituinte das identidades travestis, recriando e tensionando a heteronormatividade.

A partir destas reflexões evidenciamos a importância das vivências espaciais do grupo de travestis, relacionadas aos mais variados espaços interditos, na constituição de um território paradoxal da prostituição travesti. O território paradoxal coloca-se como um texto urbano, constituído por um conjunto de contraditórias vivências travestis, um cotidiano estruturado por interdições espaciais e resistências, que se transformam em territórios.

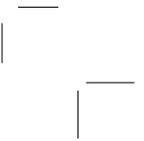
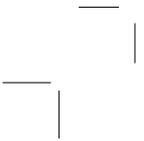
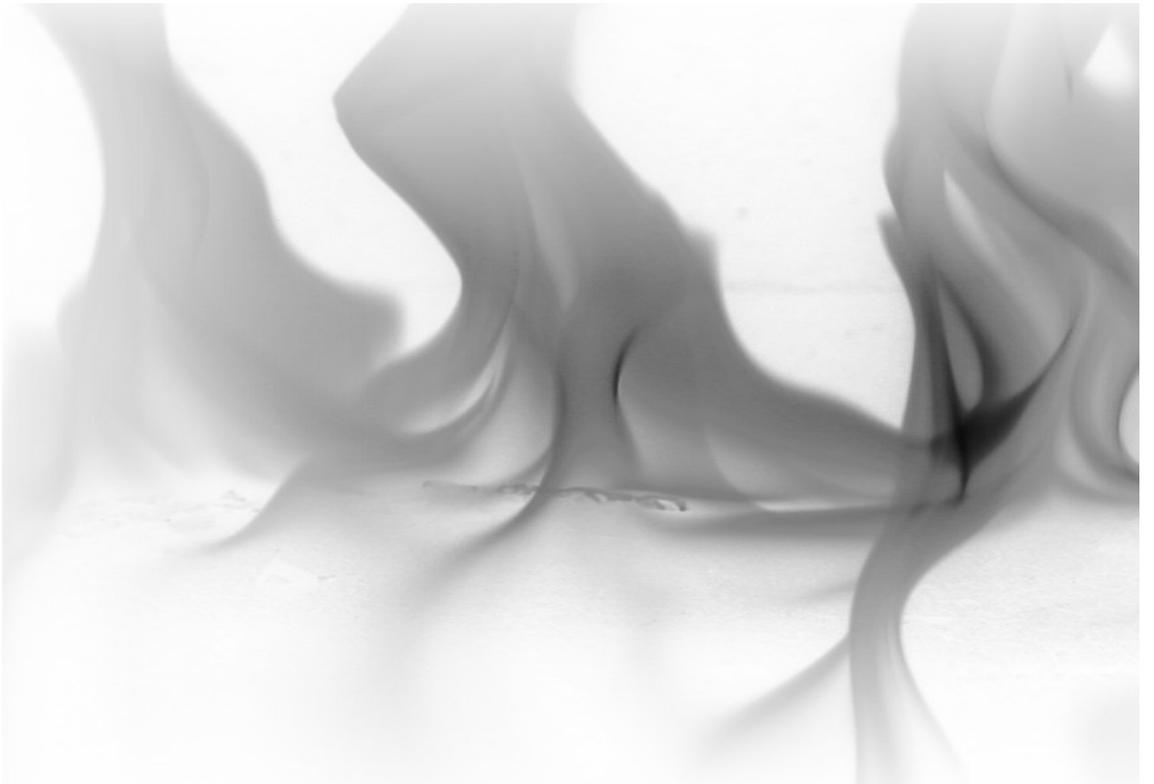
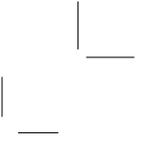
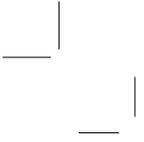
Devemos ter claro que, além da multiplicidade de dimensões da vida das travestis, cada posição deve ser imaginada não apenas como localizável em múltiplas espacialidades, mas também no tocante aos polos das relações sociais.

É esta tensão entre centro e margem de relações de poder que pode desestabilizar as relações de poder entre os pares das relações. O território da prostituição travesti está posicionado entre o prisioneiro e o exilado, entre *insider* e *outsider*, tanto na afirmação como na negação, e esta multiplicidade depende de uma geografia paradoxal. Tal tensão pode produzir um sentido de articulação entre vários locais, ou melhor, entre várias geografias.

Referências

- BACHELARD, Gaston. *The poetics of space*. New York: Orion Press, 1964.
- BENEDETTI, Marcos. *Toda feita: o corpo e o gênero das travestis*. 2000. Dissertação (Mestrado em Antropologia Social) – Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 2000.
- BUTLER, Judith. *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- CANÇADO, Adriana. Paixão e honra: criminalidade passional em Ponta Grossa na década de 30. In: DITZEL, Carmencita de Holleben Mello; SAHR, Cícilia Luiza Löwen. (Orgs.) *Espaço e cultura: Ponta Grossa e os Campos Gerais*. Ponta Grossa: Ed. UEPG, 2001.
- CHATEAU, Jean de. *O jogo e a criança*. São Paulo: Summus, 1987.
- CORRÊA, Roberto Lobato. Espaço, um conceito-chave da geografia. In: CASTRO, Iná Elias de; GOMES, Paulo Cesar da Costa; CORRÊA, Roberto Lobato. (Orgs.). *Geografia: conceitos e temas*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2000, p. 15-47.
- CORRÊA, Roberto Lobato; ROSENDAHL, Zeny. (Orgs.). *Paisagem, tempo e cultura*. Rio de Janeiro: Editora UERJ, 2004.
- COSGROVE, Denis. Geografia cultural do milênio. In: CORRÊA, Roberto Lobato; ROSENDAHL, Zeny (Orgs.). *Manifestações da cultura no espaço*. Rio de Janeiro: EdUERJ, 1999, p. 17-46.
- _____. A Geografia está em toda parte: cultura e simbolismo nas paisagens humanas. In: CORRÊA, Roberto Lobato; ROSENDAHL, Zeny (Orgs.). *Paisagem, tempo e cultura*. Rio de Janeiro: EdUERJ, 2004, p. 92-122.
- DUNCAN, James. *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyen Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- GOTTMANN, Jean. *The significance of territory*. Virgínia: University Press, 1973.
- HAERSBAERT, Rogério. *O mito da desterritorialização: do “fim dos territórios” à multiterritorialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2004.
- HARVEY, David. *Condição pós-moderna*. São Paulo: Edições Loyola, 2002.
- LAURETIS, Teresa de. *Technologies of gender: essays on theory, film, and fiction*. Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- LOURO, Guarica Lopes. *Um corpo estranho: ensaios sobre sexualidade e teoria queer*. Belo Horizonte: Autêntica, 2004.
- MATTOS, Rogério Botelho de; RIBEIRO, Miguel Ângelo Campos. Territórios da prostituição nos espaços públicos da área central do Rio de Janeiro. *Território*, 1996, v. 1, n. 1, p. 59-76.

- McDOWELL, Linda. *Gender, identity and place: understanding feminist geographies*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999.
- MORAES, Antônio Carlos Robert. *Ratzel – Geografia*. São Paulo: Editora Ática, 1990.
- ORNAT, Marcio Jose; SILVA, Joseli Maria. Deslocamento cotidiano e gênero: acessibilidade diferencial de homens e mulheres ao espaço urbano de Ponta Grossa – Paraná. *Revista de História Regional*, 2007, v. 12, n. 1, p. 175-195.
- PELÚCIO, Larissa. Na noite nem todos os gatos são pardos: notas sobre prostituição travesti. *Revista Semestral do Núcleo de Estudos de Gênero – Pagu*. Universidade Estadual de Campinas, jul./dez. 2005, p. 217-248.
- PERES, William Siqueira. *Subjetividade das travestis brasileiras: da vulnerabilidade da estigmatização à construção da cidadania*. 2005. 201 p. Tese (Doutorado) – Instituto de Medicina Social da Universidade Estadual do Rio de Janeiro, 2005.
- POLLAK, Michael. Memória e identidade social. *Estudos Históricos*. v. 5, n. 10, 1992, p. 200-212.
- PRINS, Baukje; MEIJER, Irene Costera. Como os corpos se tornam matéria: entrevista com Judith Butler. *Revista de Estudos Feministas*, v. 10, n. 1, p. 155-167, 2002.
- RAFFESTIN, Claude. *Por uma geografia do poder*. São Paulo: Ática, 1993.
- RIBEIRO, Miguel Ângelo. *Prostituição na metrópole carioca*. Rio de Janeiro: Ecomuseu Fluminense, 2002.
- ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- ROUGEMONT, Denis. *A história do amor no Ocidente*. São Paulo: Ediouro, 2003.
- SILVA, Jan Carlos da. O conceito de território na geografia e a territorialidade da prostituição. In: RIBEIRO, Miguel Angelo. *Prostituição na metrópole carioca*. Rio de Janeiro: Ecomuseu Fluminense, 2002, p. 16-56.
- SILVA, Joseli Maria. Amor, paixão e honra como elementos da produção do espaço cotidiano feminino. *Espaço e Cultura*, n. 22, p. 97-109, 2007.
- SILVA, Joseli Maria et al. A produção do espaço interdito na experiência cotidiana do sujeito transgênero. ENCONTRO NACIONAL DA ANPEGE, 7., 2007. Espacialidades contemporâneas: o Brasil, a América Latina e o Mundo. *Anais...* Niterói, 2007. p. 1-16.
- SOUZA, Marcelo Lopes de. O território: sobre espaço, poder, autonomia e desenvolvimento. In: CASTRO, Iná Elias de; GOMES, Paulo Cesar da Costa; CORRÊA, Roberto Lobato. (Orgs.). *Geografia: conceitos e temas*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2000, p. 77-115.
- SPINK, Mary Jane; MEDRADO, Benedito. Produção de sentido no cotidiano: uma abordagem teórico-metodológica para análise das práticas discursivas. In: SPINK, M. J. (Org.). *Práticas discursivas e produção de sentido no cotidiano: aproximações teóricas e metodológicas*. São Paulo: Cortez, 1999, p. 41-65.
- WELZER-LANG, D. A construção do masculino: dominação das mulheres e homofobia. *Revista de Estudos Feministas*, v. 9, n. 2, 2001.



Periferias pobres e masculinidades:

uma discussão sobre espaço e elementos
identitários dos adolescentes em conflito
com a lei

Rodrigo Rossi
Alides Baptista Chimin Junior



Não tem nem praqueles cara que se acham machão,
tipo cheio de bomba, musculação e o caralho. Coitado!
Ah o cara não peito de aço também!¹

A instituição das masculinidades não hegemônicas e sua relação espacial é tema inexplorado na geografia brasileira. Os estudos geográficos que discutem gênero a partir das masculinidades já foram difundidos pela geografia anglófona, por pesquisadores como Peter Jackson, Doreen Massey, Linda McDowell, Lawrence Berg e Robyn Longhurst. A contribuição destes cientistas foi significativa na ampliação e difusão dos estudos de gênero referenciados nos países centrais. Contudo, há a necessidade de reinterpretar essa produção científica por meio do diálogo com a realidade brasileira, marcada por profundas clivagens sociais relacionadas com distribuição de riquezas e desigualdades. A diversidade social brasileira impõe ao pesquisador desafios complexos e, entre tantos outros, elegemos

1 Adolescente em conflito com a lei, entrevista em 28/6/2008.

compreender a instituição de masculinidades não hegemônicas através de elementos identitários dos adolescentes das periferias pobres e em conflito com a lei, tomando como referencial empírico de análise a cidade de Ponta Grossa, Paraná.

A operacionalização deste trabalho envolveu o levantamento de dados dos processos constantes nos arquivos registrados entre 2005 e 2007 na Delegacia do Adolescente e Antitóxicos da Polícia Civil em Ponta Grossa, bem como a realização de entrevistas em profundidade com três adolescentes que compõem o grupo focal.

Nossos argumentos estão estruturados em três partes. Na primeira, realizamos uma discussão envolvendo espaços e masculinidades. Posteriormente, analisamos as periferias pobres como componentes da vulnerabilidade à conduta infracional, e, por último, contemplamos os elementos identitários dos adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei.

Espaço, gênero e masculinidades: uma perspectiva de análise geográfica

O tema das masculinidades na geografia, em suas diferentes matrizes de leituras sobre a realidade socioespacial, e apesar de sua invisibilidade na tradição moderna da geografia brasileira, é explorado e discutido por um conjunto variado de trabalhos publicados, a partir da década de 90, entre pesquisadores da Nova Geografia Cultural, das Geografias Feministas e da Geografia *Queer*. Entre eles, destacam-se argumentos de Peter Jackson (1991), Doreen Massey (1995), Gillian Rose (1996), Linda McDowell (2000, 2003), Lawrence Berg (1994), Robin Longhurst (2000) e Peter Hopkins (2007). Nesse sentido, pode-se afirmar que o tema não é uma novidade na pauta do debate geográfico, tendo sido impulsionado pelas intensas discussões no âmbito das perspectivas feministas da geografia, da politização do movimento gay e da pluralidade de temas desenvolvidos entre os novos geógrafos culturais.

Jackson (2005) aponta que as teorias pós-estruturalistas localizadas em Foucault (1988) e Judith Butler (1993, 2003) são fundamentais à crítica diante da insistência teórica em compreender o gênero como uma categoria unificada. Assim, as(os) geógrafas(os) identificadas(os) com a noção de diversidade sexual passaram a compreender o gênero como um processo de construção/desconstrução em contextos espaciais e temporais diferenciados e marcados por relações de poder.

Foucault (1988) concebe o poder como algo além da relação entre dominantes e dominados. Para o autor, o poder é exercido por meio de um feixe de relações mais ou menos piramidalizado, mais ou menos coordenado, não partindo de uma única posição central, mas de múltiplos lugares, que tanto pode legitimar, interditar, resistir ou contestar significados dominantes na realidade social. Deste modo, pode-se considerar que as múltiplas estratégias de resistência diante da estrutura social desigual se relacionam com as *performances* identitárias que transgridem modelos hegemônicos de ser homem.

Judith Butler (1993) sugere que o gênero é construído socialmente por meio de *performances*, de atos repetidos e estilizados que tanto podem reafirmar uma identidade hegemônica masculina quanto impulsionar sua desestabilização e subversão em determinados contextos espaço-temporais.

As proposições de Butler são essenciais ao exercício proposto por Rose (1996), que consiste em impulsionar a construção de um discurso geográfico de resistência que contribui para desestabilizar *performances* e discursos hegemônicos da geografia relacionados às masculinidades. Ao mesmo tempo, permitem observar a instituição de identidades masculinas enquanto um processo permanente, no qual há uma impossibilidade de reproduzir na sua totalidade o modelo ideal de ser homem.

Tal como observou Jackson (1991), a naturalização da linearidade entre sexo, gênero e desejo e as noções dicotômicas e pré-discursivas sobre o gênero, no início da década de 90, configuravam-se como obstáculo ao desenvolvimento da temática das sexualidades na geografia.

Rose (1996) afirma que as masculinidades estão presentes na geografia mediante o exercício do poder, e do poder masculinista, observado em muitas *performances* da academia. A geografia brasileira, em particular, tem sido pouco permeável aos estudos sobre sexualidade, e esse fato é observado também a partir da invisibilidade das identidades masculinas. A ausência de discursos que considerem esta categoria é prejudicial à disciplina, podendo orientar *performances* abstêmias diante dos dispositivos de naturalização de *performances* hegemônicas na produção geográfica, que incluem a diferença sexual e colonial epistêmica, tal como evidenciado por Mignolo (2004).

A geógrafa neozelandesa Longhurst (2000) afirma que o foco dos estudos feministas, ao deslocar-se da análise das mulheres e dos homens para o exame sobre as masculinidades e feminilidades, assume o objetivo de desestabilizar o masculinismo na geografia a partir do envolvimento não só com as duas categorias por si só, mas do envolvimento com as construções binárias. Este é um aspecto-chave do enten-

dimento da relação entre os estudos sobre as identidades masculinas no campo da produção das geografias feministas e as discussões que efervesceram entre o fim da década de 80 e finais do século XX.

No instigante artigo “The cultural politics of masculinity: towards a social geography”, publicado em 1991, o geógrafo Peter Jackson expõe uma importante agenda política e acadêmica que introduz a noção de política cultural da masculinidade na disciplina. Neste artigo, o autor faz uso do campo interdisciplinar explorado pelos estudos culturais durante a reformulação da geografia cultural e social, para inserir a masculinidade como tema a ser abordado. O texto de Jackson é considerado um marco desta temática, pois, além de partilhar da vontade política em restabelecer o equilíbrio de poder entre homens e mulheres, coloca as identidades masculinas no mapa da produção do conhecimento geográfico, conforme observa Longhurst (2000).

Jackson aborda as masculinidades através da perspectiva da política cultural e adota a mediação entre modelos de análise psicanalíticos e sociológicos na observação de complementaridades e antagonismos em relação ao ponto de vista social hegemônico sobre o ser homem. O autor utiliza como fontes de sua análise discursos e imagens de publicidades presentes em revistas masculinas anglo-saxônicas. A abordagem privilegiada pelo autor concebe os significados como construídos e negociados num complexo jogo, mediante o qual as relações de subordinação e opressão se definem ao mesmo tempo em que há sempre a possibilidade de serem contestadas. Assim, Jackson argumenta que há uma pluralidade de culturas subordinadas face aos padrões uniformes e unitários de masculinidade, e as correlações de força ligadas à manutenção ou à diferença em relação a tais padrões evidenciam uma pluralidade cultural, identitária e de modelos de masculinidade específicos. Jackson sugere, afinal, que há uma pluralidade de masculinidades relacionadas aos diferentes contextos socioespaciais.

Para Jackson, o interesse nas masculinidades é uma resposta e um desafio às perspectivas feministas da geografia e também aos estudos da relação entre espaço e identidades. A pluralidade de masculinidades se constitui como argumento central do texto e permite vislumbrar neste universo temático uma das possibilidades de desconstruir a masculinidade hegemônica presente em muitas *performances* geográficas da academia, tal qual aponta Rose (1996).

O artigo de Gillian Rose intitulado “As if the mirrors had bled: masculine dwelling, masculinist theory and feminist masquerade”, publicado em 1996, inscreve o tema das masculinidades na problematização sobre as alternativas feministas de desconstrução de conceitos hegemônicos e *performances* masculinistas da geografia. Ao trazer o

tema das masculinidades para o palco de discussões teórico-metodológicas, a autora desafia e desmistifica a reprodução de masculinidades nas *performances* geográficas, afirmando que as distinções entre os espaços “real” e “não real”, edificadas pelo embate discursivo acadêmico, reforçam construções sociais ligadas à lógica binária e dicotômica de pensar a realidade socioespacial a partir da bipolaridade homem/mulher. No mesmo artigo, ela formula uma forte crítica à proliferação de metáforas espaciais que limitam o campo da análise geográfica e adverte que as *performances* mais sutis e convencionais, como o falar, o escrever e o comportar-se na ciência geográfica, dependem da reprodução de masculinidades.

Tal como Rose (1996), as possibilidades de desconstrução do masculinismo na geografia são apresentadas no texto de Berg (1994), o qual elabora uma crítica contundente ao binarismo presente no embate discursivo entre geógrafos(as) que primam pelo trabalho de campo, este associado à masculinidade, e geógrafos(as) mais ligados(as) à teoria, esta associada à feminilidade. Proposições comuns em relação à crítica de modelos binários de estudo sobre os sujeitos e as sexualidades se apresentam nos textos sobre masculinidade de Massey (1995) e Longhurst (2000).

Para esta última geógrafa, os estudos mais expressivos sobre as masculinidades, identidades masculinas e homens provêm de análises da Nova Geografia Cultural. Entretanto, a autora demonstra que, apesar dos trabalhos sobre masculinidades serem periféricos, se considerarmos o conjunto de estudos das geografias feministas que privilegiam grupos de mulheres e homossexuais do sexo masculino, na medida em que são publicados, evidencia-se um grande potencial de extensão do campo de análise sobre as masculinidades em diferentes lugares. Além disso, a crescente publicação também evidencia a tentativa de desconstrução de conceitos hegemônicos que homogeneizam o ser homem através de uma identidade masculina universal.

Robyn Longhurst aponta vários estudos que problematizam a identidade masculina hegemônica presente em meios de comunicação e entretenimento na Nova Zelândia. A geógrafa ainda considera que o volume e a amplitude de investigações indicam que as masculinidades continuam sendo um foco de análise das geografias feministas, das geografias social e cultural, assim como daqueles geógrafos interessados em sexualidades. Seu texto é em realidade um importante relatório a respeito da trajetória de estudos sobre as identidades masculinas, masculinidades e homens na geografia. Ao aliar em sua análise a leitura de vários trabalhos que desenvolvem esses temas, a autora observa as possibilidades de estender o alcance da temática em transversalidade

com a geografia urbana, planejamento urbano, e entre os mais variados ramos da geografia.

Outra contribuição importante dentro da temática das identidades masculinas é o texto de Hopkins (2007) intitulado “Young people, masculinities, religion and race: new social geographies”. Este geógrafo indica uma agenda futura de estudos centrados na ligação entre masculinidade, idade, raça, classe e religião. Ao estudar grupos de jovens muçulmanos, o autor afirma que códigos e valores religiosos, de classe e raça são importantes para a inteligibilidade das formas de naturalização e subversão de *performances* masculinas entre os jovens asiáticos. Discute a juventude através de proposições de Valentine (2003), segundo a qual a própria idade é uma construção social variável e dependente das especificidades espaço-temporais. A concepção debatida por Hopkins ajuda a compreender como os homens jovens transformam e manipulam suas *performances* masculinas e mostra que estas revelam a importância do papel do espaço e do lugar na diferenciação do acesso a experiências e lugares em relação a idade, gênero, classe, raça e outros elementos identitários, como a religião.

O contexto socioespacial dos homens jovens tem se constituído como item importante dentro do universo temático da masculinidade entre geógrafos(as). Linda McDowell (2000, 2003) tem se dedicado a compreender a construção das masculinidades entre os jovens e sua relação com o contexto de intensas transformações econômicas e sociais das últimas décadas. A autora estabelece uma íntima relação entre masculinidade, juventude, grupos identitários e suas relações com o mercado de trabalho.

McDowell (2000) chama atenção para dois aspectos fundamentais que contribuem para a investigação de grupos de adolescentes em conflito com a lei. O primeiro diz respeito à afirmação da geógrafa de que transformações da natureza das inter-relações entre gênero, trabalho e classe estão em curso e são reveladoras das desigualdades entre diferentes classes, nas quais tanto os sujeitos femininos quanto os masculinos encontram seus padrões de vida a serem ameaçados. Ela evidencia que o desemprego juvenil expõe claramente padrões espaciais de concentração, entre os quais densidades de evasão escolar revelam a proliferação de um conjunto de jovens não preparados para as demandas do mercado de trabalho. O segundo aspecto importante refere-se às práticas diferenciadas entre os jovens do sexo masculino e a instituição de identidades masculinas. A autora sugere que o comportamento violento entre os jovens do sexo masculino pode ser concebido como uma das respostas à exclusão do mercado de trabalho. Ou seja, empenhar-se em modos esporádicos de violência urbana, no caso dos homens jovens desfavore-

cidos, se configura, para McDowell, como uma estratégia de resistência diante de um contexto social capitalista e profundamente desigual.

Contudo, como aponta McDowell, os comportamentos e a marcação de determinados grupos de homens jovens como diferentes do padrão hegemônico podem reduzir ainda mais suas possibilidades de ingressar em postos de trabalho. Deste modo, a geógrafa relaciona as práticas cotidianas de homens jovens com limitadas opções com suas diferenciadas *performances* corporais. Para ela, os modos de vestir, estilos de cabelo, decoração corporal (tatuagens e piercings) e ostensivos modos “antissociais” e de criminalidade estão entre as múltiplas reações à marginalização econômica. Nesse processo, o corpo e a corporeidade são de fundamental relevância, pois a aparência, as apresentações corporais e as atitudes pessoais dos trabalhadores passam a ser comercializadas como partes que integram o produto. É a partir da perspectiva presente nas análises de McDowell (2000, 2003) que se pode falar em identidades masculinas não hegemônicas ou periféricas.

Considera-se assim que os adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei constroem suas identidades mobilizando elementos que transgridem o modelo ideal de masculinidade, reverenciado como algo que eles devem cumprir e que é associado, muitas vezes, à figura de um homem bom, trabalhador, responsável e provedor. No entanto, ao serem considerados, sob o ponto de vista social hegemônico, como “maloqueiros”, “vagabundos”, “marginais” e “bandidos” em determinados contextos espaço-temporais, esses sujeitos mobilizam facetas identitárias que historicamente são associadas ao ser homem enquanto forte, valente e que não leva desaforo para casa. As identidades masculinas dos adolescentes das periferias pobres e em conflito com a lei se instituem como não hegemônicas.

Por outro lado, a relação de tensão entre a norma e as práticas que a transgridem ou a reafirmam demonstra que, ao mobilizarem alguns elementos e não outros, os adolescentes homens em conflito com a lei reconfiguram suas identidades de modo permanente e diferenciado, conforme as espacialidades múltiplas relacionadas com a sua existência cotidiana. É através do jogo tenso das relações entre os adolescentes, seus grupos, e destes com outros, que as identidades masculinas se instituem de modo complementar e contraditório. É por meio deste mesmo jogo que podemos considerar as práticas dos adolescentes, os códigos e valores específicos dos grupos, como componentes de suas espacialidades.

Deste modo, os estudos sobre as identidades masculinas contribuem com as análises sobre o espaço cotidiano dos adolescentes em conflito com a lei. Os atos infracionais na cidade de Ponta Grossa revelam

um volume relevante de práticas que envolvem grupos de adolescentes homens habitantes das periferias pobres. Essas práticas se relacionam com redes de relações territorializadas, mas em determinadas espacialidades os adolescentes adotam *performances* diferenciadas, que, por sua vez, indicam identidades masculinas também diferenciadas.

Neste trabalho, partimos de uma questão primordial, que é compreender a instituição de masculinidades não hegemônicas por meio de elementos identitários dos adolescentes das periferias pobres e em conflito com a lei. Concebemos as identidades como instituídas mediante relações e práticas cotidianas e que este processo é mediatizado pelo espaço. Esses adolescentes, em seu cotidiano, adotam posturas identitárias diferentes, seja na escala dos espaços de vizinhança, seja em outras vilas da cidade, ou, ainda no centro. Deste modo, recorreremos à noção de espaço paradoxal, elaborada por Rose (1993), que contribui para a problematização do espaço e a ação de grupos marginalizados. A perspectiva de Rose vem sendo seguida por geógrafos(as) do Grupo de Estudos Territoriais, entre eles Silva (2005), Ornat (2008) e Nabozny (2008). As pesquisas elaboradas por esse grupo ilustram a difusão deste conceito no contexto brasileiro da produção científica geográfica.

Segundo Rose, não é conveniente observar os sujeitos pesquisados a partir de uma categoria homogeneizante, tal qual é a do adolescente do sexo masculino. As práticas dos sujeitos de nossa investigação, a partir da perspectiva apontada pela autora, não são apenas reproduzidas, são em realidade interdependentes com elementos que influenciam suas *performances* em contextos espaço-temporais e grupais. A autora se posiciona de modo contrário às concepções de espaço como delimitação espacial de legítimo controle e poder, obtidos por meio da violência, da proteção e, conseqüentemente, da exclusão de outros.

A abordagem de Rose (1993) mostra que o espaço comporta diferenciações internas e que nele haverá sempre a presença dos outros em relação aos grupos que mantêm centralidade na configuração das relações de poder. Esses outros, ainda que oprimidos, podem elaborar táticas desconstrucionistas da ordem instituída e, assim, desestabilizá-la ou subvertê-la. Neste sentido, as noções de centro e margem são fundamentais para a compreensão da posicionalidade diferencial dos sujeitos em relação às espacialidades. Isto é, da relação entre os sujeitos emergem possibilidades de rearticulação, estratégias de resistência e de reposicionalidade por meio do espaço, conforme afirma esta geógrafa. Essas possibilidades são apreendidas a partir do jogo tenso entre centro e margem, evidenciando características de multidimensionalidade e plurilocalidade que oscilam entre diversas configurações sociais e espaciais.

Destarte, qualquer adolescente do sexo masculino, e dentro des-

ta categoria, qualquer adolescente em conflito com a lei, não pode ser balizado pelo olhar do geógrafo como constituindo apenas um gênero – o masculino –, tendo em conta que esse adolescente está em permanente constituição no que respeita a elementos como sexualidade, religião, raça, classe, etc. A noção de multidimensionalidade pressupõe que os adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei experienciam de modo simultâneo esses elementos em sua realidade cotidiana. Ao mesmo tempo, a ideia de plurilocalização, que diz respeito à sua mobilidade e transitoriedade entre configurações espaciais específicas, indica a possibilidade de se ocupar posições de centralidade ou marginalidade em diferentes configurações.

Os adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei, enquanto sujeitos das periferias pobres, marginalizados no contexto urbano, produzem um espaço paradoxal, que dá visibilidade à pluralidade de identidades masculinas.

Espaço paradoxal, adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei e a vulnerabilidade à conduta infracional

Os adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei, segundo Feffermann (2006), são identificados pela mídia nacional como “menores infratores” e carregam fortes estigmas sociais. Em geral, suas atuações nos jornais escritos e televisivos estão relacionadas aos cenários de violência urbana, normalmente figurando como autores de atos violentos, o que tem promovido um grande debate social em torno dos mecanismos de Estado a serem acionados a fim de minimizar as ações infracionais desses adolescentes. O governo brasileiro propôs em 2006 o Sistema Nacional de Atendimento Sócio-Educativo (SINASE), para dar atendimento às exigências do Estatuto da Criança e do Adolescente (ECA), que, em 1990, preconizava a garantia de direitos sociais dos adolescentes em conflito com a lei. Num país profundamente desigual em termos socioeconômicos como é o Brasil, grande parte da infância já está submetida, desde a tenra idade, à violação de seus direitos sociais, notadamente nas periferias pobres.

A pretensa homogeneidade que caracteriza as análises sobre as periferias pobres e, por consequência, a população infanto-juvenil residente, deve ser rompida, pois há elementos específicos que estruturam de forma diferencial os espaços periféricos e as relações sociais. Em Ponta Grossa, 97% dos adolescentes em conflito com a lei são mora-

dores de áreas periféricas, sendo que, destes, 84,12% são do sexo masculino. Portanto, há uma combinação entre periferia, masculinidades e atos infracionais, cuja composição não é unidirecional, mas constitui uma complexa teia de interdependências que devem ser consideradas de forma processual e relacional.

Os adolescentes em conflito com a lei devem ser considerados para além da visão simplista ou bipolar vítima/criminoso. A perspectiva do presente trabalho considera estes sujeitos em suas relações socioespaciais, trazendo para a discussão as suas opções de vida frente às oportunidades que lhes estão disponíveis. Eles não podem ser classificados apenas como vítimas passivas da injusta sociedade brasileira, tampouco devem ser condenados como criminosos que fizeram escolhas individuais num contexto de liberdade total de ações. Esses sujeitos são ativos e fazem escolhas, mas essas escolhas estão relacionadas com os valores morais e elementos materiais de sua existência cotidiana, já profundamente marcada pela violência.

O espaço, nesse sentido, é elemento fundamental na análise dos atos infracionais cometidos pelos adolescentes, para que se possam contemplar as teias de relacionamentos que os compõem. O ato infracional cometido por um adolescente não deve ser visto como um fato isolado a ser julgado na esfera jurídica e estatal, mas sim como instituinte e instituído por valores sociais das identidades masculinas em espaços periféricos, que se confrontam, paradoxalmente, com valores sociais hegemônicos.

O risco da conduta infracional é um aspecto comum a toda a sociedade; todavia, há diferentes situações de vulnerabilidade, envolvendo grupos, sujeitos e suas múltiplas espacialidades. O ser “vulnerável” que comete um ato infracional está em “condição” de maior risco em relação aos outros, que apresentam condições menos propensas. Este aspecto implica considerar o espaço na construção de vulnerabilidades, o que nada mais significa que compreender o “estado” socioespacial de quem se encontra vulnerável.

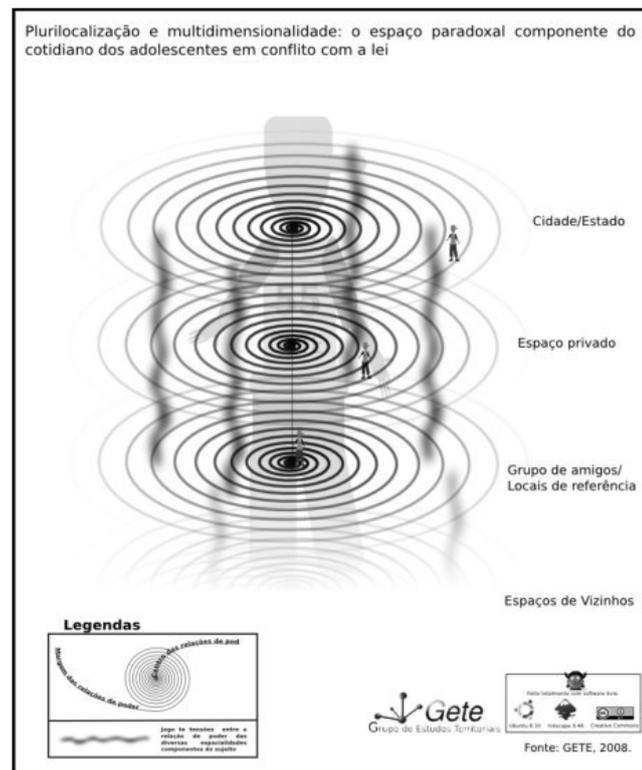
As explicações generalizantes sobre fatores que influenciam a conduta infracional de um adolescente pouco auxiliam na compreensão do fenômeno da violência e na formulação e execução de políticas públicas.

Massey (2008) argumenta que a concepção de espaço deve compreender processos e relações em constante movimento e que, sendo assim, é na contemplação da dimensão espacial que podemos compreender a dinâmica da vida cotidiana, que abre perspectivas tanto à conduta infracional quanto à transformação da realidade violenta. Assim como Massey (2008), compreendemos que o espaço é necessariamente

político e em constante movimento de tensão, superando a visão estática e acabada da estrutura material.

Rose (1993) propõe a concepção de espaço paradoxal, no sentido de evidenciar que as pessoas possuem várias facetas identitárias que, colocadas em um jogo de tensões frente aos outros sujeitos, institui plurilocalizações em um espaço que é multidimensional e multiescalar. Um mesmo sujeito pode estar vinculado com o espaço familiar, em que suas relações de poder o colocam em posição periférica em determinado momento, e, ao mesmo tempo, com um grupo de adolescentes, em que suas relações de poder o colocam em posição central. Essas múltiplas posicionalidades estão em constante variação, dependendo das relações de poder, que se vinculam com diferentes elementos, como raça, renda e gênero, assim como com diferentes escalas espaciais.

Figura 1 – Modelo de Espaço Paradoxal baseado na teoria de Rose (1993).



Os termos de declaração registrados na Delegacia do Adolescente e Antitóxicos da Polícia Civil em Ponta Grossa apresentam discursos pro-

duzidos no contexto em que os envolvidos no ato infracional prestam declarações. Assim, as versões dos adolescentes em conflito com a lei, de vítimas, de pessoas responsáveis pelos adolescentes e, ainda, de testemunhas, demonstram a variação entre múltiplas posicionalidades envolvendo o cotidiano do grupo focal observado. É possível constatar que, em determinados contextos espaciais, os adolescentes em conflito com a lei ocupam posicionalidades distintas, como pode ser exemplificado a partir de alguns fragmentos da versão elaborada por um adolescente usuário de substâncias tóxicas que praticou furto.

Que o declarante é viciado em “crack” desde os 15 anos; Que o declarante parou de estudar na 5ª série e também não trabalha; [...] o declarante afirma que arrombou um Ford Fox preto juntamente com J. onde tinha \$ 220 dólares e R\$ 400,00 reais em espécie e uma folha de cheque no valor de R\$150 reais; [...] Que do resto do dinheiro o declarante comprou “pedra”; que o declarante comprava “crack” de A., maior de idade que morava na Ronda, mas agora está presa; Que o declarante afirma que parou um pouco de fumar “crack” e de sair com os “piá”, pois brigou com o J.; Que quando alguém aparece com dinheiro na Vila e troca por “crack” “chove neguinho” atrás querendo uma “pedra” (Declaração registrada em 23/3/06).

É possível inferir que o adolescente ocupa posição de marginalidade em relação ao Estado e ao Sistema Educacional, bem como em relação à pessoa que fornece a ele substâncias tóxicas em troca de objetos furtados ou dinheiro proveniente da venda ilegal dos mesmos. Ao mesmo tempo, ele ocupa posição de centralidade no grupo de adolescentes que adotam as mesmas práticas de consumo, o qual depende muitas vezes da associabilidade. Contudo, não é apenas por meio do discurso elaborado a partir da versão do adolescente que se podem observar as possibilidades de variações de posicionalidade dos sujeitos deste estudo. As versões sobre declarações de testemunhas e do sistema policial e judicial também compõem este universo.

[...] desde a data de ontem por volta das 17:00 horas que o mesmo saiu de casa e não retornou; Que L. tinha conhecimento de que foi intimado a comparecer nesta Delegacia na data de hoje para prestar declaração; Que L. é viciado em “crack” e rouba para comprar tal droga; Que a declarante não deixa L. passar fome; Que L. tem o que comer em casa e quando o mesmo quer roupa a declarante compra, é usada mas compra; (...) Que L. por último fugiu da Semi-Liberdade e a declarante queria mesmo que L. ficasse fechado no SAS porque lá ele não usa droga e não sai aprontar. (Declaração da mãe do adolescente, registrada em 13/3/06).

[...] esta Autoridade Policial REPRESENTA perante este r. Juízo de Direito, manifestando-se o i. representante do Ministério Público Estadual, pela Decretação Judicial de Internamento dos referidos menores junto à estabelecimento correccional, haja vista, conforme já foi demonstrado, que eles apresentaram ser pessoas de conduta violenta, tornando-se assim, grave ameaça à vida em sociedade. Conforme foi apurado, o menor J. juntamente com L., [...] pré-intencionados ao roubo, chegaram na casa e ao pedirem comida para a criança L. de O., este lhes atendeu prontamente e sendo pessoa sem malícia acabou contando que estava sozinho em casa, momento em que os infratores invadiram a casa de forma violenta, rendendo a vítima e colocando-o em cárcere privado enquanto praticavam o roubo. (Registrado em 27/7/2005).²

As diferentes versões sobre os atos infracionais de adolescentes podem evidenciar posicionalidades distintas, conforme os atributos e contextos específicos vivenciados pelos adolescentes. No contexto da família, o adolescente ocupa posição de marginalidade, pois suas práticas não são aceitas no convívio familiar. O mesmo acontece em relação ao discurso do delegado de polícia, que, baseado em leis e normas hegemônicas, reprova as práticas dos adolescentes, evocando a não-conformidade destas com o convívio social.

Nesse sentido, as práticas dos adolescentes do sexo masculino em conflito com a lei devem ser compreendidas a partir de espacialidades vivenciadas cotidianamente, compostas simultaneamente de fatores que envolvem múltiplas escalas de relações. Tais espacialidades compõem os diferentes níveis de vulnerabilidade desses adolescentes à conduta infracional.

Enfim, essas espacialidades não estão desconectadas; pelo contrário, as escalas espaciais urbanas relativas ao fenômeno das infrações cometidas pelos adolescentes são paradoxais, para utilizar o conceito de Rose (1993). Os sujeitos fazem parte simultaneamente de várias escalas e suas ações provocam plurilocalizações entre centro e margem das configurações espaciais. Além disso, é importante ressaltar que há ainda a relação entre as dimensões adotadas. Um mesmo adolescente pode ser considerado margem numa escala de vizinhança em suas relações de parentesco e centro de uma configuração de poder que envolve um conflito entre grupos rivais na escala da cidade.

Também pode estar numa posição de margem quando se considera a distribuição de riquezas, serviços e infraestrutura urbana, mas pode se alçar ao centro quando se trata do domínio de certos locais de tráfico

² Representação de busca e apreensão de adolescente infrator expedida pelo delegado de polícia à MD. juíza da Vara da Infância e Juventude de Ponta Grossa.

da cidade. As carências das periferias pobres podem ser homogêneas, mas é sua articulação com outras dimensões da existência cotidiana dos adolescentes que proporciona níveis de vulnerabilidades distintos à conduta infracional. As carências das periferias pobres são fatores importantes, mas, se consideradas de forma simplista, não explicam por si só os atos infracionais.

O espaço urbano torna-se fundamental na compreensão do fenômeno da violência promovida nas cidades. Contudo, o espaço contém em si as duas faces, complementares e contraditórias. Ele pode ser tanto um elemento de aprofundamento da vulnerabilidade aos atos infracionais cometidos por adolescentes como pode ser também promotor da paz e do reforço dos laços positivos de integração social.

Enquanto sujeitos envolvidos em uma teia de múltiplas dimensões e plurilocalizações, os adolescentes vivem, em cada dimensionalidade, relações de poder em que sua localização pode variar entre centro e margem, como ensina Rose (1993). Se, em uma escala, eles são tidos, estigmatizadamente, como periféricos, então procuram ser o centro em outras dimensões, de modo que tudo depende desse jogo de tensões que o sujeito vive nas diversas instâncias. O tráfico de drogas, segundo Feffermann (2006), pode colocá-lo numa posição mais central do que na escola.

Enfim, os meninos adolescentes em conflito com a lei são ativos em suas escolhas, num contexto socioespacial em que sua posição periférica tem sido tensionada pelo exercício de atos infracionais que lhes conferem, pelo menos momentaneamente, uma posição de luta e poder. É a partir desse jogo complexo entre escalas espaciais, associado às tensões de poder, aos valores morais da sociedade e aos grupos identitários produzidos pela situação de carência de todas as ordens, que se podem compreender as práticas realizadas pelos meninos adolescentes em conflito com a lei.

Elementos identitários dos adolescentes em conflito com a lei

A análise dos processos da Delegacia do Adolescente e Antitóxicos da Polícia Civil evidencia que os atos infracionais mais recorrentes de ações vinculadas aos grupos de adolescentes do sexo masculino se relacionam com agressão, vias de fato e lesão corporal. Isso ocorre em 85% dos atos dessa natureza, que representam 8,6% do total de atos infracionais no período de 2005 a 2007. A relação entre grupos e atos

de agressão, lesão corporal e vias de fato só está abaixo do índice de ações em grupo que envolvem atos de furto simples e qualificado, roubo e assalto, os quais representam 92% dos atos dessa natureza.

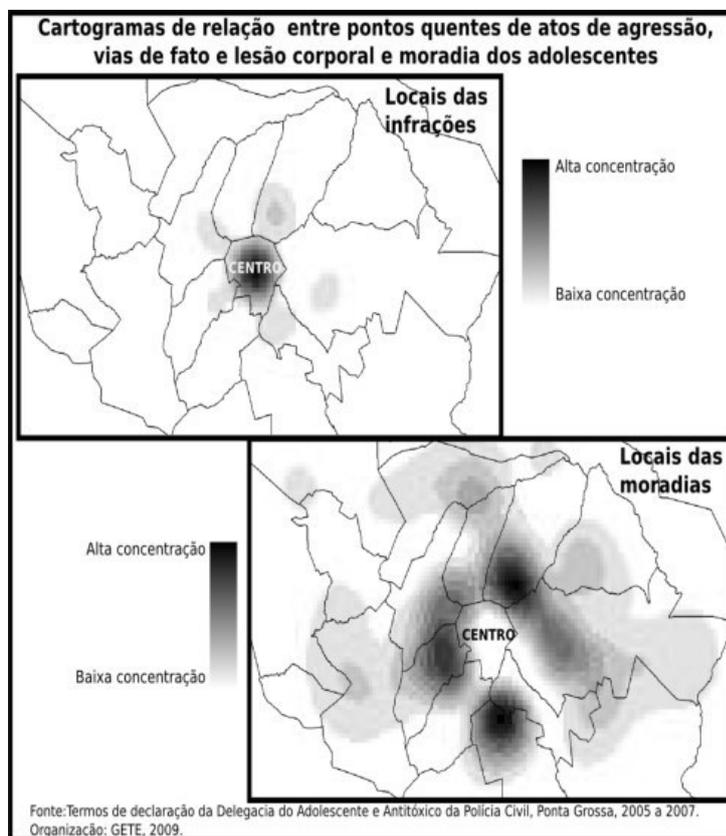
Os atos infracionais de agressão, vias de fato e lesão corporal são praticados, em sua grande maioria, na área central de Ponta Grossa, que concentra 28% dos casos. Os autores dos atos infracionais, contudo, são procedentes de áreas da periferia pobre de Ponta Grossa em 99% dos casos que envolvem os adolescentes. Nos casos envolvendo agressão, vias de fato e lesão corporal cometidas por adolescentes do sexo masculino há fortes conflitos envolvendo grupos de diferentes vilas das periferias pobres da cidade. A análise dos dados evidencia que há três pontos principais de concentração de moradia de adolescentes envolvidos nesses atos infracionais: o primeiro é a área de Vila Oficinas e Oficinas Taques; o segundo localiza-se entre as vilas Jardim Carvalho e Ana Rita (Vilela), entre as vilas Rio Branco e Coronel Cláudio; e, por último, a área da Vila Nova.

Para este ensaio, foi selecionada a área correspondente às vilas Oficinas e Oficinas Taques. A escolha está relacionada com a distribuição espacial dos locais dos atos infracionais cometidos por meninos adolescentes e seus respectivos locais de moradia. As áreas que mostram maior concentração desses dois elementos podem ser observadas na Figura 2.

Com base no modelo de análise que incorpora diferentes dimensões e escalas envolvendo variados tipos de atos infracionais, buscou-se analisar como as vozes dos sujeitos sobre suas práticas poderiam sustentar ou contestar os padrões espaciais. Para tanto, foram realizadas entrevistas semiestruturadas,³ no dia 25 de outubro de 2008, com adolescentes do sexo masculino moradores das vilas Oficinas e Oficinas Taques que estiveram em situação de conflito com a lei no período escolhido como recorte temporal da investigação. A estrutura do roteiro explora experiências a partir de três escalas espaciais vividas: o espaço da vizinhança, outras vilas e área central.

3 O roteiro de entrevistas foi organizado de modo que os adolescentes pudessem relatar o seguinte: suas experiências de convívio no espaço privado da família, no espaço escolar e em unidades/postos/instituições da área da saúde; suas experiências em espaços de vizinhança, em outras vilas e nas áreas centrais da cidade; e suas experiências de envolvimento em atos infracionais e/ou que ocasionaram intervenção policial. Contudo, somente as informações que fazem referência às escalas de análise já explicitadas são tomadas como base para o presente ensaio. A metodologia aplicada no trabalho de campo contempla uma aproximação com a linguagem vigente no grupo, e assim, os questionamentos presentes no roteiro foram reescritos de acordo com as gírias e a comunicação interpessoal mais usual e convencional do grupo pesquisado. Há também explicações, dadas pelos próprios adolescentes, a respeito dos termos utilizados por eles cotidianamente. Finalmente, os nomes dos adolescentes desta pesquisa são fictícios.

Figura 2



Em relação às experiências vividas em espaços de vizinhança, os adolescentes estruturam seu discurso em duas categorias fundamentais: “o adolescente em relação com os vizinhos” e “locais de referência para o encontro entre iguais”. Os trechos de relatos que se seguem ilustram o perfil de relações estabelecidas entre os adolescentes e a vizinhança.

[...] Os vizinhos me odeiam, dizem: ‘é um drogado, vagabundo, ma-loqueiro’, os vizinho falam ‘maconheiro, ladrão’ [...] sempre tinha também os vizinho, ‘pescoço’, que ficavam olhando do vidro pra gente, a gente passava eles ficavam de bico lá, e a gente já falava se eles ‘iam ficar cuidando muito a gente’. (Gorpo).

[...] Os vizinhos só de caguetagem né. Tudo mundo meio burguês de vizinho, daí foram falar que eu tava na linha e não sei o quê. Falam

que eu fumo brown⁴ pra minha mãe. E daí como eu fumo altos, e não só brown, só piora a coisa né. E o pior é que eu faço tudo o que eles falam né, eu, os camarada, disso de fumá né. Porque daí minha mãe fica envergonhada dos outros falarem pra ela, que teu filho tava queimando uns baseado ou tá fumando pedra⁵ [...]. (Spun).

A categoria analisada evidencia que os adolescentes entrevistados estabelecem, por meio de suas práticas cotidianas, relações de tensão com outras pessoas em seus espaços de vizinhança. No entanto, essa tensão não impede que cotidianamente mobilizem táticas de transgressão ao ato de vigiar exercido pelos vizinhos, nem impede o acesso a espaços de sociabilidades como a referida linha férrea.⁶ Nos relatos, há a tendência de interiorização do rótulo do ser transgressivo quando Spun admite que faz tudo o que eles falam, manifestando também sua preocupação com as consequências de seus atos sobre a figura materna.

Os locais de referência para o encontro entre iguais são relatados com entusiasmo e até mesmo com certo tom de orgulho. Se a oposição se estabelece entre adolescentes e vizinhos, é nesses pequenos redutos de encontro entre iguais que se estabelecem práticas cotidianas que são reconhecidas e valoradas positivamente pelos adolescentes, como compartilhar bebidas alcoólicas, cigarros e drogas ilegais, como a maconha e o *crack*. E é entre estas práticas que compartilham desejos, amores, raivas e disputas.

[...] Mas aqui é tudo dia né, a cena de: passando pra hora do almoço, sempre na saída da escola né, venho no terminal, fumo um brown, olho as gatinha, vazo⁷ embora almoçar. Almocei, voltamo, lá por duas hora, quando daí não tem que trampo,⁸ se cruzamo⁹ na praça e sempre rola¹⁰ de fazer correria¹¹ de brown, gole,¹² não pode faltar né [...] pedra também [...] Tipo nós não samo daqueles que

4 “Brown”, na linguagem do grupo, quer dizer maconha.

5 “Pedra” é o nome popular da substância *crack*.

6 O trabalho de campo permitiu constatar que a linha férrea é um dos pontos de encontro de adolescentes usuários de *crack* moradores em diferentes vilas da área estudada.

7 O termo “vazar” significa, para o grupo, ir embora, sair de determinada área.

8 “Trampo” quer dizer trabalhar, de acordo com Gorpo.

9 “Se cruzar” significa, para os adolescentes entrevistados, encontrar outra(s) pessoa(s).

10 “Rolar”, de acordo com o grupo, é sinônimo de acontecer.

11 Os termos “corres”, “correra” e “correria” têm o significado de ir até o traficante ou atravessador e comprar algum tipo de droga.

12 “Gole”, para o grupo, quer dizer bebida alcoólica.

andam com os cara que não conhece muito bem, maioria dos cara aqui que andam com nós aqui, é nós aqui, os piá, que é a gente que a gente conhece de anos já [...] nós sabemo qual que é quando os cara fazem alguma, conhecemo já da correria os cara. E é difícil rolar treta¹³ entre nós, se bem que às vezes rola umas [...] umas desavença assim, mas nada a ver, depois a gente sempre se acerta. [...] Nunca tamo ali de cara,¹⁴ nunca tamo ali sem usar uma droga, nunca sem tomar um gole, nunca sem fumar um cigarro, nunca sem usar nada. Sempre na vida loca! (Gorpo).

Quando eu tô ali na praça eu vô na correria, tomo gole, fumamo maconha, nunca de cara [...] Tem muitas vezes que se une uma galera, quando tem os fervo aí, a Zona Sul em peso né: Ouro Verde, Sta Marta, Cipa [...] A galera vem pra curtir quando tem os fervo né. (Anísio).

A praça, por ser um local público, é apropriada por relações de poder pelos sujeitos que a frequentam, marcadas pelas práticas transgressoras que pontuam seus relatos. A habilidade no trato das práticas transgressoras interfere na posicionalidade dos sujeitos na configuração das relações de poder quando se observam a escala dos espaços de vizinhança e os locais de referência. A centralidade das relações de poder obtida pelo adolescente nesta configuração se dá tanto pelo consumo exacerbado de bebidas alcoólicas e drogas quanto pelo envolvimento na dinâmica de acesso a essas substâncias químicas para posterior consumo dentro do grupo.

Aquilo a que os adolescentes se referem como “corres”, “corrêra” ou “correria” está relacionado ao movimento realizado a partir dos espaços de vizinhança e dos locais de referência na mobilização da chamada “intêra”, que significa reunir quantias em dinheiro de dois ou mais adolescentes para o consumo de álcool ou de substâncias entorpecentes ou tóxicas. Nesse sentido, ocupam a centralidade na configuração da escala das experiências em espaços de vizinhança os adolescentes que em determinados contextos obtêm maiores recursos para a “intêra”, que sabem encontrar os locais de venda ilegal das substâncias e, assim, mobilizar o “corres”, bem como aqueles que realizam um uso mais intenso dessas substâncias, evidenciando resistência física.

13 O termo “treta”, que tem vários significados, é mais utilizado para fazer referência a confrontos entre grupos de diferentes áreas e a brigas em geral.

14 “Estar de cara”, segundo explicação do grupo, caracteriza o estado em que o sujeito não está sob a influência de substâncias entorpecentes ou tóxicas, ou álcool. Portanto, as frases: “Nunca tamo ali de cara”, ou, “nunca de cara” significam estar sempre, ou quase sempre, em estado emocional em que se sente os efeitos dessas substâncias.

Pode-se afirmar que os códigos e valores específicos do grupo orientam práticas e influenciam a instituição de suas identidades enquanto adolescentes das periferias pobres e em conflito com a lei. As identidades e *performances* exercitadas por eles subvertem a identidade hegemônica masculina, pois a desagregação do tecido social não disponibiliza os recursos suficientes à prática do consumo à qual ela está relacionada. Algumas das estratégias para o consumo envolvem outros tipos de atos infracionais, tais como furtos, roubo, assalto, tráfico e porte de substâncias.

A praça, enquanto referência espacial e de encontro dos adolescentes das vilas Oficinas e Oficinas Taques, é também acessada por adolescentes de outras vilas, e este aspecto é fundamental para estabelecer a relação entre a escala das experiências em espaços de vizinhança e a escala das experiências em outras vilas, pois, ao conhecerem adolescentes destas, e na formação de laços e adesões, os adolescentes da Vila Oficinas e da Vila Oficinas Taques têm a possibilidade de exercer o saber/poder de entrar em inúmeras vilas, individual ou coletivamente. Estes são fatores que facilitam a prática do “corres” e da “intêra”, e eles podem ser identificados como grau de adesão entre o conjunto de adolescentes de vilas próximas, representado, no caso analisado, pela denominação “Zona Sul”. Entretanto, não são todos os adolescentes que acessam determinadas vilas, isso por causa do risco de serem reconhecidos ou identificados como componentes de grupos de outras vilas que anteriormente participaram de conflitos. Seja como for, temos um exemplo do potencial de tensão da plurilocalização cotidiana dos adolescentes da pesquisa.

Esses fatores são melhor compreendidos quando recorrermos à escala espacial de análise das experiências vividas em outras vilas da cidade, que está marcada por duas categorias discursivas: as experiências individuais e as experiências em grupos. As experiências individuais são resgatadas pela “habilidade” de saber “entrar e sair” de espaços que não são reconhecidos como seus, ao mesmo tempo, no mapeamento mental de vilas “amigáveis e inimigas” e com o estabelecimento de “táticas” de aliança com os “caras” que são de outras vilas:

Ih, não dá nada, eu vô em tudo quanto é vila, nas mais perto eu vô mais né, tipo Cipa, não tem crise. [...] E daí de conhecer os outros cara, de corres [...] é de boa. É só saber entrar e sair. (Gorpo).

Minha vô mora ali na Encopa, mas nunca rolou nada, tipo ela mora na frente do ponto de ônibus. [...] De vila que eu não vou é Coronel, tipo, vai que alguém lá conhece, aí fica embaçado. Lá eu não vou, só passei de carro lá e fiquei meio cabreiro.[...] (Spun).

A honra e a cumplicidade são resgatadas de forma recorrente nas experiências relatadas pelos adolescentes. Silva (2007) adota a honra em seu trabalho como sendo um processo relacional, regido por um princípio individual e um princípio coletivo. Ou seja, a honra do adolescente ou de seu grupo depende de sua capacidade de reconhecer e compartilhar os valores morais estabelecidos, que determina quem “marcou”.

Já rolou de a gente ir em outra vila pra cobrar um bronca,¹⁵ isso rola, mas é quando algum marcou¹⁶ e a gente vai pra cobrar do cara né [...] (Spun).

Nesta escala espacial, os adolescentes evidenciam que, por meio de suas práticas cotidianas, há o envolvimento em redes de relações articuladas entre os espaços de vizinhança e outras vilas. Essas redes, por um lado, permitem o acesso dos adolescentes a diferentes vilas, tanto de modo individual quanto coletivamente. Por outro lado, ao acessar os nós da rede, o conhecimento sobre as espacialidades de outros grupos de adolescentes é fundamental. As outras vilas, mesmo com o estabelecimento de contato anterior ou adesão ao conjunto da Zona Sul, se constituem como configurações espaciais nas quais os adolescentes entrevistados podem ocupar tanto posição de marginalidade quanto de centralidade. Spun demonstra, mediante seu relato, que, em contextos espaço-temporais específicos, existe a possibilidade de ocupar posição de centralidade nas configurações territoriais em questão. Isto é, às vezes, por meio de experiências em grupo, os adolescentes desenvolvem estratégias de conflito com integrantes de outras vilas, por causa de desavenças, deslocam-se dos espaços de vizinhança e estabelecem confronto em vilas alheias.

Em relação à vila que Spun afirma não acessar, deve-se considerar que grupos de adolescentes da Vila Coronel Cláudio e da chamada Zona Sul já se envolveram em conflitos no centro da cidade no ano de 2005 e 2006, como observado pelos adolescentes. Entretanto, pode-se considerar que, nesta escala de configuração de relações de poder, na vila Coronel Cláudio os adolescentes entrevistados ocupam posição de marginalidade, razão pela qual o acesso é restrito, ainda que não impossível.

15 A expressão “cobrar uma bronca”, de acordo com Anísio, significa promover um acerto de contas com alguém com quem houve alguma desavença.

16 “Marcar”, de acordo com Gorpo, quer dizer fazer algo que os outros reprovam.

As experiências vividas na área central são resgatadas pelas evocações, que trazem as experiências individuais e em grupos bem como os locais de referência identitária. As experiências individuais na área central são atreladas a vários motivos. O centro se configura como área que proporciona o contato mais facilitado com adolescentes de grupos rivais e de outras vilas da cidade.

Eu vou de boa, tem que tá cabreiro sempre né, tem uns que conhece né, tem que saber pra onde que vai né, ade não! Se você tem que ir lá na Caixa Econômica, você vai, as treta é mais em fervo, se tem que resolver uma treta no banco dez horas da manhã, os caras não vão tá lá. Agora se você for quando tá rolando algum bagulho lá, e vai sozinho, marcando [...] imagine se falar que é da Zona Sul. Mas aqui, nós da Zona Sul, pros cara já era né! Se começa a ir demais pro centro né, aí, é mais fácil de ir encontrando a galera de outras vilas, a gente vai pra dá uns balão,¹⁷ mas não direto. [...] (Spun).

Ir sozinho ao centro para os adolescentes entrevistados pode ser observado como um colocar-se em estado de alerta diante de possíveis encontros com adolescentes e grupos de outras vilas. É estar num espaço passível de articulações entre diferentes grupos e de tentativas, por parte destes, de impor subordinação e centralidade nas relações de poder. Ir sozinho ao centro, a partir dos sujeitos desta pesquisa, é mobilizar táticas de defesa e proteção numa configuração na qual a posicionalidade deles é a margem.

Entretanto, esta característica não delimita um espaço de controle e poder que emana de apenas um grupo, ou apenas do centro da configuração das relações entre os grupos. Foucault (1988) sugere que há um feixe de relações complexas no qual também estão envolvidos os focos de resistência dos grupos marginalizados. Portanto, há sempre rearticulações e transformações das configurações territoriais instituídas no centro da cidade, a partir de grupos e suas existências multiescalares.

Na segunda categoria discursiva referente às experiências vividas na área central “em grupo”, o conflito entre grupos e os elementos de instituição de territórios se mostram mais evidentes, tanto pelas adesões entre adolescentes e grupos quanto pela evidência de estratégias mobilizadas diante da tensão no contato entre grupos de diferentes vilas.

Quando nós vamo de mais gente, aí é *figth*, UTI! (risos). Tá ligado? Uma vila quer mandar mais que a outra, e foram altas vezes que rolou de treta no centro com outras galera. Sempre rola de subir resolver uma bronca no centro, sempre rola. Quando tem alguma coisa, tipo

17 “Dá uns balão” significa dar voltas pelo centro, passear.

show de Rap, essas parada [...] A Machine fechou, mas antes tudo a galera ia, os cara iam numa galera. As treta normalmente sempre rolavam ali no Parque Ambiental, na frente da Magic, na Avenida da München, e sempre tem né [...] da galera se unir assim pra cobrar uma bronca, sempre tem né. Nós tava fechando o tempo com uns cara, tipo [...] rolava sempre de tretá com a Coronel Cláudio, daí tem os cara também lá da Rio Branco, Vilela que né, não curtem nossa galera aqui debaixo, da Zona Sul né. As vezes os cara se reúnem assim, às vezes os cara até tem treta, mas só pra derrubar nós, os cara se juntam daí. Eles fazem isso pra tentar derrubar a vila mais forte e depois acertam o lado deles daí né. (Gorpo).

As estratégias de conflito, conforme os adolescentes expõem, podem partir da união de grupos rivais, demonstrando que o território tem a negociação como um dos dispositivos de sua instituição. No contexto dos grupos, os adolescentes mobilizam táticas complexas, que vão além da proteção e defesa face sua posição marginal. Nesse contexto, apresentam-se variadas táticas desconstrucionistas, como se observa na reunião de diferentes grupos da “Zona Sul” e as estratégias de conflito em locais de referência, tais como o Parque Ambiental, a Rua Benjamin Constant, a Avenida da München e as proximidades da danceteria Magic e da extinta danceteria Machine. Em muitos momentos da investigação de campo, observou-se que o termo “fervo”, que para os adolescentes significa a reunião em torno de alguma festa ou os próprios locais de referência, é um dos contextos em que o centro se constitui como espaço de conflito. Neste espaço, as *performances* adotadas pelos sujeitos se relacionam ao saber/poder de ir a vias de fato, agredir e causar lesões corporais aos sujeitos de grupos rivais.

Performances que provocam e que envolvem a afirmação do grupo e dos adolescentes que buscam estabelecer o centro das relações de poder em configurações socioterritoriais em áreas do centro de Ponta Grossa são também mobilizadas pelos sujeitos. Além disso, as práticas até então relatadas revelam a complexidade do cotidiano dos adolescentes. Um pequeno exemplo de como as experiências dos adolescentes em conflito com a lei produzem o espaço, que, como sugere Rose (1993), é paradoxal, pode ser observado no seguinte relato de Gorpo:

Sempre tinha um movimento, dos home e piá que descia [...] coxava alguém, mas arrebetava na pancada, levavam até embora às vezes, deixava na frente do barraco [...] Na escola sempre tinha uns ou outros que a gente não gostava e que não gostavam da gente [...] E os cara da Coronel às vezes vinha na gente no centro. Era os cara da Coronel, Vila Nova, é que às vezes quando tinha festa na escola, assim, eles vi-nham e aí rolava um apavoro, e eles ainda não curtiam ninguém, mas

daí tipo queriam se fazer respeitar. Às vezes vinham no tempo de aula também, na saída. Tipo, quando era de um de nós lá, ia pro centro e eles catavam. Um de nós ia pro centro e eles catavam um de nós aqui da vila, quando ia pro centro eles iam lá e coxavam o cara na pancada, roubavam, e é por isso que rolava essas treta, porque quando eles vinham pra cá, era a mesma coisa, nós acabava com os cara, aí ficava nessa, de cobrar a bronca. Tinha vez que nós subia lá no centro só pra brigar. E nós sempre entrava numas dessas com altas galera, Coronel Claudio, Vilela, Rio Branco, altas vilas! Barreto, Olarias, quem aparecesse! Isso não tinha de escolher também, com quem brigar [...] A gente mesmo fazia alguma coisa só pra coxar algum cara. (Gorpo).

As espacialidades dos grupos, para os adolescentes desta pesquisa, são de suma relevância enquanto elementos identitários, visto que não é apenas o adolescente que se envolve em conflitos entre os grupos; é o adolescente que se referencia enquanto sujeito que vive em uma vila e que ocupa posição de centralidade ou marginalidade em dados territórios. As *performances* dos adolescentes são edificadas conforme os valores e códigos simbólicos específicos dos grupos, e elas são mobilizadas de modo variado nas múltiplas espacialidades e escalas das experiências cotidianas. A reflexão sobre as proposições de Butler (1993, 2003), de Rose (1993) e de geógrafos(as) que pesquisam as identidades masculinas, assim como o contato com o grupo focal, permite compreender que a identidade é uma construção variável no espaço, no tempo e no contexto do grupo.

Os adolescentes entrevistados revelam uma série de elementos presentes em sua existência cotidiana que estão relacionados a *performances* associadas ao modelo masculino hegemônico, tal como o poder de causar dano, a força e o comportamento violento, como observa Nolasco (2001). O adolescente que assume uma *performance* de homem forte, valente, e que não foge do conflito na área central, ocupa o centro da configuração territorial na escala das experiências vividas em espaços de vizinhança. Aquele que não se envolve no confronto físico com outros grupos, mas é partícipe do contexto, por sua vez, ocupa a margem da configuração nessa escala.

Portanto, mediante a relação tensa e complexa entre as escalas de experiências, queremos afirmar que não há a instituição de uma só identidade masculina entre os adolescentes, mas de múltiplas delas, relacionadas aos grupos e resultantes de uma relação antagônica e complementar diante do modelo hegemônico de masculinidade. Contudo, a instituição de territórios entre os adolescentes é parte constitutiva do processo de formação das identidades masculinas, seja no contexto do grupo, seja na instituição de estigmas sobre o ser adolescente homem em conflito com a lei ou que compartilha de práticas como aquelas relatadas

pelos adolescentes deste ensaio. Como sugere Butler (1993), o padrão idealizado sobre o gênero não pode ser alcançado em sua totalidade, e assim, os adolescentes constroem identidades masculinas não hegemônicas e em constante reconfiguração. Este processo também é mediado por meio de territórios.

Nosso ensaio evidenciou que o olhar do geógrafo para os adolescentes deve ir além do simplismo hegemônico de uma monomaskulidade, para desvelar as múltiplas masculinidades existentes na sociedade. Essas masculinidades são reveladas a partir de elementos, conforme Silva (2007), de interseccionalidades, como religião, raça, classe, profissão, sexualidade, etc. E esses elementos relacionais do cotidiano dos adolescentes produzem espacialidades, a que Rose (1993) se refere como “espaço paradoxal”, criando especificidades espaciais em que se desenvolvem as múltiplas masculinidades.

As masculinidades dos adolescentes em conflito com a lei, na maioria das vezes moradores de periferias pobres, produzem tensões nas estruturas hegemônicas das masculinidades. Esses sujeitos acabam por fazer opções e agir frente a uma realidade socioespacial de segregação e abandono social, constituindo para si, em seus espaços de vivência cotidiana, sentidos para sua existência. Contudo, tais sentidos acabam por deflagrar conflitos com a lei e a potencializar sua condição de marginalidade na escala da cidade.

A ciência não é nem boa nem má, mas, potencialmente, ela produz tanto visibilidades quanto invisibilidades. O fato de a ciência geográfica brasileira fechar seus olhos para a existência de sujeitos, como em nosso caso os adolescentes em conflito com a lei, contribui para a periferização do adolescente e a expressão de suas masculinidades.

A posicionalidade do pesquisador em relação ao grupo investigado evidencia um conjunto de relações multidimensionais e multiescalares em que cada sujeito do grupo investigado cria suas próprias espacialidades. Contudo, essas espacialidades são cotidianamente tensionadas.

A perspectiva dos estudos das masculinidades, além de dar visibilidade a grupos invisíveis, ou tornados invisíveis, abre a possibilidade de construção de uma resposta à geografia masculinista, que apregoa um modelo único de masculinidade e feminilidade, que deve ser superado pela visão da pluralidade.

Referências

- BERG, Lawrence D. Masculinity, place and a binary discourse of 'theory' and 'empirical investigation' in the human. *Gender, Place and Culture*, v. 1 n. 2, 1994.
- BUTLER, Judith. *Bodies that matter: on the discursive limits of "sex"*. London: Routledge, 1993.
- _____. *Problemas de gênero: feminismo e subversão da identidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.
- FEFFERMANN, Marisa. *Vidas arriscadas: o cotidiano dos jovens trabalhadores do tráfico*. Petrópolis: Vozes, 2006.
- FOUCAULT, Michel. *História da sexualidade I: a vontade de saber*. Rio de Janeiro: Graal, 1988.
- HOPKINS, Peter E. Young people, masculinities, religion and race: new social geographies. *Progress in Human Geography*, v. 31, n. 2, 2007, p. 163-177.
- JACKSON, Peter. The cultural politics of masculinity: towards a social geography. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 16, n. 2, p. 199-213, 1991.
- _____. Gender. In: ATKINSON, Davis; JACKSON, Peter; SIBLEY, David et al. (Orgs.). *Cultural geography*, London, I. B. Tauris, 2005, 222 p.
- LONGHURST, Robyn. Geography and gender: masculinities, male identity and men, *Progress in Human Geography*, v. 24, n. 3, p. 439-444, 2000.
- MASSEY, Doreen. Masculinity, dualisms and high technology. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 20, n. 4, p. 487-499, 1995.
- _____. *Pelo espaço: uma nova política da espacialidade*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2008.
- McDOWELL, Linda. The trouble with men? Young people, gender transformations and the crisis of masculinity. *International Journal of Urban and Regional Research*, v. 24, n. 1, March 2000.
- _____. Masculine identities and low-paid work: young men in urban labour markets. *International Journal of Urban and Regional Research*, v. 27, n. 4, December 2003, p. 828-48.
- MIGNOLO, Walter D. Os esplendores e as misérias da "ciência": colonialidade, geopolítica do conhecimento e pluri-versalidade epistêmica. In: SANTOS, Boaventura de Souza. *Conhecimento prudente para uma vida decente*. São Paulo: Cortez, 2004. p. 667-710.
- NABOZNY, Almir. *A complexidade espacial da exploração sexual comercial infanto-juvenil feminina: entre táticas e estratégias de (in)visibilidade*. 2008. Dissertação (Mestrado em Gestão do Território) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2008.
- NOLASCO, Sócrates. *De Tarzan a Homer Simpson: banalização e violência masculina em sociedades contemporâneas ocidentais*. Rio de Janeiro: Rocco. 2001. 302 p.
- ORNAT, Marcio J. *Território da prostituição e instituição do ser travesti em Ponta Grossa – PR*. 2008. Dissertação (Mestrado em Gestão do Território) – Universidade Estadual de Ponta Grossa, 2008.
- ROSE, Gillian. *Feminism & geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- _____. As if the mirrors had bled: masculine dwelling, masculinist theory and feminist masquerade. In: DUNCAN, Nancy (Ed.). *Bodyspace*. New York: Routledge, 1996, 278 p.
- SECRETARIA Especial de Direitos Humanos. Subsecretaria dos Direitos da Criança e do Adolescente. *Sistema Nacional de Atendimento Socioeducativo (SINASE)*. Brasília, 2006.
- SILVA, Joseli Maria. Análise do espaço sob a perspectiva de gênero: um desafio para a geografia cultural brasileira. In: ROSENDAHL, Zeny; CORRÊA, Roberto Lobato. (Orgs.) *Geografia: temas sobre cultura e espaço*. Rio de Janeiro: EdUERJ, 2005.
- _____. Gênero e sexualidade na análise do espaço urbano. *Geosul*, v. 22, n. 44, p. 117-134, 2007.

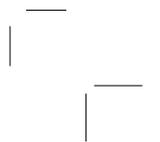
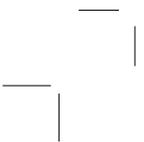
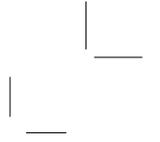
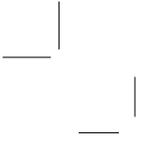




Parte III

AMPLIANDO O COLETIVO
DO FAZER GEOGRÁFICO
NA REDE DE ESTUDOS
DE GEOGRAFIA E GÊNERO
DA AMÉRICA LATINA
(REGGAL)





Tensões e corporalidades no espaço religioso católico

Edson Armando Silva



Pretende-se aqui apresentar algumas reflexões sobre os tensionamentos produzidos pelas mudanças nos papéis femininos sobre a autocompreensão da Igreja Católica sob o impacto do Concílio Vaticano II. O foco central do texto é o conjunto de interinfluências entre as construções teológicas e as mudanças nos valores e comportamentos da sociedade na qual a Igreja se insere. O espaço religioso católico se organiza com base em uma linguagem específica: a teologia. Entretanto, como observa Duncan (1990) em *The city as text*, ao analisar os significados da paisagem da capital de Kandy, Sri Lanka, os sistemas de significados e as práticas sociais se transformam mutuamente ao longo do tempo.

A percepção de como a presença feminina e as mudanças nos papéis e no comportamento feminino promovem tensões que conduzem a uma mudança na autocompreensão, mesmo em uma instituição profundamente marcada por valores milenares, revela o duplo vínculo que liga a Igreja Católica e a sociedade na qual ela está inserida. O fio condutor da análise será a mudança nas significações sobre o corpo feminino expressos na linguagem teológica. Vamos acompanhar essas mudanças por meio de artigos publicados na *Revista Eclesiástica Brasileira*, uma das mais

importantes e mais lidas revistas sobre teologia e pastoral publicada em língua portuguesa.

Em setembro de 1952, um leitor, preocupado com algumas práticas litúrgicas, envia uma consulta à *Revista Eclesiástica Brasileira* sobre a presença e participação feminina no altar durante a missa (ALEIXO, 1952). O consulente inicia sua questão afirmando que “é proibido, até *sub gravi*, a uma Religiosa (mulher) aproximar-se do altar da S. Missa” e segue formulando as questões que o preocupam sobre os procedimentos rituais e a possibilidade de participação da mulher nesses rituais. Pergunta se ela pode tirar o missal, as sacras, etc. do altar e preparar o altar enquanto o sacerdote reza o evangelho e se ela pode “deitar, embora muito de leve, o véu de ombro ao sacerdote, na ocasião da Bênção do SS. Sacramento”. Quem responde é Frei Aleixo, um dos mais respeitados frades da Província Franciscana da Imaculada Conceição, e ele o faz de acordo com as posições mais modernas da época. Tranquiliza o consulente, afirmando que “hoje em dia já não é pecado grave um leigo tocar os objetos acima mencionados”. Depois descreve as “faculdades especiais” que em muitas dioceses se concedem às freiras para “tocar os vasos sagrados, purificatórios e palas e também lavá-los (*prima lotio*)”. Conclui, entretanto, que, embora não sejam pecado as ações enumeradas pelo consulente, elas não são convenientes:

Posto que não devemos necessariamente taxar de pecado grave as ações enumeradas pelo consulente, não convém, contudo, de forma alguma, que a freira as exerça enquanto o padre estiver no altar. O sacerdote pode muito bem retirar-se, por alguns instantes, a fim de que a freira possa preparar o altar para a exposição e colocar o véu de ombro ao alcance do padre, etc. Desta maneira não é necessário que uma mulher se aproxime do altar durante as sagradas funções. (ALEIXO, 1952)

Esta passagem, que hoje nos soa quase como uma curiosidade, revela os dilemas e o pudores que envolviam o papel feminino e a exclusão da mulher de determinados espaços sagrados, no período pré-conciliar. Neste episódio se revelam, igualmente, tensões de longa duração que são colocadas em cheque no mundo moderno pelas mudanças no comportamento e nos papéis femininos. A Igreja Católica, assim como outras instituições cristãs, se tornou herdeira de diversas tradições androcêntricas. Sua estrutura de poder se baseia no exercício do sacerdócio, apresentado como um sacramento. O próprio surgimento da Igreja é apresentado como um mito nupcial: Cristo é o esposo e a Igreja, sua esposa. Essa é também, por sua vez, uma herança cultural da forma pela qual o mundo veterotestamentário expressava a Aliança: como núpcias entre Deus e Israel, seu povo.

Estas imagens são instituintes do papel simbólico do sacerdote. Nas núpcias simbólicas que instituem o poder eclesiástico, o sacerdote representa Cristo na sua relação com a Igreja. Na doutrina dos sacramentos, o corpo masculino é a matéria que se transmuta para a realização do sacramento da ordem, da mesma maneira que o pão se transforma no corpo de Cristo. E é justamente em torno do sacerdócio que se estrutura todo o poder institucional. Um poder, nesta visão, originado diretamente da relação entre Cristo e sua Igreja. Uma relação, portanto, estruturalmente mediada por relações de gênero.



Figura 1 – A imagem de Nossa Senhora é a referência católica do ideal de mulher.

Autor: Gisele Mugnaine

Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal



Figura 2 – O véu marca nos papéis femininos a associação com a figura de Nossa Senhora, Virgem e Mãe.

Autor: Gisele Mugnaine

Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

É esse conjunto de significados simbólicos que permite compreender o artigo assinado pelo Padre Antônio Feitosa na *Revista Eclesiástica Brasileira* intitulado “Grandeza do sacerdote” (FEITOSA, 1952). Nele o Padre Feitosa apresenta o sacerdote como “Alter Christus” pela “santidade da sua vida e pelo exercício do apostolado”. Para ele, o amor e o sofrimento fazem parte da natureza do sacerdócio: “o padre tem que ser um homem crucificado, sob pena de mentir totalmente aos ideais da sua vocação”. Diz, ainda de maneira mais enfática: “Que seria do padre que renegasse a sua cruz? Escândalo para os fiéis, ruína de muitas almas, calamidade para si mesmo, punhal atravessado no coração da Igreja”.

No dizer do autor, o papel sacerdotal expressa um paradoxo entre sacrifício e poder. Por um lado, a identificação sacerdotal com Cristo é feita pelo sofrimento e pela cruz, por outro, é do próprio Cristo que ele recebe a sua autoridade. O padre é, segundo Padre Feitosa, “um plenipotenciário de Deus para resolver neste mundo o negócio que mais interessa ao mesmo Deus: a salvação das almas”. Ele não mede palavras na exaltação da autoridade sacerdotal. O sacerdote é, nas palavras do Padre Feitosa, “Quasi Deus visibilis”, “mais que homem, maior que os reis”, “sômente em Deus podemos achar termo de comparação para a grandeza do padre”. Chega mesmo a afirmar que:

O mesmo Deus se subordina aos poderes do padre e obedece à sua palavra. Se o padre pronuncia as palavras sacramentais da consagração, Deus se faz presente no altar, na mais pronta obediência. Se o padre perdoa os pecados, Deus não os retém; se o padre os retém, Deus não os perdoa. (FEITOSA, 1952).

O texto acima não é um pronunciamento oficial da Igreja e nem uma peça doutrinária incontestável. Entretanto, expressa bem os valores eclesiais num momento no qual a eclesiologia se define em relações piramidais que apontam o seu vértice para Deus e para seu “representante na terra”, o papa, seguido pelos bispos (sacerdotes plenos), padres e leigos. Neste contexto, a Igreja se apresentava como continuação da encarnação do corpo místico de Cristo, “infallível” nas questões de fé e moral.

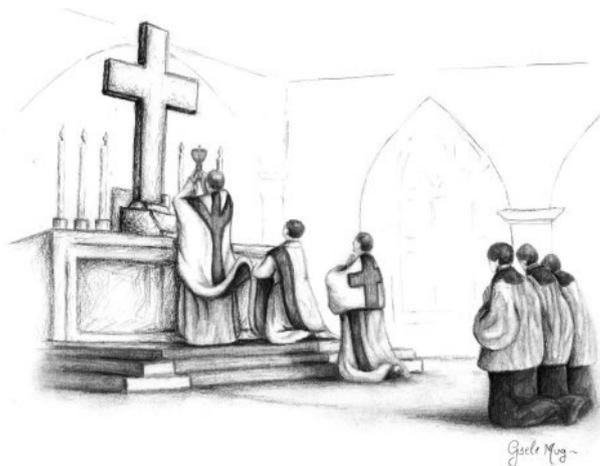


Figura 3 – De frente para o altar e de costas para o povo, o ritual da missa tridentina reafirma a hierarquização sobre a qual se assenta o poder eclesial.

Autor: Gisele Mugnaine
Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

A origem mítica do sacerdócio não é o único elemento estrutural tensionado pela presença feminina na Igreja. Um conjunto de outros elementos também se faz presente, definindo negativamente a sexualidade e o feminino na Igreja. Cria-se na sociedade ocidental uma associação entre o sexo e o pecado. A mulher é a expressão da tentação e o sexo é o fruto proibido que determinou a expulsão do paraíso.



Figura 4 – Homens e mulheres ocupavam lugares separados no templo, para se evitar as tentações.

Autor: Gisele Mugnaine
Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

A expansão do cristianismo no mundo romano a partir do século II e principalmente sua introdução na elite romana introduziu no cristianismo um elemento do estoicismo que é o desprezo pelo prazer. A imagem do homem romano virtuoso é a de alguém livre de paixões, que consegue dominar seus instintos. Esses conceitos penetram na cultura cristã por meio de Santo Agostinho, que interpreta o pecado original como sendo um pecado sexual. Muito além das afirmações do filósofo, entretanto, eles penetram a consciência média do romano e através dela influenciam o comportamento das comunidades cristãs. Ora, o próprio direito romano interpreta o casamento, não a partir da idéia do amor (moderna), mas a partir de uma associação para o desenvolvimento das virtudes, da procriação e educação da prole. A

visão romana de natureza e a associação com o comportamento dos animais (que copulam apenas no cio) levam à interpretação de que um comportamento virtuoso deveria levar ao desprezo ou, ao menos, ao controle sobre o sexo e o prazer.

Esse “modelo de virtude” permanece por séculos influenciando os valores cristãos e a idéia de santidade vigente no ocidente cristão. A hagiografia cristã propaga continuamente esses modelos de virtude e de castidade. Qualquer manifestação de sensualidade devia ser evitada no comportamento e nas artes.

Outro fator de influência na imagem negativa da sexualidade no mundo cristão se relaciona aos conceitos de pureza ritual prescritos no sacerdócio do Antigo Testamento. Eles, ao serem introduzidos no cristianismo, transformaram-se de meras prescrições rituais em culpa moral. No Antigo Testamento, o sacerdote, para participar do culto, deveria se abster de contatos sexuais assim como do contato com outras matérias impuras, como sangue, por exemplo. A associação entre sexualidade e impureza conduz à condenação prévia de qualquer manifestação de sensualidade, em especial quando associada ao corpo feminino. Na Igreja Católica, no período anterior ao Concílio Vaticano II, a sanção normalmente aplicada a esses comportamentos era a exclusão da comunhão.

A discussão ocorrida nas páginas da *Revista Eclesiástica Brasileira*



Figura 5 – A imagem do sacerdote é construída a partir dos modelos de santidade oferecidos pela hagiografia.

Autor: Gisele Mugnaine
Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

em torno das vestes femininas mostra, entretanto, que na década de 1950 já não há unanimidade sobre essa questão. As mudanças culturais ocorridas na sociedade brasileira produziam alterações nas relações de gênero e provocavam mudanças no comportamento feminino. No corpo sacerdotal, enquanto muitos pastores se empenhavam em conter essas mudanças, outros aceitavam os novos comportamentos com tolerância. Mais uma vez o Padre Feitosa levanta a voz para defender o direito dos bispos de proibir os padres de dar a comunhão a mulheres que forem à missa com “mangas que não cobrem

os cotovelos”. Mais uma vez Padre Feitosa (FEITOSA, 1955) demonstra fidelidade e entusiasmo por um modelo de igreja centrado na santidade e autoridade do sacerdote. Uma igreja “austera”, “virtuosa” e vigilante ante o perigo de “procacidade e desenfreamento da imodéstia nos trajos femininos”.



Figuras 6 e 7 – Quando a moda e o comportamento feminino se afastam do modelo marcado pela maternidade e pela castidade, são interpretados como ameaças à pureza oferecida pelos modelos de comportamento anteriores.

Autor: Gisele Mugnaine
Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

Apesar de se poder afirmar a predominância dessa visão, é interessante destacar, nas próprias palavras do Padre Feitosa, as tensões com outros setores da Igreja em torno do significado do feminino e da sensualidade. Diversos padres não concordam em negar a comunhão a senhoras e senhoritas que se trajassem de maneira “menos conveniente”. Os padres que Padre Feitosa critica afirmam, segundo ele, que o modo de trajar não é pecado mortal e que somente quem está nessa condição deve ser afastado da sagrada mesa. Mais do que isso, alegam que, nessas condições, não têm obrigação canônica de obedecer ao Ordinário (bispo a quem respondem numa determinada localidade),

uma vez que nenhuma “*necessitas Ecclesiae*” exige que se negue a comunhão a esta ou aquela senhora.

Mas o Padre Feitosa rebate esses argumentos, recorrendo à autoridade de diversos canonistas, e reafirma o direito de os bispos reprimirem o uso de determinados trajes. Mais do que isso, diante da diferença das normas em diferentes dioceses, Padre Feitosa afirma:

As normas de outro Ordinário que eu admito teòricamente, podem ser mais benignas ou mais rigorosas do que as do meu Ordinário. Se são mais benignas, não as posso adotar na prática, porque assim não obedeço fielmente e integralmente à ordem do meu legítimo Superior. Não assim no caso em que as diretrizes dispositivas do Ordinário estranho são mais rigorosas do que as do meu Ordinário. Posso na prática seguir as daquele, porque então cumpro integralmente as ordens do meu Superior, e ainda faço mais alguma coisa, *ad abundantiam*. (FEITOSA, 1955).

Embora no momento dessa polêmica se possa observar a hegemonia de uma posição conservadora, não se pode deixar de notar também que a Igreja é uma instituição permeável às transformações que ocorriam na sociedade, mas que luta pela manutenção de sua identidade institucional, e os significados dessa identidade são entendidos de maneira diferente pelos diferentes setores que a compõem. Embora a sexualização do pecado seja uma tendência secular e, especialmente a partir do Concílio de Trento, se assista a um processo de recrudescimento da identidade institucional centralizada na sacralização do sacerdócio, pode-se observar também a existência de outros movimentos, que enfatizam a necessidade da participação do leigo e da abertura à sociedade ambiente.

Desde a segunda metade do século XIX, setores do catolicismo se voltam para as questões sociais como uma maneira de responder aos desafios colocados pelo liberalismo e pelo socialismo, que, na época, eram compreendidos como concepções de mundo que disputavam, com a Igreja, a hegemonia cultural na sociedade moderna. A atuação desses movimentos resultou na publicação da *Rerum novarum*. Embora a autocompreensão eclesial ainda estivesse profundamente orientada pelo conceito de hierarquia, a proposta de uma reorganização do mundo do trabalho a partir da criação de sindicatos católicos e da formação de um patronato responsável impõe um papel muito mais ativo aos leigos (CAMACHO LARANÁ, 1995).

Essas duas correntes convivem na Igreja, levando-a a oscilar entre momentos de maior abertura ou fechamento ao mundo moderno. Ainda que, a partir de 1903, Pio X tenha desautorizado o catolicismo social e revigorado as condenações do Vaticano à sociedade moderna,

o catolicismo social permanece latente na estrutura eclesial, em organizações como a Sociedade São Vicente de Paula, e retoma parte de sua influência na Ação Católica. Presente no Brasil desde 1935, a Ação Católica contou com o apoio decisivo de Dom Leme e contribuiu para a construção de uma atuação crítica do laicato na Igreja. No Brasil, o apoio da Ação Católica a Dom Hélder Câmara e a Dom José Távora foi fundamental na fundação e consolidação da CNBB. O método de planejamento da ação da conferência episcopal foi herdado da Ação Católica (ver *Julgar e Agir*) e tensiona o olhar do episcopado para a realidade social brasileira.

Em que pese a existência de uma ampla discussão sobre o tema da Ação Católica e seus setores juvenis, como a JUC e a JOC, para permanecer dentro dos objetivos deste artigo pretende-se apenas ressaltar a existência de setores da Igreja com preocupações mais amplas do que a simples reafirmação da sacralidade sacerdotal (SOUZA, 1984). A redefinição do papel da Igreja diante das transformações do mundo inquietava amplos setores eclesial e leigos. Esses anseios irão encontrar um canal de expressão no Concílio Vaticano II. Diante da sociedade pluralista, que se constitui na segunda metade do século XX, a capacidade normativa da Igreja vai perdendo gradativamente a plausibilidade. Nem todas as demandas dessa nova sociedade são imediatamente atendidas. As tendências modernizantes e conservadoras se debatem durante o Concílio e depois dele. O próprio João XXIII, expressão dos setores que pretendem uma maior abertura da Igreja ao mundo moderno, recua diante de posições que pretendem mitigar a legislação sobre o celibato eclesial na fase preparatória do Concílio (MARGERIE, 1962).

Figura 8 – A igreja pós-conciliar, ao criar movimentos que se destinavam a setores da sociedade moderna, especialmente os movimentos de juventude, abre espaço para a resignificação dos comportamentos.

Autor: Gisele Mugnaine
Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal



Entretanto, o Concílio Vaticano II, mesmo sem tocar nos pontos mais sensíveis dessa polêmica, significou uma ruptura com o modelo de autoridade anterior. Ao retomar o diálogo com a sociedade e cultura modernas, a Igreja constrói uma nova autocompreensão e uma nova eclesiologia. Isso tem consequências na liturgia, no ecumenismo, no diálogo inter-religioso, na ação missionária, nos papéis do bispo, do presbítero, dos religiosos e dos leigos. Além disso, significou uma nova postura em relação à sociedade ambiente, em relação à família, economia, cultura, política, etc. O Concílio propõe a superação de uma eclesiologia piramidal, baseada na autoridade sacerdotal, para propor o conceito eclesial de “Povo de Deus”.

Essas mudanças na autocompreensão da Igreja têm sua contrapartida na estrutura de sentimentos dos agentes eclesiais. A perda de plausibilidade do modelo eclesial da Igreja como “sociedade perfeita” coloca em cheque o sentido da vida de agentes que dedicaram sua vida à construção da instituição. Os obituários de frades da Província Franciscana da Imaculada Conceição permitem antever algumas das dificuldades desses agentes. Toda uma geração de frades teve imensas dificuldades em entender e assumir uma postura mais flexível de diálogo com a sociedade moderna e plural. Dom Frei Henrique Müller relata, no obituário de Frei Hermenegildo Goralski, as dificuldades enfrentadas no período pós-conciliar na paróquia de Canoinhas:

Em Canoinhas, em começos de 1965, ainda não se fazia missa voltada para o povo. A reza da missa em vernáculo era novidade. Em vernáculo e virado para o povo nunca se fizera. Foi aí que tive minhas grandes brigas, intensos conflitos com o Frei Hermenegildo. Para ele me tornara “persona non grata”. Radicalizaram-se as posições. Eu executo a renovação litúrgica. Frei Hermenegildo é contra. Os outros confrades cada um era dono de seu nariz e de suas capelas. Assim como era o sistema paroquial de então. Nada de especial debaixo do sol. Apenas o Müller e o Goralski se engolfam numa luta inglória ou contra ou a favor do Vaticano II. Eu brigava sem ressentimento. Era a minha vantagem. Frei Hermenegildo sofreu até ao encontro com o Pai. Ele que me perdoe [...] (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1980).

Frei Hermenegildo é descrito por seu biógrafo como um sacerdote impecável: “O - *Tu es sacerdos in aeternum* - o fascinava e o comprometia”. Dom Frei Henrique Müller continua:

O “tremendum” do sacerdócio não admitia erro. Seu zelo e pontualidade em celebrar a missa e atender confissões eram a toda prova. Preparava-se para a missa e rezava a ação de graças. Não faria mal se nós sacerdotes pós-conciliares tomássemos e aprendêssemos a li-

ção. Na missa não omitia nada. No confessional era pontualíssimo. Lutava por arrancar o homem do pecado. (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1980).

Não é necessário dizer que o texto foi escrito muitos anos depois do embate, num momento em que a posição dos “sacerdotes pós-conciliares” já estava solidamente estabelecida. O elemento a destacar é o sofrimento provocado pela dissociação entre as convicções religiosas profundamente interiorizadas e os novos consensos que emergem vitoriosos na Ordem, no período posterior ao Vaticano II, de maneira que a estrutura de sentimentos perde sua consonância com a realidade exterior. Uma observação mais detalhada nas histórias paroquiais permite afirmar que esta crise não aconteceu apenas na paróquia de Canoinhas. As posturas dos sacerdotes oscilavam entre um e outro polo. O que se permitia em uma paróquia era proibido em outra. A postura de um confessor diante de determinados comportamentos variava de acordo com sua adesão a um ou outro modelo de igreja e conforme a concepção do seu próprio papel como sacerdote.

Essa dificuldade de adaptação aparece, também, no obituário de um irmão leigo franciscano, Frei Isidoro Back, nascido em Angelina, Santa Catarina, em 1906:



Figura 9 – De costas para a população e simbolicamente mais próximo de Deus, o ritual da missa tridentina reafirma constantemente a autoridade sacerdotal.

Autor: Gisele Mugnaine

Digitalização: Dyego Chrystenson Marçal

A maior abertura de nossas casas a pessoas de fora e ao elemento feminino, a flexibilidade dos horários, a diminuição da oração e meditação, o quase desaparecimento do silêncio dentro dos conventos, as inovações litúrgicas, a mudança bastante radical de certas estruturas tradicionais, a nova orientação na educação dos seminaristas e na disciplina dos seminários e outras tantas coisas. Isso tudo deixou o pobre confrade perplexo e com sérios conflitos de consciência. Será que aquilo que aprendera no noviciado e por tantos anos observara à risca caía agora tudo por terra? (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1983).

As dificuldades vividas por Frei Isidoro não estavam relacionadas com procedimentos pastorais, nem tampouco com a hegemonia de determinada corrente teológica. Ele não era sacerdote, era um irmão leigo que havia dedicado sua vida ao trabalho no interior de conventos. A questão para ele era também e principalmente de “sentido de vida”. A sua identidade franciscana, construída sob a égide da obediência e de uma rígida hierarquização, cujo vértice remetia a Deus, flexibilizava-se no diálogo com a sociedade moderna, admitindo as conquistas da ciência, em especial da psicologia, e a ascensão da participação dos leigos numa organização mais próxima, embora não coincidente, do moderno sentido de democracia. As posições “rigoristas” do passado são tratadas com uma ironia sutil que evidencia práticas anacrônicas. No novo “modelo de santidade” cunhado na igreja pós-conciliar valoriza-se mais o diálogo e a tolerância do que o rigor ortodoxo.

As transformações na estrutura eclesiológica repercutem tão intensamente nas identidades dos agentes, que não se restringem aos sacerdotes que atuam diretamente na cura de almas ou nos irmãos leigos. Mesmo os intelectuais mais familiarizados com o desenvolvimento científico do mundo moderno sofrem os impactos da mudança. Podemos tomar como exemplo o obituário de Frei Tomás Borgmeier. Ele tem um perfil diferente dos outros dois casos analisados acima. Trata-se de um cientista de renome internacional na área de entomologia, com cerca de 240 publicações, que ocupam mais de 5000 páginas impressas, professor de exegese bíblica, diretor da Editora Vozes e idealizador, fundador e redator assíduo da *Revista Eclesiástica Brasileira*, a mais importante revista destinada ao clero no Brasil. Trata-se, portanto, de um dos frades intelectualmente melhor preparados da Ordem. Frei Walter Kempf, ao descrever a fundação da *Revista Eclesiástica Brasileira* no obituário de Frei Tomás, assim se expressa:

Tinha perfeita consciência do alcance da sua nova missão que assumiu plenamente e exerceu com idéias claras e projetos bem formulados. Antes de mais nada, soube estreitar os laços com a hierarquia da

Igreja: Dom Sebastião Leme, Dom Jaime de Barros Câmara e Dom Agnello Rossi foram seus grandes amigos. Também mantinha bons contatos com a Nunciatura. Sua fidelidade à autoridade eclesial, isenta de qualquer vestígio de bajulação ou subserviência, decorria espontaneamente do conceito de ordem que aprendera com os escolásticos. (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1976).

Sua atividade de cientista consagrado, considerando os relatos e depoimentos a que se tem acesso, conviveu em perfeita harmonia com sua identidade religiosa. Seu biógrafo afirma que ele “um dia confessou a seu amigo Hugo Souza Lopes que desde os doze anos de idade não teve problema de fé, em cuja posse tranquila passou toda a sua vida” (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1976). Mesmo preparado para compreender a linguagem teológica do Concílio Vaticano II e o significado pastoral da nova postura da Igreja diante do mundo moderno, ao qual, como cientista, ele também estava profundamente ligado, sofreu com as mudanças de orientação.

Não conseguiu conformar-se com a abertura que se operou na Igreja não só pelo Concílio Vaticano II, mas também pelo confronto com os sinais dos tempos. Chegou a riscar de lápis vermelho os artigos e as passagens que mais o alarmavam na REB, na “Vozes” e no “Grande Sinal”. Sofria visivelmente porque as coisas já não seguiam pelo caminho que ele mesmo, no seu tempo de Diretor e Redator, tinha estabelecido. Sentia sobretudo a aparente diminuição da autoridade do Papa, a quem era muito devotado, a diluição dos contornos marcados nas enunciações doutrinárias em vivo contraste com seu mundo constituído por definições e categorias precisas. Certa vez até me quis convencer de que estava obrigado em consciência a destituir o corpo redacional da Vozes e entregar a redação a ele para salvar a ortodoxia. Acho que esta angústia merece um pouco mais do que o simples sorriso compadecido e entendedor que a classifica tranquilamente como “coisas dos velhos”. Pois é interessante que o fenômeno ocorre em frequência mais elevada precisamente naqueles “velhos” que durante a sua vida se deram ao trabalho de conquistar convicções pessoais e construir o seu cosmo. (PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil, 1976).

É nesse novo ambiente eclesial de hegemonia pós-conciliar que se torna possível a emergência de um discurso teológico que pretende contemplar a pluralidade de papéis presentes no mundo moderno. Muitas dessas expressões não podem ser qualificadas de posições oficiais da Igreja, na medida em que não se tornaram hegemônicas nas orientações do magistério; entretanto, o fato de determinados temas serem tratados em linguagem teológica revela que esses temas e postu-

ras são encampados por determinados setores da Igreja e permite observar o grau de permeabilidade da Igreja às demandas da sociedade.

Para ilustrar essa afirmação, podem-se apresentar aqui, rapidamente, alguns dos artigos publicados a partir da década de 1970 na *Revista Eclesiástica Brasileira* que expressam uma perspectiva pluralista na Igreja. Em 1971, o Prof. Dr. Johannes Gründel, professor de Teologia Moral na Universidade Ludwig Maximilian, esteve no Brasil, fazendo conferências acerca da moral sexual e matrimonial, e ele envia um artigo para a *Revista Eclesiástica*, que é traduzido pelo Frei Edmundo Binder. Depois de criticar as “influências não cristãs” sobre a moral sexual a partir dos conceitos jurídicos romanos, da influência filosófica do estoicismo com sua apreciação negativa do prazer e a influência dos conceitos veterotestamentários de pureza, ele afirma o caráter positivo e transcendental da sexualidade. Afirma ainda que:

Hoje o matrimônio já não é garantido pelo meio-ambiente, mas única e exclusivamente por um amor pessoal capaz. Por isso é essencial que se comprove tal amor no caminho para o matrimônio. Dentro do matrimônio existe o dever moral das duas partes de crescer nesse seu amor, que também deve estar disposto a levar em conta as fraquezas do parceiro. O ato matrimonial (a relação sexual) tem de servir à esta manifestação e ao fortalecimento do amor. Os parceiros matrimoniais continuarão procedendo a êsse ato de amor, mesmo que já não possam mais responsabilizar-se por nova descendência e – sempre que necessário – (e de acôrdo com a sua consciência) tomarão as correspondentes medidas anticoncepcionais [...] (GRÜNDEL, 1971, p. 588).

Na visão de Gründel, a relação sexual é uma atividade plenamente humana e, ao contrário dos animais, não está ligada primordialmente à procriação. Ele situa o sacramento do matrimônio no desejo de entrega mútua e na disposição para o compromisso. Admite, portanto, a possibilidade do início do matrimônio sacramental antes da cerimônia oficial do casamento.

Outra tese interessante é levantada pelo Padre Teodoro Rohmem, que defende a necessidade de as prostitutas serem admitidas aos sacramentos. Começa afirmando que “as mulheres que vivem da prostituição são, em geral, muito religiosas, muito católicas” (ROHMEM, 1985, p. 108). Depois condena a exclusão dos sacramentos daquelas que ele considera estarem entre os setores mais oprimidos da sociedade:

A Igreja de hoje redescobriu com mais clareza algumas atitudes de Jesus Cristo. Por isso, a exemplo dele, ela se coloca decididamente ao lado dos oprimidos, dos pobres, dos desprezados, dos marginalizados. Sem dúvida as mulheres do baixo meretrício são as mais oprimidas, mais pobres, mais desprezadas e mais marginalizadas de

todas. Suponhamos por um instante que negar os sacramentos a essas mulheres seja uma injustiça. Esta injustiça teria gravidade especial em três sentidos:

- 1) Porque cai em cima de pessoas que sem isto já são as mais injustiçadas;
- 2) porque neste caso a Igreja, que se declara libertadora, seria na realidade opressora;
- 3) porque a opressão/marginalização moral ou religiosa é a pior que existe, a que fere mais profundamente. (ROHMEM, 1985).

Estes exemplos permitem observar que os temas e abordagens feitas na *Revista Eclesiástica Brasileira* se modificam profundamente no período pós-conciliar. O conceito eclesiológico de “Povo de Deus” fundamenta uma abertura à sociedade pluralista moderna e provoca dentro da Igreja um movimento pendular: ao mesmo tempo em que provoca uma dessacralização da figura do sacerdote, permite uma valorização das realidades seculares e uma reconfiguração do elemento feminino na Igreja, de forma mais plausível com o consenso dominante na sociedade moderna. É nesse ambiente que se abrem espaços institucionais para novos temas na reflexão teológica, especialmente a partir da década de 1970.

As novas tendências de reflexão teológicas, entretanto, muito mais que o resultado lógico das possibilidades interpretativas das sagradas escrituras, expressam as tentativas da instituição eclesial de resposta à crescente pluralidade da sociedade contemporânea. São as práticas sociais que tensionam o discurso teológico e pastoral. Entretanto, esse tensionamento não tem como único resultado a abertura da instituição. Uma parcela da instituição interpreta os novos movimentos e interpretações teológicas como uma ameaça à identidade católica. Adicionalmente, a reinterpretção dos valores tradicionais leva a um aumento das defecções entre sacerdotes, religiosos e religiosas, que, ao se lançarem a novos projetos evangelizadores, percebem que, apesar das novas orientações pastorais, não havia flexibilidade institucional para acompanhar as novas vivências.

A eleição de João Paulo II marca uma inflexão no movimento de abertura à sociedade moderna. Mas este movimento de retorno ao porto seguro da ortodoxia acontece de maneira contraditória. Externamente o Papa faz inúmeras viagens, sai de Roma e vai ao encontro das comunidades católicas do mundo inteiro, pede perdão pelos erros cometidos pela Igreja ao longo de sua história, reza junto com outros líderes religiosos pela paz mundial e faz vários pronunciamentos em defesa dos direitos humanos. Entretanto, a ação institucional durante seu pontificado foi no sentido de negação da tensão, tentando restaurar a coesão interna da Igreja através da tradição. A revisão do Código de Direito Canônico

parece exprimir mais o desejo curial de enquadrar a vida da Igreja do que a abertura promovida pelo Concílio.

As expressões teológicas de novas vivências foram duramente reprimidas na tentativa de se homogeneizar a teologia oficial. Mais de uma centena de teólogos foi inquirida ou punida pela Sagrada Congregação para a Doutrina da Fé. Promoveu-se uma reconcentração do poder eclesiástico na Cúria Papal, limitou-se a autonomia das conferências episcopais, marginalizou-se a participação dos leigos em instâncias decisórias. As questões mais polêmicas foram interrompidas por decreto: o celibato sacerdotal, o acesso das mulheres ao sacerdócio, a moral familiar, o uso de contraceptivos e a questão da homossexualidade. Em tempos de crise, a Cúria Vaticana se refugia no poder conferido pela sacralização sacerdotal, transferindo aos sacerdotes que trabalham diretamente na cura de almas a resolução, caso a caso, das tensões com a modernidade. Cabe ao sacerdote, quando atua como confessor ou orientador espiritual, a tarefa cada vez mais árdua de harmonizar as diretrizes contemporâneas cada vez mais conservadoras da Cúria com os desafios de uma sociedade cada vez mais plural.

Fora dos muros da Igreja, entretanto, a sociedade ocidental segue seu curso emancipatório e secularizador. A ciência e a técnica, na sociedade contemporânea, forjam os valores que orientam a sociedade muito mais profundamente do que as instituições religiosas. Apesar de se organizar como uma monarquia espiritual, a Igreja perde cada vez mais o controle do espaço público e se torna uma parte na pluralidade religiosa vigente no espaço privado.

Referências

- ALEIXO, Frei (OFM). *Mulier ullo pacto ad altare acceda*. *Revista Eclesiástica Brasileira*, v. 12, n. 3, 1952.
- CAMACHO LARANÁ, Ildelfonso. *Doutrina social da Igreja: abordagem histórica*. São Paulo: Edições Loyola, 1995.
- DUNCAN, James Stuart. *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandy Kingdom*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- FEITOSA, Padre Antônio. *Grandeza do Sacerdote*. *Revista Eclesiástica Brasileira*, v. 12, n. 2, 1952, p. 266-273.
- FEITOSA, Padre Antônio. *Vestes Femininas e Poderes do Ordinário*. *Revista Eclesiástica Brasileira*, v. 15, n. 1, 1955, p. 150-154.
- GRÜNDEL, Johannes. *A moral sexual e matrimonial no correr dos tempos*. *Revista Eclesiástica Brasileira*, 31, 1971.
- MARGERIE, Padre Bertrand. *Luzes Antigas e Novas sobre o Celibato*. *Revista Eclesiástica Brasileira*, 22, 1962, p. 616-637.

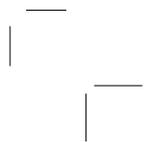
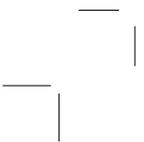
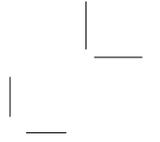
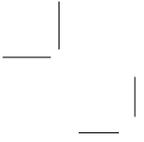
PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil. Frei Tomás Borgmeier. *Vida Franciscana*, LIII [L], 1976, p. 77-96.

PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil. Frei Hermenegildo Goralski. *Vida Franciscana*, LVII [LIV], 1980, p. 145-150.

PROVÍNCIA Franciscana da Imaculada Conceição do Brasil. Frei Isidoro Back. *Vida Franciscana*, LX [LVII], 1983, p. 300-304.

ROHMEM, Padre Teodoro. As prostitutas podem receber os sacramentos? *Revista Eclesiástica Brasileira*, v. 45, 1985.

SOUZA, Luiz Alberto Gómez de. *A JUC, os estudantes católicos e a política*. Petrópolis: Vozes, 1984.



As identidades e as representações do feminino na sociedade moderna:

ressignificações de tradições pré-modernas na construção socioespacial da umbanda

Marcelo Alonso Moraes
Augusto César Pinheiro da Silva

O período da “modernidade líquida” (BAUMAN, 2001), da pós-modernidade (MAFFESOLI, 2007) ou da sociedade pós-tradicional (GIDDENS, 1997) apresenta-se frequentemente construído a partir de uma racionalidade ocidental cristã, branca, europeia e masculina, difundida pelo movimento iluminista.¹ No entanto, apesar de esse movimento ser caracterizado pelas normas e métodos pautados na razão,² ele pode

1 Para os intelectuais iluministas, segundo Giddens (1997, p. 75), o controle sobre a informação acerca da natureza e da sociedade traria um domínio quase que absoluto sobre elas. Daí nasceria a plena felicidade do ser humano, capaz de administrar seus próprios caminhos, sem riscos e incertezas. Rúa (2007), discutindo o iluminismo a partir da obra de Lander (2005), escreve que a cosmovisão que fornece os eixos básicos do pensamento moderno se baseia na “naturalização” das relações sociais, da “natureza humana” e das desigualdades criadas por ela, além da valorização da ciência como meio de se chegar ao almejado progresso, que hierarquiza todos os povos da Terra (p. 147).

2 Segundo Abbagnano (2007), o iluminismo, como linha filosófica, adota a “fé” cartesiana na razão, compreendendo que toda e qualquer crença e conhecimento, sem exceção, deve ser criticada. O iluminismo defende que o conhecimento, ao ser realizado, deve estar aberto à crítica, “incluindo instrumentos que permitam a própria correção para que possa ser usado, efetivamente, em todos os campos, a fim de melhorar a vida pessoal e social dos homens”. (p. 618).



ser compreendido, paradoxalmente, como um momento de incertezas, devido a relações cada vez mais voláteis, efêmeras e materialistas que negam e, ao mesmo tempo, se apropriam de tradições³ para ressignificá-las, atendendo o projeto de modernidade calcado no modelo de desenvolvimento civilizatório ocidental (RUA, 2007).

Frente às incertezas de um cotidiano com tantas perspectivas contraditórias, mas que representam o perfil de uma controversa modernidade, é que este ensaio foi escrito. Baseando-se na obra literária *As Brumas de Avalon*, best-seller de Marion Zimmer Bradley (1979), nossa discussão se inicia com uma breve reflexão sobre a apropriação do feminino pelo masculino na modernidade, e como tal apropriação reduz (e mesmo elimina) a força das mulheres na sociedade do seu tempo. A obra permite visualizar duas escalas de transformação do papel do gênero no âmbito do poder social: a local, dominada por tradições druidas⁴ pré-modernas e outra *global*, representada pelas invasões bárbaras e pelo cristianismo, que, antagônicas, mas complementares, desvelam *novas verdades hegemônicas* aos habitantes de Camelot e do Reino de Avalon. O mundo *antigo, arcaico*, dominado pela religiosidade pagã altamente diversa será substituído pelo mundo *moderno, novo*, dominado pelo *monoteísmo verdadeiro e impulsionador da homogeneidade ocidental*. O choque idiossincrático naqueles lugares entre as tradições pré-modernas dominadas pelo feminino⁵ e o

3 As tradições pré-modernas para Giddens (1997) são constantemente reconstruídas e reapropriadas, permitindo a legitimação do poder no mundo moderno. Vistas como orientação para o passado com forte influência no presente e, ao mesmo tempo, no futuro, as tradições, segundo o sociólogo, envolvem rituais, possuem guardiães e uma enorme capacidade de coesão moral e emocional. No entanto, ao contrário das tradições das sociedades pré-modernas, as tradições do mundo pós-tradicional não podem assumir um formato segregador, mesmo que pluralista, pois a sociedade atual é essencialmente globalizada, exigindo que as tradições se justifiquem constantemente.

4 Os druidas foram parte da elite da sociedade celta, dominante, da Europa Central às Ilhas Britânicas, na Era do Bronze. Essa elite era encarregada de tarefas de aconselhamento e de ensino jurídico e filosófico. A palavra, “druida” é originada de “oak” (carvalho) e “wid” (raiz indoeuropeia que significa “saber”); assim, significaria “aquele(a) que tem o conhecimento do carvalho”. O carvalho, nesta acepção, por ser uma das mais antigas e destacadas árvores de uma floresta, representaria simbolicamente todas as demais. Ou seja, quem tem o conhecimento do carvalho possui o saber de todas as árvores. (CARR-GOMM, s.d.).

5 As mulheres célticas gozavam de mais liberdades e direitos do que as de outras culturas contemporâneas, incluindo-se, até mesmo, o direito de participar de batalhas e de solicitar o divórcio. No contexto religioso, os druidas eram sacerdotisas e sacerdotes dedicados ao aspecto feminino da divindade, a Deusa Mãe; portanto, a mulher tinha um papel preponderante, pois era vista como a imagem da Deusa. Embora cultuassem a Deusa Mãe, os druidas admitiam que todos os aspectos expressos a respeito da Divindade eram ainda percepções imperfeitas do Divino. Nesse sentido, todas as deusas e deuses do mundo nada mais eram do que aspectos de um só Ser Supremo – qualquer que fosse a sua denominação vista sob a ótica humana. (EGITO, 2003).

moderno *externo*, de forte dominação do masculino,⁶ se faz presente no decorrer da estória, que é ilustrada por intempéries e conflitos sofridos pelos seus principais protagonistas, como a Sacerdotisa do Lago, o Mago Merlin e o Rei Arthur e sua irmã, que é uma fada, Morgana.

Após o entendimento dessa determinação do *novo* no mundo europeu, pretende-se mostrar como esse processo se reproduz junto às representações sociais femininas das práticas umbandistas.⁷ Apesar de ser uma resultante religiosa da modernidade, dadas as apropriações e ressignificações dos rituais de matriz africana e indígena pelo cristianismo, a umbanda apresenta importantes representações do feminino que, mesmo *satanizadas* pelo imaginário ocidental hoje dominante, expressam um forte papel de liderança durante os rituais e na estrutura social pautada na religiosidade ancestral de deuses e deusas (chamados de orixás), representantes da humanidade, através de suas características positivas e negativas materializadas na Terra.

6 Patriarcado e cristianismo se uniram na construção de uma sociedade baseada nos valores masculinos. A Deusa, a Mãe-Natureza, o princípio feminino, a mulher, foram submetidas ao princípio masculino: razão, competição, poder. Talvez a igreja cristã tenha sido a instituição mais eficaz na tarefa de forjar o mito do homem enquanto o único ser criado à imagem e semelhança de Deus, tendo recebido Dele o poder de dominar a natureza e toda a criação. Para a hierarquia da Igreja Católica, essa imagem, fruto do Velho Testamento, foi muito mais forte do que a própria mensagem do Cristo, que nunca pregou a superioridade masculina. Em seus ensinamentos, Jesus anuncia a igualdade fundamental entre o homem e a mulher, postura revolucionária para a época. Contrariando os costumes do seu tempo, Jesus, de bom grado, cerca-se de mulheres em suas atividades públicas, conversa com elas, trata-as com dignidade, sobretudo quando são desprezadas pelos costumes da época, ou apedrejadas. Apesar de esta ser a mensagem do Mestre, até mesmo os apóstolos tiveram dificuldades em assimilar seus ensinamentos e superar os preconceitos ditados pela sociedade patriarcal. Para a estrutura hierárquica da Igreja, a igualdade preconizada pelo Cristo cedeu diante dos obstáculos nascidos do contexto cultural no qual o cristianismo se difundiu. Depois de muitos conchaves, a Igreja começou a venerar a Mãe de Deus, a Virgem Maria, instituindo-a como modelo para o sexo feminino, porém, continuou vendo a mulher como causa de todos os pecados do mundo e fonte de perdição. Nesse contexto, a Igreja pregava a importância da unidade da família, o temor a um deus vaidoso, a nossa insignificância perante o mesmo e a subserviência da mulher ao homem. O Ocidente ergueu-se sobre esta moral patriarcal judaico-cristã, em que a mulher é objeto. (MIELE, 2006).

7 A umbanda, uma religião formada no cerne da cultura religiosa brasileira, sincretiza elementos vários, inclusive de outras religiões como o catolicismo, o espiritismo e as religiões afro-brasileiras. Ela é formada pela junção de elementos africanos (orixás e culto aos antepassados), indígenas (culto aos antepassados e elementos da natureza), catolicismo (o europeu, que trouxe o cristianismo e seus santos, que foram sincretizados pelos negros africanos), espiritismo (fundamentos espíritas, reencarnação, lei do carma, progresso espiritual, etc). A cultura religiosa umbandista prega a existência pacífica e o respeito ao ser humano, à natureza, a um Deus único e supremo e às demais manifestações de fé. Em decorrência de suas raízes, a umbanda tem um caráter pluralista, compreende a diversidade e valoriza as diferenças. Não há dogmas ou liturgia universalmente adotadas entre os seus praticantes, o que permite uma ampla liberdade de manifestação da crença e diversas formas válidas de culto. A máxima dentro da umbanda é “dê de graça o que de graça recebestes: com amor, humildade, caridade e fé”. (Adaptado de PRANDI, 2000).

Nesse ensaio, procuramos destacar a importância da umbanda na elaboração e produção da interpretação do feminino, modelando suas entidades e/ou orixás, que definem imagens benéficas e maléficas (portanto humanas) do feminino (BARROS, 2006) nos grupos socioespaciais, notadamente na Região Metropolitana do Rio de Janeiro (RMRJ), onde se situa parte expressiva dos grupos sociais que professam essa religião. Ao serem envoltas pelas *brumas da modernidade*, essas imagens iconográficas presentes no inconsciente coletivo modernizado escondem as experiências do feminino no cotidiano, fundamentais na constituição do *eu* e da identidade territorial dos gêneros no espaço geográfico.

O conflito entre o feminino e o masculino na obra *As Brumas de Avalon*

Segundo Giddens (1997), o fim do século XX passou a ser identificado com desorientação e mal-estar, numa confluência de sentimentos que revelam interrupção, incoerência e, segundo Bauman (2001), liquidez, pois, se o líquido não possui forma definida, assumiria a forma do recipiente no qual ele é colocado. Giddens (1997) discute essa condição contemporânea da plasticidade líquida mediante um trecho do romance de Nicholson Baker intitulado *The mezzanine* (1988), quando retrata a fluidez do gelo se adaptando a variadas condições das formas. Em outro trabalho, Giddens (2002) chama a atenção para a *liquidez das relações modernas*, devida ao dinamismo e à organização dos sistemas abstratos. A leveza do líquido é associada por Bauman (2001) à mobilidade, e essa *facilidade de locomoção* revelaria a inconstância das “experiências cambiantes da vida diária e das tendências fragmentadoras das instituições modernas” (GIDDENS, 2002, p. 172), que derretem o que é sólido, como as tradições pré-modernas e/ou arcaicas.⁸

Algumas dessas mudanças podem ser discutidas a partir da obra literária em análise. Esta retrata a lenda do Rei Arthur do ponto de vista das mulheres, que moldaram eventos ressignificadores para as suas sociedades com seus poderes sobrenaturais. Por meio de ações de feitiçaria dessas mulheres diante de uma nova ordem (cristã) que se estabelece nas Ilhas Britânicas no século V, o enredo se desenrola focado no cho-

⁸ Não haverá, neste ensaio, maiores reflexões teóricas sobre as concepções de “antigo”, “arcaico”, “novo”, “moderno”... Uma boa referência para essa discussão são os trabalhos do sociólogo brasileiro Gian Mario Giuliani (1990).

que entre tradições pré-modernas e a nova ordem cristã. A partir da visão giddensiana (2002), pode-se perceber que o *quando* e o *onde* das tradições de Avalon não revelam a existência de um “sistema de tempo universal e zonas de tempo globalmente padronizadas, como o nosso é hoje”, já que, para o sociólogo, em situações pré-modernas o tempo e o espaço “se conectavam através da situacionalidade do lugar” (p. 23).

O cerne da história gira em torno da busca de uma liderança que pudesse conciliar as duas realidades coexistentes. A primeira delas vai se impondo através de cultos a Jesus Cristo, pela subordinação das mulheres em relação aos homens (conventos, casamentos) e pela difusão da cruz como símbolo de uma ordem distante que se torna cada vez mais próxima.⁹ Na segunda, assistimos à luta pela manutenção de uma *ordem próxima* (LEFEBVRE, 2008), pagã: a dos druidas, com seus rituais e tradições que cultuam o feminino através da Deusa.¹⁰ O desafio da nova liderança será romper com a *rigidez das tradições*,¹¹ como apregoa Giddens (2002), mas também impedir a sua eliminação. Logo, faz-se necessário realizar escolhas, pois a nova ordem que se estabelece “confronta o indivíduo com uma complexa variedade de escolhas e ao mesmo tempo oferece pouca ajuda sobre as opções que devem ser selecionadas” (GIDDENS, 2002, p. 79). Muitas dificuldades terão que ser enfrentadas por esse novo líder, que, obrigatoriamente, deve ser um homem, já que a ordem que se estabelece não aceita a presença de uma liderança feminina.

Por meio das articulações que envolveram a própria irmã, Igraine, e a morte do cunhado, Viviane, a Sacerdotisa do Lago, consegue que Arthur seja gerado e criado para assumir o trono de Camelot, com o claro propósito de que o sobrinho possa manter viva a tradição do culto à Deusa, impedindo assim a fragmentação do reino. Do convívio com os

9 Chamamos a atenção para o seguinte trecho do Velho Testamento da Bíblia cristã: “Mulheres sujeitem-se cada uma a seu marido, como ao Senhor, pois o marido é a cabeça da mulher, como também Cristo é a cabeça da igreja, que é o seu corpo, do qual ele é o Salvador. Assim como a igreja está sujeita a Cristo, também as mulheres estejam em tudo sujeitas aos seus maridos.” (PESTANA, 2005).

10 Não há unanimidade nessa concepção “quase monoteísta dos druidas” entre os estudiosos da cultura celta. Para alguns, não há o culto a uma divindade central, uma Deusa-Mãe, que subordina outras divindades ao seu poder, mas sim uma intensa heterogeneidade de esferas lúdicas de poder divino (deuses e deidades femininos e masculinos) que são justificadas pelas diferentes paisagens que caracterizam os lugares onde o druidismo era praticado.

11 Há críticas incisivas em relação às formas como essa rigidez era vista. Na visão ocidental, das lideranças cristãs que chegavam para doutrinar os celtas nas Ilhas Britânicas, os druidas eram cruéis, pela condenação à morte, pela espada, dos criminosos julgados pelos ritos locais de padrões diversificados de punição por grupos heterogêneos. Todavia, os críticos cristãos se esqueciam de que, pela causa da fé (algo inadmissível para os druidas), pessoas eram torturadas e queimadas em fogueiras pelos cristãos por não abraçarem as causas da Verdade e da Igreja.

adultos, o pequeno Arthur é levado para outro ambiente onde pudesse ser educado sob os preceitos do mundo tradicional. Para a Sacerdotisa de Avalon, as relações de confiança só se constituiriam se fossem “localizadas e enfocadas através de laços pessoais” (GIDDENS, 2002, 175). Morgana, por sua vez, que possuía o dom da visão, é levada pela tia a Avalon, no intuito de prepará-la para assumir o cargo de sacerdotisa, através da transmissão dos conhecimentos passados de geração para geração.

Temerosa de que Arthur pudesse ser corrompido, Viviane encaminha Morgana, que estava sob seus cuidados em Avalon, para um ritual de fertilidade. Merlin, o mago que cuidava do futuro rei, leva-o à cerimônia. Mascarados, os irmãos se amam. Para Avalon, era a garantia de um herdeiro que manteria as tradições e o poder das sacerdotisas, num reino cada vez mais influenciado por sacerdotes cristãos. No ritual, o sexo pode ser visto como uma metáfora da fecundação da própria Terra, tendo o feminino o poder de gerar o novo fruto. A mulher é a responsável por proporcionar ao homem o contato com o divino e com a Mãe Natureza, ou seja, a Deusa.

Em Avalon, as tradições e seus componentes morais criaram normas que ordenavam o tempo e as práticas rotineiras, gerando uma sensação de certeza e de firmeza, que davam sentido à existência. A partir da base familiar, estruturante diante de forças exógenas ameaçadoras, Viviane deseja, respeitando as etapas do ritual da vida (nascimento, maturidade, casamento e morte), permitir a renovação constante das futuras gerações através do reviver perpétuo do modo de vida dos antepassados. Morgana e Arthur deveriam, para isso, ter respeito aos valores ancestrais, além de valorizar o conhecimento esotérico e os bens materiais deixados como herança, fundamentais para a extensão do poder da Deusa.

Morgana acaba engravidando do próprio irmão. Todavia, quando ela e Arthur descobrem a relação incestuosa que tiveram, são atingidos pela culpa e pela vergonha. Morgana reage de forma furiosa, condena os desígnios do destino e renuncia ao cargo de futura sacerdotisa. Arthur, por sua vez, descobrirá o incesto mais tarde através do próprio filho, que passará a reivindicar o trono e a sucessão. Frágeis e descrentes, os dois irmãos, preparados para serem os pilares de uma nova era, assistem à degradação de Camelot e ao enfraquecimento das tradições de Avalon.

Refletindo sobre culpa e vergonha, Giddens (2002) afirma:

[...] a culpa [...] é uma forma de ansiedade que atinge importância máxima em tipos de sociedades onde o comportamento social é governado segundo preceitos morais estabelecidos, inclusive os for-

mulados e sancionados pela tradição. A vergonha está mais direta e extensamente relacionada com a confiança básica do que a culpa, porque a culpa diz respeito a formas específicas de comportamento ou cognição em vez de ameaçar o eu enquanto tal. Diferentemente da culpa, a vergonha corrói diretamente a sensação de segurança tanto no eu como nos meios sociais circundantes. (p. 143).

Pautada na necessidade de construção de uma nova identidade para Camelot e Avalon, Viviane temia que o sobrinho deixasse de ser ele mesmo e se ajustasse aos diversos contextos, o que poderia provocar, segundo a Sacerdotisa, a perda das raízes das tradições. Segundo Giddens (2002), o homem na modernidade, “ao entrar em contato com o outro [...] se ajusta ao local em relação ao que for demandado na situação em questão” (p. 176). Se considerarmos a expansão do cristianismo na obra como o advento da modernidade, Arthur poderia tornar-se cosmopolita ao ficar à vontade em diversos contextos, ou manter uma postura provinciana, localista, um tradicionalista rígido, ao recusar-se a relativizar o contexto.

Ao contrário da realidade tradicional, caracterizada pelas rígidas relações de parentesco que cerceavam a individualidade, mas promoviam segurança e autonomia, a nova ordem que se impõe gera incertezas, riscos e desafios, que causam uma sensação de impotência ao rei. As forças externas invasoras parecem ser impossíveis de transcender ou resistir (GIDDENS, 2002), e o rei se vê diante de situações sobre as quais não tem o absoluto controle. Apesar do apoio da magia, Arthur precisa adquirir habilidades para gerenciar um reino que se vê ameaçado por invasões e disputas internas de poder.

Em Camelot, a tradição era a fonte irrigadora da autoridade. Apesar disso, a incerteza se expressava em contradições e conflitos, como os existentes entre Viviane e suas irmãs acerca do futuro. A submissão e a autoridade tradicionais não removiam a incerteza diária, e as ameaças e perigos cercavam os indivíduos. Somente a autoridade religiosa, no caso, Viviane, seria capaz de controlá-los. Assim sendo, resgatando novamente Giddens (2002), o controle privilegiado dos mistérios e da magia, o parentesco e o domínio sobre a comunidade local eram “duas fontes adicionais de autoridade estabilizadora, diretamente relevante para a sustentação de relações de confiança em contextos tradicionais” (p. 180). Para Arthur, a conquista de uma autoridade definitiva tenciona-se com as incertezas de uma ordem plural que se instalava, em que a dúvida passa a ser um importante meio de se questionar a autoridade tradicional. A Igreja se firma, forçando o rei a dialogar com a fé cristã e a somar à autoridade religiosa pagã outras autoridades: os sacerdotes do mundo cristão.

A fim de anular o poder das mulheres feiticeiras, esses novos sacerdotes conseguem realizar o casamento de Arthur com uma moça delicada, criada em um convento, chamada Guinevere. Cristã, a futura rainha é o estereótipo da mulher submissa, dedicada ao lar, aos filhos. Nada que pudesse se assemelhar às guerreiras celtas e bruxas de Avalon. Além disso, Guinevere seria a garantia da presença da Igreja no poder, para profundo desagrado de Viviane.

Neste ponto, a nova ordem impõe a transmutação das tradições para uma única verdade *onde não há uma única verdade*. Tal passagem será efetuada frente à crise da autoridade central, que pluralizou o quadro decisório (um ato político) frente à nova realidade de complexidade. Diante de novas e diversas condicionantes de poder, a autoridade religiosa tradicional, no caso Viviane, não é mais suficiente para fundamentar o governo de Arthur, já que o gestor, ao refugiar-se numa autoridade emergente, submeteu-se a ela (GIDDENS, 2002). Ele precisa urgentemente lidar com a pluralidade das autoridades que o questionam e que geram inúmeros conflitos, para não correr o risco de se tornar um déspota.

Várias passagens do livro chamam a atenção para a tensão entre destino e segurança no mundo pré-moderno, e as oportunidades e respectivos riscos pela insegurança de um mundo que constrói novas tradições, delimitadas por estratégias homogeneizadoras. Duas são bem ilustrativas. Na primeira, o rei da Bretanha fala a Igraine sobre o seu respeito pelas tradições de Avalon. Fica clara a importância dos sacerdotes como guardiães das tradições e rituais. O marido de Igraine, no entanto, rejeita as práticas da família de sua esposa, já que é adepto do cristianismo. Há um conflito familiar, que representa as novas conformações de uma sociedade dominada por homens, em detrimento das tradições da ordem feminina. Na segunda, à beira do lago, a Sacerdotisa revela Avalon a sua sobrinha, Morgana, através da abertura das brumas, e desvela a beleza e o mistério das tradições do mundo druida. Do mundo cristão, dominado pela Igreja e seus sacerdotes, Morgana é levada para a realidade do conhecimento da Deusa, num lugar governado por mulheres. A sina de Morgana, futura Sacerdotisa, se opõe à visão da nova ordem, já que “envolve normalmente uma concepção moral de destino e uma visão esotérica dos eventos cotidianos” (GIDDENS, 2002, p. 104). Ainda segundo o mesmo autor, “nas circunstâncias da modernidade, noções tradicionais de destino podem ainda existir, mas são em sua maioria inconsistentes com uma visão em que o risco se torna elemento fundamental” (2002, p. 33).

Uma terceira passagem da obra envolvendo a rainha Guinevere e Morgana também deixa claro o conflito dialético entre as *tradições da modernidade e o tradicional pré-moderno*. Diante da dificuldade em

engravadar, a rainha cristã aceita submeter-se a um feitiço elaborado por sua cunhada durante a noite, no qual os druidas participam, num ritual de fertilidade. Mesmo fazendo parte dessa nova ordem, a rainha acaba recorrendo às tradições pré-modernas não fundamentadas numa racionalidade teocêntrica baseada na religiosidade monoteísta, a fim de garantir o tão sonhado herdeiro da *colonização do futuro* (GIDDENS, 2002, p. 169).

Mas é no fechamento da obra que percebemos como a ordem cristã anula a sensualidade, a magia e a sexualidade do feminino, tão representativas nas práticas das sacerdotisas de Avalon. Quando Morgana entra em uma igreja, vê-se diante do culto a uma imagem feminina localizada em um altar, vestida com um manto azul e que recebe inúmeras oferendas, principalmente flores. Ao se aproximar, percebe que ali se encontra a imagem da Deusa de Avalon, *ressacralizada na figura da Virgem Maria*, que, no universo masculino a partir de então dominante, representa o papel social da mulher vigente: “mãe, esposa abnegada, cujo sofrimento e humildade vão cercá-la de glória” (BARROS, 2006, p. 97). Nessa nova ordem, a Igreja modela o feminino a partir da imagem da Virgem Mãe, que nega sua sexualidade em nome do Senhor. O novo Deus que se apresenta sacraliza a imagem da mulher casta, demonizando a sensualidade e sexualidade femininas. Nesse contexto, as identidades femininas passam a ser construídas por relações sociais que anulam muitas de suas potencialidades, dificultando o reconhecimento e a valorização do seu poder nas representações socioespaciais da atualidade.

O feminino na construção das identidades: uma análise à luz dos orixás na umbanda

Em uma primeira análise, poderíamos definir identidade como *aquilo que se é*. Sendo assim, ela é autocontida e autossuficiente (SILVA, T. 2000). Na mesma linha de raciocínio, *diferença seria a oposição de identidade*. No entanto, não há como identificar alguma coisa sem que haja a sua diferenciação. Logo, *identificar e diferenciar são ações indissociáveis*.

A identidade, para T. T. Silva (2000), tal como a diferença, estabelece relações sociais de poder e é alvo de disputas. Na compreensão do fenômeno identitário, partimos do pressuposto de que a construção de uma identidade é um processo histórico, fazendo-nos *vir a ser de acordo com as raízes do nosso ser*, ao mesmo tempo em que se é múltiplo, aberto e dinâmico (CRUZ, 2007). Assim sendo, *identificar-se é*

um processo relacional forjado no outro, anexando-se àquilo que falta, complementa ou se deseja ser.

Afirmar as identidades passa, também, pela luta na sociedade entre os diferentes grupos que a compõem, pois através desses embates é que os seus significados são construídos e reconstruídos. Na disputa pela identidade está embutida a busca de controle sobre os recursos materiais e imateriais da sociedade e o reconhecimento de que *se é* ou *se pode ser* em termos de representação política, social, econômica e étnico-cultural. A identidade e a sua construção são produtos da luta entre os diferentes sujeitos na busca do controle sobre o espaço, reafirmando suas idiossincrasias de acordo com os interesses políticos, econômicos e culturais, contestando-se ou reproduzindo-se uma ordem hegemônica.

Se utilizarmos os umbandistas como exemplo das diversas comunidades de práticas religiosas de matrizes afro-brasileiras na Região Metropolitana do Rio de Janeiro (RMRJ), veremos que o seu atual nível de identidade socioespacial na área não atende às necessidades básicas dos atores sociais que as expressam, tanto no âmbito material quanto no espiritual-simbólico. Diante de uma ordem ocidental-cristã, os umbandistas estão envoltos em brumas, desde o seu surgimento oficial, em 1908, diante do preconceito e de pressões cada vez mais crescentes de grupos pentecostais¹² e neopentecostais.¹³ Estes últimos,

12 Ramo das igrejas cristãs ocidentais, o movimento pentecostal nasceu nos Estados Unidos, em 1901, e crê que o Espírito Santo continua a se manifestar nos dias de hoje, da mesma forma que em Pentecostes, na narrativa do Novo Testamento (Atos 2). Nessa passagem, o Espírito Santo manifestou-se aos apóstolos por meio de línguas de fogo e fez com que eles pudessem falar em outros idiomas para serem entendidos pela multidão heterogênea que os ouvia. O pentecostalismo acredita nos dons da glossolalia (o de falar línguas desconhecidas), da cura e da profecia e chegou ao país em 1910, com a fundação da Congregação Cristã do Brasil, na Cidade de São Paulo. Atualmente, existem centenas de igrejas, e as principais, além da Congregação Cristã no Brasil, são: Assembleia de Deus (Pará, 1911), Evangelho Quadrangular (São Paulo, 1953), O Brasil para Cristo (São Paulo, 1955) e Deus é Amor (São Paulo, 1962). De acordo com o Censo de 2000, os pentecostais representavam 10,4% da população brasileira. (Adaptado de www.pime.org.br. Visitado em 9 de abril de 2009).

13 Neopentecostalismo é o nome que se dá aos pentecostais da terceira geração (surgidos ao final dos anos de 1970). São assim chamados porque diferem muito dos pentecostais históricos e dos da segunda geração. Não se apegam à questão de roupas, de televisão, de costumes, e têm um jeito diferente de falar sobre Deus. Dualizam o mudo espiritual, dividindo-o entre Deus e o Diabo, e, para eles, o mundo está completamente tomado por demônios, sendo que a sua função é expulsá-los. Pregam a prosperidade como meio de vida, já que a pobreza é coisa de Satanás, assim como a doença, cuja origem é o demônio, só atingindo quem não acredita em Deus. Com cultos emotivos, os seus atores objetivam libertar os fiéis do mundo satânico, sem dor ou fraqueza. Seu crescimento deve-se muito aos programas de rádio e televisão, que divulgam, para uma população empobrecida e doente, curas e milagres. O sistema de testemunho é forte, e isso certamente encoraja outros a tomar o mesmo caminho. No Brasil, a maior igreja neopentecostal é a Universal do Reino de Deus (IURD). Fundada pelo bispo Edir Macedo, em 1977, a igreja tem procurado estabelecer um sistema episcopal como o do católico, além de possuir um forte esquema de comunicação de massa, que é o fator de peso na divulgação e crescimento de seus trabalhos no Brasil e no mundo. (Adaptado de Gilberto Stefano. <http://www.solascriptura-tt.org>. Visitado em 8 de abril de 2009).

principalmente, invadem e depredam templos, e criam imagens da umbanda relacionadas a *práticas rituais demoníacas que constroem no imaginário social a ideia de que os seus cultos referendam um paganismo pré-moderno entrelaçado à bruxaria e aos espíritos atrasados*. Os artefatos e os rituais são satanizados por fiéis evangélicos que *defendem a Verdade*,¹⁴ sendo as tradições umbandistas colocadas na clandestinidade, como imagens de um Brasil atrasado, a partir da lógica desenvolvimentista da modernidade. Segundo Cruz (2007), “na construção da identidade não é possível pensar de forma dissociada sua natureza simbólica e subjetiva (representações) e seus referentes mais ‘objetivos’ e ‘materiais’ (a experiência social em sua materialidade)”. (p. 99).

Se o que somos só tem sentido a partir dos significados produzidos pelas representações sociais, no que tange às representações do feminino no espaço metropolitano da Cidade do Rio de Janeiro assistimos, com o crescimento do neopentecostalismo, à expansão da concepção de que a mulher de perfil sociopolítico submisso e decente nos padrões tradicionais cristãos combate a existência de feiticeiras e seus respectivos cultos e incorporações, de modo analógico ao livro aqui já analisado. A presença de uma *Sacerdotisa do Lago* e de práticas que valorizam a sexualidade do feminino e o controle sobre o seu próprio corpo, por exemplo, são incompatíveis com essa lógica moderna do neopentecostalismo, que se horizontaliza nos espaços e se verticaliza entre as classes sociais, estimulando a negação dos conhecimentos da espiritualidade e da relação com o holístico que os orixás femininos podem proporcionar às mulheres de classes sociais diversas.

Dominantemente negras e pardas, as mulheres metropolitanas da cidade do Rio de Janeiro, subjugadas pela culpa de que a doença, o desemprego, a miséria e a escassez são resultantes de suas ligações com bruxarias, demônios e rituais pagãos de práticas não cristãs, eliminam, *sob a veracidade do altar da espiritualidade de resultados*, ações pró-ativas que contenham as potencialidades de sua própria felicidade. Ou seja, se hoje o significado das representações da umbanda é o *atraso e*

14 Para o teólogo protestante Isaltino Gomes Coelho Filho, há dois sérios problemas para a análise do movimento neopentecostal: o primeiro é que vivemos numa época de pós-modernidade, em que tudo é certo e nada é errado, ou seja: se tudo é verdade, então nada é mentira. O segundo é que o espírito pragmático de um mundo amoral e sem Deus invadiu as igrejas, e se alguma coisa deu certo, então é a verdade, não podendo o movimento ser questionado. Com isto, sob uma lógica acrílica e copista, esse movimento adota métodos e técnicas de lavagem cerebral, promovendo a despersonalização e manipulação em nome da eficácia. Para o autor, há um enorme sacrifício da verdade cristológica no altar de resultados, e os malefícios que isto trará ainda não podem ser mensurados, apesar de o estrago ao cristianismo já ter sido notado, com a crise do movimento evangélico tradicional no Brasil. (Adaptado de COELHO FILHO, Isaltino Gomes. *Neopentecostalismo*. Conferência teológica apresentada à Faculdade Teológica Batista. Campinas, São Paulo. 12 de abril de 2004).

o *mal*, as mulheres umbandistas só podem se esconder nas brumas, promovendo a sua devoção às escuras, sob a ameaça de uma evangelização forçada ou da violência física pelos que trazem o *estandarte da Verdade*.

Nesse sentido, resgatar e valorizar os arquétipos do feminino para a umbanda poderá ser a contribuição dos pesquisadores das ciências sociais, espiritualistas e movimentos sociais, notadamente os que discutem a geografia relacionada ao gênero, para a valorização de um sentido de pertencimento das umbandistas no seu universo social e espacial. Nesse período de esgotamento das verdades absolutas e do retorno crescente às racionalidades pós-tradicionais (que, na verdade, segundo Giddens, são pré-modernas), a umbanda tem muito a contribuir para um “reencantamento do mundo”, resgatando das brumas a sua estrutura religiosa e, principalmente, a sua concepção do feminino através do culto aos orixás. A sabedoria da umbanda e seus ensinamentos sobre a humanidade, a sua relação harmoniosa com a natureza e as suas possibilidades políticas, sociais e econômicas, além de culturais, podem criar uma ambiência regional para que a mulher umbandista da RMRJ, notadamente a da Baixada Fluminense, busque o seu lugar de direito e não continue marginalizada.



Figura 1 – Algumas representações de poder dos orixás femininos na umbanda na formação da humanidade: a fertilidade das águas, a harmonia entre todas as formas de vida, a natureza, o provimento alimentar e a beleza e riqueza materiais (Oxum e Iemanjá)¹⁵ e a luta contra o mal e qualidade de vida no mundo dos homens (Iansã)¹⁶.

15 Oxum (www.artecarnaval.com.br) e Iemanjá (www.denisechocobom.de). Visitados em 7/4/2009.

16 Iansã (www.tendadexangô.blogspot.com). Visitado em 7/4/2009.

Se no imaginário cristão-ocidental a mulher, concebida como *parte da costela de Adão*, é submissa, pertencente ao homem e não digna de assumir determinados cargos na hierarquia social e nos mandos religiosos das igrejas cristãs (apesar das versões mais adaptadas à lógica mercantil atual, das “mulheres no mercado de trabalho” como “pastoras” de algumas agremiações cristãs), na umbanda, a figura feminina é bastante valorizada, seja através da sabedoria expressa no simbolismo do orixá Oxum (a dona da casa, da beleza e controladora dos recursos materiais), Iemanjá (a Mãe do Mundo e provedora da vida sob todas as formas), Iansã (guerreira, lutadora, parceira do homem que batalha na vida concreta, obtendo sucesso e riqueza no árduo cotidiano da vida moderna) ou, ainda, na serenidade, paciência e sabedoria de Nanã Buruquê (a entidade da árvore genealógica da família, a raiz familiar e avó) e nos humildes ensinamentos das entidades femininas conhecidas como Pretas Velhas (ou “Vovós”), que sofreram martírios na Terra quando encarnadas e que retornam sem rancores, ódios ou vinganças, para ensinar aos irmãos encarnados a arte da vida a partir das tradições das ervas, da natureza e da proteção contra o mal. As Velhas são, apesar da fraqueza física, fortalezas éticas a serem respeitadas e admiradas pela sua capacidade reflexiva, conhecimento dos segredos da Terra e humildade como ex-seres humanos.

Representados pelas idiosincrasias da humanidade, os orixás representam, no panteão de divindades femininas, as potencialidades humanas, sejam elas benéficas ou maléficas, que precisam ser conhecidas, referendadas e trabalhadas, de acordo com a capacidade de compreensão dos povos que as cultuam.



Figura 2 – Preta Velha¹⁷ e Nana Buruquê¹⁸: entidades que representam as mulheres idosas, sábias e detentoras do conhecimento da vida.

17 Preta Velha (www.jornalagaxeta.com.br). Visitado em 7/4/2009.

18 Nanã Buruquê (www.orixasdearuanda.wordpress.com). Visitado em 7/4/2009.



Figura 3 – Arquétipos da Verdade da Vida e do conhecimento: Sacerdotisa do Lago Druida,¹⁹ Nossa Senhora dos Navegantes com Jesus em seus braços²⁰ (A Mãe da Verdade do Mundo), Iemanjá sincrética²¹ (A Mãe do Mundo): identidades ressignificadas?

Barros (2006) discute as imagens socialmente construídas do feminino na umbanda pelos seus próprios praticantes. Especificamente sobre o orixá Iemanjá, a autora observa que a sua representação mais expressiva está associada à imagem de uma mulher branca, vestida com um longo e belo vestido azul, e jovem, que flutua sobre as ondas do mar. Essa Iemanjá sincrética, com seu rosto angelical e seus longos cabelos, simboliza a apropriação das tradições africanas pelo cristianismo em uma alusão à imagem da Nossa Senhora dos Navegantes. Tal representação se expressa como na obra *As Brumas de Avalon*, vista anteriormente. No entanto, segundo a autora, apesar de a representação criar um estereótipo típico do feminino na racionalidade ocidental, Iemanjá não perde o seu lado místico, ligado às forças primordiais da criação.

Em relação aos orixás femininos, destacaremos, neste momento, como alguns deles representam parcelas da humanidade a serem valorizadas pelas diferenças, ressignificando-se o papel das mulheres umbandistas nos espaços submetidos a racionalidades limitadoras de suas perspectivas sociais, políticas e econômicas.

O orixá Oxum tem na beleza, elegância e sensualidade sua grande identidade (LIPIANI, 2006). Detentora do poder da fecundidade, a senhora das águas doces é a essência da maternidade. O dengo, a pose, o charme, a sutileza são regidas pela Oxum (BARCELLOS, 2005). Além

19 Sacerdotisa do Lago (www.operegrinomistico.blogspot.com). Visitado em 7/4/2009.

20 Nossa Senhora dos Navegantes (www.assat.org.br). Visitado em 7/4/2009.

21 Iemanjá (www.umbandabrasileira.wordpress.com). Visitado em 7/4/2009.

desse arquétipo muitas vezes confundido com leviandade e superficialidade, Oxum representa as poderosas feiticeiras do amor, que promovem o afloramento das expectativas amorosas na humanidade e o seu sentimento mágico do amor. A arte da fecundação, por sua vez, promove o crescimento numérico da humanidade através da concepção e da maternidade. Duramente mal interpretado, esse arquétipo de sedução, amor e sexo é entendido, inclusive pelos seus seguidores (dominados pelo ideário de castidade da mulher e do amor espiritual preconizado pelo cristianismo ocidental), como uma espécie de feiticeira que leva “o homem à perdição”, assim como Eva causou a destruição do Paraíso e gerou o início da humanidade. Em outra representação negativa de Oxum, o orixá da meiguice e da vaidade é caracterizado nas suas representações como a mulher materialista que está sempre a mirar ao espelho (a beleza que gerou seus vários casamentos), desvelando-se a visão de que o feminino é fútil e a beleza, desnecessária (na verdade é ela, a beleza, nas suas mais variadas formas, que move o mundo). Tal abordagem do orixá atinge a autoestima da mulher e da própria humanidade, que deveria ser bonita, equilibrada, criativa, amorosa, pacificadora e sexual. Essa associação arquetípica é uma das mais cruéis na *apropriação da verdade pelo pensamento hegemônico cristão*, pois retira do feminino as possibilidades do belo sob todas as formas, envolvendo-o nas brumas de uma vida cheia de agruras, feia, cinza, funcional, a-estética, pois “viemos para Terra para sofrer os martírios da cruz”.

Outra imagem poderosa do feminino na umbanda é a de Iansã, orixá associado aos raios e vendavais. Guerreira e poderosa por natureza, Iansã é a rainha das conquistas materiais do feminino na Terra. Segundo Barcellos (2005), é o orixá que rege o desejo sexual sem a necessidade obrigatória da procriação. Na verdade, tal orixá representa o domínio do feminino sobre o seu próprio corpo e a liberdade de mulheres, travestis, transexuais, vivenciarem experiências corpóreas sem as amarras das convenções sociais e religiosas da modernidade. Ao representar o amor incondicional, Iansã é, para os fiéis umbandistas, o feminino livre, que tem ciúmes e comete falhas na busca pelo amor, em uma relação de humanidade que quebra os preceitos de fidelidade, sexo com amor e satisfação contida na maternidade. É nesse último ponto que o arquétipo do orixá exacerba o fundamento central da racionalidade cristã: ela representa um feminino não materno, que não tem afinidade com a prole e que pode, inclusive, abandonar seus filhos em prol da sua felicidade. Tal concepção, numa sociedade patriarcal muito influenciada por construtos socioculturais cristãos (reforçados pelo crescente discurso neopentecostal), é muito mal vista, e a mulher que vivencia o sexo e o corpo sem reprimendas, não criando vínculos afetivos com a sua prole, é demonizada e escravizada pela culpa.

Desejar não ser mãe é uma possibilidade do feminino pré-moderno e uma desqualificação da mulher na cristandade vigente. Nesse sentido, o orixá é ligado à mulher que “vai à luta”, que se insere no mercado de trabalho e que vê, na maternidade, a sua limitação no mundo. Ao mesmo tempo, o orixá é idolatrado pelo gênero masculino que quer vivenciar, em gradações diversas, o *ser feminino*. Na comunidade GLBT brasileira, Iansã é vista como o orixá dos que podem vivenciar a sua sexualidade sem as aparas do mundo da modernidade e optar pela não-maternidade como estratégia de felicidade na Terra.

Mais um orixá representativo da força do feminino nos arquétipos da humanidade é Nanã Buruquê. Senhora da Vida e da Morte (é dela o barro utilizado por Olurum na confecção do homem, e é para ela que essa matéria-prima retorna após a morte dele), Nanã é um dos mais respeitados orixás da umbanda, pela valorização do feminino na vida, pois ela *nega a dominação do masculino sobre o feminino*. Presente nos lodaçais, esse orixá é o contato entre a terra e as águas, simbolizando a fertilidade e a capacidade de geração do húmus indispensável para a cadeia alimentar. De temperamento calmo, Nanã só se enerva quando ameaçada pela força do masculino e pela tentativa de seus representantes de submetê-la à sua dominação. Negando-se a prestar reverências ao símbolo máximo da masculinidade do panteão dos orixás, Ogum (senhor da guerra, do domínio e propriedade sobre o feminino), Nanã se relacionou sexualmente com Oxalá (outro orixá masculino), somente porque foi submetida a ele pela magia.²² Os trechos a seguir identificam o arquétipo da conturbada relação de Nanã Buruquê com o mundo masculino e como tal crise lançou o orixá feminino em um mundo de independência em relação à força, concepção objetiva da vida e de identidade do masculino no mundo espiritual e terreno.

Na aldeia chefiada por Nanã Buruquê, quando alguém cometia um crime, era amarrado a uma árvore e assustado pelos Éguns (almas dos mortos) pelas ordens do orixá. Ambicionando esse poder, Oxalá foi visitar Nanã e deu-lhe uma poção que fez com que ela se apaixonasse por ele. Nanã dividiu o reino com ele, mas o proibiu de entrar no Jardim dos Éguns. Ao espioná-la, Oxalá aprendeu o ritual de in-

22 Há muitas lendas sobre o início dos conflitos de Nanã Buruquê (orixá feminino) com Ogum (símbolo máximo da masculinidade dos orixás) na mitologia africana. Todavia, em todas elas observa-se a quebra da confiança de Nanã no masculino, a partir da aliança entre os orixás homens para reduzir o poder do orixá feminino. Em uma das lendas sobre os conflitos entre Nanã e Ogum, a imitação dos trejeitos dela por Oxalá – inclusive no uso das vestimentas – para enganá-la depois de ela ter sido enfeitada por um chá (com o apoio do seu próprio marido) custou o seu enfraquecimento frente aos instrumentos de punição dos homens. O uso de artifícios, enganações, feitiçaria e encantamentos pelos orixás masculinos mostra, até mesmo no panteão de divindades, a aliança do macho contra o poder feminino, notadamente quando o tema se refere à ambição deles sobre a supremacia dos aspectos políticos e decisórios controlados por elas.

vocação dos mortos e depois, disfarçando-se de mulher com as roupas de Nanã, foi ao jardim e ordenou aos Éguns que obedecessem ao *homem que vivia com ela* (ele mesmo). Quando Nanã descobriu o golpe, quis reagir, mas, como estava apaixonada, acabou aceitando deixar o poder com o marido. (Adaptado de PRANDI, 2000).

Certa vez, os orixás se reuniram para discutir qual deles seria o mais importante. A maioria apontava Ogum, considerando que ele é o orixá do ferro, que deu à humanidade o conhecimento sobre o preparo e uso das armas de guerra, dos instrumentos para agricultura, caça e pesca, e das facas para uso doméstico e ritual. Somente Nanã discordou e, para provar que Ogum não é tão importante assim, torceu com as próprias mãos os animais destinados ao sacrifício em seu ritual. É por isso que os sacrifícios para Nanã não podem ser feitos com instrumentos de metal. (Adaptado de PRANDI, 2000).

Esse orixá feminino, de temperamento calmo, representa a necessidade da humanidade de buscar alternativas frente às intempéries do mundo, com a paciência e dedicação que o feminino mais reflexivo, ponderado e calmo pode proporcionar. Baseando-se nesses artifícios, as respostas da vida poderão ser obtidas, mesmo que em longo prazo, mas de forma consistente e sustentável. Devido a sua resignação, Nanã Buruquê pode ser vista como o estereótipo da mulher submissa, desprovida de sexualidade e que resiste às provações (LIPIANI, 2006, p. 23); todavia, isso não quer dizer que a parcimônia do orixá o torne uma representação passiva do feminino; muito pelo contrário: ele representa o reconhecimento de outro tempo e racionalidade para o mundo a partir do feminino, que se sobrepõem, por exemplo, à velocidade, força física e objetividade masculina. Se Ogum representa a alocação espacial das redes de transporte (notadamente as ferrovias), de indústrias pesadas e o uso intensivo de minerais como justificativa para o desenvolvimento, Nanã representa o artesanato de palha e barro das tradições ameríndias, a utilização das fibras vegetais consistentes e renováveis e a busca pelo uso sustentável dos recursos naturais, como as madeiras, fibras vegetais, barro cru e pedras. Nesse sentido, Nanã Buruquê se adéqua mais aos discursos ecológicos do século XXI do que aos decadentes processos de modernização industrial do século XX. Assim sendo, o feminino reflexivo, independente e alternativo de Nanã pode encaminhar um novo projeto de sustentabilidade socioambiental em várias comunidades e proporcionar a inclusão de milhares de trabalhadores, notadamente mulheres, que atuam com as mãos na confecção da vida.

Ainda sobre a reflexão das imagens do feminino associadas à umbanda, destaca-se no panteão das entidades a figura da Preta Velha. Simbolizando a raça negra trazida à força nos navios negreiros para a ampliação da economia brasileira, as “Vovós” se apresentam como o arquétipo da *sabedoria adquirida pela experiência do sofrimento na*

Terra e da humildade diante de tantas provações e humilhações a que estiveram expostas. Conhecedoras de rezas e encantamentos poderosos, demonizados pelo imaginário do neopentecostalismo, as mulheres negras, pobres e idosas tornam-se, no terreiro de umbanda, matriarcas respeitadas pela sua sabedoria e conhecimento das artes da vida e da natureza. Pacientes, afetivas e risonhas, as Pretas Velhas se tornam referência espiritual para os fiéis e para muitos outros grupos sociais que recorrem aos conselhos das “Vovós”. A figura feminina, negra e idosa ascende hierarquicamente nos cultos, subvertendo a ordem ocidental representada pela liderança masculina, jovem e branca. As Velhas são os nossos referenciais ancestrais, historicizadas pela escravidão, que indicam como a humanidade pode ser melhor ao serem resgatados os saberes ancestrais dos mais idosos e a sabedoria do conhecimento sobre a natureza com sua força incomensurável. O discurso ancestral das Velhas traz para o cotidiano da sociedade a necessidade de as mulheres idosas que já foram mães, parceiras, trabalhadoras e jovens serem reincorporadas no aspecto societário pelo reconhecimento de sua obra e sabedoria. Nesse sentido, as formas físicas do belo ligadas à juventude são substituídas pela inteligência e força mental das que detêm o conhecimento ancestral.

No que concerne aos significados das representações femininas da umbanda, voltemos à análise realizada por Barros (2006) acerca de outro grupo de entidades altamente perseguido na modernidade dominante: a Pomba Gira. Representação feminina de Exu, o orixá de comunicação entre os demais orixás e os homens, as Pombas Giras são, marcadamente, as entidades femininas mais prejudicadas pelo sincretismo religioso brasileiro. Como guardiães dos caminhos, soldados dos Pretos Velhos e Caboclos, lutadoras contra o mal e *sem medo de mandarem recado*, as Pombas Giras personificam, na sociedade moderna, o Mal cristão mais incisivo: o Demônio. Diferentemente de como são personificados, os Exus, como um todo, e as Pombas Giras, especificamente, sintetizam o equilíbrio do universo, estabelecendo a comunicação entre nós, seres humanos, e o nosso orixá ou protetor particular. Todavia, devido à personificação do Mal que este orixá possui, ele é caçado como as bruxas também o eram no período histórico das brumas, pois tem os conhecimentos do Bem e do Mal da humanidade e das forças da Natureza.

Especificamente em relação à sua ligação com a prostituição e à vulgaridade, os Exus femininos são percebidos como entidades de caráter duvidoso, aproveitador, que utilizam exacerbada sensualidade, alegria e sexualidade com o objetivo de proporcionar a *queda da criação divina* – o homem – pela negação das virtudes cristãs como as da castidade, honestidade e humildade. Transmutadas pela *vulga-*

ridade e exacerbação do feminino, as Pombas Giras representariam o lado desregrado da humanidade, não se encaixando nos padrões considerados *normais* para o comportamento feminino construído pelo imaginário católico tradicional e, mais recentemente, pelo neopentecostalismo. Todavia, a Pomba Gira pode ser interpretada como o retrato das mulheres guerreiras do Reino de Avalon. Liberadas, exóticas e independentes, essas mulheres batalhadoras, independentes, sensuais e extremamente femininas são visíveis como o protótipo da mulher genuinamente brasileira que, apesar de sufocada e/ou vulgarizada em nossa sociedade, busca ser *mulher em um mundo masculino*.



Figura 4 – Representações do imaginário ocidental no orixá Exu, na sua forma feminina (as Pombas Giras)²³: sensualidade, sexualidade e sedução, que na ordem da modernidade cristã representam o pecado original e o mal.

Apesar da cruzada empreendida, na atualidade, por alguns profissionais e grupos sociais para a reversão do quadro de exclusão socioespacial em que essa *mulher diaba* está inserida, a sua desvalorização se dá, muitas vezes, no âmbito das próprias comunidades umbandistas. Tal incompreensão do seu papel societário a faz ser vista como *uma entidade em evolução, que precisa ser doutrinada, revelando-se os valores dominantes da moral e dos bons costumes da modernidade*. Nesse sentido, força, alegria, objetividade e sensualidade são vistos como atributos negativos no mundo feminino e devem ser restritos a um controle essencialmente masculino.

23 As gravuras identificadas como as Pombas Giras Maria Padilha, Maria Mulambo e Cigana (da esquerda para a direita) foram retiradas do sítio da internet www.colegiosaofrancisco.com.br. Visitado em 8/4/2009.

Mesmo assim, a Pomba Gira não perde seu caráter de espírito de luz, que batalha, protege, abre caminhos e resgata a importância do feminino e o valor da essência em detrimento da aparência. Em um momento em que as mulheres das mais variadas classes sociais emergem na busca pelos seus direitos de cidadania, as Pombas Giras acabam exercendo um papel imagético vital na reconsideração, pela sociedade instituída, *do direito à rua que elas têm*. A prostituição feminina, mais do que uma situação social de *decadência da moral e dos bons costumes*, precisa ser abordada na ordem político-social da atualidade como uma possibilidade de exercício profissional de mulheres que, mais do que poucas opções, podem querer exercer a mal-falada profissão. Proteção social, solidariedade comunitária e suporte institucional podem tornar a prostituta menos estigmatizada na sociedade e mais consciente do seu papel instituinte do poder na construção dos territórios.

Deixando a sensibilidade aflorar no espaço público

Os sistemas simbólicos fornecem novas formas para dar sentido à experiência das clivagens e disparidades sociais e aos meios pelos quais alguns grupos são excluídos e estigmatizados (WOODWARD, 2000), e a umbanda, a partir das suas representações, pode ser um referencial simbólico de luta nos espaços em que parte expressiva de seus habitantes a professam e cultuam os seus orixás.

Para Haesbaert (2007), a identidade é social, mas ela é definida, essencialmente, através dos territórios que envolvem apropriação/dominação. Assim como a identidade, o território é processual, relacional e apresenta múltiplas velocidades e dinâmicas ao longo do tempo. Se as identidades sociais são simbólicas, há a clara percepção de que os símbolos estão calcados em referenciais materiais, apesar de fazerem parte do imaginário. Matas, cachoeiras, mar, céu e rocha, por exemplo, são acidentes geográficos; para os umbandistas, todavia, esses são geossímbolos (BONNEMAISON, 2002), já que são sacralizados pelos praticantes como símbolos dos orixás Oxossi, Oxum, Iemanjá, Oxalá e Xangô, respectivamente. Logo, fica claro que, para uma maior solidez do poder simbólico no processo de construção das identidades, temos que levar em conta o espaço, pois toda identidade cultural se concretiza por meio dele.

Visto como elemento central das aspirações políticas e o grupo, o espaço é o elo entre a identificação e a ação política, tornando-se um referencial que interfere no processo identitário e que cria o sentimento de pertencimento, as redes de solidariedade e o reconhecimento do território. Cria-se então um elo entre espaço, política e cultura. Segundo Haesbaert (2007),

[...] a identidade territorial só se efetiva quando um referente espacial se torna elemento central para a identificação e ação política do grupo, um espaço em que a apropriação é vista em primeiro lugar a partir da filiação territorial, e onde tal filiação inclui o potencial de ser ativada, em diferentes momentos, como instrumento de reivindicação política (p. 45).

O processo de identificação revela que, ao falar do espaço, o sujeito fala de si mesmo, já que ele se reconhece nele, constituindo uma relação recursiva, de forma que podemos afirmar que *o sujeito torna-se espaço*. O sentido dado ao espaço é o de “construção do próprio reconhecimento, de saber quem se é e em que contexto social psíquico e afetivo está inserido” (LEITÃO, 2002, p. 368).

Na construção do espaço, é primordial, portanto, que se destaque a importância do papel do sujeito na construção das identidades sociais/territoriais, através de suas relações com os outros e com os inúmeros objetos da contemporaneidade. Um sujeito que, segundo Badiou (1994),

[...] não é substância, um ser uma alma, uma coisa pensante, como diz Descartes. Ele depende de um processo; começa e termina. O sujeito não é um nada, um vazio, um intervalo. Ele tem consistência; seus componentes podem ser determinados. O sujeito não é uma consciência, uma experiência. Não é fonte do sentido. Na realidade, ele é constituído por uma verdade, e não fonte de uma verdade. O sujeito não é invariante nem necessário. Não há sempre sujeito, ou sujeitos. Precisa-se para isso de condições complexas e, particularmente, de eventos entregues ao acaso. O sujeito não é uma origem. Particularmente, não é porque há sujeito que há verdade, mas pelo contrário, porque há verdade há sujeito. (p. 177).

Nessa linha de raciocínio, temos que analisar como é possível uma ética mundial sem deslocarmos a importância do espaço. Se o resgate da liberdade humana nas relações com o transcendental é de suma importância, assim como a ampliação da racionalidade axiológica, a força de uma análise espacial faz-se necessária, pois é importante levarmos em conta que as experiências, as forças anabásicas e os modelos sustentáveis construídos a partir do *ethos* se espacializam. Sob esse ponto de vista, a religião desempenha um papel crucial. No

resgate das práticas religiosas umbandistas nos municípios da Região Metropolitana do Rio de Janeiro e nas suas múltiplas territorialidades é que poderemos almejar a conquista de novos direitos e liberdades para o maior número possível de habitantes da região, nunca perdendo de vista a importância de uma análise integrada e interdisciplinar das práticas culturais e as estruturas políticas, econômicas e sociais.

Diversificar e democratizar as identidades na RMRJ passa pela luta na sociedade entre os diferentes grupos, sejam eles econômicos, sociais, étnicos e/ou religiosos, pois é através dos embates, mediados pelo Estado de direito que os seus significados são construídos e reconstruídos, e novas solidariedades poderão emergir, resgatando a dignidade de grupos escondidos em brumas.

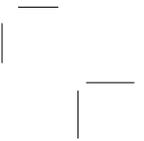
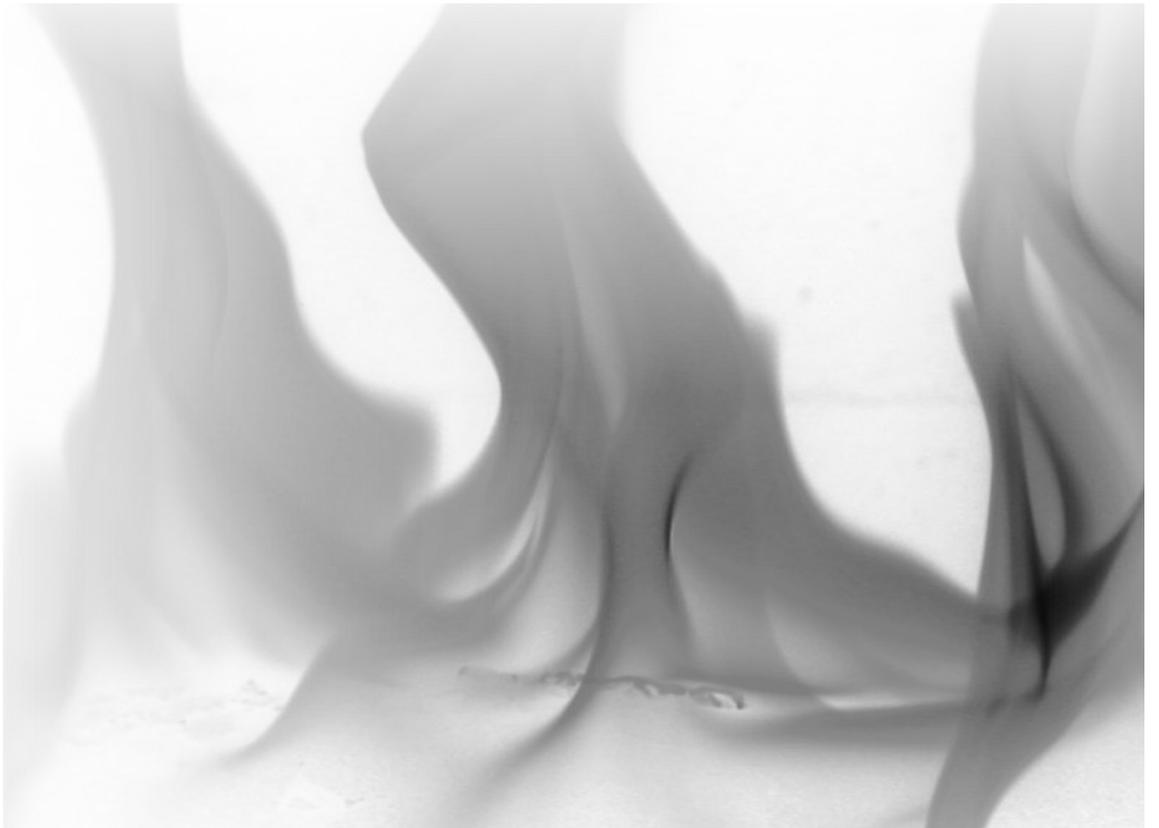
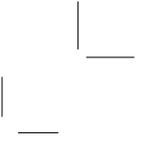
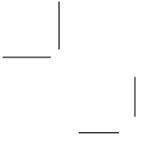
Referências

- ABBAGNANO, Nicola. *Dicionário de filosofia*. São Paulo: Martins Fontes, 2007.
- BADIOU, Alain. Verdade e sujeito. *Estudos Avançados*, v. 8. n. 21, 1994.
- BAKER, Nicholson. *The mezzanine*. New York, 1988, 144 p.
- BARCELLOS, Mario Cesar. *Os orixás e o segredo da vida: lógica, mitologia e ecologia*. Rio de Janeiro: Pallas, 2005.
- BARROS, Cristiane do Amaral de. *Iemanjá e Pomba-Gira: imagens do feminino na Umbanda*. 2006. Dissertação (Mestrado) – Universidade Federal de Juiz de Fora, 2006.
- BAUMAN, Zygmunt. *Modernidade líquida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2001.
- _____. *Tempos líquidos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2007.
- BONNEMAISON, Joel. Viagem em torno do território. In: CORRÊA, Roberto Lobato; ROSENDAHL, Zeny (Orgs.). *Geografia cultural: um século* (3). Rio de Janeiro: EdUERJ, 2002, p. 83-131.
- BRADLEY, Marion Zimmer. *As Brumas de Avalon: o prisioneiro da árvore*. Lisboa: Difel, 1979, cop. 1982.
- _____. *As Brumas de Avalon: rainha suprema*. Lisboa: Difel, cop. 1982.
- _____. *As Brumas de Avalon: a senhora da magia*. 3. ed. Lisboa: Difel, cop. 1982.
- CARR-GOMM, Philip. *Elementos da tradição druida*. São Paulo: Ediouro, [s.d.].
- COELHO FILHO, Isaltino Gomes. *Neopentecostalismo*. Conferência teológica apresentada à Faculdade Teológica Batista. Campinas, São Paulo. 12 de abril de 2004. Disponível em: <http://www.ibcambui.org.br/artigos/art57.pdf>.
- CRUZ, Valter do Carmo. Territorialidades, identidades e lutas sociais na Amazônia. In: ARAÚJO, F. G.; HAESBAERT, Rogério. (Orgs.). *Identidades e territórios: questões e olhares contemporâneos*. Rio de Janeiro: Access, 2007.
- EGITO, José Laércio do. *Os celtas*. Disponível em: http://www.joselaerciodoegito.com.br/site_celtas.htm (2003). Acesso em: 12/4/2009.
- GIDDENS, Anthony. A vida em uma sociedade pós-tradicional. In: BECK, Ulrich; GIDDENS, Anthony; LASH, Scott (Orgs.). *Modernização reflexiva: política, tradição e estética na ordem social moderna*. São Paulo: UNESP, 1997.
- _____. *Modernidade e identidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 2002.
- GIULIANI, Gian Mário. *Neo-ruralismo: o novo estilo dos velhos modelos*. 1990. Mimeografado.

- HAESBAERT, Rogério. Identidades territoriais: entre a multiterritorialidade e a reclusão territorial (ou: do hibridismo cultural à essencialização das identidades). In: ARAÚJO, F. G.; HAESBAERT, Rogério. (Orgs.). *Identidades e territórios: questões e olhares contemporâneos*. Rio de Janeiro: Access, 2007.
- LANDER, Edgardo (Org.). *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais, perspectivas latino-americanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2005.
- LEFEBVRE, Henri. *Espaço e política*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2008.
- LEITÃO, Lúcia. Espaço do abrigo? Espaço do afeto! In: DEL RIO, V. et al. (Orgs.). *Projeto de lugar*. Rio de Janeiro: Contracapa, 2002.
- LIPIANI, José Luiz. *Orixás – comportamento e personalidade de seus filhos: compreenda melhor a si mesmo e os seus semelhantes através da Umbanda*. Rio de Janeiro: Pallas, 2006.
- MAFFESOLI, Michel. *O ritmo da vida: variações sobre o imaginário pós-moderno*. Tradução de Clóvis Marques. Rio de Janeiro: Editora Record, 2007.
- MIELE, Neide. *O retorno da deusa*. In: EGITO, José Laércio do. Disponível em: <http://www.joselaerciodoegito.com.br> (2006). Acesso em: 12/4/2009.
- PESTANA, Álvaro César. *Sempre me perguntam: respostas sólidas a questões teológicas difíceis*. São Paulo: Vida Cristã, 2005.
- PRANDI, Reginaldo. *Mitologia dos Orixás*. São Paulo: Cia das Letras, 2000.
- RUA, João; OLIVEIRA, Rogério Ribeiro; FERREIRA, Álvaro. Paisagem, espaço e sustentabilidades: uma perspectiva multidimensional da geografia. In: RUA, João (Org.). *Paisagem, espaço e sustentabilidades: uma perspectiva multidimensional da geografia*. Rio de Janeiro: Editora PUC-Rio, 2007.
- SILVA, Tomaz Tadeu da. A produção social da identidade e da diferença. In: SILVA, Tomaz Tadeu da (Org.). *Identidade e diferença: a perspectiva dos estudos culturais*. Petrópolis: Vozes, 2000.
- WOODWARD, Kathryn. Identidade e diferença: uma introdução teórica e conceitual. In: SILVA, Tomaz Tadeu da (Org.). *Identidade e diferença: a perspectiva dos estudos culturais*. Petrópolis: Vozes, 2000.

Sítios visitados na internet

- <http://www.pime.org.br>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.solascriptura-tt.org>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.artecarnaval.com.br>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.denisechocobom.de>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.tendadexangô.blogspot.com>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.jornalagaxeta.com.br>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.orixasdearuanda.wordpress.com>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.operegrinomistico.blogspot.com>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.assat.org.br>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.umbandabrasileira.wordpress.com>. Visitado em 7/4/2009.
- <http://www.colegiosaofrancisco.com.br>. Visitado em 7/4/2009.



Género y territorio:

la violencia doméstica en espacios de vulnerabilidad y exclusión social – notas a partir de un caso en Argentina

Diana Lan



Las desigualdades sociales reflejadas en las condiciones de vida (medio ambiental, territorial y social) que tienen los ciudadanos (en tanto habitantes de la ciudad) es hoy la principal muestra de exclusión y violencia, lo que representa el primer fundamento para plantearse el presente estudio.

El problema de justicia espacial, en Argentina, se hace manifiesto en el espacio urbano fragmentado a partir de las clases sociales que le dan significado, generando para los más pobres malas condiciones de vida, distanciándolos de una pequeña parte de la población que son los que detentan estándares muy altos, lo que les permite disfrutar de los beneficios más sofisticados del desarrollo económico.

El mantenimiento de grandes cordones marginales, en los cuales la calidad de vida está muy deteriorada, ha originado una presión psicológica y social, que se transforma en resentimiento y desesperanza en aquellos postergados. Éstos se sienten violentados en sus derechos más básicos, modificando sus patrones de relaciones hacia la violencia como respuesta a las agresiones

que reciben de la sociedad. El planteamiento no es que por ser pobre el ser humano se vuelva más violento, sino que las manifestaciones de la violencia relacionadas con la pobreza son distintas, más evidentes ya que nadie paga por esconderlas y, por tanto, afectan a la sociedad en su conjunto.

Queremos decir que existen diferentes modalidades de ejercer la violencia y que ella atraviesa a todas las clases sociales, pero sus manifestaciones son diferentes.

La relación entre segregación (social, ambiental y espacial) y violencia se hace evidente. Con todo, es necesario manejar datos cuantificables que permitan diagnosticar la situación actual.

El presente trabajo analiza las desigualdades sociales urbanas en ciudades medias de Argentina, tomando un caso de violencia doméstica en Tandil que responde a los debates establecidos en la actualidad, mostrando los circuitos espaciales recorridos por las víctimas.

Sin embargo, se debe tener un diagnóstico en cifras que permita una primera aproximación a la ciudad, y que sea una contribución a la discusión dada por la población. Si bien este diagnóstico existe (aunque disperso en diferentes estudios realizados tanto por instituciones estatales como privadas), la idea del presente trabajo es contribuir desde la geografía del género a darle visibilidad al caso de las mujeres que sufren violencia doméstica en todas las clases sociales.

Aunque los registros oficiales revelan solo los casos que pertenecen a espacios de vulnerabilidad y exclusión social. Por ejemplo la sociedad no percibe igual a las mujeres golpeadas de diferentes clases sociales, porque las que están geográficamente ubicadas en barrios pobres se atienden en consultorios y guardias de hospitales públicos, donde generalmente se hace la denuncia y un asistente social interviene, por lo tanto se llevan registros y se hacen estudios que dan cuenta de la problemática. Sin embargo las mujeres golpeadas de lujosos barrios son llevadas a clínicas privadas, donde se paga por no denunciar y nadie se entera del tema. La violencia doméstica hacia todas las mujeres existe, pero la pobreza agudiza sus manifestaciones.

Hoy, la prioridad es contener a aquellas familias que, por ser pobres, se acumulan en la periferia. No es fácil producir los cambios culturales requeridos para lograr la aceptación entre ricos y pobres, pero peor es que las personas pierdan la posibilidad de “ser”; ese “ser” significa que los niños puedan jugar en las calles, perder el miedo a caminar por las veredas en la noche, a dejar el auto en la casa, a encontrarse con el otro... nuestra ciudad corre el riesgo de enloquecer en poco tiempo. Sus habitantes lo saben, pero no encuentran las respuestas a esta situación. Sólo teniendo una mirada global como ésta

se puede comprender lo que sucede; la familia de la mansión asaltada debe comprender que su mansión es causal del asalto, es esa agresiva presencia de la casa con mármol la que violenta a aquel que habita en la pobreza, el asalto es sólo una consecuencia, una respuesta a la agresión.

La estrategia debe ser orientada, principalmente, a la disminución de las causas generadoras de violencia y no en la represión de las manifestaciones del descontento y la desesperanza aprendida. Los dos ejes del trabajo son por un lado la violencia y en particular la violencia doméstica y por otro lado la construcción espacial de la misma.

El significado de “espacio” es frecuentemente considerado claro y definido y no cuenta con una investigación crítica sobre su característica dinámica y fluida. Lo que es más preocupante aún son las representaciones del espacio como un concepto estático y apolítico que esencialmente carece de temporalidad (como, por ejemplo, en Laclau (1990), Jameson (1991). Así se evidencia el dualismo – que se ha venido construido como una oposición esencial – entre tiempo y espacio, entre historia y geografía. En estas conceptualizaciones, es común encontrar al “espacio” asociado con lo privado, lo femenino y lo irracional por un lado, y el “tiempo” con lo político, lo masculino y lo racional por el otro (RADCLIFFE, 1993).

Algunas críticas feministas han empezado a deconstruir esta división binaria, que reproduce discursos patriarcales que dan prioridad al tiempo sobre el espacio y al masculino sobre el femenino. Massey (1994, p. 147) explica que “esta forma de pensar en dicotomías, junto con una variedad de otros dualismos [...] está vinculada con la construcción de una distinción radical entre los géneros en nuestra sociedad”. Sin embargo, estos dualismos no son naturales ni necesarios, sino contruidos en una compleja red de relaciones de poder y saber que reproducen las estructuras existentes del patriarcado. Una crítica radical de estos dualismos empieza entonces a mostrar cómo se han formado y cómo funcionan las relaciones de poder y saber, deconstruyendo estas dicotomías normalizadas. Al mismo tiempo se trata de construir relaciones alternativas que llevan un potencial libertador. En este sentido tenemos que entender el planteamiento de Massey por una “tetra-dimensionalidad de espacio y tiempo”.

Ahora bien los dos ejes planteados se cristalizaran en Argentina y en particular en la ciudad de Tandil. La ciudad es lo concreto, el conjunto de redes, es decir la materialidad visible de lo urbano, en cuanto este es lo abstracto, entonces es lo que le da sentido a la naturaleza de la ciudad. Como pensar la ciudad en sus múltiples manifestaciones, en cualquiera de sus dimensiones en el momento que se conforma

el mundo. La ciudad es una obra humana, es un conjunto de objetos producidos de acuerdo a procedimientos determinados y regidos por intencionalidades precisas.

A partir de esta idea es que debemos asumir la complejidad generada por la coexistencia de grupos de culturas, de lenguas, de religiones, de edades, de sexo, de actividades. El espacio es el contenido de ese choque permanente de la diversidad, así es que pensamos la ciudad como el lugar de encuentro de la diferencia, de la libertad, de la igualdad.

En este sentido, podemos pensar el territorio como un espacio de conflicto no sólo social sino también de género y que se expresa en distintas situaciones y dimensiones del espacio territorial. Sólo para dar ejemplos vinculados a aspectos de las políticas públicas que no son visualizados comúnmente desde la perspectiva de género, mencionaremos los siguientes:

(1) La desigual oferta de infraestructura y servicios que condiciona la vida cotidiana de la población según sectores sociales. (2) Las consecuencias no son las mismas para varones y mujeres. Si las responsabilidades de unos y otras son diferentes, la relación entre el ámbito privado y público también lo es. Son diversas las demandas de accesibilidad, desplazamientos, tiempos de traslado, de unas y otros. (3) Las necesidades de las mujeres de compatibilizar las responsabilidades en ambos espacios son vitales, en tanto las actividades del cuidado continúen a cargo casi exclusivo de las mismas. (4) La existencia y calidad de los servicios de cuidado infantil, ancianos, enfermos, abastecimiento, resultan para las mujeres posibilitantes u obstaculizantes para tomar decisiones respecto a sus vidas, fundamentalmente las de participar en igualdad de condiciones con los varones en la vida pública.

Un enfoque de género en la ciudad puede contribuir a dar otro tratamiento a las injusticias que sufren las minorías y los “invisibles”, porque las mujeres forman parte de esta categoría. Podremos incluir nuevas miradas a partir de las condiciones de la vida cotidiana. Las mujeres tomarán así conciencia de su identidad, de sus capacidades de intervención y de sus necesidades, podrán establecer relaciones sociales y participar más activamente para resolver los problemas de la vida cotidiana.

Intentamos debatir desde la geografía del género como poder pensar la ciudad desde la fusión entre capitalismo y patriarcado, al tomar como problema la relación de la mujer con el sistema económico, vía su menor fuerza de trabajo, dejó de lado la subordinación de las mujeres en relación a los hombres en el sistema patriarcal. Patriarcado y capital mantienen a la mujer en ocupaciones segregadas y mal remuneradas,

dependiente económicamente de los hombres y subordinada a ellos en la vida familiar.

Sólo a partir de esta óptica, de doble subordinación, es que puede entenderse la persistencia de una división sexual del trabajo que mantiene a las mujeres en ocupaciones jerárquicamente inferiores, tanto en la esfera pública como privada. Benería y Sen plantean, a partir de estas definiciones, la subordinación de la mujer como resultado de la conexión entre las desigualdades de clase y género, mostrando que las tensiones que existen entre ambas desembocan en el sobretrabajo diferencial y las deficientes condiciones de vida de la mujer.

Según Scott (1995), la definición, “género”, como categoría de análisis, remite a un elemento constitutivo de las relaciones sociales y a una forma de significar relaciones de poder. Así entendido posee un elevado valor heurístico para aprehender tanto el proceso histórico de construcción de lo masculino y lo femenino como otras formas de relaciones de poder.

El desafío para las investigaciones sobre género no consiste en la definición de un campo temático, epistemológico y metodológico propio, sino en incluir tal categoría de análisis en las ciencias sociales. Asimismo se plantea que dada la complejidad de las interrelaciones entre la formación de clase y las desigualdades de sexos, es que aparecen las asimetrías de género que permean las relaciones entre hombres y mujeres en diferentes ámbitos. Entonces las desigualdades de género refieren a construcciones socioculturales e históricas que transforman las diferencias sexuales en desigualdades jerárquicas que presuponen un acceso diferenciado a diversas formas de poder.

Ahora bien, debemos pensar en como estas desigualdades se concretan en el espacio. El espacio aparece frente a nosotros como algo que permite la igualdad ante los otros, sin embargo es una igualdad imaginaria por que en ningún caso es verdadera. Antes de mirar esto se ve la necesidad de realizar una contextualización del estudio de la mujer y el espacio, el estudio parte en la década de los 70s donde se empieza a llevar a cabo el discurso de la geografía de género inicialmente entendido como geografía de la mujer, luego feminista y por ultimo de género.

La geografía de género se define como aquella que examina las formas en que los procesos socioeconómicos, políticos y ambientales crean, reproducen y transforman no solo el lugar donde vivimos sino también las relaciones entre hombres y mujeres que allí viven, además estudia como las relaciones de genero tienen impacto en dicho proceso y sus manifestaciones en el espacio y el entorno (SABATÉ MARTÍNEZ *et al.* 1995, p. 16).

Es necesario no olvidar que la geografía de género se vio influenciada de manera decisiva por la iniciativa de movimientos feministas y sus logros obtenidos en la situación social de la mujer, como lo fue la progresiva incorporación a la esfera pública y laboral. La mujer no tenía tiempo ni espacio para ella misma, hasta que las relaciones familiares fueran perneadas por el mercado, creando así un nuevo modelo de convivencia familiar, el hogar empieza a cambiar su identidad, basado en el consumo, por ende se da la necesidad que la mujer empiece a trabajar. El hogar no es un reducto a salvo del mercado, sino que es penetrado por este, a través de los medios de comunicación y por sus múltiples funciones.

Estado de situación sobre la violencia doméstica en Argentina

En 1996, Argentina ratificó la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia Contra la Mujer (conocida también como Convención de Belém do Pará), que reconocía que la violencia no sólo viola el derecho de las mujeres a una vida libre de violencia, sino que además les impide ejercer plenamente sus derechos civiles, políticos, sociales o económicos. Las obligaciones del Estado respecto a estos derechos están claramente establecidas en la reforma de la Constitución de Argentina de 1994, en la que se otorgó categoría constitucional a los tratados internacionales de derechos humanos y se les asignó la posición más alta en la jerarquía jurídica del país.

Respecto a la violencia contra las mujeres, las obligaciones contenidas en la arquitectura jurídica de las normas internacionales de derechos humanos por las que Argentina está vinculada no se limitan a legislar contra dicha violencia y penalizarla. Se extienden a la responsabilidad de ejercer la “diligencia debida” para actuar de manera adecuada y efectiva para prevenir la violencia contra las mujeres, investigarla y castigarla cuando se produzca. Cuando el Estado incumple este deber, puede ser responsabilizado de las violaciones sufridas por las mujeres. El Estado, por lo tanto, está obligado a tomar medidas positivas para prevenir, prohibir y castigar la violencia contra las mujeres, independientemente de dónde se produzca y de la identidad de su autor, lo que significa que incluye la violencia que tiene lugar dentro del ámbito familiar.

Estos compromisos incluyen medidas específicas para contrarrestar la discriminación de género en su conjunto, especialmente mediante el proceso educativo, para investigar y recopilar datos sobre la violencia y para promover el conocimiento y el respeto del derecho de las mujeres a vivir una vida libre de violencia. Aunque gran parte de la acción que se necesita para eliminar la violencia contra las mujeres debe realizarse en el ámbito provincial, esto no disminuye la responsabilidad del gobierno nacional como Estado Parte en tratados internacionales y regionales y como responsable de velar por los derechos de los ciudadanos y ciudadanas, consagrados en la Constitución.

Sin embargo, pese a la clara obligación legal de los Estados de eliminar la violencia contra las mujeres, las estadísticas recopiladas por Amnistía Internacional (2008) muestran que, en Argentina, en los primeros diez meses de 2008, se produjo la muerte de al menos 110 mujeres a manos de un miembro de su propia familia o de una pareja o ex pareja (caso que analizaremos en la ciudad de Tandil (Provincia de Buenos Aires), a partir de la muerte de Delfa Molina en el año 2007).

Según cifras del gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la línea telefónica de ayuda para la violencia familiar recibió (sólo en la Capital), 5.665 llamadas en los primeros seis meses de 2008. Esta información indica la inacción del gobierno para proteger a las mujeres frente a abusos fundamentales de sus derechos humanos. Además, debilita la posición internacional de Argentina como Estado en el que los derechos humanos se respetan y se hacen realidad.

La recopilación de datos sobre la violencia contra las mujeres es una tarea difícil ya que este tipo de violencia prácticamente no se denuncia, entonces no queda constancia de ella. Las mujeres que sufren una de las formas más extendidas de este tipo de violencia – la violencia en el ámbito familiar – se enfrentan a numerosos obstáculos a la hora de denunciarla, como por ejemplo la ausencia de alternativas económicas a permanecer en una relación de abusos, la falta de confianza en la policía y el sistema judicial, y las barreras psicológicas y sociales que suelen acompañar a la violencia.

Cuando las supervivientes se atreven a denunciar la violencia doméstica, a menudo no queda constancia de ella por una serie de motivos, como la negativa a reconocerla como un caso de violencia doméstica, la falta de recursos o tiempo, la inexperiencia en la respuesta a este tipo de violencia o las actitudes sexistas por parte de las autoridades. Y hay otras formas de violencia que las mujeres son muy reacias a denunciar por muchos de los mismos motivos sociales, psicológicos y prácticos. Esto se aplica especialmente a la agresión

sexual y la violación, ya se produzcan en el hogar o fuera de él; como fue el caso de Romina Tejerina en Jujuy en febrero de 2003.

Tejerina mató a su hija recién nacida, de la que aseguró, había sido fruto de una violación. El supuesto violador fue sobreseído y, en noviembre de 2006, la Corte Suprema nacional dejó firme esa sentencia que lo benefició. Un tribunal oral penal condenó a Tejerina en junio de 2005 y, el 24 de marzo de 2007, el Superior Tribunal de Justicia de Jujuy confirmó la pena de 14 años de prisión. Los abogados de Tejerina sostuvieron que la joven siempre pensó que el nacimiento, sietemesino, había sido producto de un aborto. La Corte, sin embargo, nunca entró en el debate del aborto, porque la niña había efectivamente nacido. El crimen despertó reacciones muy fuertes y encontradas, porque mientras un sector alegaba que Tejerina había cometido un homicidio, aunque atenuado por las condiciones sociales y por su dura vida familiar, varios organismos de derechos humanos, la Corriente Clasista Combativa y sindicatos salieron en su defensa.

Fue en febrero de 2003 cuando Romina se encerró en el baño de su casa, en el barrio Roberto Sánchez de San Pedro, a 30 kilómetros de San Salvador. Allí parió, sin ayuda, una beba que no quería y que actualizaba la violación de la había sido víctima, ocho meses atrás, dentro del auto de su vecino, un hombre 20 años mayor.

Ahí mismo, en el baño, se me cruzó la imagen de él. El me tenía como encerrada, porque cada vez que salía lo veía y se me reía, me burlaba. Yo ya no era la misma, si siempre fui de hablar mucho y en ese tiempo estaba muda, me quería morir.

Después sucedió lo que ya se ha relatado más de una vez desde que su nombre se convirtió en demanda para mujeres de todo el país que en cada marcha han venido pidiendo su libertad. Las pericias dicen que fueron 26 puñaladas. Ella sólo dice que en ese baño se sintió “más encerrada que nunca” y que después no sabe, no se acuerda, hasta que escuchó cómo la insultaban en el hospital al que la llevaron sus hermanas, junto con el cuerpo de la recién nacida. “Lo único que dije ahí mismo es que me habían violado, pero nadie quería escuchar eso, querían que declarara lo otro”, dice, balanceando las piernas que se le acalambran, supone, por los nervios. (Pagina 12, Texto de la periodista Marta Dillon).

Este caso se presenta difícil por la imposibilidad de reunir datos pero no elimina la obligación del Estado de garantizar que se reúnen. Las obligaciones legales y políticas del Estado argentino respecto a las mujeres que viven en su territorio, de acuerdo a datos de Amnistía Internacional (2008), son:

1948 – DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

Adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Afirma que todos los seres humanos nacen iguales en dignidad y derechos. Reconoce (entre otras cosas) el derecho de todos los seres humanos a la vida, la libertad y la seguridad de la persona, sin distinción de ningún tipo.

1979 – CONVENCIÓN DE LA ONU SOBRE LA ELIMINACIÓN DE TODAS LAS FORMAS DE DISCRIMINACIÓN CONTRA LA MUJER

Firmada y ratificada por Argentina en 1980 y 1985, respectivamente. Define la discriminación contra las mujeres y obliga a todos los Estados Partes a actuar para ponerle fin en las instituciones públicas y en la ley, a manos tanto de particulares como de organizaciones o empresas.

1993 – DECLARACIÓN SOBRE LA ELIMINACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER

Adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Afirma que la violencia contra las mujeres es una violación de los derechos humanos de las mujeres y la reconoce como una manifestación de la desigualdad de poder entre hombres y mujeres. Establece que los Estados deben condenar la violencia contra las mujeres y no invocar costumbres, tradiciones o consideraciones religiosas para evitar sus obligaciones respecto a su eliminación. Establece asimismo que los Estados deben poner en práctica, por todos los medios adecuados y sin demora, una política de eliminación de la violencia contra las mujeres.

1994 – CONVENCIÓN INTERAMERICANA PARA PREVENIR, SANCIONAR Y ERRADICAR LA VIOLENCIA CONTRA LA MUJER (CONVENCIÓN DE BELÉM DO PARÁ)

Firmada y ratificada por Argentina en 1994 y 1996, respectivamente. En virtud de este tratado, los Estados Partes se comprometen a condenar todas las formas de violencia contra las mujeres y a poner en práctica, por todos los medios adecuados y sin demora, políticas para prevenir, castigar y erradicar dicha violencia.

1999 – PROTOCOLO FACULTATIVO DE LA CONVENCIÓN DE LA ONU SOBRE
LA ELIMINACIÓN DE TODAS LAS FORMAS DE DISCRIMINACIÓN
CONTRA LA MUJER

Firmado y ratificado por Argentina en 2000 y 2007, respectivamente. Establece un procedimiento internacional de presentación de quejas que permite a personas, grupos u ONG presentar ante la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer quejas respecto a violaciones de los derechos humanos de las mujeres perpetradas por los Estados. También establece que los Estados deben dar a conocer este procedimiento, promoviendo así el conocimiento y la comprensión de las normas de derechos humanos relativas a la discriminación contra las mujeres.

Violencia basada en el género

La violencia contra las mujeres y las niñas incluye el maltrato físico y el abuso sexual, psicológico y económico. Generalmente se la conoce como violencia “basada en el género” por desarrollarse en parte a raíz de la condición subordinada de la mujer en la sociedad. Muchas culturas tienen creencias, normas e instituciones sociales que legitiman y por ende perpetúan la violencia contra la mujer. Los mismos actos que se castigarían si estuvieran dirigidos a un empleador, un vecino o un conocido, suelen quedar impunes cuando el hombre lo dirige a la mujer, especialmente en el seno de la familia.

Dos de las formas más comunes de violencia contra la mujer son el abuso por parte de sus compañeros íntimos y la actividad sexual forzada, sea que tengan lugar en la niñez, en la adolescencia o en la vida adulta. El abuso por parte del compañero íntimo, también conocido como violencia doméstica, maltrato de la esposa o agresión, casi siempre está acompañado de abuso psicológico y, en una cuarta parte a la mitad de los casos, de relaciones sexuales forzadas. En su mayoría, las mujeres maltratadas por sus compañeros sufren agresiones en numerosas ocasiones. En realidad, las relaciones abusivas se desarrollan comúnmente en una atmósfera de terror.

A nivel internacional, la Asamblea General ha declarado el 25 de noviembre como el Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer, y ha invitado a los gobiernos, las organizaciones internacionales y las organizaciones no gubernamentales a que organicen en ese día actividades dirigidas a sensibilizar a la opinión

pública respecto al problema de la violencia contra la mujer. Desde 1981, las militantes en favor del derecho de la mujer observan el 25 de noviembre como el día contra la violencia. La fecha fue elegida como conmemoración del brutal asesinato en 1960 de las tres hermanas Mirabal, activistas políticas de la República Dominicana, por orden del gobernante dominicano Rafael Trujillo (1930-1961).

La violencia domestica en espacios de vulnerabilidad y exclusión social en la ciudad de Tandil, provincia de Buenos Aires

La construcción de la ciudad se va dando a partir de grandes cambios en el territorio, resultado de expresiones que se corresponden con los procesos económicos y sociales y a las posibilidades de modernizaciones en el territorio. Intentamos demostrar como los procesos de violencia domestica ocurridos dentro y fuera del hogar en ciertos casos tiene directa correlación espacial, cuando se trata de sectores populares, que viven en la pobreza.

De esta manera la ciudad la pensamos como un *actor* y no como escenario o soporte, es decir como un territorio activo, donde se pueden ver ciertos pares dialécticos como planteaba Milton Santos: la conformación de espacios luminosos y de espacios opacos. Siendo los espacios luminosos aquellos más aptos para la mayor concentración de capital, tecnología y organización y en consecuencia todos aquellos subespacios donde estas características están ausentes serias los espacios (opacos) de la fragmentación territorial.

Así en la ciudad de Tandil se va conformando un nuevo medio geográfico que es técnico-científico e informacional, que presenta una modernización reticular del territorio de diferentes grados de modernización. Los espacios de vulnerabilidad social, podríamos comprenderlos entre las situaciones intermedias de los espacios luminosos y opacos, mientras que aquellos sectores populares adscriptos a la pobreza están referenciados en los espacios opacos (y/o fragmentados territorialmente).

De todas maneras, aunque en nuestro trabajo nos acotemos a los espacios de vulnerabilidad y exclusión socioterritorial, nos pronunciamos por contradecir a todos los mitos que existen, ya que la violencia doméstica existe en todas las clases sociales, y afecta no solo a las mujeres sino también a los demás miembros de la familia,

particularmente a los niños, quienes son víctimas de violencia o testigos de esta entre sus padres.

En primer lugar la territorialización de los distintos recortes espaciales que explican los espacios de vulnerabilidad y exclusión territorial esta basado en un trabajo de Linares y Lan, (2006), donde Tandil se reproduce, generando un modelo urbano fragmentado, materializado espacialmente por sus ejes de expansión y que es estudiada a partir de cuatro dimensiones: económica, sociocultural, política y espacial.

De esta manera quedaron construidos tres aglomerados urbanos, que se expresan en la Carta N° 1:¹

1. Integración socioterritorial – compuesto por hogares y personas sin dificultades económicas, y que formarían parte de esos espacios luminosos de concentración de capital, tecnología y organización, que a su vez participan en las redes sociales y disponen de los equipamientos de uso colectivo y de uso privado imprescindible para el normal funcionamiento de la estructura social;

2. Vulnerabilidad socioterritorial – son aquellas personas que se encuentran en las situaciones intermedias entre los espacios luminosos y opacos de Milton Santos (1994) y que se encuentran sometidas al empobrecimiento, debido a la incapacidad de respuesta y adaptación a los cambios coyunturales y que afectan su estado de bienestar social;

3. Exclusión socioterritorial – son aquellos sectores populares en riesgo social dada las deficientes condiciones materiales en las que se encuentran. Habitando viviendas muy deterioradas, con precaria situación del ambiente domestico, con serias dificultades para el acceso a la educación, en condiciones criticas de salud y que no disponen de infraestructura y servicios urbanos básicos.

En la Carta N° 1 quedan geografizados los tres aglomerados urbanos heterogéneos, que son el resultado de procesos particulares construidos en diferentes periodos históricos y que se agudizaron en el contexto neoliberal de los años noventa. Este modelo profundiza las desigualdades sociales resultado de las políticas tendientes a favorecer y responder al mercado y no a la sociedad.

A partir de las realidades empíricas vinculadas a la marginación, alineación, pobreza, exclusión, discriminación y fragmentación territorial es que retomamos la violencia domestica, que en algunos casos se toma

1 Carta N° 1: Violencia doméstica y espacios de vulnerabilidad y exclusión social. Tandil, 2007. Referencia: VD: Violencia doméstica en Tandil, 2007 (caso Delfa Molina). Fuente: CIG-FCH-UNCPBA)

únicamente como un problema social, porque transcurre en el espacio privado, pero nos atrevemos a plantear que es un problema espacial también, dado que aquellas mujeres pobres que se animan a denunciar comienzan a formar parte de un circuito espacial visible compuesto por hospitales, casas de residencias transitorias, comisarías, etc., que le dan una impronta toma de conciencia a la problemática, no siendo de la misma manera para mujeres de clases sociales acomodadas, que son las que pueden pagar a lo largo de su peregrinar a servicios privados, transformando las diversas manifestaciones de violencia en un circuito espacial oculto.

Es decir sostenemos la hipótesis de que la violencia domestica en espacios de vulnerabilidad y exclusión territorial compone un circuito espacial invisible, mientras que las diversas manifestaciones de violencia en clases sociales acomodadas se convierten en circuitos espaciales ocultos.

El caso de Delfa Molina nos presenta el desafío de mostrar como los espacios fragmentados territorialmente albergan la pobreza y como las mujeres que los conforman nos les quedan otros caminos frente a la violencia domestica que emprender la ruta del circuito espacial visible, en pos de defender su vida y la de sus hijos e hijas.

El feminicidio de Delfa Molina es realidad, murió asesinada el 5 de septiembre de 2007 con un embarazo a término, en el Hospital Ramon Santamarina de la ciudad de Tandil.

Ella había denunciado a su marido varias veces antes de su muerte y fue el quien terminó produciéndole un cuadro de hematoma en el hígado después de una golpiza. En el año 2007, murieron 7 mujeres en el mes de septiembre y 47 si tenemos en cuenta todo el país.

Si tenemos en cuenta la Carta N° 1, en los espacios de exclusión socioterritorial al Este de la ciudad, podemos localizar geográficamente el caso de violencia domestica (VD) de Delfa Molina, de 33 años, quien compartía desde hacía más de una década la casa de calle Darragueira 254 con Claudio Marcelo Sáenz de 46 años y con sus ocho hijos. El 25 de agosto de 2007 ingresó al hospital, con un cuadro de abdomen agudo y un embarazo de término. Ese mismo día, nació por cesárea su novena hija; durante la práctica quirúrgica los médicos observaron lesiones internas, un hematoma en el hígado, producido aparentemente por golpes.

A esa altura, Sáenz había sido detenido por una orden del juez que lo imputó de golpear reiteradas veces a su mujer. Según la Justicia, con los golpes provocó lesiones gravísimas que motivaron su internación. Moragas comenzó las investigaciones con pedidos de declaraciones a los hijos de Delfa Molina y Claudio Sáenz, que habrían confirmado la

violencia de la que era víctima su madre y eso determinó la detención del agresor.

A continuación, Delfa permanece en coma farmacológico durante 10 días y muere el 5 de septiembre de ese año. Aparentemente, por declaraciones que constan en medios periodísticos tandilenses, el ataque que ocasionó la muerte se habría originado cuando ella sorprendió a su pareja abusando de una de sus hijas. Sáenz, acusado de *homicidio agravado por el vínculo*, se negó a declarar. El defensor oficial solicitó la excarcelación del imputado.

Circuito espacial visible de las mujeres pobres que padecen violencia doméstica

Delfa había intentado salir de la situación de violencia y por eso su trajinar se ajusta a la idea de circuito espacial visible. Un recorrido que las víctimas de violencia comienzan en el momento mismo en que deciden buscar ayuda, pero dadas las respuestas institucionales que reciben y las dificultades que encuentran para llevar adelante la decisión, el ciclo de la violencia vuelva a ponerse en marcha.

1. En marzo de 2006 había sido asistida por la Secretaría de Desarrollo Social del Municipio de Tandil. En esa ocasión, la oficina elevó un Informe de la situación al Tribunal de Menores de Tandil. La respuesta tomó la forma de un oficio donde se pedía la institucionalización de los pequeños. Delfa se negó a internarlos y el municipio le pagó un hotel para ella y sus hijos, luego les alquiló una casa, pero Sáenz supo del lugar y los agredía allí también.

2. En ese momento, la mujer y sus hijos vuelven a la casa de Darragueira. No hubo restricción perimetral ni aplicación de ninguna medida que protegiera a las víctimas del agresor, menos aún una orden de detención que les permitiera vivir sin el hostigamiento de Sáenz.

3. El 17 de agosto de 2007 Delfa había hecho una denuncia ante la Oficina de Violencia Familiar y Asistencia a la Víctima de la Comisaría 1° de Tandil a cargo de la Capitana María Cristina Pugliese.

4. Francisca Mabel Villarruel, madre de Delfa, declara que habían hecho reiteradas denuncias ante la Justicia de Menores porque el marido “abusaba de su hijastra de 13 años” y además que “su yerno trabajaba esporádicamente y que le exigía a Delfa que trajera dinero a la casa, obligándola a prostituirse”.

Es un efecto de lo que les pasa ante las frustraciones, obstáculos y sanciones que reciben una y otra vez de parte de aquellas personas en las que confiaron, de las que esperaron una respuesta. Sobre este

punto, un estudio realizado de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) en el marco del Programa Mujer, Salud y Desarrollo ofrece una descripción precisa. Es un estudio de casos en diez países que llama La Ruta Crítica de las Mujeres Afectadas por la Violencia Intrafamiliar en América Latina del año 2000. El informe concluye que “en casi todos los países hay al menos una mujer que relata que después de hablar de la agresión con familiares o en la terapia de pareja, de acudir a la policía para pedir protección o de denunciar al agresor en los tribunales, sufrió mayores maltratos”.

El relevamiento señala además que este resultado es más frecuente cuando las mujeres no encontraron respuestas positivas de aquellos a quienes acudieron, porque el agresor se reafirma al comprobar que ella carece de respaldo y que su violencia se mantiene impune. Afirman que “lamentablemente, las instituciones no toman nota del riesgo adicional que las mujeres maltratadas viven cuando acuden en busca de apoyo y no lo encuentran”.

Posibilidades de acceso a los servicios, disponibilidad, calidad, demoras en la atención, falta de capacitación, prejuicios, representaciones sociales sobre la violencia contra las mujeres, sospechas sobre la veracidad del relato, incapacidad para ver la violencia como un delito son elementos recurrentes en ese recorrido y que no le fueron ajenos a Delfa. Su madre conocía la situación de violencia y apoyaba los reclamos ante el sistema judicial, la policía y el Municipio y después de la muerte de su hija denunció la ineficacia de cada una de esas instancias.

Del mismo modo, su amiga Susana Ortega relató a la prensa haber sido testigo de episodios reiterados de violencia hacia Delfa por parte de su concubino y que la víctima estaba con “pérdidas de sangre” y sin atención médica desde tres días antes de ingresar al Hospital adonde fue llevada por su agresor: “Delfa hizo la denuncia el 17 de agosto porque su marido la había golpeado. La jueza que la atendió le dijo que en 48 horas se fuera de la casa, pero nosotros le aconsejamos que no se fuera ella, sino que se fuera él. Delfa nos dijo que a los chicos no los iba a dejar solos y que, de última, la iban a sacar muerta de esa casa”. Retomar los dichos de su amiga impacta. En una nota periodística dijo que “en un momento, no hace mucho, le ofrecí una casa, pero no alcanzó, la mató antes”.

Resulta necesario para completar la descripción recordar las declaraciones efectuadas tras la muerte de Delfa por el secretario de Desarrollo Social del municipio de Tandil. Elichiribehety se mostró en desacuerdo con la medida del Juzgado que no separó al agresor de su familia: “No me voy a poner a juzgar a la Justicia – dijo –, pero

creo que se debió haber internado al hombre, dado que había una situación de violencia y alcoholismo muy evidente”.

Por otra parte, aseguró que la Secretaría de Desarrollo Social ha tomado intervención en unos 2.200 casos de violencia en el período 2006-2007 y que la capacidad de respuesta “está prácticamente colapsada”. La capitana María Cristina Pugliese, titular de la Oficina de Violencia Familiar y Asistencia a la Víctima de la Comisaría 1º de Tandil, confirmó dos denuncias relacionadas con el caso y reafirmó que “no se perdieron”.

Sin embargo reconoce que la falta de recursos hace “imposible” los seguimientos. En el área “trabaja un oficial por día, desde las 8 a las 20”. Pugliese reflexiona además sobre su tarea y señala que “hay personas que quieren ser salvadas y otras que no; están las que quieren que se las apoye y salir de la situación que están viviendo, y otras no”.

La violencia contra las mujeres es un tema de denuncia constante y de acción del movimiento de mujeres y del feminismo, que ven su existencia como una violación a los derechos humanos de las mujeres. Ese reclamo fundamental pone en alerta a los gobiernos, al sistema judicial y de salud entre otros actores fundamentales que deben diseñar y poner en práctica políticas para erradicar y sancionar la violencia contra las mujeres. En Tandil La Biblioteca Popular de las Mujeres jugó un rol fundamental en ese sentido. Denunció y exigió una investigación sobre el caso, a través de las redes que construyeron las mujeres para hacer trascender el femicidio de Delfa más allá de los límites de Tandil. La organización forma parte de la Red de Monitoreo de Políticas Públicas para Prevenir, Erradicar y Sancionar la Violencia contra las Mujeres de la Provincia de Buenos Aires, que presentó el caso ante la mesa interministerial que en el ámbito bonaerense se ha conformado como consecuencia de lo que exige la ley sobre violencia familiar. La Biblioteca alertó en ese ámbito sobre “los programas que faltan”, “la lentitud y la injusticia del Poder Judicial”, “la falta de sensibilidad” y reclamó no solo al municipio sino a toda la comunidad de Tandil hacerse cargo puntualmente de la situación que deja al descubierto el femicidio de Delfa y de las muchas otras Delfa que viven allí. La convocatoria se plasmó en una marcha donde predominaron las cintas de color violeta y negro. Como ellas explicaron, el negro es el luto por las mujeres que mueren por violencia, y el violeta representa la posibilidad de que las cosas puedan cambiar. En este caso, el femicidio de Delfa parece mostrar los límites de la ley contra la violencia intra familiar porque por sí misma no garantiza la existencia de una misma calidad de atención

y la adecuación de los instrumentos que existen a las necesidades de las mujeres. (Nota periodística de Gabriela Barcaglione. *Artemisa Noticias*).

Recientemente la Justicia de Tandil determinó que no había mérito para que Claudio Sáenz permanezca detrás de las rejas. En la continuidad del proceso judicial, ante una apelación de la defensa, durante el año 2008, la Cámara azuleña determinó que no hubo dolo. Y rechazó la carátula propuesta por la fiscalía, estableciendo limitaciones técnicas.

Sin embargo una pericia comprobó la existencia de una patología de base que afecta a mujeres que han dado a luz en reiteradas oportunidades. Esta patología se conoce como síndrome Hellp. Afecta a multiparurientas. Todavía a la ciencia le queda mucha labor en este campo, ya que el descubrimiento es reciente. Se sigue investigando la conexión entre embarazos múltiples y casos de violencia contra la mujer.

Resulta paradójico que lo que la lógica generalizada indica como agravante, le valga a Sáenz el sobreseimiento definitivo. Distintas organizaciones civiles están trabajando para revertir la situación y que la muerte de Delfa Molina no quede impune.

Recordamos que la Ley de Violencia Familiar 12.569 es un marco jurídico novedoso y positivo para viejos problemas de nuestra comunidad. La Justicia debe aplicarla para resolver situaciones concretas de riesgo y/o violencia y la comunidad debe responder para acotarlas y encaminarlas.

Retomando nuestra hipótesis inicial, el caso analizado de violencia domestica corresponde a una clase social baja que aparece asociada con problemas de desocupación del agresor y de tensión provocada por condiciones de vida muy precarias. El domicilio particular de la victima pertenece al aglomerado de exclusión socioterritorial que muestra las condiciones críticas de esa población en riesgo.

El trayecto recorrido ante las diferentes instancias institucionales, se dieron justamente por la imposibilidad de recursos económicos para concurrir a otras instancias privadas, por eso planteamos la existencia de un circuito espacial visible en el caso de la violencia domestica para mujeres empobrecidas y es a partir de ahí que el problema social deja de pertenecer al espacio privado y se transforma en un problema socioespacial y político.

A manera de conclusión

La geografía del género tiene mucho camino por recorrer, mucho para aportar sobre todo en la territorialización de estas problemáticas que se dan en aquellos espacios llamados “privados” y por lo tanto muy difíciles de abordar. Pero esta supuesta neutralidad social bajo el argumento de la libertad individual se convierte en complicidad ante situaciones de injusticia y arbitrariedad que impiden a las víctimas el ejercicio de sus derechos básicos como un método de control social.

Si bien son cuestiones que se dan en la mayoría de los casos dentro del hogar, se convierten inmediatamente en un problema para todos en el momento que las mujeres deciden pedir ayuda.

Sabemos que es un flagelo transversal a todas las clases sociales, pero es posible encontrar alternativas de abordaje a la violencia doméstica a partir de la visibilidad de la misma y los registros (por cierto poco confiables) se consiguen a partir de los datos oficiales de aquellas mujeres que no tuvieron otro camino que defender su vida, por medio de las organizaciones oficiales.

La violencia doméstica contra la mujer se inserta en una forma determinada de relaciones de poder en la que la violencia se usa como un método de control social. La puesta en valor de los trayectos espaciales en que circulan las víctimas debe convertirse en una forma de toma de conciencia para originar programas e iniciativas que desemboquen en múltiples acciones directas que saquen del encierro a la violencia del espacio privado.

Referências

AMNISTIA INTERNACIONAL – ARGENTINA/URUGUAY. *Muy tarde, muy poco*. Mujeres desprotegidas ante la violencia de género en Argentina. Prioridades de acción para el Estado Argentino. Buenos Aires: Amnistía Internacional, 2008.

JAMESON, Fredric. *Postmodernism, or, the cultural logic of late capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.

LACLAU, Ernesto. *New reflections on the revolution of our time*. London: Verso, 1990.

LINARES, Santiago; LAN, Diana. *Estudio de la segregación urbana mediante el uso de SIG: un aporte geográfico a la gestión municipal de Tandil, Argentina*. Lincoln Institute, 2006, p 195-207.

MASSEY, Doreen. *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994.

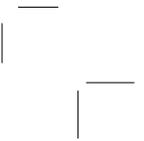
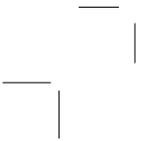
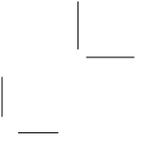
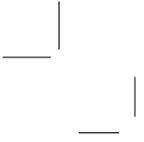
_____. Thinking radical democracy spatially. *Environment and Planning D: Society and Space*, v. 13, n. 3, p. 283-288, 1995.

RADCLIFFE, Sarah A. Women's Place / El Lugar de Mujeres: Latin America and the Politics of Gender Identity. In: KEITH, M; PILE, S. *Place and the politics of identity*. London: Routledge, 1993, p. 102-116.

SABATÉ MARTÍNEZ, Ana.; RODRÍGUEZ MOYA, Juana Maria; DÍAZ MUÑOZ, Maria Ángeles. *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género*. Madrid: Síntesis, 1995.

SANTOS, Milton. *Técnica, espaço e tempo: globalização e meio técnico-científico informacional*. São Paulo: Hucitec, 1994.

SCOTT, Joan. Gênero: uma categoria útil de análise histórica. *Educação e Realidade*, v. 20, n. 2, 1995, p. 71-99.



A perspectiva feminista na geografia brasileira

Susana Maria Veleda da Silva



No Brasil, a partir da década de 1970, surgem movimentos sociais que já consolidavam novas forças políticas em várias partes do mundo. Destacamos os movimentos sociais anticolonialistas, os a favor da democracia, os ambientalistas e os de luta pela igualdade social e econômica com reivindicações de direitos iguais para negros, homossexuais e mulheres (TELES, 1993), entre outros movimentos que transformam os lugares e mudam mentalidades.

No âmbito da academia, as ciências humanas e sociais discutem a ideia da decomposição dos modelos clássicos e da obsolescência de algumas noções como classe social (IANNI, 1990) e proclama-se uma crise que, real ou imaginária, questiona teorias, modelos ou paradigmas. E mais do que isso, a emergência de novos atores políticos desloca e descentra a identidade do sujeito do iluminismo e do sujeito sociológico.¹

Esses novos movimentos sociais rompem a unidade das conceituações tradicionais e promovem novas formas de entendimento do mundo. Para Melucci (1989), esses movimentos são for-

¹ Essas expressões remetem a diferentes concepções de identidade. Segundo Hall (1996), o sujeito do iluminismo tem uma concepção individualista, em que o centro essencial de eu era a identidade de uma pessoa. O sujeito sociológico tem sua identidade formada pela interação entre o eu e a sociedade.

mas de ação coletiva baseadas na solidariedade e se diferenciam de outros tipos de ação coletiva porque desenvolvem um conflito, rompendo os limites do sistema em que ocorre a ação.

Nesse contexto de incertezas políticas e acadêmicas, essas práticas sociais provocam novas questões para as ciências humanas e sociais. As mulheres, atuando num campo privilegiado de luta – o mundo da intersubjetividade e do cotidiano –, estabelecem novas relações entre subjetividade e cidadania. Segundo Suplicy (1984), esses conceitos são tratados na academia, principalmente, nas ciências humanas e sociais ou nas ciências do comportamento.

Durante os anos 70 e 80, os estudos mostram a participação das mulheres em vários setores da vida pública, lutando pelos seus direitos e necessidades por meio de manifestações, denunciando as desigualdades sociais imputadas pelas relações de gênero. Demógrafas e sociólogas como Elsa Berquó (1980) e Carmem Barroso (1984) analisam a queda da fecundidade no país – suas causas e consequências – denunciando a prática indiscriminada da esterilização feminina e fomentando estudos sobre a questão dos direitos reprodutivos.

A partir da década de 80, reafirma-se a necessária heterogeneidade das experiências a partir das relações de gênero.² E as pesquisas apontam, também, o caráter relacional entre os sexos, que é construído socialmente a partir de relações de poder e conseqüentemente apresenta hierarquias que conduzem à desigualdade social. Não basta estudar as mulheres, é preciso estudar as relações sociais entre os sexos e incorporá-las aos estudos que tratam de temas sociais, econômicos e espaciais.

Nos anos 90 houve uma dispersão dos movimentos feministas e uma flagrante institucionalização. Algumas dessas mudanças podem ser identificadas no rápido crescimento das Organizações Não Governamentais (ONGs) feministas, na participação em fóruns nacionais e internacionais de discussão e na presença significativa nos aparelhos de Estado. A especialização temática e a formação de redes também demonstram novas práticas sociais. As temáticas estudadas se ampliam, como: saúde, direitos, meio ambiente, violência, trabalho, entre outros (SILVA, S. 2000).

A questão da igualdade ou da diferença destaca-se como crucial para os movimentos feministas, e no debate acadêmico essas questões assumem a forma de muitos trabalhos teóricos e pesquisas empíricas nas ciências humanas e sociais, especialmente na sociologia, antropologia e

² Gênero é aqui entendido, segundo definição de Joan Scott (1990, p. 14), como “uma conexão integral entre duas proposições: gênero é um elemento constitutivo das relações sociais, baseado em diferenças percebidas entre os sexos e, gênero é a maneira primordial de significar relações de poder”.

história. Ainda hoje, a geografia brasileira é tímida no que diz respeito a essa temática, mas consideramos que, tal como o caminho trilhado pelos movimentos feministas, os estudos feministas na geografia já se apresentam como um caminho sem volta.

Os estudos feministas tratam dessa questão a partir das perspectivas racionalista, essencialista ou pluralista.³ Multiplicam-se os debates teóricos que permitem analisar as práticas dos movimentos sociais, seus objetivos e suas consequências espaciais.

A academia tem se mostrado ativa no processo de compreender e contribuir com novas perspectivas na abordagem dessas temáticas. Grupos de trabalho em várias instituições do país (ligados às universidades ou independentes) tematizam as relações de gênero em múltiplas áreas disciplinares.⁴

Neste trabalho, apresentamos um balanço sucinto dos estudos que tratam das questões geográficas a partir da perspectiva feminista, com o objetivo de possibilitar a sua visibilidade e estimular a reflexão sobre a sua contribuição para o pensamento geográfico brasileiro. Estamos de acordo com Susan Hanson (1992), que, partindo da concepção de que a geografia e o feminismo são forças intelectuais poderosas, considera que não são mundos em conflito, ao contrário, compartilham tradições analíticas como a busca pelo significado da vida cotidiana, a importância do contexto e da diferença. Portanto, devem abrir-se e aprender uma com a outra, não só para transformar-se mutuamente, mas também para contribuir e oferecer uma concepção mais acabada do mundo.

Geografias feministas: um breve panorama

A incorporação da perspectiva feminista na geografia brasileira sofreu forte influência dos estudos de alguns geógrafos(as) europeus e estadunidenses que vêm trabalhando as questões espaciais a partir desse enfoque desde a década de 1970. Os primeiros estudos objetivavam dar visibilidade à metade da população até então ignorada (MONK e HANSON, 1982; GARCIA RAMON, 1989); questionam a cultura ocidental patriarcal e androcêntrica e a ciência e a epistemologia, propondo novos enfoques teóricos e metodológicos. Harding (1993) afirma que a ciência está contaminada pela visão masculina do

3 Yannoulas (1994) identifica esses tipos interpretativos no debate sobre igualdade e diferença.

4 Ver SILVA, Susana M. Veleda da. (2000).

mundo, não só as teorias, mas os conceitos e os métodos de investigação; mostra, também, a visão masculina nas perguntas e na interpretação dos resultados.

Compreendemos que o feminismo, independente das correntes teóricas ou ideológicas, é um projeto político comprometido com as mudanças sociais e orientado para a conquista da igualdade humana. Nesse sentido, expõe as desigualdades de gênero e mostra como as relações entre mulheres e homens são desiguais.

Partindo da concepção de que um dos domínios fundadores da geografia é o estudo das interações entre o homem e o meio, entendemos que as questões e as interpretações formuladas a partir deste domínio são androcêntricas. Mas, se “a ciência modela-se e transforma-se no seu próprio movimento” (CLAVAL, 1972, p. 106), este movimento, nos anos de 1970, impregnou-se, em algumas áreas, dos movimentos feministas.

Assim, a geografia começou tarde a se interessar por esta perspectiva quando se compara com outras ciências humanas ou sociais, mas desde a década de 1970, Europa e EUA já contam com trabalhos nesta temática (ZELINSKY, 1973; HANSON, 1992). Um passo importante foi dado em meados da década de 1980, quando um grupo de geógrafos(as) ingleses(as) da Women and Geography Study Group (WGSG), do Institute of British Geographers (IBG), define a geografia do gênero como “aquela que considera de forma explícita a estrutura de gênero na sociedade” (WGSG, 1984, p. 21).

Em 1989 e em 1995, a revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica* publica números monográficos sobre geografia e gênero. É possível estudar o espaço geográfico utilizando a categoria gênero como instrumento de análise, considerando que o espaço não é neutro e homogêneo em relação às diferenças percebidas entre os sexos que produzem desigualdades de gênero, com repercussões socioespaciais (DOCUMENTS D'ANÀLISI GEOGRÀFICA, 1989 e 1995).

Em 1995, três pesquisadoras espanholas publicam o livro *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género* (SABATÉ MARTÍNEZ et al., 1995), cuja proposta é disponibilizar um manual de geografia e gênero em castelhano, considerando a importância deste enfoque para esta disciplina.

De acordo com Garcia Ramon (1989), a geografia vem utilizando paradigmas diversos nos seus enfoques feministas, como marxistas ou culturais com orientação fenomenológica. E nos anos 90 as concepções pós-modernistas (WGSG, 1997; LAURIE et al., 1999) se juntam a essas reflexões. Os primeiros estudos marxistas feministas da década de 1970

agregam as desigualdades inerentes ao capitalismo às desigualdades inerentes à sociedade patriarcal. Ainda segundo Garcia Ramon (1989), o mais inovador foi o rompimento das barreiras (tradicionais e artificiais) existentes entre a geografia que estuda a produção (econômica) e a geografia que estuda a reprodução (social).

O enfoque cultural-humanístico está presente na geografia do gênero⁵ desde os anos 70 do século XX. A ênfase está na compreensão do mundo vivido por cada pessoa e sobre o papel que as experiências e os sentimentos jogam na análise da realidade a partir das perspectivas de mulheres e homens. Nesta orientação fenomenológica, as análises se concentram no espaço privado, no cotidiano e no sentido de lugar.

No final do século vinte, a geografia do gênero contribui com a introdução da concepção pós-modernista na geografia em geral (WGSG, 1997; LAURIE *et al.*, 1999). As concepções pós-modernistas e os geógrafos(as) feministas advogam por uma visão crítica do pensamento ocidental e de suas pretensões totalizantes e universais. O conhecimento não é universal, neutro, objetivo nem racional; ao contrário, as categorias de análise são fruto de seu lugar no tempo e no espaço e, portanto, podem ser construídas e (des)construídas (GILBERT, 1987; BONDI, 1990).

Dessa maneira, a geografia do gênero considera as ideias da teoria da diferença (HANSON e MONK, 1996), afirmando que não existe uma mulher ou um homem universal; ambos formam parte de distintas culturas, etnias, classes sociais, lugares, nacionalidades, e as relações de gênero modificam-se conforme as particularidades destas colocações. Estas considerações conduzem às questões de identidade e representação (McDOWELL, 2000), ampliando os horizontes da geografia do gênero. Isto significa que não existe um único método ou uma única teoria feminista de análise, pois é preciso contextualizar, situar, localizar os fenômenos sociais (HARDING, 1993). As relações de gênero, como categoria de análise, podem ser trabalhadas a partir da perspectiva humanista e/ou crítica, e a metodologia qualitativa é privilegiada nesses estudos, pois ela possibilita o estudo de processos sociais fora dos padrões e pouco abordados, dando voz aos grupos sociais marginalizados ou excluídos.

5 Valcárcel considera a geografia feminista e a geografia do gênero como sinônimos (VALCÁRCCEL, 2000, p. 438). SABATÉ-MARTÍNEZ *et al.* (1995) apresenta uma distinção entre os termos: a geografia feminista incorpora as contribuições teóricas do feminismo para explicar e interpretar os fenômenos geográficos, e a geografia do gênero utiliza gênero como categoria de análise. (SABATÉ MARTÍNEZ *et al.*, 1995, p. 16)

Segundo Valcárcel (2000), a contribuição mais importante no campo da geografia feminista foi sua dimensão teórica e epistemológica. Este geógrafo afirma que o surgimento da geografia feminista foi marcado pelo desenvolvimento e amadurecimento dos movimentos sociais feministas.

Estamos de acordo com o autor no que se refere à importância dos movimentos sociais para a construção de uma geografia feminista e consideramos que o feminismo deve perpassar todas as áreas da geografia. A categoria gênero pode ser útil à geografia para entendermos determinados fenômenos e/ou processos geográficos, mas a perspectiva feminista vai além desta categoria e amplia o leque de possibilidades de se produzir um conhecimento comprometido com mudanças sociais. Um conhecimento engajado na luta pelo fim das desigualdades sociais produzidas por relações sociais de sexo hierarquizadas.

O *Diccionario Akal de Geografía Humana* apresenta o verbete “gênero y geografia” e o define como “os estudos das diferentes formas das geografias e gênero que se constituem mutuamente e que contrastam gênero e sexo a partir da perspectiva social e cultural” (JOHNSTON et al, 2000, p. 237). O mesmo dicionário define “geografias feministas” como “perspectivas que se centram em teorias e políticas feministas, para explorar como se estruturam e se transformam mutuamente as relações de gênero e as diferentes geografias” (JOHNSTON et al, 2000, p. 300).

A perspectiva feminista e as questões de gênero já estão presentes na geografia mundial, e elas contam com grupos de trabalho consolidados na União de Geógrafos Internacional (UGI), que promove encontros periódicos sobre o tema. Em 2008 a UGI realizou, na Tunísia, o encontro *Gendered Perspectives: Connecting Across Difference*.⁶

Para a geografia brasileira, o desafio está em incorporar as questões feministas e/ou as relações de gênero aos estudos sobre os usos de espaço e tempo, considerando a dimensão de homens e mulheres. O discurso geográfico feminista ainda é um fenômeno recente na geografia (VALCÁRCEL, 2000), mas consideramos que o caminho iniciado nos anos 70 não tem volta.⁷

6 Ver página www.lgc-tunis2008.com

7 Ver Zelinsky (1973).

A perspectiva feminista na geografia brasileira

Os estudos de gênero no Brasil ainda são pouco significativos quando comparados com os estudos europeus ou estadunidenses,⁸ mas é relevante o fato de que uma pesquisa⁹ exaustiva feita nos cursos de pós-graduação em geografia das universidades públicas brasileiras no período de 1980-2004 revela quase vinte trabalhos sobre este tema em dissertações e teses.

Periodizamos essa pesquisa a partir desta década, pois é quando geógrafos(as) brasileiros(as) começam a tratar da temática das mulheres nos seus estudos. Citamos o trabalho de Rossini (1988), que, em sua tese de livre-docência, estudou a presença das mulheres no cultivo de cana-de-açúcar em São Paulo. Rossini foi pioneira nos estudos sobre as mulheres na geografia brasileira, orientando trabalhos nessa temática. Entre 1987 e 2004, esta geógrafa orientou várias dissertações na Universidade de São Paulo (ANDRIGHETTI, 1987; VIANA, 1989; WATSON, 1992; FRANCISCO, 1993; JESUS, 2000; GARCIA, 2002) e duas teses (VICENTI, 1998; SILVA, M. 1994).

Rossini estuda as questões de agrária, de população e de educação, e a partir de 2000, escreve artigos sobre a exclusão social de homens e mulheres produzida pela incorporação de novas tecnologias (ROSSINI, 2002, 2004).¹⁰ Pertence ao Núcleo de Estudos da Mulher e Relações Sociais de Gênero (NEMGE/USP) e criou um grupo de pesquisa que trata das geografias da modernidade, incluindo geografia e gênero.

Nesses últimos vinte anos, geógrafos(as) brasileiros(as) realizam estudos pontuais sobre mulheres e/ou relações de gênero e sobre o mundo do trabalho (rural ou urbano). As relações de trabalho das operárias da indústria têxtil em São Paulo e das trabalhadoras do cultivo da cana-de-açúcar introduzem o tema no final de 1980 (ROSSINI, 1988). Essas pesquisas cumprem a função de dar visibilidade a essas trabalhadoras, mas não introduzem as relações de gênero.

8 Ver os livros do grupo Women and Geography Study Group (WGSG), do Institute of British Geographers (IBG) de 1984 e 1997 e autoras como: Garcia Ramon (1989), Hanson (1992), McDowell e Massey (1987), McDowell (2000), Monk e Hanson (1982), entre outros.

9 A pesquisa das informações foi feita por meio da internet; portanto, não acessamos trabalhos que não estão publicados em página WEB. Essa pesquisa contou com a colaboração de Adriana LESSA, bolsista voluntária do Núcleo de Análises Urbanas (NAU)/FURG e acadêmica do curso de Geografia Licenciatura/FURG/Rio Grande/Brasil, e ela foi apresentada no Seminário Geografia i gènere al món: questionant l' hegemonia angloamericana, de Barcelona, em 2006, e está publicada na *Revista BELGEO* (Leuven), v. 3 (2007).

10 Referenciamos apenas uma parte da produção da pesquisadora.

Em 1989, Viana defendeu, na Universidade Federal do Rio de Janeiro, a tese “Recessão e participação feminina no mercado de trabalho no estado de São Paulo”. Esse estudo introduz a discussão da participação das mulheres no mercado de trabalho paulista, força de trabalho que já representava uma importante parcela da população economicamente ativa do país.

Nos anos de 1990, sem abandonar a temática do trabalho (ALMEIDA, 1996), os estudos dos(as) geógrafos(as) introduzem novos temas, como o urbano, a saúde e os estudos de população. Destacamos a tese de Sonia Calió, orientada por Maria Adélia Aparecida de Souza, que faz uma discussão teórica sobre as relações de gênero que não aparecia nos trabalhos anteriores. O fato de mostrar o papel das mulheres nos espaços urbanos foi um importante passo para a geografia no que tange à perspectiva feminista (CALIÓ, 1991).

Bison (1995) estudou as mulheres migrantes que se deslocam da área rural para a área metropolitana, e Susana M. Veleda da Silva (1999) contribui para os estudos de população em geografia estudando a opção pela esterilização cirúrgica feminina e masculina em Rio Grande (RS).

Em Presidente Prudente (SP), a Geografia da UNESP criou um grupo de trabalho que inclui estudos sobre as mulheres, com a produção de dissertações como “A mulher no mercado de trabalho: um estudo sobre a força de trabalho feminina no setor secundário em Presidente Prudente (SP)” (ALMEIDA, 1996) e “A questão de gênero nos sindicatos de Presidente Prudente (SP)” (CARVALHAL, 2003).

No que se refere às publicações, em 1992, o *Boletim de Geografia Teorética* de Rio Claro (SP) publicou diversos trabalhos empíricos de geógrafos e outros pesquisadores sociais que tratam da temática Mulher e Trabalho. Essa publicação foi pioneira em abordar este tema, mas não propiciou aportes teóricos mais consistentes.

Em 1996, o *Boletim Gaúcho de Geografia*, de Porto Alegre (RS), publicou dois artigos de estudos sobre mulheres (ROSING, 1996; SHAAF, 1996). Em 1998, nesse mesmo boletim, publicamos um artigo introdutório sobre as possibilidades de se tratar as questões de gênero na geografia. Em 1999, defendemos a dissertação de Mestrado em Sociologia “Não quero mais filhos... a opção pela esterilização cirúrgica no município do Rio Grande”, tratando a questão reprodutiva a partir das relações de gênero.

Em 2001, a *Revista Eletrônica Pegada* (UNESP) publicou um artigo sobre as questões de gênero nos assentamentos rurais, denominado “Gênero e jornada de trabalho em assentamentos rurais” (MELO, 2001).

O século XXI indica um importante crescimento e uma maior diversificação de temáticas, e os estudos se ampliam para outras regiões do país.¹¹ As temáticas mais abordadas no contexto rural ou urbano são: religião, saúde e família desde a perspectiva do trabalho. Importante ressaltar que nos anos 90 esses trabalhos estavam concentrados em algumas universidades do sudeste brasileiro e que, a partir de 2000, essas pesquisas crescem em universidades de outras regiões, particularmente o Sul e o Nordeste (ALMEIDA, 1996; MALZONE, 2001; GARCIA, A. 2001; SCHEFLER, 2002; CARVALHAL, 2003; SILVA, J. 2003; SILVA, S. 2000, 2002, 2004; PAEGLE, 2004).

Ainda que no Brasil já exista uma produção acadêmica consistente nos programas de pós-graduação em geografia, as ações institucionais não acompanham essa produção. Timidamente, os encontros ou seminários apresentam eixos temáticos específicos sobre a questão de gênero na geografia. Destacamos a relevância da geografia cultural brasileira, por meio da qual se abrem discussões sobre as mulheres e/ou questões de gênero na geografia. Em 2004, o 4º Simpósio Nacional sobre Espaço e Cultura, uma iniciativa do Núcleo de Estudos sobre Espaço e Cultura (NEPEC) do Departamento de Geografia da Universidade Estadual do Rio de Janeiro, apresentou um eixo sobre Espaço e Gênero no qual a professora Joseli Maria Silva proferiu palestra.

Em 2007, o IX Colóquio Internacional de Geocrítica, realizado em Porto Alegre, apresentou um eixo cujo tema era “Multiculturalidad, género, sociodiversidad y tolerância”.¹² No mesmo ano, realizou-se em Florianópolis, o X Simpósio Nacional de Geografia Urbana (SIMPURB). Nesse simpósio, os diversos eixos temáticos apresentaram estudos relativos à questão das mulheres brasileiras e de gênero (NAZBONY, SILVA e ORNAT, 2007; PINHEIRO, 2007; entre outros).¹³

Os avanços são significativos, mas consideramos importante que se desenvolvam mais iniciativas por parte de instituições acadêmicas e de associações de geógrafos(as), no sentido de incentivar e acompanhar o processo de desenvolvimento dos estudos de gênero na geografia mundial e brasileira. Sobretudo considerando que, atualmente, as políticas governamentais são tão sensíveis às questões de gênero. A criação da Secretaria Especial das Mulheres (SPM), a cargo de uma secretária que tem *status* de ministra, demonstra que o governo tem um forte

11 Enfatizamos que esta pesquisa é limitada por sua fonte e pelo período estudado. Portanto, consideramos que existem muitos outros trabalhos que tratam da geografia sob a perspectiva feminista que não estão contemplados neste artigo.

12 Ver página www.ub.es/geocrit/9porto/progse.htm

13 Ver página www.X.SIMPURB.ufsc.br

compromisso com ações que promovem a igualdade social entre os sexos.

A geografia brasileira não pode mais falar de sua história sem considerar que nos últimos vinte anos a influência do feminismo tem crescido. Graduação e pós-graduação têm produzido pesquisas pontuais, que demonstram o interesse e a necessidade de pensar e fazer geografia a partir de um outro olhar.

Referências

- ALMEIDA, R. *A mulher no mercado de trabalho: um estudo sobre a força de trabalho feminina no setor secundário em Presidente Prudente, SP*. 1996. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade Estadual Paulista, 1996.
- ANDRIGHETTI, Y. *Mulher e trabalho: a operária têxtil paulistana*. 1987. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1987.
- BARROSO, C. Esterilização feminina: liberdade e opressão. *Revista de Saúde Pública*, São Paulo, v. 18, n. 2, 1984.
- BERQUÓ, E. *Algumas indicações sobre a recente queda da fecundidade no Brasil*. Texto apresentado na Reunião do Grupo de Trabalho sobre Processo de Reprodução da População, Teresópolis, 1980.
- BISON, W. P. *Volta por cima: mulheres migrantes entre o Vale de Jequitinhonha e São Paulo*. 1995. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1995.
- BOLETIM de Geografia Teórica, v. 22, n. 43-44. Rio Claro, São Paulo: AGETEO, 1992.
- BONDI, L. Progress in geography and gender: feminism and difference. *Progress in Human Geography*, v. 14, n. 3, p. 436-438, 1990.
- CALIÓ, S. A. *Relações de gênero na cidade: uma contribuição do pensamento feminista à geografia humana*. 1991. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1991.
- CARVALHAL, T. *A questão de gênero nos sindicatos de Presidente Prudente, São Paulo*. 2003. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade Estadual Paulista, 2003.
- CLAVAL, P. O que é Geografia? *Boletim Geográfico*, v. 31, n. 228, p. 100-107, 1972.
- DOCUMENTS d'Anàlisi Geogràfica. *Monogràfic sobre Geografia i Gènere*, v. 14, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona, 1989.
- DOCUMENTS d'Anàlisi Geogràfica, v. 26, s.n. Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona e Universitat de Girona, 1995.
- FRANCISCO, M. *Trabalho familiar na agricultura do município de Rio Claro, SP: a mulher e a criança na pequena produção*. 1993. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1993.
- GARCIA, A. *As mulheres da cidade d'Oxum: relações de gênero, raça e classe e organização espacial do movimento de bairro em Salvador*. 2001. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade Federal da Bahia, 2001.
- GARCIA, D. *O feminino no bairro: a experiência pela prevenção do câncer de mama e de colo de útero na zona leste do município de São Paulo – 1994-1997*. 2002. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 2002.
- GARCIA RAMON, M. D. El análisis del género y la geografía: reflexiones en torno de un libro reciente. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, v. 6, s.n. 1985, p. 133-143.

- _____. Para no excluir del estudio a la mitad del género humano: un desafío pendiente en geografía humana. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, v. 9, s.n. Madrid, 1989, p. 27-48.
- GILBERT, A. La géographie practiquée par les femmes: les mémoires et thèses présentes dans les universités de langue française du Canadá. *The Canadian Geographer*, v. 31, n. 31, 1987, p. 253-262.
- HALL, S. *A questão da identidade cultural*. Tradução de Guacira L. Louro e Tomaz T. da Silva. Porto Alegre: Faculdade de Educação, UFRGS, 1996.
- HANSON, S. Geography and feminism: worlds in collision? *Annals... Association of American Geographers*, v. 82, n. 4, 1992, p. 569-586.
- HARAWAY, D. *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1995, p. 313-346.
- HARDING, S. A instabilidade das categorias analíticas na teoria feminista. *Revista de Estudos Feministas*, v. 1, n. 1, 1993.
- IANNI, O. A crise de paradigmas na sociologia. *Revista Brasileira de Ciências Sociais/ANPOCS*, v. 13, s.n. ano 5, jun. 1990.
- JESUS, I. *As Marias canavieiras e a participação sindical: Sertãozinho (SP). Ontem e Hoje*. 2000. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 2000.
- JOHNSTON, R. et al. (Eds.) *Diccionario Akal de Geografía Humana*. Madrid: Akal Ediciones, 2000.
- LAURIE, N. et al. *Geographies of new femininities*. New York: Longman, 1999.
- MALZONE, R. *A participação da mulher, o crescimento das religiões/crenças e a produção do espaço em São José do Rio Preto*. 2001. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 2001.
- McDOWELL, L. *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Universidad de Valencia. Ediciones Cátedra y Instituto de la Mujer, 2000.
- McDOWELL, L.; MASSEY, D. A women's place? In: MASSEY, D. (Ed.). *Geography matters*. London: Cambridge University Press / The Open University, 1987, p. 128-147.
- MELO, E. J. *Gênero e jornada de trabalho em assentamentos rurais. Pegada Eletrônica*, v. 2, n. 2. UNESP, Presidente Prudente, 2001.
- MELUCCI, A. Um objetivo para os movimentos sociais. *Lua Nova*. São Paulo: CEDEC/SP, v. 17, jun. 1989.
- MONK, J.; HANSON, S. On not excluding half of the human in human geography. *The Professional Geographer*, v. 34, n. 1, p. 11-23, 1982.
- NABOZNY, A.; SILVA, J.; ORNAT, M. *Escala e grupos focais na construção do objeto de pesquisa na relação entre espaço urbano e gênero*. In: SIMPURB, X., Apresentação oral. Florianópolis, 2007.
- PAEGLE, C. *Espaços do cotidiano feminino no bairro Mercês, Curitiba: um estudo de geografia e gênero*. 2004. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade Federal do Paraná, 2004.
- PINHEIRO, L. *As mulheres e a cidade: um olhar feminino sobre as condições de moradia em áreas inundáveis de Manaus*. UFAM. In: SIMPURB, X., Apresentação oral. Florianópolis, 2007.
- ROSING, T. O papel da mulher profissional na construção da cidadania. *Boletim Gaúcho de Geografia*, v. 21, 1996, p. 77-81.
- ROSSINI, R. *Geografia e gênero: a mulher na lavoura canavieira paulista*. 1988. Tese (Livre-Docência) – Universidade de São Paulo, 1988.
- _____. Nas atividades econômicas a modernidade tecnológica exclui homens e mulheres. Incorpora mais a mulher na cidade e menos no campo. *GEOUSP. Espaço e Tempo*, v. 12, p. 47-56, 2002.

- _____. Superando a discriminação: mulher e trabalho na modernidade tecnológica no Brasil. Populações: (con)vivência e (in)tolerância. *Nova Série, Cursos e eventos / UNIR*/ São Paulo: Humanitas/FFLCH/USP, v. 4, p. 245-257, 2004.
- ROSSINI, R.; CALIÓ, S. A.; JESUS, I. L.; SAIDEL, R. *Ensino e educação com igualdade de gênero na infância e na adolescência: guia prático para educadoras e educadores*. 2. ed. São Paulo: NEMGE/USP, 2006, 80 p.
- SABATÉ MARTÍNEZ, A. S.; RODRÍGUEZ MOYA, J. M.; DÍAZ MUÑOZ, M. *Mujeres, espacio y sociedad: hacia una geografía del género*. Madrid: Editorial Síntesis, 1995.
- SCHEFLER, M. *Mulheres guardiãs da terra e da vida: um estudo de caso sobre o papel multifuncional da mulher na organização familiar*. 2002. Dissertação (Mestrado) – Universidade Estadual da Bahia, 2002.
- SCOTT, J. Gênero: uma categoria útil de análise histórica. *Educação e Realidade*, Porto Alegre, Faculdade de Educação/UFRGS, v. 6, n. 2, jul./dez. 1990.
- SHAAF, A. A mulher rural. *Boletim Gaúcho de Geografia. UPF e AGB*, v. 21, 1996, p. 83-93.
- SILVA, J. M. Um ensaio sobre as potencialidades do uso do conceito de gênero na análise geográfica. *Revista de História Regional*, v. 8, n. 1, 2003, p. 31- 45.
- SILVA, M. A linha de subordinação: trabalho da mulher e sobrevivência da pequena produção agrícola no agreste pernambucano. 1994. Tese. (Doutorado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1994.
- SILVA, S. M. V. da. Geografia e gênero / Geografia feminista – o que é isto? *Boletim Gaúcho de Geografia. UNISC e AGB*, v. 23, 1998, p. 105-111.
- _____. Não quero mais filhos... a opção pela esterilização cirúrgica no município do Rio Grande. 1999. Dissertação (Mestrado em Sociologia) – Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1999.
- _____. Os estudos de gênero no Brasil: algumas considerações. *Biblos 3W: Revista Bibliográfica de Geografia y Ciencias Sociales*, Revista Electrónica, Universidad de Barcelona, v. 5, n. 262, 2000.
- _____. *Intentando aclarar conceptos: igualdad/diferencia y relaciones de género*. Mercosur: desarrollo sostenible y territorio. Girona: Universidad de Girona, 2002, p. 283-286.
- _____. *Trabajo informal, género y cultura: el comercio callejero e informal en el sur de Brasil*. 2004. Tese (Doutorado em Geografia) – Universitat Autònoma de Barcelona, Espanha, 2004.
- SILVA, S. M. V. da; LAN, D. Geography and gender studies: the situation in Brazil and Argentina. *Belgeo*, v. 3, p. 371-382, 2007.
- SUPLICY, M. *Condição da mulher: amor, paixão, sexualidade*. 2. ed. São Paulo: Brasiliense, 1984.
- TELES, M. A. de Almeida. *Breve história do feminismo no Brasil*. São Paulo: Brasiliense, 1993.
- VALCÁRCEL, J. O. *Los horizontes de la geografía: teoría de la geografía*. Barcelona: Editorial Ariel, 2000.
- VIANA, M. *Recessão e participação feminina no mercado de trabalho no Estado de São Paulo*. 1989. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, 1989.
- VICENTI, M. *Inserção da força de trabalho feminino: as bóias frias na agricultura do sudoeste paulista*. 1998. Tese (Doutorado em Geografia) – Universidade de São Paulo, São Paulo, 1998.
- WATSON, C. *Mulher e saúde: um estudo de mulheres atendidas no centro de saúde*. 1992. Dissertação (Mestrado em Geografia) – Universidade de São Paulo, São Paulo, 1992.
- WOMEN and Geography study group (WGSG) of the big. *Women and Geography*. London: Huckchison, 1984.

WOMEN and Geography study group(WGSG) of the big. *Feminist Geographies: explorations in diversity and difference*. London: Logman, 1997.

YANNOULAS, S. Iguais, mas não idênticos. *Revista de Estudos Feministas*, Rio de Janeiro, CIEC/ECO/UFRJ, v. 2, n. 3, 1994.

ZELINSKY, W. Women in geography: a brief factual account. *Professional Geographer*, n. 25, 1973, p. 101-106.

QUEM SOMOS

Alides Baptista Chimin Junior (alides.territoriolivre@gmail.com): geógrafo, pesquisador do Grupo de Estudos Territoriais, da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina e coordenador da rede de pesquisa em software livre “Território Livre”.

Almir Nabozny (almirnabozny@yahoo.com.br): geógrafo, pesquisador do Grupo de Estudos Territoriais e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina. Atualmente é professor colaborador da Universidade do Centro-Oeste (UNICENTRO).

Augusto César Pinheiro da Silva (acpinheiro08@gmail.com): doutor em Geografia pela Universidade Federal do Rio de Janeiro e professor da Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro, onde ocupa o cargo de coordenador da Pós-Graduação em Geografia (PGE); professor Adjunto da Universidade do Estado do Rio de Janeiro. Além disso, é líder do grupo de pesquisa GeTERJ (Gestão Territorial no Estado do Rio de Janeiro).

Diana Lan (dlan@fch.unicen.edu.ar; dianalan50@hotmail.com): geógrafa, pesquisadora do Centro de Investigaciones Geográficas e docente da Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires em Tandil, Argentina. É coordenadora da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina (Argentina).

Edson Armando Silva (edasilva@uepg.br): historiador, pesquisador do Grupo de Estudos Territoriais e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina, docente da Universidade Estadual de Ponta Grossa (UEPG), com atuação em seu Mestrado de Ciências Sociais Aplicadas.

Joseli Maria Silva (joselisilva@uol.com.br): geógrafa, coordenadora do Grupo de Estudos Territoriais e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina (Brasil), é docente da Universidade Estadual de Ponta Grossa (UEPG) e atua no Mestrado em Gestão do Território.

Marcelo Alonso Morais (alonsomarcelo@geogeo@yahoo.com.br): é geógrafo, formado pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (1989), atua como professor de Geografia e realiza mestrado na Pontifícia Universidade Católica do Rio de Janeiro.

Marcio José Ornat (geogenero@gmail.com): geógrafo, pesquisador do Grupo de Estudos Territoriais e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina, doutorando em Geografia na Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Rodrigo Rossi (mimdigo@gmail.com): geógrafo, pesquisador do Grupo de Estudos Territoriais e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina.

Susana Maria Veleza da Silva (susanasilva@furg.br): geógrafa, pesquisadora do Núcleo de Análises Urbanas (NAU) e da Rede de Estudos de Geografia e Gênero da América Latina, docente da Universidade Federal do Rio Grande (FURG).



T O D A P A L A V R A
editora

Geografias subversivas: discursos sobre espaço, gênero e sexualidades
foi organizado por Joseli Maria Silva
e editado por TODAPALAVRA Editora,
em Ponta Grossa, Paraná, no ano de 2009.

Dados técnicos

ISBN: 978-85-62450-01-3

Formato fechado: 16 x 23 cm

Fontes utilizadas: Souvenir Lt Bt, Brush script MT, corpos 8; 9; 10,5; 13,5 e 24

Revisão por Hein Leonard Bowles

Projeto gráfico por Estúdio Texto

(claudia@estudiotexto.com.br)

Impressão por Gráfica e Editora Pallotti

Tiragem: 500 exemplares

Miolo: papel off set 90 gramas

Capa: cartão supremo 250 g/m²

Acabamento: Laminação fosca, costurado

